



HONORABLE SENADO DE LA NACION

**REVOLUCION
Y CONTRARREVOLUCION
EN LA ARGENTINA**

La Era del Peronismo

**REVOLUCION
Y CONTRARREVOLUCION
EN LA ARGENTINA**

Jorge Abelardo Ramos

La Era del Peronismo

1943-1976

HONORABLE SENADO DE LA NACION

Presidente

Daniel Osvaldo Scioli

Presidente Provisional

José Juan Bautista Pampuro

Vicepresidente

Marcelo Eduardo López Arias

Vicepresidente primero

Mirian Belén Curletti

Vicepresidente segundo

Ricardo Gómez Díez

Secretario Parlamentario

Juan Héctor Estrada

Secretario Administrativo

Carlos Alberto Machiaroli

Prosecretario Parlamentario

Juan José Canals

Secretario Administrativo

Néstor Horacio Righetti

Prosecretario de Coordinación Operativa

Ricardo Nicanor Gutiérrez

Ramos, Jorge Abelardo
Revolución y Contrarrevolución en la Argentina - 2ª ed. - Buenos Aires: Senado de la Nación, 2006-
v. 5, 910 p.; 24x17 cm.

ISBN 950-9660-32-9

1. Historia Política Argentina. 1. Título
CDD 320.982

Fecha de catalogación 14/08/2006

ISBN -10:950-9660-32-9

ISBN -13:978-950-9660-32-8

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

H. Senado de la Nación
Secretaría Parlamentaria
Dirección de Publicaciones

Ejemplares de distribución gratuita. Prohibida su venta. (Resolución 7/05)

La Era del Peronismo

1943-1976

EN LA VÍSPERA

Hacía trece años que el Presidente Hipólito Yrigoyen, elegido por segunda vez primer mandatario por las masas populares de la época (1928), había sido arrojado del poder. El General Uriburu y el General Justo abrirían un capítulo vergonzoso en la historia del fraude electoral y penosas concesiones al interés británico. Este período se arrastraría más de una década y fue conocido en la literatura política argentina como la «década infame». Se la calificaba de ese modo por los escándalos múltiples que la caracterizaron: estafa a la voluntad popular en los comicios, corrupción en las prórrogas a los contratos de empresas imperialistas (como el de la Compañía. Argentina de Electricidad, que pagó \$ 100.000 a cada diputado nacional para votar la prórroga hasta el año 2000), el asesinato del Senador Bordabehere en el recinto de la alta Cámara, por la mano de un agente del Ministro de Agricultura, el estanciero Luis Duhau. Al fraude de Justo, sucedió el triunfo, por la fuerza, del Dr. Roberto Ortiz, abogado de los ferrocarriles ingleses. A su muerte, sucedió en el gobierno el Vicepresidente Dr. Ramón Castillo, conservador catamarqueño. La Argentina era presionada por las grandes potencias europeas, que estaban viviendo la Segunda Guerra Mundial, para inclinarla a favor de sus intereses respectivos. La vieja oligarquía argentina era anglófila y rupturista: deseaba entrar a la guerra para ayudar a sus amigos Gran Bretaña y Francia. Pero había militares patriotas, intelectuales solitarios y desconocidos revolucionarios que rehusaban apoyar a los explotadores del país en nombre de una «democracia» que los argentinos habían dejado de conocer hacía muchos años. Los nazis, que también tenían sus partidarios, poco podían hacer en una Argentina que era universalmente conocida como un disfrazado dominio del Imperio Británico. En 1933 había muerto Yrigoyen y desde entonces los radicales de Marcelo de Alvear, un aristócrata, se habían plegado mansamente al régimen dominante, sin enfrentarlo como lo habría hecho Don Hipólito. Las «izquierdas» tenían una visión cosmopolita de la Argentina y poco entendían de los problemas del país. La juventud, en fin, no se interesaba por la política, que proseguía en manos de los viejos hipócritas y astutos de la rosca dominante. Pero de pronto, algo ocurrió, «como un rayo en un cielo sereno».

LA REVOLUCIÓN PALACIEGA

En la mañana del 4 de junio de 1943, con el cielo de un gris amenazante, el Dr. Castillo, Presidente de la Nación, abandonó la Casa de Gobierno. Rodeado de algunos ministros aterrados, se embarcó en el rastreador «Drummond» y navegó por el lugoniano «río color de león». Antes de soltar amarras, ordenó resistir a las tropas que marchaban desde Campo de Mayo sobre Buenos Aires. Era un reto simbólico. La Marina, por el contrario, disparó sus armas desde la Escuela Mecánica de la Armada en la Avenida del Libertador, contra las fuerzas revolucionarias que marchaban hacia la Casa de Gobierno. Estos disparos no fueron simples salvas de homenaje. En realidad, hubo una masacre de soldados y civiles inocentes. Según algunos autores, murieron alrededor de 70 personas. Al parecer, se suscitó un malentendido, de resultados trágicos, entre el Coronel Avalos, que dirigía la columna revolucionaria, y el Capitán Anadón, que se opuso a ella. Fuera de este incidente, la revolución del 4 de junio fue recibida por todo el país con un inmenso suspiro de alivio. Todos los partidos e instituciones, sin distinción alguna, desde La Vanguardia, órgano del Partido Socialista, hasta el radicalismo de todas las tendencias, desde los cabizbajos conservadores hasta los hombres de FORJA, pasando por los nacionalistas, los rupturistas y los neutralistas, los católicos y los liberales, la acogieron con ardorosa esperanza. Naturalmente, esta simpatía se fundaba en un equívoco colosal.

La proclama revolucionaria nutría todas las ilusiones. Aludía a los que

han defraudado las esperanzas de los argentinos, adoptando como sistema la venalidad, el fraude, el peculado y la corrupción... Propugnamos la honradez administrativa, la unión de todos los argentinos, el castigo de los culpables y la restitución al Estado de todos los bienes mal habidos... Lucharemos por mantener una real e integral soberanía de la Nación, por cumplir firmemente el mandato imperativo de nuestra tradición histórica, por hacer efectiva una

absoluta, verdadera e ideal unión y colaboración americana y el cumplimiento de los pactos y compromisos internacionales¹.

Los sumergidos de la Década Infame se sentían interpretados. Los conservadores del viejo régimen confiaban en el «cumplimiento de los pactos internacionales», o sea en la asociación estrecha con las grandes potencias, del mismo modo que todos los rupturistas. Los radicales se veían próximos al poder y reivindicados por la alusión al «fraude». Pero casi todos estaban profundamente equivocados. Ni los propios participantes del golpe palaciego sabían realmente adónde irían a encaminar sus pasos. Entraban bruscamente a la historia pero la conciencia de sí mismos poco tenía que ver con lo que en realidad eran e irían a ser. Era una revolución engendrada por la objetividad misma y preparada por toda la historia anterior. Un solo hecho era claro: el aparato político de la oligarquía sobreviviente desde 1930 había caído del poder como un fruto pútrido.

Cocktail en la embajada británica

El Embajador británico, tradicionalmente mejor informado de política nacional que los propios argentinos, sabía desde una semana antes que se preparaba un movimiento militar. Se lo había advertido Monseñor De Andrea, el obispo mundano vinculado a la oligarquía y al sistema «democrático». De ahí infería, lo mismo que los corresponsales norteamericanos acreditados en el país, que el movimiento tendría un carácter pro radical, orientado hacia la «ruptura». El día 4 de junio, a la tarde, se celebraba un «cocktail party» en la embajada inglesa, que no fue suspendido a causa de la revolución matutina:

Por un momento, dice el Embajador, todos los profetas políticos, tanto nativos como extranjeros, se sintieron completamente desorientados, porque hablando en forma general en la Argentina, los oficiales del Ejército no tenían lugar en la sociedad y no provenían de la clase gobernante, de los estancieros, los profesionales prósperos y los grandes comerciantes. Llevaban una vida aparte y en realidad no tenían contacto social con los grupos que habían administrado a todos los gobiernos argentinos del pasado aún los radicales y todavía menos con-

*tacto con los diplomáticos extranjeros o con los corresponsales extranjeros*².

El desconcierto del Embajador británico debe ser juzgado retrospectivamente como el signo más auspicioso de un cambio tajante en la política argentina, mucho más significativo que la proclama deliberadamente ambigua de los coroneles.

Más demostrativa que la perplejidad del diplomático inglés ante el golpe militar, resultó el pánico de la embajada alemana en Buenos Aires. Muy poco «nazi» debía ser ese pronunciamiento militar (como lo calificaran durante 40 años los «demócratas» de la Argentina) cuando la noticia decidió a los diplomáticos de Hitler en Buenos Aires a quemar sus archivos secretos el 5 de Junio. Mientras que los alemanes suponían que el golpe era inspirado por Estados Unidos, el gobierno norteamericano tenía la convicción de que estaba tramado por Alemania. La conclusión crítica sobre la confusión de las grandes potencias se fundaba en que el golpe era de inspiración puramente nacional: el desprecio de ambas hacia la posibilidad de que la Argentina pudiese hacerlo por sí misma, se vería cruelmente refutado poco después. Pero a su turno, y por esas particularidades en que parece complacerse en ocasiones la historia como «comedia del arte», tampoco los tenientes coroneles que desencadenaron la revolución del 4 de junio tenían claro el significado de sus actos.

Desde 1930 el Ejército había sido un hervidero de intrigas y un empollador de conspiradores, la mayor parte de los cuales puramente vocacionales o platónicos. La razón básica de la inquietud militar consistía en que al desgajarse la Argentina de la prosperidad agraria nacida de su vinculación con el Imperio Británico, y la civilización europea, con la crisis de 1930, las instituciones fundadas sobre dicho sistema desde 1880 ya no podían funcionar. Habían perdido su equilibrio. Y el Ejército, a través de su propia oscuridad, pretendía reencontrarlo, apelando a las más diversas fórmulas. En los años anteriores los oficiales se dividían entre rupturistas, neutralistas, justistas, nacionalistas de tipo democrático, nacionalistas pro-fascistas, radicales profesionalistas, indiferentes o intrigantes con una pasión exclusiva por la conspiración. Tal complejidad era el resultado del vergonzoso período conocido como la «década infame». Las Fuerzas Armadas no tenían la conciencia en paz. En vísperas del 4 de junio, la prosecución del fraude electoral, la terca política conservadora del Dr. Castillo y las presiones para romper la neutralidad argentina, habían inspirado innumerables tertulias cívico-militares con propósitos conspirativos. Entre todas, la constitución del G.O.U. (Grupo Obra de Unificación) irá a constituirse en el factor decisivo de la revolución militar. Pero el 4 de junio estalló casi inesperadamente para todos, pues se

debió a una confusión, ese «incidente» que la historia proporciona para abrir el paso a grandes causas que al principio resultan difíciles de definir. Una reunión del General Ramírez, Ministro de Guerra del Dr. Castillo, con un grupo de radicales, que le ofrecieron oficiosamente la candidatura a la Presidencia de la República (con el propósito de quebrar el monopolio conservador del poder) irritó al Presidente. En Campo de Mayo y en el Ministerio de Guerra, corrió como un reguero de pólvora la versión de que el Dr. Castillo había pedido la renuncia al General Ramírez. Esto fue considerado por los jefes de regimientos de Campo de Mayo como una ofensa a la jerarquía del Ejército y desencadenó en pocas horas el pronunciamiento del 4 de junio. Pero se trataba de un error. Castillo no había pedido a Ramírez su renuncia. De donde puede inferirse que los oficiales argentinos sólo adoptan decisiones trascendentales a causa de razones insignificantes. Claro está que al General Ramírez le resultaba algo indecoroso encabezar una revolución dirigida contra el Presidente, que lo había nombrado Ministro de Guerra. Por ese motivo sugirió al Teniente Coronel González, uno de los jefes complotados, que buscaran algún general para ponerlo a la cabeza del movimiento. El candidato que les pareció a los conspiradores el más indicado fue el General Arturo Rawson. Su «curriculum» como revolucionario no presentaba el diseño de una línea recta. Era un general aficionado a la vida de Club (del Jockey Club), al chisme banal y a la sedición. Había intervenido en reuniones para lanzar una revolución nacionalista en 1942, pero muy pronto cambió de idea y se dedicó a predicar la necesidad de apoyar a los aliados en la guerra mundial. Tenía numerosos amigos en todos lados y ninguna idea en parte alguna. Según recuerda González, se le pidió que se incorporase al movimiento, pero el general, que hace tiempo organizaba su propio golpe, incorporó a su vez a los coroneles de Campo de Mayo a sus planes. Gracias a esta confusión, donde los coroneles ponían las tropas y Rawson a su propia persona, ni González ni Rawson tocaron el tema de la neutralidad del país, ni quien sería el jefe del movimiento, ni cual sería el programa de gobierno. En Campo de Mayo, todos los que estaban de acuerdo en derribar al Dr. Castillo –en otras palabras, los jefes de los regimientos– tampoco habían hablado de sus respectivas ideas sobre si entrar o no en la guerra mundial. Parecía que los asuntos trascendentales de un gobierno no merecían ser considerados por los conspiradores que se preparaban a establecerlo. Es muy probable que de haber discutido el punto, la revolución no se habría realizado. En definitiva, Rawson apareció en Campo de Mayo en una reunión de 14 oficiales que decidieron dar el golpe, pero que no designaron a Rawson Presidente, ni hablaron del programa a aplicar. Se aprobó un documento (que habría sido redactado por el Coronel Perón) quien, por lo demás, no apareció en esa reunión, que tendía un velo tenue sobre todas las aspiraciones y satisfacía todas las esperanzas, aunque

había acentos marcadamente «democráticos». Según el historiador Potash, el manifiesto del 4 de junio habría sido redactado por los coroneles Miguel Angel Montes y Juan Perón³. Se sabe que el primero era de simpatías radicales; y el segundo, un profesor de historia de la Escuela de Guerra, era agregado militar en Italia, orador elocuente que había recibido, durante años, en su departamento familiar, los folletos y publicaciones que regularmente le hacían llegar los hombres de FORJA. La misma pluma manejada por esos dos hombres había logrado ese aire de equivocidad a la proclama revolucionaria y asegurado la unidad en la acción que, como era de esperar, sería frágil como un cristal. Sin que nadie se lo indicase, al mediodía del 4 de junio, huido el gobierno a bordo del rastreador «Drummond», el General Rawson se instaló en la Casa de Gobierno y empezó a designar ministros sin consultar a los coroneles que lo habían instalado en el sillón presidencial. Rawson acostumbraba a comer todos los viernes en el Jockey Club con dos antiguos personajes del antiguo régimen: uno de ellos, el Dr. José María Rosa, que había sido Ministro de Hacienda del General Roca a principios de siglo, de filiación conservadora neutralista. El otro contertulio era un anglófilo rupturista, el Dr. Horacio Calderón. Como tales antagonismos fundamentales no hacían palidecer la amistad entre los tres caballeros, Rawson resolvió nombrarlos Ministro de Hacienda al primero y de Justicia al segundo. Los coroneles neutralistas objetaban a Calderón y los rupturistas a Rosa y todos a Rawson, que por alguna extraña razón rehusó ceder ante las presiones militares. Esta obstinación le costó la presidencia 48 horas más tarde. Lo reemplazó el larguirucho e insignificante General Pedro P. Ramírez, ayer nomás Ministro del derrocado Presidente Castillo. El General Edelmiro J. Farrell, bonachón y sencillo, jefe y admirador del coronel Perón, fue designado Ministro de Guerra y su amigo Perón, Jefe de la Secretaría del Ministerio. De este modo, Perón, que ejercía cierta fascinación sobre el espíritu de su superior, admirador de sus cualidades de trabajo y aptitud para generalizar, llegó a tener en sus manos el control sobre la oficialidad del Ejército. La Revolución de Junio daba comienzo.

Al principio los Estados Unidos pretendieron imponer condiciones al reconocimiento diplomático del gobierno militar. Se hicieron numerosas reuniones en las embajadas norteamericana y brasileña para coordinar un frente único ante el nuevo régimen.

Sin embargo, a los pocos días las principales embajadas americanas dieron señales inequívocas de querer tener el mérito de ser las primeras en reconocer a ese gobierno. Y no bien se hizo esto

evidente, se produjo una carrera desenfrenada. El gobierno norteamericano fue arrastrado por esa corriente,

dice Kelly, lo que ilumina muy claramente las relaciones entre los imperios y las semicolonias, que no son, como creen ciertos izquierdistas abstractos, tan simples como sus teoremas.

Los diputados y senadores radicales, entre ellos Tamborini, Mosca, Laurencena, Cantilo y Oddone, formaron una comisión para entrevistar al gobierno revolucionario y expresarle la satisfacción con que había sido vista la conclusión de «un período al margen de la Constitución y las leyes⁴. Los estudiantes de Derecho y Química de Santa Fe expresaban su alborozo al nuevo gobierno si es que éste se propone el «fiel cumplimiento de la Constitución Nacional y el apoyo de la Argentina a la democracia del mundo⁵. Añadían que era «imperiosa la necesidad de realizar la unidad democrática argentina». Por su parte, el insustituible Dr. Alfredo Palacios conferenciaba con los anglófilos y francófilos de «Acción Argentina». Sus dirigentes

en estos momentos en que es tan necesaria la colaboración entre las naciones que luchan en defensa de la democracia, tenemos el derecho de ofrecer nuestra contribución⁶.

El Poder Ejecutivo de Córdoba, en manos del sabattinismo, saludaba al Gobierno Provisional y se adhería a sus postulados: era Gobernador Santiago del Castillo. Los hombres de FORJA, por su parte, lanzan una declaración cautelosa:

El derrocamiento del régimen constituye la primera etapa de toda la reconstrucción de la nacionalidad y de expresión auténtica de la soberanía... La imposición progresiva y armónica de un programa de emancipación económica, política y cultural de un país, es demanda sustancial del pueblo para la afirmación de su personalidad histórica⁷.

El radicalismo revisionista de la Provincia de Buenos Aires, en una declaración firmada por Ricardo Balbín, Oscar Alende y Alejandro Leloir, enviaba a Rawson, como cabía esperar su «emoción patriótica».

Los socialistas deciden reunirse en sesión permanente. No se pronuncian frente al golpe. Por puro instinto gástrico, los vegetarianos desconfiaban de la

sopa militar. El stalinismo, en cambio, tiene el mérito singular de percibir que nada bueno puede salir del acontecimiento. El diario comunista *La Hora* del 5 de junio dice:

El país fue sorprendido por el golpe militar reaccionario. Este golpe estalló cuando el movimiento de unidad democrática nacional estaba creciendo y desarrollándose y se aprestaba a resolver por sus propias fuerzas todos los problemas que afligen a la Nación⁸.

Corresponde, pues, al stalinismo, en rigor, haber advertido antes que nadie, que ese gobierno castrense venía a interrumpir, provisoriamente al menos, la tentativa de construir una Unión Democrática suficientemente poderosa como para enviar a la juventud argentina a desangrarse en la guerra imperialista.

El General Pedro Pablo Ramírez asumió la Presidencia. Nombró un gabinete puramente militar, excepto el titular de la cartera de Hacienda, que resultó ser nada menos que el Dr. Jorge Santamarina, dirigente de la Sociedad Rural Argentina, poderoso hacendado él mismo, un «espécimen» químicamente puro del «régimen» que la proclama revolucionaria se proponía abolir.

Al Ministro Santamarina ofrecen su colaboración la Sociedad Rural Argentina, la Unión Industrial Argentina y la Bolsa de Comercio de Buenos Aires. Se comenta en Londres que resulta alentador que el Ministro de Hacienda haya sido presidente de varios Bancos y miembro del Comité Interamericano de Arbitraje. *The Times* y el *Washington Post* coinciden en que el régimen anterior se había traducido en un quebranto del comercio exterior y un enfriamiento en sus relaciones con Estados Unidos.

Santamarina declara que es preciso examinar la naturaleza del intervencionismo estatal en la economía privada y estudiar con cuidado hasta qué punto es conveniente, para suprimirlo o moderarlo, y «asegurar el desenvolvimiento de la iniciativa privada con el mínimo de trabas»⁹.

Al prestar juramento el Presidente Ramírez en el Salón Blanco el 7 de junio, dos grupos claramente antagónicos competían frente a la Casa de Gobierno en manifestar sus consignas. Uno de ellos gritaba «nacionalismo y neutralidad»; del otro núcleo partían voces que la prensa recoge al día siguiente: «Democracia y libertad»¹⁰. Pero este carácter mixto del gobierno militar se disiparía en pocas semanas.

El ejército en los países atrasados

El nuevo régimen disuelve el Congreso Nacional, interviene las provincias y las Universidades, censura la prensa, clausura sindicatos obreros dirigidos por stalinistas, reafirma su neutralidad, instaura la enseñanza religiosa en las escuelas, altera la nomenclatura de ciertos institutos, deja cesantes a maestros y profesores, encarcela a miembros de los partidos «democráticos», exonera a jueces y camaristas, interviene la CADE, anuncia una política de industrialización, nacionaliza compañías de electricidad de capital norteamericano y europeo, en sucesivas y torrenciales oleadas de disposiciones contradictorias. ¿Qué significaba este curioso golpe?

La historia del ejército argentino había sido sepultada, como le había ocurrido a la historia del país. Los grandiosos acontecimientos mundiales de 1943, por lo demás, relegaban las disputas interiores a simples manifestaciones secundarias. La realidad argentina aparecía como un eco servil de la pugna entre los gigantes. Sin embargo, el papel que asume el Ejército en 1943, llevaba a plena luz profundas alteraciones internas en la estructura misma de la sociedad argentina. Desde las invasiones inglesas hasta la federalización de Buenos Aires en 1880, desde la revolución de 1905 hasta la contrarrevolución de 1930, la milicia había reflejado en su seno los cismas de la sociedad civil. Antes, las fuerzas porteñas habían luchado contra las montoneras gauchas de las provincias. Después de Caseros, esa lucha se reproduce bajo la forma del enfrentamiento entre los soldados mitristas de Buenos Aires contra las fuerzas federales de Urquiza.

Al día siguiente del drama de Pavón, el ejército vuelve a escindirse ante la revolución porteña contra Avellaneda, sostenido por la mayoría del Ejército nacional de las provincias en 1874. En 1880 la Guardia Nacional de Buenos Aires y las milicias de Tejedor resisten la federalización que imponen los 40.000 hombres al mando de Roca. En 1905, los militares quintanistas se imponen a los militares yrigoyenistas. Después, la mayoría del Ejército sostendrá a Yrigoyen en su política nacional. En 1930 esa situación persistía y sólo la completa descomposición del radicalismo y la ancianidad del caudillo permiten la asombrosa situación de una fuerza que espera en vano la orden de reprimir al puñado de militares que siguen a Uriburu. A partir de 1930, depurado de militares yrigoyenistas, el Ejército enmudece y se hace «profesional». Tolerancia así la década de corrupción e ignominia del General Justo, bajo el puño de los logistas agrupados alrededor del General Rodríguez. Los capitanes y oficiales jóvenes que participan, de cerca o de lejos, en el motín de 1930—Perón, Silva, Lucero, Sosa Molina, Ramírez, Descalzo y muchos otros—observarán a lo largo de 13 años la colonización del país. Algunos

sectores se nutrirán de la literatura nacionalista oligárquica, tanto como de los cuadernos y publicaciones de FORJA, mientras que otros se plegarán a la ideología «democrática» que domina la época.

Por lo demás, la idea de derribar al «régimen» es tema que frecuente en los últimos años de la Década Infame todos los casinos y conciliábulos de jefes y oficiales. También sobre el Ejército argentino, al estallar la guerra imperialista, ejercían su influencia ideológica los dos bandos imperialistas. Como los alemanes nazis comprendían muy bien la imposibilidad de lograr un alineamiento argentino en su acción militar, sus aspiraciones se reducían a la esfera puramente política: mantener la «neutralidad» de la Argentina todo el tiempo posible. Esa neutralidad ofrecía a los alemanes todo género de ventajas: facilidades para el espionaje y contraespionaje contra los ingleses y norteamericanos, así como información económica y militar por vías de comunicación que habían llegado a ser únicas en América del Sur. La financiación del diario *El Pampero* y de otras publicaciones menores por los alemanes, contribuyó durante la guerra a difundir los partes militares de Hitler entre el Ejército argentino, que bajo el monopolio informativo anglo yanqui, estaba excluido de esa fuente informativa.

El neutralismo de un importante sector militar no se fundaba, sin embargo, en sus inclinaciones por el bando nazi. Es indiscutible, a este respecto, que los militares aborrecían a los «democráticos», en tanto eran visualizados como los explotadores tradicionales del país. El espectáculo de la Década Infame no dejaba a los oficiales ningún lugar a dudas. Había una tendencia natural a simpatizar con los adversarios lejanos de nuestros enemigos inmediatos. Desde 1911, además, todos los textos de los institutos militares y los asesores del Estado Mayor eran oficiales alemanes, cuya reputación técnica era la más alta de Europa. La formación profesional de los oficiales argentinos se había vinculado estrechamente a la tradicional pericia del Ejército alemán. Pero este «germanismo» de oficio no iba ni podía ir más allá de sus límites lógicos.

Aunque la enseñanza de la historia nacional era tan deficiente en las escuelas militares como en la Universidad, el papel jugado por las fuerzas armadas en la historia argentina, la guerra civil y la Conquista del Desierto era tan notorio, que un oficial de Estado Mayor estaba mejor informado del pasado del país que sus equivalentes universitarios de la pequeña burguesía. La tradición nacional vivía con más fuerza en el Ejército que en la Universidad; los oficiales conocían la geografía física, económica y social del país al detalle. Advertían la proporción de conscriptos rechazados por inhabilidad física en las juntas médicas, conocían la miseria de los pueblos marginales en las guarniciones de provincias; alfabetizaban y suplían en el cuartel las deficiencias presupuestarias del sistema educacional;

reemplazaban la impotencia del Estado en la construcción de puentes, rutas y medios de comunicación en las más apartadas regiones de la República. A diferencia de sus colegas de la Marina, la estructura militar cubría todo el territorio nacional y establecía de hecho una relación íntima y permanente con los problemas más agudos del país colonizado. El neutralismo militar nacía, en consecuencia, de una aguda conciencia nacional.

En los países semicoloniales o independientes, un sector del Ejército asume cíclicamente la representación de los intereses nacionales, ante la debilidad manifiesta de la burguesía nativa o la descomposición de los viejos partidos. El contenido de su política puede abarcar todos los matices: desde un jacobinismo revolucionario pequeño burgués, hasta hacerse intérprete de los intereses del empresariado de capital nacional. Toda la historia de los «pronunciamientos» en la España del siglo XIX se explica a la luz del descontento de la burguesía española postergada, o de la clase media reducida a la miseria y a la impotencia política.

En el siglo XX, la actitud de los oficiales turcos, árabes, brasileños, mexicanos o bolivianos proporciona abundantes testimonios de los choques entre fracciones del Ejército y ciertos núcleos de las clases dominantes. La oficialidad del 4 de junio nacía de causas históricas análogas y debía sufrir los mismos desgarramientos interiores que sus colegas de otros países. Cerrados los caminos para una solución pacífica en los marcos de la sociedad civil dominada por la caduca oligarquía, se abrían inmensas posibilidades económicas para la burguesía durante la guerra. Todas las contradicciones se transfirieron a la esfera militar, en cuyo seno se tradujeron los viejos y nuevos intereses agrarios e industriales. Que este dilema no fuera perfectamente claro para todos los conjurados, carece de importancia. Cada uno de ellos se hizo a la acción movido por sus propias ideas. La historia universal se ríe de los inconscientes actores que se agitan en su vasto escenario, y sólo ayuda a quienes responden a los intereses profundos del proceso peculiar al que se precipitan. El Ejército argentino irrumpía en la política bajo la presión de necesidades históricas que sus propios jefes ignoraban.

Para la izquierda cosmopolita, y cuanto más «ultraizquierdista» peor, este parece ser tema tabú. Verdaderos estremecimientos recorren su delicada piel cuando se trata de entender el proceso histórico vivo. La izquierda simiesca sólo repite los teoremas resecos, mal leídos y vaciados de toda sustancia vital.

El «nacionalismo militar» argentino se formó durante la «década infame» y llevó su sello. Desde 1930 a 1943 el mundo presencia el apogeo triunfante de las potencias totalitarias europeas y la declinación del liberalismo clásico. La burguesía pierde, según hemos dicho ya, sus ilusiones juveniles y su fe en las instituciones democráticas. Reemplaza el parlamento con el hacha, los sindicatos con la policía,

el liberalismo con el terrorismo fascista. Tales son las manifestaciones de la crisis mundial en los países más empobrecidos de Europa. El nacionalismo fascista de las potencias imperialistas es acogido como metal de buena ley por los sectores más reaccionarios de los países coloniales o dependientes. Se produce así una contradicción entre el carácter progresivo de las ideas nacionalistas de los países atrasados, con el carácter retardatario del nacionalismo en los países avanzados que aspiran al Imperio. El «nacionalismo militar» del 4 de junio, por añadidura, observa con admiración que las fuerzas nazis dominan Europa y se disponen a la conquista del mundo. A semejanza de todos los Estados del mundo no interesados directamente en el gigantesco conflicto, el Ejército argentino no estaba dispuesto a atarse al carro de los vencidos en una guerra donde no estaban en juego los intereses nacionales. Tales fueron las bases de la neutralidad obstinada mantenida por los hombres de Junio.

A lo dicho se impone añadir algo que los «marxistas» posteriores no lograrán entender jamás: que la diferencia entre naciones opresoras y naciones oprimidas, debe extenderse, para comprender la política argentina, a las oposiciones entre los ejércitos de los países opresores y los ejércitos de los países oprimidos. La historia del país enseña el papel dual desempeñado por nuestras fuerzas armadas en los momentos de crisis. Si el 4 de junio de 1943 el Ejército asume el poder y ejecuta numerosas medidas de nacionalismo económico, esto se debía esencialmente a la bancarrota de los viejos partidos populares y a la carencia de una burguesía nacional capaz de disputar a aquellos la conducción de ese proceso de liberación.

La transformación del Ejército en partido político no constituía, por lo demás, una absoluta novedad. Desde el Acta de Rancagua, donde San Martín rompe con Buenos Aires y es designado comandante en jefe por sus oficiales¹¹ hasta los episodios más significativos de la guerra civil, hubo siempre en el país un sector del Ejército que estuvo con el pueblo o los intereses nacionales, enfrentado a otro que defendía los intereses opuestos. Con sus propias divisas y sus propias ilusiones, los oficiales del 4 de junio entraban arduamente a la política argentina para cortar el nudo gordiano de tres lustros de infamia. Como tantas veces ha ocurrido en la historia mundial, lo que hacían era contradictorio con lo que decían y su positiva política económica estaba en contradicción con la naturaleza retardataria de sus ideas semi fascistas. La base del equívoco sería descubierta más tarde: el nacionalismo militar sin pueblo no podía sobrevivir. Prisioneros del nacionalismo oligárquico del 6 de setiembre, los militares se habían divorciado de la clase media democrática sin atraerse al proletariado. Las águilas negras del nacionalismo cosmopolizante cubren con su sombra el primer período de la era juniana. Pero el

4 de Junio sólo podía salvarse trocándose en 17 de Octubre. La lógica del relato impone ahora describir a los civiles del nacionalismo en funciones de gobierno.

La inteligencia setembrina en el 4 de junio

En agosto de 1943, Marcelo Sánchez Sorondo, obedeciendo a su irresistible propensión al militarismo literario, dirige un «Discurso a los militares». La médula misma de esta pieza bronceada se encuentra en el siguiente párrafo:

Pero el 6 de setiembre, aunque traiga luego el peor gobierno por lo representativo de malo, abre una brecha, una brecha en la legalidad y por cuerda separada, suscita el nacionalismo, el movimiento comprensivo y abarcador de la revolución histórica pendiente¹².

¡Justísimo! Pues el nacionalismo oligárquico que había colaborado en el derrocamiento de Yrigoyen, entró «por la brecha» de la restauración uriburista a la escena. Salió de modo diferente a como había entrado pues lo distintivo de este nacionalismo de clase y semifascista nacido de la contrarrevolución, será enancarse a todos los golpes militares que sospecha lo bastante reaccionarios, sólo para ser despedido sin ceremonias al día siguiente: la gratitud es una virtud privada que la política ignora. Signo fatídico que, cosa curiosa, no ha logrado decepcionar a los nacionalistas de sus intenciones en la política, después de 40 años de infortunio, desde Uriburu a Onganía.

Como la revolución de Junio tendrá a los nacionalistas como teóricos e inspiradores, es irrecusable esbozar su significación doctrinaria. Pues la revolución que «anunciaron» se hundió por ellos, así como resurgió de su sepulcro gracias a las masas trabajadoras. Ya hemos señalado en el capítulo consagrado al uriburismo el papel jugado en ese período por los hijos de los senadores. La larga noche que se extiende por el mundo al comenzar la Década Infame se manifiesta en la Argentina por una doble sumisión: la de los cipayos de izquierda y los de derecha.

Los imperios totalitarios proporcionan los argumentos «nacionalistas» a estos últimos, que al revolver los papeles de la historia nacional descubren en Juan Manuel de Rosas a un precursor por su condición de ganadero, de dictador y de porteño.

Confieso sin eufemismos que Rosas me parece un héroe nacional más genuino que San Martín... Sin entrar a pesar posibilidades ni talentos, me parece que don Juan Manuel le lleva ventaja al gran jefe de los Andes por su criollismo. Es más enteramente nuestro por su arraigo al suelo de sus antepasados y por ser porteñísimo en su acción, en sus gustos y en su carácter¹³.

dirá Héctor Sáenz Quesada. Una idea dominará a los nacionalistas oligárquicos en su juicio histórico, la de que el proceso histórico argentino cesa de fluir al caer Rosas. Ramón Doll resume claramente el concepto:

Así, en 1853 se interrumpe la Historia argentina para comenzar una humillante crónica de la recolonización europea en la Argentina¹⁴.

El nacionalismo ganadero tendrá, según se verá, intérpretes extranjerizantes y adversarios de la industrialización. Salvo alguno que otro de los intelectuales nacionalistas (sobre todo, en el período peronista) el rasgo constante será una especie de romanticismo conservador y una glorificación de todas las contrarrevoluciones de la historia universal. No ocultan su devoción por Burke, el sórdido inglés, enemigo implacable de la Revolución Francesa, cuyas injurias al grandioso acontecimiento alimentarán el despecho feudal de la vieja Europa durante décadas. ¡Un nacionalismo argentino encuentra su modelo en Burke, en Maurras, en Bainville, en los enemigos de la Nación y del nacionalismo de la Europa moderna! En este rasgo puede filiarse el origen oligárquico y reaccionario del «nacionalismo» argentino, esto es, en su rechazo al nacionalismo genuino y en su incompetente desdén para estudiar la cuestión nacional.

El romanticismo conservador de los nacionalistas

El agrarismo nacionalista era característico. En una declaración del «Frente de Fuerzas Fascistas» de Córdoba, en 1936, entre otros puntos de su atractivo programa, podía leerse: «Restauración de los cuadros sociales en que se reparten las actividades de la Nación bajo la forma tradicional de las corporaciones. El pueblo, como agregado numérico de individuos, es un ente amorfo... La Argentina

es, por su geografía, un pueblo rural. Las leyes deben conservarle esa condición, arraigando a sus hijos en la tierra. El urbanismo debe ser combatido. El industrialismo debe ser morigerado».

Vivían de rodillas ante la Europa armada: el capitalismo imperialista apelaba a la edad heroica de los tiempos feudales. El gobernante se disfrazaba de soldado; su empresa mercantil era exornada con motivos romanos o wagnerianos. Racista y primitiva, la nueva ideología del capital financiero europeo embelesa al nacionalismo oligárquico, que busca infatigablemente una espada impoluta para establecer el orden en la semicolonía. Pocos nacionalistas enjuician a Inglaterra. Raúl Scalabrini Ortiz, formado en la tradición del nacionalismo democrático, dirá de ellos:

Los nacionalistas hicieron todo lo posible para demostrar que estaban dispuestos a servir a Inglaterra. Atacaron al doctor de La Torre cuando denunciaba los manejos de los frigoríficos; defendieron la Coordinación acusando de vendidos a la Standard a los que se oponían a ella¹⁵.

Hijos de un conservadorismo rural en crisis, los nacionalistas emplearán un clericalismo delirante para imbuir de eternidad su poesía del atraso. Catolicismo y conservadorismo se combinaban a veces admirablemente. Carlos Steffens Soler recorrerá amargamente el rosario de desilusiones del nacionalismo:

El General Justo reunió alguna vez todas las voluntades católicas; era su contendiente en la lucha presidencial, un ateo con desplantes teatrales, pero sincero: librepensador de empaque impenetrable, como aquellos que se suicidaban para darle una bofetada a Dios, según la fórmula que aconsejaba Vargas Vila. La fuerza aportada fue considerable¹⁶.

Naturalmente que lo fue, pues los nacionalistas, que ayudaron a la proscripción del yrigoyenismo, ingresaron al detestado «régimen» de Justo en cátedras, reparticiones, ministerios y gobernaciones. Carlos Ibarguren, distinguida figura del nacionalismo, formaba parte de tantas Comisiones y entidades oficiales durante la Década Infame, que Enrique Loncán lo llamaba burlonamente «comisionófilo polivalente».

El propio Presidente Ortiz, abogado de los ferrocarriles ingleses, prestaba su colaboración para festejar el aniversario de la Vuelta de Obligado, a solicitud del

Instituto de Investigaciones Históricas «Juan Manuel de Rosas»¹⁷. El Ministro de Marina, Almirante Scasso, ponía a disposición de los rosistas un vapor de la Armada para celebrar un homenaje –legítimo por lo demás– a Gerónimo Costa¹⁸. Manuel Fresco, en fin, gobernador fraudulento de la Provincia de Buenos Aires, proclamaba con arrestos marciales su condición de nacionalista, de rosista y de ferviente católico: al mismo tiempo, practicaba la política de los trusts belgas de la electricidad en la provincia, instauraba la enseñanza religiosa en las escuelas de dicho Estado y glorificaba al Brigadier Rosas en la enseñanza.

La reacción triunfaba en toda la línea, entre los liberales cipayos, la izquierda antinacional y el nacionalismo fascista. El tembloroso poeta Francisco Luis Bernárdez, posteriormente «libertador» y «democrático», componía un himno para la agrupación nacionalista «Restauración»:

*Con la cruz convertida en Espada
restauraremos la fe nacional
y juremos borrar la doctrina
que envenena la tierra argentina
y divide su pueblo inmortal*¹⁹.

El nacionalismo patricio y el Martín Fierro

De este modo el nacionalismo oligárquico perdía hasta el rastro del único nacionalismo histórico del país, el nacionalismo popular que encontraba sus orígenes en Manuel Belgrano y Mariano Moreno, las montoneras federales, el nacionalismo provinciano, José Hernández, el ejército roquista, el radicalismo yrigoyenista. Vivíase una época que Mussolini evocará en sus «Memorias»: «Eran los años 1935 36 los años solares de Italia y del régimen»²⁰. Los propios «demócratas» europeos advertían la fatalidad del fascismo en ciertos países. Churchill dirá al Duce: «De ser yo italiano, puede usted estar seguro, Duce, que también sería fascista»²¹. Pero sin duda el ejemplar más típico del nacionalismo oligárquico de la época es Héctor Sáenz Quesada. Antisemita, antiitaliano, antigauchesco, antiprovinciano, Quesada resumía en sus epigramas la razón de ser del nacionalismo o, mejor dicho, su frivolidad histórica. Pues Quesada, que firmaba «Sáenz y Quesada», a la manera antañona, discurría en su Club con nostalgia muy «fin de época», acerca de una Argentina castellana, hispánica y jerárquica que en verdad no existió nunca.

Había algo de candoroso en ese nacionalismo de pujos aristocráticos adquiridos más en lecturas francesas que en blasones, pues ya sabemos quiénes vinieron en los azarosos navíos, cómo desaparecieron los hombres de hierro de la primera inmigración y qué clase de gallegos llegaron después con sus telas para echar linaje. De ahí que esa

Argentina nuestra, la verdadera porque era de los criollos únicamente, la de cuando todos éramos primos y no necesitábamos deletrear un apellido para entenderlo²².

es una Argentina envuelta en una quimera puramente literaria. El propio Quesada no disimula su desdén al Interior; y su condición de porteño neto brota en cada línea de las elegantes páginas en que se retrató a sí mismo antes que al país. Es un admirador de los estancieros rudos y candorosos de la edad liberal; los exculpa a fuer de ganaderos:

Los cabañeros (todavía en ese entonces existían criollos que se apresuraban a morir con la bendición papal, enviaban a sus hijas a la Santa Unión y tenían un sano temor de los anarquistas de Barcelona) se abonaban entusiasmados a las conferencias de Clemenceau, de Ferrero, de Anatole France, de Blasco Ibáñez, de Viviani de cuanto atorrante izquierdista llegaba a estas playas inocentes precedido por el prestigio de las logias²³.

Su juicio sobre el criollo real es menos generoso que ante el estanciero liberal del Centenario y, cosa nada sorprendente, se vincula con la leyenda groussaquiana o borgiana de reducir a la nada el poema nacional:

En los salones o en los clubs, la misma ‘gente decente’, escindida en opiniones, admiraba los ribetes sociológicos del románticamente exagerado ‘Facundo’ o apreciaba (estancieros al fin) el habla y costumbres campesinas fielmente reproducidas en ‘Martín Fierro’. Más aunque la supiese de memoria, nadie consideraba la obra de Hernández sino como un equivalente, con color local, de las novelas de aventuras de Julio Verne o de Mayne Reid. A ninguno se le ocurrió tomar en serio, como si fuese la biblia pampeana, el argumento del Martín Fierro’.

Porque si reducimos el famoso poema al boceto biográfico del paisano protagonista, no encontraremos otra cosa que la trasposición, al sur del Salado, de un cuento de bandidos de Sierra Morena. Trama de romance de ciego que podría ser cantado, con idéntica guitarra, bajo los portales de cualquier plaza española. El hombre pobre al que un injusto maltrato por las autoridades lleva al delito es un tema antiguo como la demagogia y probablemente tan falso como ella²⁴.

Argüía sobre la necesidad

de vigilar estrechamente al Hotel de Inmigrantes, evitando la importación de reproductores del Asia Menor, o de los ghettos o de esa mitad de Italia que Mussolini fulminaba diciendo que debía ser la esclava de los italianos del norte.

Vale la pena confrontar la opinión del nacionalista oligárquico, con la que formula el liberal oligárquico Borges:

El 'Martín Fierro' les agrada contra la inteligencia en pos de una herejía demagógica del pauperismo como estado de gracia..., la cándida y estafalaria necesidad de que el 'Martín Fierro' sea épico, ha pretendido comprimir en ese cuchillero individual de 1870 al proceso misceláneo de nuestra historia... para nosotros el tema del 'Martín Fierro' ya es lejano y de alguna manera exótico, para los hombres de mil ochocientos setenta y tantos era el caso vulgar de un desertor que luego degenera en malevo²⁵.

Según puede verse, la oligarquía en sus dos alas, la liberal y la nacionalista, provee a sus corifeos de los mismos juicios ante las cuestiones esenciales. Sáenz Quesada coincide:

En definitiva Martín Fierro nos abre un interrogante: si fue meramente tonto o delincuente nato. De lo que no hay duda es que fue un vencido. Y es probable que pese a su sentimentalismo demagógico no saliera jamás del costumbrismo pintoresco, sin aspirar a la encarnación de un arquetipo, sino aparece por ahí otro

gaucho literario, creación de Eduardo Gutiérrez... porque el verdadero Martín Fierro se llama Juan Moreira... retrato de un campesino rústico que por sus defectos fracasa en adaptarse a las nuevas circunstancias del medio». El refinado hombre de club observa, sin embargo, «que el desgraciado, si no bandido, Juan Martín Moreira Fierro demuestra algunas veces hidalguía, prueba de instintiva fidelidad popular a los genearcas castellanos»²⁶.

Estos nacionalistas tenían una involuntaria vis cómica. Es un ángulo digno de estudio.

El gorrión, el gringo, el fascismo

Al mismo género de desplante estilístico y racial pertenecía Ignacio B. Anzoátegui, con su españolismo decorativo, en cuyo tintero se revolvían la espada de la Conquista, el orden del látigo, la Cruz de Roma y el espíritu estamental, donde cada uno está en su sitio, el conde y el verdulero, según su imagen²⁷. Aborrecían las revoluciones, las reformas, las plebes, los iluministas, los aparatos de laboratorio, los instrumentos mecánicos en general y la regla de cálculo, Descartes y los Enciclopedistas, el comunismo y el racionalismo, el liberalismo y el «estúpido siglo XIX». En su libro «Vidas de muertos» Anzoátegui observa que *Sarmiento trajo tres plagas al país: los italianos, los gorriones y las maestras normales*²⁸.

Escribió algunos ensayos sobre Sócrates, Voltaire, Tolstoi, Calvino, Carlos III, que reunió en un volumen con el título de «Vidas de payasos ilustres». A Voltaire le profesaba una gran estima:

*Tenía una sonrisa volteriana que le cruzaba la cara y que le amordazaba el cerebro: su inolvidable sonrisa de viejo hijo de puta*²⁹.

Ramón Doll carecía de estos refinamientos de esteta. Era un polemista acre y devastado con la sangre revuelta y la mirada torva. Juzgaba a la Argentina dominada por

el imperialismo anglo judeo masón» con el designio secreto «de impedir a toda costa el poderío económico de cualquier país católico.»³⁰

Hacía un elogio del arte de injuriar, que atribuía a Rosas y al rosismo, ya

que no nos privamos jamás de la paleta estercolaria, del plastrón que registra esos colores deprimentes, amarillo biliosos que tornan cetrina la faz del que siente las primeras bascas, en la inminencia de un vómito calamitoso como una tempestad.

Este delicioso interlocutor agregaba lo inútil que resultaba invocar la tradición del criollismo rosista en los argentinos procedentes de la inmigración:

Se nos asegura que el rosismo tiene que carecer de fuerza fundamental en una masa enorme de catalanes, vascos, gallegos, genoveses, napolitanos, piemonteses y calabreses de origen y en último caso sólo puede despertar el interés vital de una buena porción de cambalacheros polacos y judíos de la calle Libertad que se clavaron con las boleadoras, estribos y facones empeñados por los últimos gauchos.³¹

En pleno furor de la segunda guerra, en fin, Marcelo Sánchez Sorondo afirmaba con un énfasis inspirado en José Primo de Rivera:

Fuimos en política por su lado estético partidarios de la monarquía y por su lado, digamos cinegético –movido– fascistas, acérrimos fascistas... Que quede pues constancia: hubo en Buenos Aires quienes debieron sus convicciones políticas a sus convicciones religiosas; hay un grupo de hombres con todos los síntomas visibles e invisibles de una generación que sólo por católicos llegaron al fascismo, que por su inteligencia católica comprendieron toda la grandeza del resurgimiento secular que proclama al fascismo³².

La idea nuclear de este singular movimiento intelectual y político que extiende su influencia a partir de 1930 es la solución salvadora de una dictadura. Su proclamado catolicismo era de estirpe maurassiana, es decir puramente instrumental y episódica. Se trataba de emplear a la Iglesia al servicio de una política. Esto había quedado perfectamente claro en Francia, cuando en 1925 el Vaticano condena a Maurras.

El rosismo era otra desvirtuación de un debate histórico necesario. Transformar a Rosas en bandera de un movimiento político fundado en la violencia y marginado del pueblo, tal era el designio. En todo lo demás, la doctrina de los cavernícolas era genuina. El 4 de junio les proporcionó una oportunidad más amplia que el 6 de setiembre. Son estos mismos caballeros y sus seductoras ideas los que se instalan en el aparato político del gobierno militar, ante la alarma creciente de los virtuosos soldados. En el momento decisivo el coronel Perón los apartará fríamente del poder, que hacían peligrar, pronunciando el célebre aforismo que los definía como «píantavotos de Felipe II».

La política cultural de la revolución de junio

Aunque Hitler se enterraba lentamente en las estepas rusas y Mussolini era depuesto en Roma por una conspiración de sus cobardes jerarcas, la situación militar del continente europeo y asiático estaba lejos de ser favorable para los aliados en agosto de 1943. Podía abrigarse todavía la esperanza de que un «Nuevo Orden» se instauraría en el mundo en ruinas. Jadeantes de victoria, los nacionalistas del 4 de junio se propagaron como peste triunfante sobre la Universidad masónica, liberal y cipaya. Se oponían así, en los claustros, los intérpretes, no siempre desinteresados, de los dos colonialismos. De un lado la juventud universitaria debió replegarse bajo el manto raído de la Reforma; las libertades democráticas eran el leit motiv en las filas del profesorado oligárquico. En la opuesta barricada se encontraba la bandera del violín violón, Santo Tomás y «Dios, Patria y Hogar». Esgrimidos por los nacionalistas, tales símbolos helaban la sangre en las venas de la clase media.

El bravo general Elbio Anaya dirigía el 20 de agosto una exhortación a maestros y profesores. Deseando proveer cargos en la enseñanza, solicita su renuncia a aquellos que podrían ser incluidos en las siguientes categorías:

Se dirige en particular a los ineptos; a los sin títulos habilitantes; a los que aun teniéndolos han hecho de sus puestos una fuente de ingresos para satisfacer lujos con placeres o comodidades. Habla a quienes teniendo fortuna o familiares en desahogada posición económica que tienen la obligación de mantenerlos, usufructúan de los cargos mencionados... A los extranjeros, aún cuando sean aptos, si no tienen arraigo, vale decir, hijos, esposas, padres o

hermanos argentinos o cuyo nombramiento no date desde más de diez años atrás; a los que sin hallarse comprendidos en ninguno de los apartados anteriores hubiesen delinquido moral o materialmente.

Se hacía saber a los destinatarios que

deseosos de evitarles otras ulterioridades, quedarán sin ser publicados los nombres de los que espontáneamente se apresuren a contribuir con su renuncia³³.

En menos de noventa días el carácter «fascista» del gobierno militar era indiscutible para toda la pequeña burguesía. El «neutralismo» del gobierno era identificado con su nazismo, su política de argentinismo económico, asociado por la cipayería a una caracterización totalitaria. Los más importantes contribuyentes a este galimatías fueron los nacionalistas uriburistas, cuya insensatez política rayó a gran altura. La Universidad del Litoral fue intervenida: el Interventor era el maníaco medieval Giordano Bruno Genta. Sus primeros discursos bastaron para convertir la Universidad en un campo de batalla. Se descolgaron los retratos de Sarmiento y se colgaron los de Rosas, sustituyéndose la historia liberal, mediante el juego acríptico del sube y baja, por la historia rosista. Genta declaraba en Santa Fe que

el problema de la salvación del país es principalmente el problema de la inteligencia, porque sólo por la inteligencia conocemos los fines y somos capaces de obrar ordenados por ellos³⁴.

Arturo Jauretche replicó, con su ingenio característico, en un manifiesto publicado por FORJA:

Alabanza máxima al bandidaje universitario que ha traficado con todos los bienes de la Nación, formado por inteligencias conocedoras de los fines que nunca han sido capaces por la inteligencia de obrar en orden a los fines superiores de la existencia, porque la inteligencia no es fuente de virtudes³⁵.

Al indicar Genta la necesidad de formar una ‘aristocracia de la inteligencia’ nutrida en la estirpe romana e hispánica’, el mismo manifiesto replicaba en nombre del nacionalismo democrático:

¡Que la cultura greco romana salve a Europa y vengan después sus portavoces a proclamar su vigencia y su excelencia! Pero sueñan perdidos los que sin aquella demostración previa, se anticipan a preconizar para nuestra vida nacional lo que ya no parece ser sino fermento de muerte... Y aquí, terreno más familiar para nosotros y menos conocido de los intelectuales greco romanos, ¿no es la inteligencia la que ha brillado en el régimen, en sus católicos cultísimos, en sus judíos cultísimos, en sus ateos cultísimos, sus mercaderes y gobernantes cultísimos? ¿Y qué han significado? Por sus frutos los conoceréis. En la acción del Estado, ahí están sus leyes, decretos, sentencias, tratados, en que toda justicia fue subordinada a los intereses más abyectos³⁶.

Sin perder un minuto, el gobierno intrépido (aunque inconfiable) del general Ramírez ordenó la detención de Arturo Jauretche, Presidente de FORJA y de su secretario general, Oscar Meana. La respuesta del sistema universitario oligárquico, por lo demás, reflejó de modo transparente el conflicto, tal como lo había definido el título del Manifiesto de FORJA: «La falsa opción de los dos colonialismos». El nacionalismo democrático, como tantas veces en nuestra historia, quedó ahogado por el resonar de las fuerzas imperialistas dominantes en el mundo: detrás de la Universidad Democrática se alzaba el imperialismo anglo yanqui; y detrás de los interventores tomistas, las divisiones blindadas de Hitler.

El mito y el hacha

Se impone leer dos veces, para comprobar que no se trata de una alucinación retrospectiva, los discursos y mensajes del nacionalismo oligárquico en el poder. Pues a continuación del general Anaya, pasaron por el Ministerio de Instrucción Pública sucesivas tandas de ministros, que sin piedad flagelaron la maltratada cartera: Gustavo Martínez Zubiría, el mediocre folletinista, antisemita enfermizo y pólipo del presupuesto, que instaura la enseñanza religiosa en las escuelas. Alberto Baldrich, fascista contumaz (luego peronista fascista) y el doctor Rómulo Etcheverry Boneo, católico más moderado, elegido por los coroneles para el cargo cuando la situación militar de Europa había dado un vuelco espectacular en favor de los imperialistas democráticos y el país hervía bajo la presión del cipayaje en alza.

En este período oscuro de la revolución juniana, ocuparon cargos claves en el aparato cultural del Estado el inefable Dr. Carlos Obligado (Interventor

de la Universidad de Buenos Aires), el presbítero Juan R. Sepich, el doctor Héctor Sáenz y Quesada, el poeta y escritor Ignacio B. Anzoátegui, el doctor Adolfo Silenzi de Stagni, que depuraría sus orígenes fascistas haciéndose luego peronista, más tarde prostalinista y finalmente «antiimperialista independiente». Nombres característicos serán asimismo los del doctor Ignacio B. Olmedo, el historiador Ricardo Font Ezcurra y Héctor Llambías. En su mayoría, integraban la semiintelectualidad del 6 de Septiembre, cuyo símbolo fue el general Uriburu.

El doctor Olmedo fue designado interventor del Consejo Nacional de Educación. En un acto celebrado en el Luna Park, y al que concurren obligatoriamente 25.000 maestras y maestros, Olmedo destiló mieles de su doctrina. Instruía a las maestras sobre los espantosos peligros del pensamiento independiente:

¿Existe una libertad absoluta de pensar? Contra la doctrina liberal que así lo sostiene opongo la afirmación de que no puedo pensar libremente lo que quiero... De este verdadero concepto de la libertad jurídica se desprende la facultad innegable del poder civil de prohibir la enseñanza de doctrinas erróneas y perversas contra la seguridad del Estado.

Ridiculizó el hecho de que el Estado reprima la rebelión, pero no pueda

condenar y perseguir las doctrinas que incitan a la rebelión³⁷.

Acto seguido habló Giordano Bruno Genta, obligado a renunciar en esos días a la Universidad del Litoral por los escándalos ocasionados y que en esta oportunidad se hacía cargo de la Escuela Superior del Magisterio. Genta no defraudó la expectativa.

Los argentinos queremos ser: pares entre los pares; queremos ser con los pueblos hermanos, caballeros de la Tabla Redonda. Como aquellos caballeros somos nobles y valientes; tenemos un nombre que conservar sin mácula y un pasado de hazañas que nos obliga a continuarlo sin ensombrecerlo. Y tenemos antepasados tan celosos del lugar que les correspondía, que proclamaban: Tan hidalgos como el rey, dineros menos³⁸.

Que estas palabras fueran pronunciadas en el Luna Park, que en aquella época era recinto de matones de box, entre dos encuentros de semi pesados, resultaba algo burlesco, casi tanto como el origen hispánico y caballeresco de Giordano Bruno. Las azoradas maestras debieron escuchar instrucciones todavía más extrañas:

Es urgente la rehabilitación de la inteligencia en el maestro normal por la disciplina metafísica y teológica que la restituya al hábito de Dios y de las esencias... Se trata de que el maestro asuma conciencia lúcida y fervorosa de todo lo que concierne a la defensa de nuestra soberanía y de que enseñe a sus hijos que la escuela argentina, antes prepara para saber morir en la hora precisa que para asegurar una vida tranquila y confortable; que el arado puede abrir el surco porque la espada vigila³⁹.

Tranquilizadas por completo las maestras ante esta perspectiva, al concluir el acto disfrutaron los sonos de la «Marcha del 4 de Junio» ejecutada por la Banda de la Policía.

En la Facultad de Derecho de Buenos Aires, fue designado Interventor Héctor Sáenz y Quesada, a quien ya conocemos. Como el Colegio Nacional de Buenos Aires dependía de aquella Universidad, lo primero que hizo la «elite» nacionalista fue rebautizarlo con el nombre de Colegio Universitario de San Carlos. Con ese motivo, Sáenz Quesada lanzó una alocución a los estupefactos recién egresados:

A vosotros, universitarios, corresponde el cotidiano quehacer de la reconquista, el acendramiento del alma nacional, para que sea la Argentina presente y futura y conforme a su esencia, católica hispánica criolla, rioplatense. Que el extranjero que recibamos con nuestra proverbial llaneza hospitalaria admita humildemente la natural primacía de los dueños de casa: pues el que habita con nosotros el solar en que están enterrados hasta los abuelos de nuestros abuelos, debe adquirir los hábitos del espíritu de quienes nos mandan y encuadran desde el fondo de la historia... aquerenciar la inteligencia argentina en lares ajenos y de extrañas modalidades constituye la más peligrosa, porque es subrepticia, de las penetraciones extranjeras, y porque en definitiva todos los problemas especulativos se resuelven en los hechos por un planteamiento reli-

*gioso, es la fe el baluarte que se ataca, nunca de frente sino por trabajos de zapadores, puesto que la forma de vida de los argentinos se inspira en su religión*⁴⁰.

Entre los que escucharon estas palabras de un hijo de la ‘gente decente’, se encontraban los bachilleres Apresoff, Bianchi, Bisso, Carabelli, Federovsky, D’Elía, Kirschbaum, Lombardi, Moscatelli, Ottinello, Rasmussen, Spurr, Scenna, Massa, Litvinoff, Hammer, etc., etc., es decir, los hijos o nietos de la inmigración que formaban parte indestructible de la Argentina moderna, fusionada con la sociedad criolla, que, por otra parte, en su inmensa mayoría no pertenece a la ‘gente decente’.

Puede verse la lista de apellidos de los bachilleres en *La Prensa* del 13 de agosto de 1944 y podrá comprobarse que la Argentina del Sr. Sáenz Quesada, no sólo no era real, sino que ni siquiera había tenido realidad nunca, del mismo modo que la España de su retórica tampoco era la España histórica, esa España romana, visigoda, judía, marrana o musulmana, crisol vital de un gran pueblo. El país que ambicionaban los nacionalistas empobrecidos por la crisis y que buscaban altos cargos públicos para sobrevivir, era una pura ilusión: un reducido grupo de estancieros cultos reinando sobre la masa de peones y una clase media de inmigrantes respetuosos que concurrían a misa, vendían verdura y traficaban los cueros en el puerto. Ese era todo su programa.

El nacionalismo oligárquico, como sus primos conservadores, detestará al radicalismo. Las razones son fáciles de comprender:

*El año 1916, por medio de la ley Sáenz Peña, accede al gobierno el aluvión inmigratorio llegado al país después del servicio de vapores con la Europa. El gobierno escapa de las manos de los hispano-argentinos para extenderse a otras razas, cuyos apellidos –tan jocosamente comentados en su hora– demuestran la transformación racial más bien que social, llamada radicalismo. Y es entonces que la descendencia semi-asimilada del inmigrante que hasta había llegado a olvidar el dialecto ligur o siciliano aprendido en su casa, siente la necesidad de inventar un término despectivo que lo distinga de los desplazados y le confiera a despecho de la realidad de la sangre– una patente de argentinismo. Y el diccionario le proporciona, con sentido gramatical, pero no histórico, la palabra oligarquía*⁴¹.

En realidad, el nacionalismo del 30 y el 40 formaba parte de un sector más o menos arruinado de la vieja oligarquía, sumergido en la nostalgia de las doradas horas del centenario.

El mismo autor evoca con melancolía el antiguo Barrio Norte:

Con Espiasse, Mendeky y Mitchell, vendiéndoles las últimas ediciones europeas a \$ 2.50 m/n, el ejemplar; con las frecuentes visitas, sin pasaportes ni certificación de buena conducta al Viejo Continente (a \$ 800 m/n el pasaje de ida y vuelta en primera); con sus institutrices inglesas, sus mayordomos escoceses, sus modistas francesas, sus albañiles italianos, su servicio doméstico español y la agilidad de comprensión de su viveza criolla, fueron edificando casas grandes o medianas, de estilos más o menos acertados... Calles de poquísimos transeúntes donde resonaban los cascots de las yuntas de hackneys y después las cornetas de los autos eléctricos o de los Delaunay†Belleville de capot cilíndrico y ruedas de auxilio en el techo; tranways (que no tranvías) donde, a pasajero único por asiento y dos fumadores por plataforma, se iba a la oficina desplegando por la mañana 'La Nación' y por la tarde 'El Diario'; coches fúnebres de cuatro Orloffs oscuros tapados, veteados de espuma blanca en que pasaba el entierro, de algún cabañero que se había empeñado más allá de sus medios por tener la mejor torada del mundo.

En el universo inmóvil de las esencias

Uno de los ministros de Instrucción Pública de ese período, Alberto Baldrich, padecía de análogos extravíos. Al entregar el gobierno de la Universidad de Buenos Aires a Carlos Obligado, se creía en la necesidad de proclamar:

El comando supremo de la República señala y muestra cuáles son los fines esenciales de la patria.... Los jóvenes oficiales del Ejército y de la Armada tienen la misma edad, los mismos ímpetus y los mismos ensueños que vosotros, estudiantes... Por vuestra parte, compartís con ellos aspiraciones a una heroica grandeza, anhelos de justicia e impulsos violentos hacia la redención de todo lo argentino⁴².

Cabía inferir que esta literatura militarista proveería más daño que ventaja al régimen de Junio. Pero el cuadro no estaría completo si el lector omitiese el conocimiento de algunos textos que el Dr. Olmedo hizo escribir en todos los pizarrones de las escuelas primarias de la República, para conmemorar el primer aniversario de la Revolución:

El alma y la tierra son lo fundamental; las leyes son lo formal. No hay restauración imposible. Quien afirme lo contrario desconoce en absoluto la historia. Para ser dignos de nuestro tradicional señorío debemos vivir arrogantemente. Somos una Nación libertadora e institutora. Por eso tenemos el derecho inalienable de desempeñar una función rectora en Latinoamérica. Quien niegue o retacee la función monitora de la Argentina es un enemigo del país. Debemos cultivar y mantener nuestra personalidad diferenciada, dentro del tronco institutor, que es criollo, por lo tanto hispánico, católico y romano.

Para las escuelas de mujeres, se compusieron estas piadosas máximas:

Mujeres para procrear héroes; no madres de renegados. La mujer argentina debe saber cumplir celosamente con sus obligaciones naturales. La dignificación de la mujer consiste en no sustraerla de su menester específico. La nueva Argentina quiere mujeres sanas, fuertes y limpias⁴³.

La mujer como animal fértil abastecedora de soldados, recluida en la cocina o la modista, en la rutina de la vida social o lavando camisas, según la clase social que Dios le hubiese asignado, tal era el ideal femenino del nacionalismo juniano a mediados del siglo XX.

Si la política cultural del 4 de junio requiriese un último testimonio de insania manifiesta, no podría encontrarse sino a Giordano Bruno Genta para coordinar el capítulo. Arrojado del Litoral, refugiado en la Escuela Superior del Magisterio, en la agonía del período se instala en el Instituto Superior del Profesorado y pronuncia su último mensaje:

La mentalidad utilitaria es típicamente colonial... El gobierno de la revolución del 4 de junio... quiere instaurar en todos los grados de la enseñanza una pedagogía nacional tradicional de pro-

fundo sentido romano e hispánico, que considera todo lo perecedero y corruptible, desde la inmóvil perspectiva de lo eterno y absoluto. Quiere la rehabilitación de la inteligencia en la disciplina metafísica... Es necesario que el profesor de enseñanza media no sea jamás el empresario, consciente o inconsciente, de ese pretendido realismo político que afirma la variabilidad de todas las cosas, de la religión, de la filosofía moral, del derecho y las costumbres».

El alucinado Interventor concluía aludiendo al general San Martín, cuyo «perfil inmóvil se exhibe en el cielo incorruptible de las esencias»⁴⁴. Pero ay, la «variabilidad política» de las esencias y las formas dispondría las cosas de otro modo, seguramente sometidas a la dialéctica infernal del proceso histórico. Poco después, los Gentas, los Baldrich y los Olmedos «variaban» en sus cargos, la historia seguía su marcha, mutaban las leyes, la moral, el derecho y las costumbres y desde el fondo de la noche juniana se elevaban las masas plebeyas del 17 de Octubre, la «bestia rugiente del abismo», para lavarse los pies en la Plaza de Mayo y barrer de la escena a los greco romanos.

Política económica del gobierno militar

Mientras el nacionalismo tomista soñaba, en la economía argentina se manifestaban importantes cambios. Las exportaciones de granos a Europa declinaban. Aumentaban fuertemente las exportaciones no tradicionales a los países de América Latina. En 1943, se importaba menos de un tercio del volumen importado en 1937⁴⁵. La industria nacional substituye con anticuados equipos los productos industriales que las metrópolis se ven impedidas de vender a la Argentina por la guerra. En los 10 años anteriores al conflicto imperialista el producto bruto nacional había aumentado sólo en un 14,5 por ciento, menos que el aumento de la población, que llegaba a un 20,3 por ciento. Pero en el período 1939-1944, en cinco años, el producto nacional se eleva en un 19,4 por ciento mientras que la población apenas crece en un 8,4 por ciento⁴⁶.

El golpe militar había puesto al descubierto un proceso silencioso que se venía gestando en la economía antaño puramente agropecuaria: la Argentina se volvía industrial. He aquí las cifras:

Producción e importación de manufacturas

Período nacional	Producción total	Importación	Demanda fija
1900/04	41,4%	58,6%	100,0%
1944	80,5%	19,5%	100,0%

Veamos el aumento del número de obreros industriales. En 1935 había 437.816 trabajadores ocupados en la industria manufacturera. En 1946 ascendía el sector a 1.056.673 obreros. Pero también los acontecimientos del período que describimos pondrían de relieve un aumento proporcional de capital nacional en una economía tradicionalmente dominada por el capital extranjero.

Evolución del capital nacional y extranjero en la economía argentina

(en millones de dólares corrientes)

Año	Total extranjero	Nacional	Extranjero	% capital sobre el total
1913	6.568	3.423	3.136	47,7%
1945	17.209	14.558	2.651	15,4%

En 1943, la Argentina obtenía un superávit jamás alcanzado en la historia de su balanza de pagos: más de \$ 1.000 millones de pesos (promedio para 100 dólares en 1941: \$ 423,58). En 1942 el país exportaba a América Latina \$ 200 millones de pesos y 323 millones en 1943; o sea un aumento del 47%⁴⁷. La escasez de combustibles se hacía sentir. Se quemaron en las calderas millones de quintales de trigo. Pero las dificultades ya no asumían el mismo carácter que en la primera guerra mundial, con sus colas de desocupados, ni la sopa en las comisarías. Por el contrario, los índices de ocupación industrial subían constantemente y el país prosperaba al abrigo de la neutralidad. La guerra imperialista operaba como el principal factor en el desenvolvimiento capitalista del país. Entre 1939 y 1945, la producción de tejidos de algodón aumentó en un 92 por ciento.

La Argentina llegó a exportar tejidos y otros productos manufacturados a América Latina y Sudáfrica⁴⁸.

El gobierno militar comenzó a estudiar el revalúo de las tarifas aduaneras, con fines de protección industrial. A pedido del General Basilio Pertiné, se intervinieron las oficinas de la CADE, y se designó una Comisión Investigadora presidida por el coronel Matías Rodríguez Conde, para estudiar los célebres

antecedentes de la compañía corruptora y la legitimidad de su concesión. Fuerzas policiales intervienen las oficinas de las compañías eléctricas de Tucumán, de Electricidad del Norte Argentino y otras similares⁴⁹. Al cabo de una década de interrupción vuelve a funcionar el Ferrocarril Trasandino que unía al país con Chile y se fletan las primeras unidades de carga para reanimar la vida económica de las poblaciones del Interior. La Corporación de Transportes de la Ciudad de Buenos Aires, uno de los frutos del acuerdo Roca-Runciman, es intervenida y nacionalizada. Asimismo, se nacionaliza la Compañía británica de Gas y se impulsan las industrias militares.

El viejo aparato estatal modelado de acuerdo al sistema agrario comercial de los terratenientes se remoja. Baste señalar que en el inmenso sistema administrativo del Ministerio de Agricultura, figuraba una pequeña oficina, con dos docenas de empleados, llamada Dirección de Industria y Comercio. En substitución de la misma, en 1943, se crea la Secretaría de Industria, con jerarquía de Ministerio, en la que figuraba una repartición con una denominación inusitada hasta ese momento: Dirección de Política Económica. El grupo de discípulos de Alejandro E. Bunge la dirige. Ya en 1936 *The Economist* de Londres vaticinaba:

El verdadero peligro en la Argentina está en que el país evoluciona cada vez más hacia el nacionalismo industrial⁵⁰.

El Ministro de Hacienda, Dr. Jorge Santamarina, es rápidamente reemplazado, con el pretexto de que había influido para torcer la orientación de la política exterior argentina⁵¹. Se dispone la rebaja de alquileres en toda la República, hasta el 31 de diciembre de 1945⁵². El Ministro del Interior encomienda a una Comisión el estudio de la nacionalización de los servicios telefónicos y se adquieren por el Estado los servicios ferroviarios de Rosario a Mendoza. La Comisión de Control de la Corporación inglesa de Transportes, da a conocer su opinión de que los capitales de las cinco compañías que la integran han sido abultados dolosamente en \$ 185.947.380,62⁵³. Se anuncia que la Argentina ha exportado en 1939 un 5,4 por ciento de artículos manufacturados y en 1943 un 35 por ciento de productos industriales sobre el total de sus exportaciones⁵⁴.

Sería incurrir en detallismo excesivo enumerar todas las medidas típicas del nacionalismo económico emprendido por el gobierno militar. Concluiremos este bosquejo señalando que el 4 de abril de 1944 se crea el Banco de Crédito Industrial Argentino, con un capital de 50 millones de pesos, para el otorgamiento de préstamos a largo plazo⁵⁵. Pero resulta imposible abstraer la política económica,

que rompía con la tradición de la Década Infame, sin referirnos a la nueva orientación sindical que desde noviembre de 1943 comienza a impartirse desde la Secretaría de Trabajo y Previsión por el coronel Juan Perón. Pues la acción del nacionalismo cavernícola, de la política económica, de la política sindical y de la política exterior, van a combinarse en una mezcla explosiva que transformará al país en el escenario de una desesperada lucha por el poder.

LOS CORONELES EN EL PODER

Bajo el peso de la tradición de los sectores reaccionarios del nacionalismo, que asumen los controles «espirituales» del proceso revolucionario en su primer período, se producen algunos acontecimientos de significación peculiar. El 2 de setiembre de 1943, se publica en el Boletín Oficial un decreto poco conocido, que simboliza la anacrónica presencia del uriburismo en la nueva etapa abierta en el país:

Considerando: Que es deber del gobierno conmemorar el sacrificio honroso de los caídos en aquellas jornadas históricas [el 6 de Septiembre de 1930] y honrar la memoria de su prestigioso jefe, el Teniente General José E Uriburu, que encabeza el movimiento libertador...

se decreta un funeral en la Catedral y depositar una ofrenda floral en la tumba del héroe del 6 de setiembre⁵⁶.

Simultáneamente, desaparecen bajo el alud policial todas las publicaciones de izquierda, se clausuran sindicatos y se ahoga toda manifestación ideológica independiente. Permanecen intocables, por supuesto, los grandes diarios de la oligarquía. En la ola de represión también caen los órganos más conspicuos del rupturismo aliado, como *Argentina Libre* y *La Vanguardia*.

Se disuelven todos los partidos políticos. Bajo la presión de los grandes sectores rupturistas, también las agrupaciones nacionalistas. La oligarquía contraataca con todo su inmenso dispositivo tradicional. Protestan las universidades, corporaciones, asociaciones «gremiales» la magistratura y la gran prensa. En el exterior, se hace oír el rudo vozarrón del Departamento de Estado y la voz más prudente del Imperio británico, que no desea alteraciones peligrosas en los abastecimientos argentinos, vitales para su esfuerzo de guerra.

La subordinación argentina al Imperio británico se había transformado, durante la guerra, en una dependencia británica de los abastecimientos argentinos.

Este hecho era confirmado por los ingleses, bajo la mortal amenaza de Hitler, en todos los tonos, por toda su prensa y en su correspondencia diplomática con los Estados Unidos. Una ofensiva inglesa en relación con la neutralidad, hubiera permitido al gobierno argentino cortar abastecimientos que por lo demás no cobraba, ni bajo la forma de manufacturas ni en libras esterlinas. La neutralidad tenía, pues, un sentido auténticamente nacional, como lo demostraba, por otra parte, la conducta de todo el sistema económico y político británico en la Argentina, las instituciones y diarios de la oligarquía, que reclamaban furiosamente la ruptura. Si los ingleses hubieran perseguido el mantenimiento de la neutralidad, los partidos de izquierda y derecha que les eran tributarios no habrían luchado por la guerra con Alemania.

En apariencia, la política global del gobierno militar planeaba en el vacío y carecía de apoyo sustancial, como no fuera el de las fuerzas armadas. Así parecían indicarlo al menos los cambios incesantes del elenco ministerial. Pero otro proceso menos visible estaba en marcha irresistible. El jefe de la Secretaría del Ministerio de Guerra, coronel Juan Perón, amigo íntimo del general Farrell, Ministro del ramo, ha logrado una designación que muchos otros coroneles juzgan de carácter secundario. El día 24 de noviembre, ocupaba sin ceremonias el edificio desierto del antiguo Consejo Deliberante, clausurado por el Dr. Castillo. El 29 del mismo mes, se creaba por decreto la Secretaría de Trabajo y Previsión, dependiente de la Presidencia de la Nación. Con una energía que los funcionarios del antiguo Departamento Nacional del Trabajo no habían conocido nunca, el coronel se lanza a la magna empresa.

No es posible narrar aquí, ni corresponde a la índole de esta obra, la historia de sus jornadas. Se impone tener presente, para la inteligencia íntima del proceso que luego llamaráse «peronismo», que una causalidad profunda impulsa su prodigioso triunfo, no sólo en la histórica exigencia de las masas trabajadoras nuevas para alzarse a la lucha política en la nueva época, sino también al considerarse como factor eficiente de lo inmediato el papel desempeñado por los antiguos «partidos obreros». Pues los sindicatos de 1943, como los partidos de «izquierda» que influían en ellos, se veían dominados por la pugna mundial de las grandes potencias en guerra. La lucha sindical y política de los núcleos obreros de «La Vanguardia» en esa etapa se distinguía por situar en primer plano la colaboración con las naciones «que luchaban por la libertad del mundo».

Pero había otra izquierda que describía el proceso del siguiente modo:

Desde la invasión de Rusia por los ejércitos hitleristas se llevó por parte de los stalinistas y socialistas del grupo de Pérez Leirós,

una política obrera coincidente que tendía a transformar toda lucha proletaria por reivindicaciones inmediatas en una lucha por la unidad nacional, que impulsaría la declaración de guerra al eje. Por ejemplo, la agitación en el gremio metalúrgico en el que se presentaban condiciones por demás favorables se desvió en el sentido de vocingleros pedidos al gobierno de Castillo, para que rompiera relaciones con el Eje y evitara la paralización de la industria metalúrgica, que, según ellos, sobrevendría a consecuencia del bloqueo económico de los Estados Unidos (el ingente desarrollo posterior de la industria metalúrgica demostró que la previsión de Girardi y Cía. era una patraña miserable tendiente a desviar el movimiento de su propio cauce).

En otros gremios, como los frigoríficos, en que el principal mercado consumidor lo constituían las Naciones Unidas, la política stalinista tuvo una variante no menos canallesca. Mientras hipócritamente simulaban hacer gestiones para conseguir mejoras, sembraban un terrorismo ideológico contra cualquier brote huelguístico, afirmando: no hay que entorpecer la producción para los ejércitos de la libertad Mientras los obreros rojos dan su vida en los campos de Ucrania, ningún obrero debe dejar de trabajar (como si disminuir en algo las ganancias de los dueños de los frigoríficos, pudiera influir en la defensa de la URSS). Despertaban la desconfianza contra los obreros que no se resignaban a dejar pasar ese momento favorable, acusándolos veladamente de agentes nazis⁵⁷.

Esta política apartó por completo a las grandes masas obreras de la influencia directa de stalinistas y socialistas. El coronel Perón empleó para tomar contacto con ellas, impulsarlas y dirigirlas al mismo tiempo, una política mixta. Usó la violencia policial contra los sindicatos recalcitrantes, detuvo y eliminó de la escena enviándolos a la cárcel o reduciéndolos a la impotencia, a aquellos dirigentes que no se plegaban a su política. Dividió aquellos sindicatos donde encontró base para hacerlo, creó otros nuevos, en sectores industriales que no habían tenido hasta ese momento organización gremial y apoyó la formación de grandes federaciones por industria que abrazaron por vez primera millones de trabajadores de todas las categorías.

La aristocracia obrera de la Capital Federal o Rosario, que había medrado hasta entonces en la dirección nominal de la vieja CGT quedó anegada en oleadas cada vez más amplias de trabajadores no calificados de todo el país, que avanzaban

hacia la organización sindical en grandes combates apoyados por la Secretaria de Trabajo. El proceso estuvo lejos de ser simple, ni el movimiento obrero «capituló» ante el audaz coronel, como diría luego la «izquierda cipaya». Fueron episodios de acción recíproca. Desde 1942, según hemos señalado ya, el movimiento obrero venía librando una serie de combates parciales, como resultado de la industrialización, la ocupación creciente y los altos costos de la vida.

Perón se sumergió en esa gran corriente en marcha y la canalizó con la ayuda del aparato del Estado. Al levantar una estructura de leyes sociales, mejorar los convenios, establecer profundas modificaciones en las condiciones de trabajo en el interior de las fábricas y promover a la acción sindical a miles de nuevos dirigentes, el conjunto de la clase obrera tomó las conquistas en sus manos y se dispuso a defenderlas.

Actitud de la clase obrera

Reacia a conceder esas mejoras, la nueva burguesía industrial, bañada en la lluvia de oro de la prosperidad bélica, se vio obligada a otorgarlas, pues la Secretaria de Trabajo se inclinaba invariablemente en las audiencias de «conciliación», hacia los intereses obreros. La guerra imperialista había estimulado una prosperidad sin precedentes que facilitaba esa política. La traición de los stalinistas y socialistas fue el resorte decisivo del encumbramiento de Perón. La política del imperialismo y de la burocracia soviética, prevalecientes en el movimiento obrero anterior a la guerra, había sido sustituida por una política nacionalista popular inspirada desde el Estado militar.

Un clásico del socialismo había escrito al respecto páginas reveladoras:

Dado que el papel principal en los países atrasados no lo desempeñaba el capitalismo nacional sino el capitalismo extranjero, la burguesía del país, en lo que respecta a su situación social, ocupa una posición mucho menos importante que la correspondiente al desarrollo de la industria. Teniendo en cuenta que el capitalismo extranjero no importa obreros, sino que proletariza a la población nativa, el Proletariado del país comienza bien pronto a desempeñar el papel más importante en la vida de la nación.

En estas condiciones, el gobierno nacional, en la medida que procure resistir al capitalismo extranjero, está obligado en mayor o

menor grado a apoyarse en el proletariado. Por otra parte, los gobiernos de estos países atrasados que consideran inevitable o más ventajoso marchar hombro con hombro con el capitalismo extranjero, destruyen las organizaciones obreras e implantan un régimen más o menos totalitario. Así la debilidad de la burguesía nacional, la ausencia de una tradición de gobierno comunal propio, la presión del capitalismo extranjero y el crecimiento relativamente rápido del proletariado, minan las bases de cualquier régimen democrático estable.

Los gobiernos de los países atrasados, es decir, coloniales y semicoloniales, asumen en todas partes un carácter bonapartista o semibonapartista; difieren uno de otro en esto: que algunos tratan de orientarse en una dirección democrática, buscando apoyo en los trabajadores y campesinos, mientras que otros instauran una forma de gobierno cercana a la dictadura policíaco militar. Esto determina asimismo el destino de los sindicatos. Ellos están bajo el patronato especial del Estado o sometidos a cruel persecución. El tutelaje por parte del Estado está dictado por dos tareas que éste tiene que afrontar: 1) atraerse a la clase obrera ganando así un apoyo para su resistencia contra las pretensiones excesivas del imperialismo; 2) al mismo tiempo, regimenter a los trabajadores, poniéndolos bajo el control de su burocracia⁵⁸.

A la presión del régimen justista de la Década Infame, que había impuesto de hecho a los partidos de la izquierda cosmopolita en los sindicatos, como a los alvearistas en el radicalismo, correspondía en circunstancias favorables la presión militar nacionalista en contra de los agentes del imperialismo. Así pudo abrirse una nueva etapa en la lucha de la clase obrera argentina. La historia no había proporcionado otra opción. Ni merece refutarse el argumento cipayo de que la clase obrera fue «engañada» por el Coronel Perón.

El orgánico realismo de los trabajadores, nacido de las condiciones objetivas que le fija su lugar en la producción, es incompatible con la emotividad política de la clase media, impregnada de las categorías del sistema cultural imperialista (bajo ropaje «marxista o liberal»).

Esta última no cree en sí misma. Advierte la incertidumbre de su posición intermedia en la vulnerable sociedad semicolonial y percibe la debilidad estructural de la burguesía nacional, comparada con el colosal poder del imperialismo. Por

tales motivos se hunde cíclicamente en la duda metódica cuando no en el escepticismo más completo. Hacia el año 1944 las clases medias profesionales y universitarias estaban totalmente integradas a la simpatía militante por la causa de las potencias anglosajonas, bajo cuya sombra en el Río de la Plata se habían formado y hasta cierto punto prosperado. La irrupción del Coronel y los obreros la aturdió y desencadenó en ella una hostilidad inmediata. La pequeña burguesía comprendió como a la luz de un relámpago que esa fuerza extraña iría a turbar su visión del mundo, su estilo de vida, la tabla de valores más o menos europeos que la hacían a sí misma como una especie de prima de los europeos auténticos y de las grandes democracias occidentales.

El caso fue muy distinto para los trabajadores, blancos o «cabecitas negras», que se integraban como un torrente a las nuevas fábricas del Gran Buenos Aires. Observaron con mirada penetrante la estupefacción del patrón ante el triunfo rápido y decisivo de una huelga; los fallos sistemáticos de Trabajo y Previsión en favor de los trabajadores; la insolencia del capataz que veja a una obrera, inmediatamente reprimida por la actitud amenazante de sus compañeros; la negativa de la policía a intervenir contra los trabajadores a pesar del pedido urgente de la otrora omnipotente empresa; la readquisición de la dignidad personal de los trabajadores en la vida cotidiana de la fábrica, las leyes sociales audaces y su riguroso cumplimiento, el definitivo abandono de la alpargata por el joven riojano o tucumano transformado en obrero industrial, e incorporado a la civilización urbana: así empezó todo, primero lentamente, y luego como un vértigo. El proletariado se hacía «peronista» sin emplear ese vocablo, cada hora que pasaba, correlacionando sus ideas con los datos de la realidad inmediata y concentrando la defensa de su existencia en la persona de un hombre. No de otra manera nacen los grandes movimientos populares que hacen la historia. Una sustancia real yace en el origen del mito.

Las necesidades nacionales e industriales encontraron su partido político en el Ejército y su jefe en Perón, en esa coyuntura excepcional que atraviesa el meridiano del año 45. Nacional y popular por su contenido social, el peronismo debía encontrar en el proletariado su más amplia base política. Al mismo tiempo, la clase trabajadora hacía su aprendizaje en los nuevos sindicatos, rompía sus lazos con los agotados partidos «obreros» y daba un paso adelante hacia su conciencia histórica como clase, decisiva en el destino nacional.

El coronel empleaba un nuevo lenguaje, que era muy viejo y habían olvidado los socialistas y comunistas. Ardoroso y atrevido, evocaba con frecuencia las divisas históricas del movimiento obrero. Desde los balcones de la Secretaría de Trabajo miles de obreros oyeron un día a Perón concluir su discurso con las

palabras de Marx: «*La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos*». Toda una generación obrera ha sido educada con esas ideas, y también con fórmulas de «armonía social», que no han resistido ni resistirán la prueba de los hechos. Pero de los innumerables discursos de Perón, los obreros han conservado en su inconsciente colectivo aquellos que necesitan para su destino, como ocurre siempre sin necesidad de «expertos marxistas». En esa combinación de reformismo social y de amenazantes fórmulas revolucionarias, de paternalismo y de populismo revolucionario, de violencia y de paz social, se reflejaba la situación del joven proletariado argentino, que ascendía a la conciencia política como en todos los pueblos atrasados, remontando su atraso a saltos. Sólo pedantes, estériles y cretinos sin remedio pueden exigir a masas gigantescas, en los comienzos de su lucha moderna, una conciencia plena y coherente de sus fines históricos. Pero estos pedantes que afectan saberlo todo, no pueden aconsejar nada a las masas, pues en los momentos decisivos se ubican siempre del otro lado de la barricada.

Con pleno derecho y con intuición profunda la clase obrera volvió sus espaldas a stalinistas y socialistas, abandonándolos a su suerte⁵⁹.

El imperialismo anglo-yanqui y la neutralidad argentina

Ya en enero de 1943, Chile había roto relaciones con las potencias del Eje. El Dr. Castillo declaró en el acto que la actitud argentina «permanecía inalterable e independiente de las decisiones tomadas por las otras Repúblicas americanas»⁶⁰. A su vez, la revolución de junio persistió en la neutralidad y hasta depuró en 48 horas un presidente que aspiró a quebrarla.

Pero la presión imperialista, en particular norteamericana, se hizo sentir sobre el Gobierno cada vez con más fuerza. Cordell Hull representó esa política intimidatoria en el Departamento de Estado, contra la orientación de Summer Welles, que aconsejaba medidas de conciliación con la Argentina. Gran Bretaña no insistía en la ruptura por dos razones: la primera, residía en que un compromiso directo de la Argentina en la guerra mundial, podía acentuar un traslado de dependencia de la esfera inglesa a la yanqui; la segunda, más inmediata, se fundaba en la necesidad de asegurar sin complicaciones políticas de imprevisibles alcances el aprovisionamiento de carne argentina:

El *South American Journal* de Londres, explicaba claramente la tolerancia inglesa hacia la Argentina:

La política y el comercio especialmente el comercio internacional están íntimamente conectados. Es absurdo imaginar que la política de buena o mala voluntad no tiene relación con los negocios. En América Latina, donde las naciones son jóvenes, vigorosas y de un sensible nacionalismo, aquella conexión es especialmente real. Cualquier política imprudente en asuntos internacionales podría inclinar a esos pueblos a la autarquía, ya que su verdad de riquezas naturales hacen posible la adopción de ese sistema, aún cuando ellos no lo deseen⁶¹.

Antes aún, a poco de iniciar su gestión el gobierno militar, tuvo lugar la primera y abierta crisis con los Estados Unidos. Un cambio de notas entre el rupturista Storni, Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno militar y Cordell Hull, concluyó con un escándalo internacional y una nueva derrota para Estados Unidos. En respuesta a la insistencia norteamericana para una ruptura con el Eje, Storni envió al Departamento de Estado una nota confidencial. Exponía en ella el amor secreto que el gobierno acariciaba por las democracias. Le solicitaba humildemente a Hull un poco de comprensión y paciencia. Era un texto de completa capitulación moral ante la soberbia imperialista⁶².

Cordell Hull no se había educado en la escuela de Talleyrand, sino en la del riflero Teodoro Roosevelt. Respondió publicando ambas notas y dejando al desnudo y en ridículo al Almirante Storni, que era realmente un rupturista, prisionero del gobierno neutralista. Esta ocurrencia genial del pobre Hull, obligó a renunciar a Storni y volcó a las calles de Buenos Aires grandes manifestaciones antinorteamericanas. Esclavo de su propia torpeza, Cordell Hull se persuadió de que, efectivamente, el gobierno argentino era «fascista». Los ingleses reían en silencio. La Argentina, «espina en la garganta» del Departamento de Estado, según expresión de Summer Welles, experimentó entonces una agresión sistemática, a escala continental, del imperialismo.

El primero de noviembre los Estados Unidos iniciaron un bloqueo económico de la Argentina. El Federal Reserve Bank de Nueva York prohibió a los bancos de su jurisdicción el traslado de fondos al Banco de la Nación Argentina y al Banco de la Provincia de Buenos Aires, inmovilizando además el oro argentino depositado en Estados Unidos y que la Argentina estaba repatriando. El Alcalde de Nueva York, Fiorello La Guardia, un obeso ítaló americano, mixtura de gángster

siciliano y de «boss» electoral, con un largo puro apretado entre los dientes, declaraba: «Hay que tomar de las solapas a la Argentina y preguntarle si está con nosotros o contra nosotros»⁶³. La presión sobre el gobierno militar llegó a ser intolerable. Finalmente, el 26 de enero de 1944 el gobierno argentino rompía relaciones diplomáticas con Alemania y Japón. El argumento ofrecido a la opinión pública consistía en el descubrimiento de una red de espionaje alemana, pretexto que no convenció a nadie y que desencadenó otra crisis interna en el seno del Ejército. Varios ministros renunciaron en el acto, incluido el canciller, coronel Gilbert. Las repetidas reuniones de jefes militares concluyeron con un pedido de licencia del General Ramírez, por «razones de salud». Se hizo cargo de la Presidencia el general Farrell, quien designó Ministro de Guerra al coronel Perón, con retención de sus cargos. Poco después, la «licencia» de Ramírez se traducía en un definitivo retiro. Perón era designado Vicepresidente de la República, Ministro de Guerra y Secretario de Trabajo y Previsión. El furor de Hull no reconoció límites. La ruptura formal de relaciones con el Eje no había variado esencialmente la política argentina, ni interior ni exterior sino en las formas. Inmediatamente el gobierno Norteamericano pidió a los gobiernos de América Latina el no reconocimiento del gobierno de Farrell.

*Fueron informados que se había retirado al embajador de Estados Unidos y se les pedía que tomaran una decisión semejante. Los ingleses no estaban de acuerdo con interrumpir las relaciones diplomáticas con la Argentina. Preocupados por sus cuantiosos capitales invertidos en el país, no querían verse privados de representación; máxime que les interesaba la renovación del convenio para adquirir el saldo exportable de carne argentina, que vencía a fines de agosto*⁶⁴.

Ante el pedido del Presidente Roosevelt en el sentido de que Gran Bretaña acompañara a los Estados Unidos en su gesto de aislar a la Argentina de toda relación diplomática, Churchill le respondió el 14 de julio de 1944.

*haciéndole saber que, si bien su gobierno quería cooperar en su política con los países americanos, el Reino Unido dependía del mercado argentino, pues importaba el 40 % de su cuota de carne, y no podía correr el riesgo de perder esa fuente de aprovisionamiento*⁶⁵.

El 26 de setiembre de 1944 los barcos mercantes norteamericanos recibían la orden de no tocar los puertos argentinos. La Argentina solicitó que su caso

fuera tratado por la Unión Panamericana, en su reunión continental. La Junta Directiva de la Unión, compuesta por ese tipo de diplomático ebrio que manipula el Departamento de Estado, rechazó el pedido argentino. El gobierno de Farrell remitió una nota enérgica a la fantasmal entidad señalando que ante el desconocimiento de los derechos argentinos, nuestro país dejaría en lo sucesivo de concurrir a las reuniones de la Unión Panamericana. El comercio argentino norteamericano ya había descendido a niveles ínfimos. Sin embargo, la capacidad de maniobra del gobierno militar con respecto a las insolencias yanquis se fundaba en el viejo sistema de complementación económica con Europa y en especial con Gran Bretaña. Estados Unidos comprendía muy bien que sin el decisivo apoyo inglés, resultarían inútiles todas las tentativas para doblegar a la Argentina. Pero los ingleses no estaban en condiciones económicas para brindar ese apoyo, pues necesitaban más desesperadamente que la Argentina alimentar a su país en guerra. Tal era la situación. A fines de 1944

los norteamericanos pidieron a los ingleses que no concluyeran con los argentinos ninguna clase de convenio, ni siquiera por dos años. Hull habló de las despreciables ventajas económicas de negociar a largo plazo con un gobierno fascista, pero las razones inglesas para concluir el contrato eran muy fuertes⁶⁶.

Consistían lisa y llanamente en que, aun en caso de que así lo hiciera, con la conclusión de la guerra en el horizonte, los argentinos podían vender su carne al contado a Bélgica, Holanda y Francia, rebosantes de oro y urgentemente necesitadas de carne y alimentos⁶⁷.

Los ingleses, en fin, debieron someterse y sólo accedieron a firmar un acuerdo con la Argentina renovable cada seis meses, en lugar de un contrato a largo plazo.

Stalin y la Argentina en la Conferencia de Yalta

Cuando en febrero de 1945 se reúnen en Yalta Churchill, Roosevelt y Stalin, el anciano Cordell Hull había sido sustituido en la Secretaría de Estado por Edward Stettinius. La política norteamericana con respecto a la Argentina había experimentado un fracaso completo. En la Conferencia de Yalta, los tres Jefes de Estado discutieron, a la manera de otro Versalles, un nuevo reparto del mundo y

la división de las zonas de influencia. Si el cinismo de los estadistas burgueses ya no podía asombrar, la total falta de escrúpulos del burócrata soviético debía constituir para los ingenuos una nueva revelación. Quien desee conocer de cerca estos episodios, puede leer las memorias de Stettinius⁶⁸.

En lo que concierne a la Argentina, los concurrentes a Yalta discurrieron brevemente:

Se comentó la negativa argentina de colaborar con los aliados y Stalin declaró que la Argentina debería ser castigada y que si se hallara en este continente él mismo se encargaría de que así fuera. Roosevelt contestó que el pueblo argentino era bueno, pero que de momento había hombres equivocados en el poder... Después de un brindis de Churchill por las masas proletarias del mundo, hubo una gran discusión acerca del derecho de los pueblos a gobernarse por sí mismos... Stalin preguntó a continuación a Roosevelt sobre la situación en Argentina. El Presidente contestó que estábamos en tratos sobre la celebración de una Conferencia de Naciones Unidas y Asociadas que habían ayudado en el esfuerzo de guerra. La Argentina, claro, no era una Nación Unida ni una Nación Asociada.

El Secretario Hull había lanzado sus invectivas más duras contra la Argentina por haber persistido esta nación en prestar una ayuda abierta y notoria al Eje. Gran Bretaña, sin embargo, por depender de los suministros de carne que recibía de la Argentina y tener grandes inversiones hechas en aquel país, no deseaba unirse a los Estados Unidos y participar en una acción enérgica contra la República Argentina. Stalin dijo al Presidente que no sentía ningún afecto hacia la Argentina y añadió que existía una contradicción en la lógica que re-gía el sistema de admitir naciones⁶⁹.

En este diálogo entre el jefe de la burocracia soviética y el opresor de América Latina, matizado con los cínicos brindis de Winston Churchill por las «masas proletarias», se dirimían los futuros votos en las Naciones Unidas. Se imponía llegar a un compromiso con la Argentina. En ese mismo mes de febrero y cuando la derrota definitiva del Eje era cuestión de semanas, el Departamento de Estado cambia de política y envía una misión especial a Buenos Aires que celebra entrevistas secretas con Perón y el Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Juan I. Cooke. En dichas negociaciones se establece lo

siguiente: si la Argentina llevaba a la práctica las recomendaciones de la Conferencia de Río de 1942 y aceptaba ingresar a las Naciones Unidas, Estados Unidos abandonaría todas sus medidas de bloqueo y hostilidad diplomática.

En el curso de las negociaciones, relatadas por Summer Welles, los norteamericanos sugirieron que

la dictadura militar entregara el gobierno a la Corte Suprema hasta que se efectuaran las elecciones nacionales; la solución no los convenció, y el coronel Perón, con firmeza, rehusó contraer ninguna obligación sobre cuestiones que, sostuvo, eran puramente internas⁷⁰.

Resuelto así el problema, el 27 de marzo de 1945, en una actitud escasamente heroica, el gobierno de Farrell declara la guerra a Alemania y Japón, mientras Hitler se prepara a suicidarse entre las ruinas de la cancillería de Berlín y los físicos yanquis prueban la bomba atómica que arrojarán sobre Hiroshima.

De este modo, los militares extraían de una guerra simbólica todas las ventajas políticas imaginables después de haber disfrutado de una neutralidad próspera. Ni un solo argentino había derramado su sangre en las trincheras de Europa. El país heredaba varios miles de millones de dólares como saldo de la neutralidad. De acuerdo a las voces de la exasperada oposición «democrática», éstos habían sido los mayores crímenes de la dictadura, fuera de clausurar por cinco días al intangible diario *La Prensa*.

Oposición «democrática» y gobierno militar

Después de los primeros meses de gobierno, la Revolución del 4 de junio asumió una fisonomía alarmante para los partidos e instituciones de la vieja Argentina agraria y comercial. La orientación económica, el nacionalismo tomista en las Universidades, Perón en la Secretaría de Trabajo y la neutralidad en la política exterior, eran suficientes para lanzar una desenfrenada ofensiva política que convirtió a la República en un «pandemónium» durante veinticuatro meses. Fueron tocados todos los recursos, articulados todos los partidos, proclamado el combate en los más variados tonos. Los estancieros donaban dinero para publicaciones stalinistas o adquirían aviones para hacer propaganda espectacular, se distribuían armas para un ilusorio levantamiento, se instalaban imprentas clandestinas, se forjaba la

atmósfera del «maquis» europeo. Alfredo Palacios viajaba permanentemente en el vapor de la carrera, autodesterrándose cada tres o cuatro meses. Con el apoyo de la prensa norteamericana, los políticos de izquierda o de derecha dirigían las invectivas más amargas contra la «dictadura fascista».

El Canciller del Uruguay, Eduardo Rodríguez Larreta, concibió la Doctrina de la Intervención multilateral contra la Argentina. Este punto de vista fue enérgicamente rechazado por el Partido Nacional dirigido por Luis Alberto de Herrera, el único que se coloca junto a la Argentina en la emergencia. Los stalinistas del Uruguay, rupturistas furiosos, lanzaban la consigna: «¡Herrera a la cárcel!»⁷¹. Los emigrados de Montevideo, los Repetto, Sanmartino, Santander, Ghioldi y colegas, apoyaban la intervención contra la Argentina. Repetto declaraba con hipócrita ingenuidad.

*El pueblo argentino mira con asombro todo lo que ocurre, siente con indecible inquietud y se pregunta, todo desconcertado si estallará la guerra en América, una vez que las grandes potencias aliadas hayan impuesto la paz en los cuatro continentes restantes*⁷².

El stalinismo anunciaba una huelga el 31 de octubre de 1944 que ningún obrero acompañó. Su impotencia era tan completa como su decadencia política. Fantaseando acerca de su propia importancia ante los imperialistas y conservadores, el secretario del stalinismo Arnedo Alvarez, prometía:

*Nosotros organizamos hoy huelgas, luchas, acciones de masas, para derribar a un gobierno antipopular y antinacional. Logrado ese objetivo principal, aseguramos que todos los problemas que se planteen serán solucionados por medio de entendimientos mutuos y conforme a la legislación*⁷³.

Peter y los obreros de la carne

El episodio de José Peter y los operarios de los frigoríficos de capital anglo-norteamericano es muy demostrativo del desplazamiento político de los obreros argentinos aun antes que el vocablo «peronismo» fuese inventado. Peter era un legendario organizador comunista. Había creado de la nada y en base a un duro

trabajo los sindicatos de la carne de Berisso y Ensenada. Su prestigio entre los obreros era ampliamente justificado. Cuando los sindicatos de Berisso declararon la huelga exigiendo un aumento de salarios, Peter fue detenido por el gobierno militar y enviado a Neuquén. Antes de discutir el levantamiento del conflicto, los trabajadores exigieron a Perón la libertad de Peter. Al día siguiente, 2 de octubre, un avión militar traía a Peter de regreso y era recibido en el Club Sportivo Dock Sur por seis mil trabajadores bajo una lluvia de flores y ovaciones. Peter pidió la vuelta al trabajo porque había que evitar «dificultar los envíos de carne de los frigoríficos anglo norteamericanos que trabajan para los ejércitos de la libertad». Al aplicar dicha línea del Partido Comunista al reclamo de mejores salarios de su gremio, Peter arriesgaba perder su ascendiente. Así ocurrió, en efecto, pues por el contrario, Perón citó a los representantes de las empresas a su despacho y los intimó a aceptar los pedidos de los obreros o a resignarse a una intervención estatal de los frigoríficos. Peter perdía así la dirección de los sindicatos. Subía la estrella de Cipriano Reyes y sus hermanos. Pocos meses después, exactamente el 12 de mayo de 1945, la Federación Obrera de Peter, en un acto del cine Edén de Dock Sur se disolvía y sugería a sus adherentes incorporarse a los sindicatos autónomos de la carne, que ya nucleaban a la mayoría de los trabajadores y que serían el factor desencadenante, a fines de ese mismo año, en las jornadas del 17 de octubre.

Guiado por su partido, Peter había mantenido una entrevista, según los archivos del Foreign Office, con un miembro de la embajada inglesa, al que había asegurado que daría fin a las huelgas de los frigoríficos «en aras del frente anti nazi».

De este modo, Peter y con él muchos otros dirigentes sindicales comunistas o socialistas, desaparecieron para siempre del movimiento obrero. Pero el eclipse de su influencia no obedecía a ninguna decisión de Perón, sino de los trabajadores mismos.

El antiguo agente de la Internacional Comunista y del gobierno soviético, de origen italiano y que durante largos años conduciría al Partido Comunista de la Argentina, Vittorio Codovilla, expresaba la posición oficial de ese partido contra la neutralidad ante la guerra, atribuyendo al gobierno militar *una conducta*

*tendiente a especular con la susceptibilidad nacional de los pueblos de América Latina para embarcarlos en la lucha contra el «imperialismo yanqui» en el preciso momento en que el gobierno norteamericano defiende la libertad y la independencia de todos los pueblos*⁷⁴.

Demócratas progresistas o conservadores, socialistas o radicales, comunistas y liberales sin partido, se unieron en un sólido frente contra el detestado régimen de Farrell Perón. Las organizaciones universitarias se plegaban a esta oposición. El coro unánime era el «retorno a la normalidad constitucional». Dicha normalidad no existía, por lo demás, desde hacía quince años, a causa justamente de una revolución oligárquica que habían propiciado los mismos partidos que ahora la proclamaban. La fuerza de la oposición se fundaba en la identificación entre el carácter fascista del gobierno argentino con los regímenes totalitarios que luchaban en Europa o Asia contra los aliados. Sus reclamos adquirirían de este modo, un carácter por así decir universal y un sólido respaldo.

El 22 de agosto de 1944, cuando París es rescatado de la ocupación alemana, la cipayería de Buenos Aires salió a la calle a festejar como propio ese acontecimiento. La Plaza Francia hervía de una muchedumbre exaltada, que vinculaba esa liberación en Europa con el futuro derrocamiento de los «nazis argentinos». Borges, el delicado bizantino, discierne en el acto un aspecto multitudinario:

Esa jornada populosa me deparó... heterogéneos asombros: el grado físico de mi felicidad cuando me dijeron la liberación de París; el descubrimiento de que una emoción colectiva puede no ser innoble⁷⁵.

Esas numerosas damas elegantes, universitarios y pequeños burgueses serviles, sufrían de una emoción europea, vale decir, de una intrínseca nobleza. La emoción colectiva de las muchedumbres argentinas era naturalmente innoble para Borges.

Perón habla al Ejército sobre la Revolución Rusa

El 18 de noviembre Perón anuncia la promulgación del Estatuto del Peón. La noticia despierta un clamor en los ganaderos y chacareros. El proletariado rural argentino, eterno olvidado de la «izquierda cipaya», obtiene un instrumento económico y social de enorme importancia. La Sociedad Rural Argentina, algunos de cuyos socios financian al Partido Comunista en su lucha contra el gobierno, emite una declaración en la que afirma que «la acción de los ganaderos ha sido trazar la trayectoria brillante del país mismo con rasgos de epopeya» y ataca al

Estatuto del Peón, lo mismo que el Centro de Propietarios de Córdoba, las Confederaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa, los Productores Tamberos y otras entidades.

No faltaban «criollistas» entre los impugnadores, ese gauchismo retórico de algunos estancieros.

Hay muchos tradicionalistas escribía Jauretche que propician el monumento al gaucho pero se oponen al Estatuto del Peón. Es que una cosa es el gaucho muerto y otra el gaucho vivo.

Enfrentarse con la Sociedad Rural escondía un claro significado social y político. Dicha institución mantuvo un criterio selectivo para la admisión de sus miembros. El número de éstos oscilaba entre los 2.000 y los 2.500. De ellos, el 75% residía en la ciudad de Buenos Aires. Su poder político ha sido invariable en la historia argentina. Desde 1910 hasta 1943, cinco de sus socios ejercieron la Presidencia de la República, en otras palabras, más de la mitad de los Presidentes en ese lapso procedían de la Sociedad Rural. Más del 40% de los 94 ministros nombrados en ese período eran asimismo socios. La Sociedad Rural controló el Ministerio de Agricultura a lo largo de la época citada: sobre 14 Ministros de Agricultura, 12 fueron miembros de la Sociedad Rural. Pero, aún dentro de la institución, había un «poder detrás del trono». Era el pequeño núcleo de los grandes invernadores, junto a una relativamente importante cantidad de simples ganaderos criadores, los que decidían la política de la Rural, muchas veces en perjuicio de los pequeños ganaderos arrastrados por el grupo dominante⁷⁶.

La revolución de Junio, con sus teólogos y sus nacionalistas refinados, su pacotilla de símbolos prusianos y su infalibilidad burocrática, se agotaba rápidamente, en la misma medida que su ideología perdía su base material de sustentación en la Europa en llamas. Pero ya Perón había percibido agudamente que sus vinculaciones con los nuevos sindicatos eran insuficientes para salvar la revolución juniana de un ocaso irremediable. Es entonces que tiende sus líneas para anudar relaciones con los sectores del yrigoyenismo, doblegados bajo la Década Infame por la conducción alvearista o que habían roto abiertamente con ella, como los hombres de FORJA.

En el Ministerio comienzan a aparecer nombres vinculados al radicalismo tradicional, lo que acentúa la indignación de la oposición, que advierte la vasta maniobra de Perón dirigida a crear un Frente Nacional. Hortensio Quijano, Juan I. Cooke, Armando Antille, Ramón del Río y muchos otros políticos radicales, a

lo largo de 1945, ya forman parte directa o indirectamente del gobierno. De este modo, en la pequeña burguesía democrática, en algunos sectores de la burguesía nacional y en el movimiento obrero, el coronel Perón viene a convertirse en el eje de un nuevo reagrupamiento de fuerzas.

Que la lucha de la oligarquía tendía a desplazarse y reflejarse en el interior del Ejército era percibido claramente por Perón. En una notable conferencia dictada en el Colegio Militar, emplea un lenguaje desnudo, destinado a clarificar la conciencia de la oficialidad.

Es natural que contra esta reforma se hayan levantado las 'fuerzas vivas', que otros llaman los vivos de las fuerzas, expresión tanto más acertada que la primera. ¿En qué consisten esas fuerzas? En la Bolsa de Comercio, 500 que viven traficando con lo que otros producen; en la Unión Industrial, 12 señores que no han sido jamás industriales, y en los ganaderos, señores que como bien sabemos, desde la primera reunión de ganaderos vienen imponiendo al país una dictadura. Añadía:

Para nosotros hubiera sido mucho más fácil seguir el camino trillado ya y entregarnos a esas fuerzas que nos hubieran llenado de alabanzas. Entonces todos los diarios nos aplaudirían, pero los hombres de trabajo estarían en condiciones iguales o peores que antes. En ese sentido he sido receptáculo de innumerables sugestiones. Les aseguro a ustedes que si yo me decidiera a entregar al país, mañana sería el hombre más popular de Buenos Aires...

Esa es la realidad. Si yo entregara el país, me dijo un señor (refiriéndose a Braden) en otras palabras muy elegantes naturalmente, pero que en el fondo decían lo mismo, en una semana sería el hombre más popular de ciertos países extranjeros. Yo le contesté: a ese precio prefiero ser el más oscuro y desconocido de los argentinos, porque no quiero y disculpen la expresión llegar a ser popular en ninguna parte por haber sido un hijo de puta en mi país⁷⁷.

En otra parte del discurso decía Perón:

La Revolución Francesa comienza su acción efectiva en 1789. Hace la lucha y termina su período heroico en 1814, derrotada y aherrojada Europa por la Santa Alianza y el Congreso de Viena de

1815. Sin embargo, arroja sobre el mundo su influencia a lo largo de un siglo, por lo menos. Todos somos hijos del liberalismo creado en la Revolución Francesa. En 1914, para mí, comienza un nuevo ciclo histórico, que llamaremos de la Revolución Rusa... Y si esa Revolución Francesa, vencida y aherrojada en Europa ha arrojado sobre el mundo un siglo de influencia, ¿cómo esta Revolución Rusa triunfando y con su epopeya militar realizada no va a arrojar sobre el mundo otro siglo de influencia? El hecho histórico es innegable... Si la Revolución Francesa termina con el gobierno de las aristocracias, la Revolución Rusa termina con el gobierno de las burguesías. Empieza el gobierno de las masas populares⁷⁸.

Era el 7 de agosto. Una Revolución Nacional estaba por nacer y aún no tenía nombre. Cabe imaginar el efecto desconcertante y la redoblada furia que los significativos discursos de Perón despertaban en la opinión oligárquica, sólo comparable con el creciente interés con que eran recibidos por los obreros.

La gran carnicería imperialista de 1939-1945 había terminado en un horror y una destrucción sin precedentes. Los hongos atómicos de Hiroshima y Nagasaki se elevaban sobre el holocausto del Japón. La mitad de Europa estaba destruida y habían desaparecido con la guerra no solo las dinastías putrefactas de Europa oriental sino también el imponente prestigio en los valores de un Occidente colonialista que había precipitado a la humanidad a esa catástrofe. En los «países sin historia», las colonias y semicolonias de Asia, África y América Latina se alzaban a la conciencia de su destino. En todas partes se ponían en movimiento fuerzas inmensas para realizar la liberación nacional y la creación de Estados nacionales independientes de las viejas tutelas metropolitanas. En la Argentina esa grandiosa marea nacionalista y revolucionaria tendía a expresarse a través del Ejército y de su más resuelto Jefe, el Coronel Perón. Para desacreditarlo a los ojos de la «opinión pública», sus enemigos lo calificaban de «nazi». Pero las masas populares argentinas no conocían el nazismo. En cambio, conocían al imperialismo, que era anglosajón. Si el embajador norteamericano se convertía en el vocero de los enemigos de Perón, era obvio que los argentinos tenían poco que dudar: el capital político de Perón fue proporcionado por su patriotismo y su abierto apoyo a las aspiraciones de los trabajadores.

De su claro discernimiento tampoco podría dudarse. Advirtió claramente que la herencia del yrigoyenismo estaba vacante. El decrepito alvearismo había conducido al partido radical a un callejón sin salida. Perón intentó llegar a un acuerdo con los radicales de Sabattini, la tendencia más nacional de ese partido.

Se verá luego cuáles fueron los resultados. Respecto a los socialistas, muchos de ellos ingresaron a los núcleos que apoyaban al gobierno militar y que luego integrarían el «peronismo». En cuanto al Partido Comunista, tampoco vaciló Perón en buscar un acercamiento. Pero fue rechazado.

Desde el 10 de abril hasta el 25 de agosto de 1945, las entrevistas entre dirigentes del Partido Comunista y el Ministro del Interior, Almirante Tessaire o el Coronel Perón fueron numerosas. El 30 de junio, por ejemplo, Tessaire pidió una entrevista con el P. Comunista. José Katz y Rodolfo Puiggrós lo visitaron en nombre del Comité Ejecutivo, «sin comprometer ninguna opinión». Tessaire les dijo:

Los he llamado para decirles que el gobierno está amenazado por un golpe dirigido desde el exterior, en el que participan los partidos políticos de aquí. Queremos llegar a un acuerdo con el Partido Comunista para aplastar ese golpe.

Los visitantes le dijeron que las cárceles estaban llenas de detenidos comunistas. El ministro les contestó:

No quedará un solo preso. Estamos dispuestos a discutir con los comunistas las soluciones nacionales.

El 17 de julio el Comité Ejecutivo del Partido Comunista rechazó la propuesta del gobierno.

Arnedo Alvarez declaraba: «Derrocaremos a la dictadura militar fascista». Este propósito era cierto, pues el Partido Comunista conspiraba con la oligarquía conservadora y el Embajador Braden. El 18 de julio el representante del Partido Comunista, José Katz, informó al coronel Perón el fracaso de las negociaciones. Perón respondió lacónicamente: «Nunca creí que los comunistas volaran tan bajo». De ese modo, la izquierda cosmopolita de la arcaica Argentina seguía la política exterior de la Unión Soviética, aliada a Inglaterra y EE.UU. y renunciaba a una política nacional revolucionaria. Procedía en 1945 como lo había hecho en los treinta años anteriores⁷⁹.

El embajador Braden interviene en la política argentina

Al mismo tiempo, la guerra imperialista concluía. La Argentina se reincorporaba a los organismos internacionales y a la vida diplomática normal. En

tal momento llegó a Buenos Aires el nuevo Embajador de los Estados Unidos, Spruille Braden. Antiguo ingeniero de minas en el Pacífico, diplomático en Cuba y enérgico hombre de negocios, era un hombre obeso y rudo, verdadera encarnación del yanqui seguro de sí mismo y de su dinero. Estaba persuadido de que Dios, en su infinita sabiduría, calculaba los dividendos que en justicia correspondían a un capital bien invertido. Irónicamente, el embajador británico en la Argentina, anota en sus memorias que Braden

llegó a Buenos con la idea fija de que la Providencia lo había elegido para derrocar al régimen de Farrell Perón⁸⁰.

Sin preocuparse de las formas que le imponía su condición de diplomático, Braden comenzó a intervenir de inmediato y abiertamente en la política argentina. Realizaba giras por el interior, pronunciaba inflamados discursos en los banquetes que los sumisos democráticos organizaban en su honor, presidía actos hostiles al gobierno militar.

Parecía que el pueblo argentino era ciego, sordo y mudo. Pero no era así. Cuando finalmente hablaría, el estruendo se haría oír en el mundo entero.

Las viejas potencias imperialistas no las tenían todas consigo ante la cambiante y complicada situación argentina. El célebre «menage a trois» de Estados Unidos, la Argentina y el Reino Unido sufría intensas conmociones a causa de dos factores:

a) Estados Unidos se proponía aprovechar las dificultades económicas y políticas de Inglaterra por la guerra para sucederla en la influencia imperial sobre la Argentina.

b) La Argentina, mediante el Ejército, utilizando en su provecho la debilidad circunstancial de los ingleses, deseaba independizarse de estos últimos sin enfeudarse a los norteamericanos. Esta conducta era designada por los Estados Unidos como «nazi».

La correspondencia diplomática o los informes de agentes especiales han sido examinados en los últimos años por algunos investigadores⁸¹.

El 3 de julio de 1945, Richard Allen, funcionario del Foreign Office en Londres, escribe en una minuta:

La dificultad principal, como lo señala Sir David Kelly en el último párrafo de su telegrama 455, es que el gobierno de Estados Unidos es hostil no tanto hacia el Coronel Perón como a la Argentina misma, cualquiera sea su gobierno, porque ésta, gracias a sus

rentables vínculos con Gran Bretaña, puede darse el lujo de perseguir una política comparativamente independiente frente a la influencia dominante de los Estados Unidos en el hemisferio occidental. Los Estados Unidos están, por supuesto, celosos de nuestra influencia en la Argentina, la cual ha permitido a los argentinos hacerles frente. De este círculo vicioso es difícil, tal como se presentan las cosas actualmente, escaparse.

Al día siguiente, el 4 de julio, otro funcionario de Londres, J.V. Perowne escribe lo siguiente:

Uno no puede eludir la sensación de que el 'fascismo' del Coronel Perón es tan solo un pretexto para las actuales políticas del Sr. Braden y sus partidarios en el Departamento de Estado: su verdadero objetivo es humillar al único país latinoamericano que ha osado enfrentar sus truenos. Si la Argentina puede efectivamente ser sometida, el control del Departamento de Estado sobre el hemisferio occidental será total. Esto contribuirá simultáneamente a mitigar los posibles peligros de la influencia rusa y europea sobre América Latina, y apartará a Argentina de lo que se supone es nuestra órbita». En fin, la hostilidad del gobierno norteamericano se funda, según un tercer funcionario británico, en que los yanquis consideran a la Argentina «un foco de oposición hacia la hegemonía de los Estados Unidos en América del Sur.

El mismo funcionario decía en una minuta del 26 de julio que la actitud norteamericana persistirá independientemente

del gobierno que invista el poder en la Argentina, a no ser que el tal gobierno se subordine totalmente al de los EE.UU.

De la correspondencia diplomática, conocida ahora por primera vez, se desprenden verdaderas y hasta jocosas curiosidades políticas. El 20 de agosto de 1945, Balfour informaba desde Washington al Foreign Office en Londres que los funcionarios partidarios de Braden en el Departamento de Estado estaban persuadidos del colapso de Perón antes de Octubre, en lo que no se equivocaban,

y al mismo tiempo imaginaban que en tal caso era segura la elección a Presidente de Américo Ghioldi. A su vez, el conde Halifax informaba a su ministro en la capital británica que le había hablado Nelson Rockefeller para invitarlo a gestionar juntos ante el gobierno argentino el levantamiento de la clausura del periódico socialista *La Vanguardia*. De Marx a Rockefeller, el camino recorrido por los discípulos de Juan B. Justo no había sido unilineal. Por su parte, desde Buenos Aires, Sir David Kelly observaba a su gobierno que, a pesar de las desmentidas públicas de Braden, había una sospecha generalizada de que el interés de Estados Unidos por la liquidación de firmas alemanas «se conecta con el deseo de competidores comerciales norteamericanos de arrebatárles el mercado»⁸².

Otro de los temas de los informes reservados de la diplomacia británica era la personalidad del Coronel Perón. Un agente no diplomático del Ministerio de Informaciones de Gran Bretaña, posiblemente un hombre del Intelligence Service, escribía el 29 de diciembre de 1943: «Si hay alguna personalidad que deba despertar interés, inquietud y alarma es la del coronel Perón, que aspira a gobernar el país»⁸³. El informe en cuestión no dejaba de tener algunos rasgos proféticos. Decía que cualesquiera fuesen los acontecimientos futuros, «el coronel Perón sería siempre un líder de primer rango». Lo juzgaba como ese tipo de hombres que «una vez lanzados a la prosecución de su camino no se dejan arredrar por ningún obstáculo». «Posiblemente no ha existido en la Argentina en los últimos veinticinco años nadie tan peligroso como él»⁸⁴.

Lo realmente sugestivo de la correspondencia diplomática que citamos es aquella parte donde el desprecio por los argentinos y la soberbia imperialista inglesa corre parejo con la de sus colegas norteamericanos. En ambos casos la incomprensión del país es notable. Algunos nacionalistas oligárquicos y también cierto tipo de izquierdistas cosmopolitas coincidían con los extranjeros imperiales en juzgar que el país no había sido nunca, o no podría serlo, independiente en sus decisiones. Este género de «observadores» siempre sospechaba que «detrás» de Yrigoyen o de Perón habría alguien que les dictaba tal o cual actitud. Con esta metodología primitiva, cuando era «antiyanqui», Perón se explicaba porque, en realidad, era un «hombre de Inglaterra», o viceversa. El fondo psicológico de tal estilo de análisis es transparente. La gente que juzga al país incapaz de enfrentar a sus poderosos adversarios, en realidad se recluta entre escépticos o impotentes para emprender grandes causas. Países mucho más débiles que la Argentina, como Marruecos, Cuba o Bolivia, han dado ejemplos notables de orgullo nacional y decisión revolucionaria. En cuanto a los ingleses, cuando advierten que Perón puede llegar a alguna forma de negociación o arreglo con Estados Unidos, cambian el tono bruscamente.

Es cierto que la revolución favoreció a los intereses británicos y provocó grandes incomprensiones entre Argentina y Estados Unidos, pero lo que realmente me sorprende es que los norteamericanos no hayan visto el aliado natural que tienen en la persona del coronel Perón, a quien, sin ninguna duda, pueden comprar a muy bajo precio si lo desean.

escribe el diplomático Shuckburg a Perowne el 19 de enero de 1945.

La categórica afirmación de que la revolución del 4 de junio había favorecido los intereses británicos, resulta atemperada por el mismo diplomático, que sin duda vive el desconcierto del temporal político argentino, al agregar:

Nos interesaría que Perón fuese destituido por los indignados intereses agrícolas del país, antes que se viese forzado a ceder frente a los norteamericanos.

De la masa de documentación diplomática se desprenden algunas ideas centrales de la política británica: la ilusión, ya desvaneciente, de conservar con Perón o cualquier otro la amistad con la Argentina que distinguió la Edad Dorada de Inglaterra en el Plata; el temor al creciente poder norteamericano; y la pérdida de las antiguas inversiones inglesas en el país.

Pero la evolución de los acontecimientos persuade cada vez más a los diplomáticos ingleses en Buenos Aires que Perón, aunque era detestable, quizás finalmente no sería peligroso. Las razones de este juicio las expone en un informe el Embajador Sir David Kelly. Afirma que Perón era un cínico, incapaz de convencer a un sector importante de la sociedad argentina. «*De hecho*, decía Kelly, *Perón carece del poder de convicción necesario como para hacer creer a los otros en la integridad de sus convicciones*». Por tal motivo, Kelly «no veía porqué los norteamericanos lo consideraban una amenaza seria».

Este juicio del embajador difícilmente ocupará un lugar destacado en la historia de la diplomacia inglesa. En definitiva, según Kelly, Perón no era más que un «caudillo» de tipo sudamericano, que carecía de la «filosofía» política propia de los estados totalitarios y sus conductores. Esta discreta admiración por el nivel intelectual de un Hitler o un Mussolini era un sorprendente tributo a la civilización europea y una confirmación inglesa de la tesis de Sarmiento sobre la barbarie americana.

A personajes como Kelly y Braden rendían su apasionada devoción los demócratas argentinos.

El 18 de mayo de 1945 Farrell levantó el estado de sitio y se reintegraba la autonomía a las Universidades, que volvían a manos del profesorado liberal oligárquico. Los Rectores reclamaban a voz en cuello el «retorno a la normalidad constitucional». La Federación Universitaria de La Plata exigía

*ver alineada a la Nación junto a los pueblos que luchan contra el nazi-fascismo deseando verlo eliminado de la esfera nacional y mundial*⁸⁵.

Comienzan a regresar de Montevideo los dirigentes políticos de la oposición. Eran los mismos que habían apoyado la Doctrina Rodríguez Larreta de intervención multilateral contra la Argentina. Aflojadas las riendas del gobierno militar, desaparecido Hitler de la escena europea, una ola de entusiasmo recorre a los partidos e instituciones del sistema oligárquico. Un numeroso núcleo de ciudadanos pide autorización para realizar un homenaje a las Naciones Unidas vencedoras en la guerra. Son los nombres de siempre: Alejandro Ceballos, Rodolfo Fitte, Leónidas Barletta, Américo Ghioldi, Enrique Mosca, Adolfo Lanús, Manuel Mujica Láinez, Victoria Ocampo, Mauricio Yadarola, y otros⁸⁶.

A lo largo de 1945 los diarios consagran páginas enteras a reproducir textos de declaraciones. Todas eran coincidentes. Repetían en largas columnas firmas innumerables. Allí se codeaban los comunistas, las damas de la aristocracia terrateniente, los parásitos y figurones de la magistratura, el comercio, las letras, la política, el club o la ganadería, en una repetición intolerable. Se hablaba de establecer tribunales de «desnazificación». Los diarios norteamericanos sostenían una campaña incansable contra el régimen militar, al que no admitían ni siquiera bajo sus recientes aspectos «democráticos». *The Christian Science Monitor* dedicaba páginas enteras a reproducir documentos políticos de los opositores, con amables esbozos biográficos, entre ellos, de algunos comunistas⁸⁷.

Un nutrido equipo de periodistas norteamericanos se había instalado en Buenos Aires. Enviaba miles de palabras por día a sus diarios, que seguían la política argentina con la misma pasión informativa que una elección interna de los Estados Unidos. El diario soviético «Izvestia» atacaba a la Argentina, España y Portugal, acusándolas de tratar, «*amparadas por la bandera de una falsa democracia, de salvar al fascismo*»⁸⁸. Los médicos, los ingenieros, los hombres de ciencia, los abogados o los boticarios firmaban declaraciones abrumadoras, seguidas de rúbricas interminables para exigir la liquidación del gobierno y la convocatoria a elecciones. Braden pronunciaba amenazantes arengas. En el Teatro Casino se realizaba un acto contra el insolente embajador, en el cual se lanzaban delicados dardos, tales como «Muera el chancho Braden».

El 22 de julio Braden es recibido en la Estación Retiro, después de una gira por el Litoral, donde había sido agasajado por Josué Gollán, Rector de esa Universidad, por una compacta multitud de «notables»: Alberto Hueyo, Alfonso de Laferrère, Adolfo Bioy, José María Cantilo, Carlos Saavedra Lamas, Otto Bemberg, Celedonio Pereda, José María Paz Anchorena. Si la Embajada inglesa mantenía un prudente silencio, todo el servicio civil británico de nacionalidad argentina estaba rendido a los pies de Braden y combatía abiertamente al gobierno militar. Con sus narices de veteranos lebreles, los ministros de la Suprema Corte husmeaban el horizonte y percibían vientos de fronda. Recobraron así el alicaído ánimo y decidieron declarar «anticonstitucional» la modificación introducida en la ley de expropiaciones, del mismo modo que la creación de una Cámara de Apelaciones en Territorios Nacionales, por cuanto los referidos decretos violaban «derechos y garantías consagrados en nuestra carta fundamental»⁸⁹.

Al mismo tiempo, el majestuoso Tribunal declaraba inconstitucional el fuero de la Justicia Laboral.

Al contemplar con ojo zahorí las vacilaciones del gobierno militar y el tono en alza de la ensoberbecida oposición, los hipócritas de la Toga recuperaban la voz. ¡Después de haberse digerido con elegancia media docena de gobiernos de facto o fraudulentos, luego de haber soportado en silencio los desplantes «inconstitucionales del Ejército» en todos los órdenes, luego de convalidar tropelías durante quince años, ahora fingían altivez! En el rico panorama de las imposturas argentinas, nada podía compararse al servilismo de estos Tartufos del Derecho.

Los últimos nacionalistas eran jaqueados en las Universidades. A Giordano Bruno Genta los alumnos del Instituto del Profesorado lo increpaban al grito de «¡Sarmiento sí, Rosas, no!»⁹⁰. Los barcos norteamericanos comenzaban a llegar nuevamente a los puertos argentinos. El Poder Ejecutivo restituía su nombre al Colegio Nacional de Buenos Aires. Perón formulaba declaraciones «en defensa del continente americano»⁹¹. Al fallecer Roosevelt, la FUA declara su duelo por la muerte del «defensor mundial del derecho». El gobierno anuncia la próxima normalización constitucional y la aprobación de un Estatuto de los Partidos Políticos. A partir de ese momento, toda la República se pone en movimiento, dividiéndose en dos grandes sectores: el «democrático» y aquellos núcleos, no muy visibles, que apoyarían al Coronel Perón. Este anuncia que no aspira a la primera magistratura, pero se cuida de subrayar que el futuro gobierno constitucional deberá proseguir la obra revolucionaria.

La legislación social y los partidos

Desde todos los ángulos, la oligarquía y sus representantes se lanzan unánimemente contra Perón y el gobierno. Se multiplican las declaraciones contra el Estatuto de los Partidos. Se reúnen las Fuerzas Vivas y emiten una declaración:

Desde que se ha creado la Secretaría de Trabajo y Previsión, se mezcla en la solución de los problemas sociales ese espíritu que denunciábamos.... granjeando al gobierno los presuntos méritos de una política social muy avanzada⁹².

El Vicepresidente Perón respondió al día siguiente a las «fuerzas vivas» en los siguientes términos:

Esas fuerzas que firman el manifiesto han representado dentro del país la eterna economía que ha manejado a la oligarquía política, que era su instrumento y que verdaderamente no gobernaba al país, de acuerdo a lo que nosotros entendemos por democracia, que asegura la justicia igual y distributiva para todos. Yrigoyen tenía razón y la atacó incansablemente. Y fue la reacción de esa oligarquía la que volteó a Yrigoyen⁹³.

Mientras la FUA y sus dirigentes publicaban exaltadas declaraciones por Roosevelt y el «retorno a la normalidad» las fuerzas vivas acusaban a la Secretaría de Trabajo y Previsión:

Ni estudia ni resuelve problemas de fondo relacionados con el trabajo. Impone soluciones circunstanciales para satisfacer conveniencias del momento, sin medir sus alcances ni sus proyecciones⁹⁴.

En un comunicado de Trabajo y Previsión se respondía:

No son necesarios estudios muy profundos para saber que salarios de \$4 y 3,50 para hombres, de \$ 3 y \$ 2 para mujeres mayores y de \$1,50 y \$1 y hasta \$ 0, 80 por día para menores

representan una vergüenza en plena Capital Federal. Imponer el aumento de esos salarios aunque pueda considerarse una solución circunstancial para satisfacer 'conveniencias del momento' es un acto de estricta justicia que habla muy alto de la tarea de la Secretaría de Trabajo y Previsión⁹⁵.

La declaración patronal concluía con una nota amenazante:

Durante 25 años, desde la semana trágica de enero de 1919, el país ha vivido una casi perfecta tranquilidad social⁹⁶.

Perón contestó a los «capitalistas» con energía:

parecerían reclamar una nueva semana trágica para asegurarles otros 25 años de tranquilidad, Este gobierno no lo hará. No asegurará ni 25 años ni 25 días de tranquilidad a los capitalistas siguiendo el ejemplo doloroso de la semana de enero de 1919, pues la sangre de los trabajadores sacrificados entonces no debe refrescarse con nuevos actos de injustificada violencia oficial⁹⁷.

La Unión Industrial Argentina anunciaba en una solicitada del 23 de junio su solidaridad con el manifiesto de las fuerzas vivas que habían insinuado días antes la necesidad de otra «semana trágica». Al día siguiente, la Sociedad Rural Argentina, con la firma de su presidente, José María Bustillo, se pronunciaba sugestivamente contra el intervencionismo estatal en la economía.

Diversos sindicatos expresaban su apoyo al Coronel Perón. Entre ellos, la Confederación de Empleados de Comercio, la Unión Obrera Metalúrgica, la Unión Obrera Textil, la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos. De Nueva York llegan noticias, publicadas por el «New York Herald Tribune», de que existiría una grave crisis interna en el Ejército. Los enemigos de Perón conspirarían para lograr el apoyo de la guarnición de Campo de Mayo. Siempre espectacular y algo pomposo, Alfredo Palacios lanza la idea de entregar el gobierno a la Suprema Corte, en lo que se revela un precursor de la consigna que agitaría al país tres meses más tarde. La Unión Cívica Radical coincide con los socialistas en auspiciar una Unión Democrática. Los bufetes de los abogados de las compañías extranjeras, el Jockey Club, el Círculo de Armas, el Club Americano, las embajadas y las sedes partidarias se entregan a una actividad frenética.

La conspiración se abre paso resueltamente en los meses de agosto y setiembre. Pero los militares «democráticos» incrustados en el Ejército y la Armada exigen a los dirigentes políticos y a los abogados de las «fuerzas vivas», una demostración de fuerza «popular» para formar el espíritu público y facilitar un golpe contra el Ministro de Guerra. Así nace la idea de organizar la Marcha de la Constitución y la Libertad el 19 de setiembre. Pocos días antes, la Unión Democrática asumía un carácter formal en el discurso pronunciado por Rodolfo Ghioldi, en el acto que el Partido Comunista realiza en el Luna Park. En la tribuna resplandecían las efigies de Churchill, Roosevelt y Stalin.

En la platea se sentaban figuras de nombradía en la política argentina. Presenciaban el mitin stalinista, artífices del fraude electoral, ganaderos ultrarreaccionarios, agentes británicos, burócratas envejecidos en la docencia universitaria de la oligarquía, abogados de compañías extranjeras, enemigos mortales de Hipólito Yrigoyen transformados en radicales nuevos', políticos del Barrio Norte, 'petit caporales de parroquia, damas elegantes de la Junta de la Victoria, la variada fauna del cipayaje antinacional de todas las épocas⁹⁸.

Rodolfo Ghioldi comenzó su obsequioso discurso rindiendo tributo a varios prohombres de la oligarquía:

Saludamos a la Unión Cívica Radical, que ha salvado la herencia de Alem, Yrigoyen y Alvear cuando declaró la incompatibilidad intransigente entre la calidad de miembro del partido y la condición fascistizante de colaboracionista; saludamos la reorganización del Partido Conservador, operada en oposición a la dictadura, que sin desmedro de sus tradiciones sociales se apresta al abrazo de la unión nacional, y que en las horas sombrías del terror carcelario mantuvo, en la persona de don Antonio Santamarina, una envidiable conducta de dignidad civil, saludamos a los ciudadanos del Partido Socialista, que resistieron con firmeza y coraje las amenazas y las persecuciones, y cuyas incitaciones unitarias son una contribución importante a la mejor solución argentina; saludamos al Partido Demócrata Progresista, en cuyas filas se encuentran algunos de los ciudadanos argentinos eminentes que más

han hecho, desde hace años, por la forjación de la unidad, que siguen con brillo las huellas de Don Lisandro de la Torre... saludamos con agradecimiento eterno a los dignos oficiales general Espíndola y coroneles Suárez y Gallo...⁹⁹.

Ghioldi elogiaba la intervención del Brasil en la guerra imperialista, aludiendo al «*Cuerpo Expedicionario, que llevó a los campos de Europa el coraje de los sudamericanos*»¹⁰⁰. El orador definía así la situación política del país en relación a la «dictadura militar»:

Todas las clases y partidos la han condenado: el comercio y la industria, la producción y el trabajo, los sindicatos obreros y los partidos políticos, los profesores y los estudiantes, los hombres y las mujeres, la prensa y el libro. Derrotada Alemania, agonizante la España de Falange, ¿en qué se apoya el facto? Fuera de algunos franco tiradores del colaboracionismo –palabra que en la actualidad argentina no tiene prestigio ni esplendor—, el facto está de espaldas a la Nación entera. Así en lo económico, en lo social, en lo político, en lo cultural¹⁰¹.

¿Todas las clases, toda la prensa? ¿Todo el comercio y la industria? El poder analítico del dirigente comunista no podía ser más ínfimo. Pero era claro que los comunistas se unían a los explotadores tradicionales del país¹⁰². Diecinueve días más tarde se realiza una gran demostración de fuerza de la oligarquía, con sus partidos falderos y la pequeña burguesía porteña alzada en vilo y arrojada a las calles. La gran prensa oligárquica rindió sus servicios en la jornada. Braden participó personalmente en la movilización fijada para el día 19 de setiembre.

LAS JORNADAS DE OCTUBRE

En la víspera de la manifestación, el Coronel Perón se dirigía por radio a todo el país, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. Revelando cierta inquietud en su alocución, recordaba a los trabajadores que sus intentos de sustituir el «viejo apotegma marxista de la lucha de clases» por el «más humano y valiente de la colaboración que permite tener cordiales relaciones entre el capital y el trabajo» habían fracasado por la resistencia de los capitalistas a su política social. Al referirse a ciertos «agentes foráneos» que colaboraban para la Marcha del día siguiente con el apoyo de «cierto periodismo», denunciaba que en la Bolsa de Comercio, días antes, se había realizado una reunión secreta de la Asamblea Permanente del Comercio, la Industria y la Producción para colaborar, con el cierre de sus establecimientos, en el éxito de la marcha del día 19. Perón alertaba a los trabajadores a defender «por sí mismos» sus conquistas sociales, «si no quieren verse despojados de las mismas a corto plazo»¹⁰³.

La Marcha de la Constitución y la Libertad resultó una demostración impresionante de las fuerzas hostiles al gobierno y al país. El viejo centro cosmopolita fue articulado en todas sus profesiones, capas y grupos sociales a través de todas las instituciones del clásico orden agrario, para mostrar al Ejército el carácter insensato de la política adoptada por Perón. Por la avenida Callao desfilaron gruesas columnas: del brazo marcharon Joaquín S. Anchorena, el antiguo guardia blanca de 1919, con el comunista Rodolfo Ghioldi, Nicolás Repetto y Antonio Santamarina. Desde los balcones del hotel Savoy, Ricardo Rojas aprobó con parquedad incaica a la briosa multitud. Esa tarde, Carlos Sánchez Viamonte presentaba un escrito a la Suprema Corte pidiendo que se declarara acéfalo el Poder Ejecutivo y que el Tribunal asumiera el poder¹⁰⁴.

A partir de ese momento, los acontecimientos se desencadenaron como un huracán. En la guarnición de Campo de Mayo tomaron la iniciativa los oficiales antiperonistas que presionaron al jefe de la guarnición, general Eduardo

Avalos, para que exigiera la renuncia de Perón. Durante tres semanas se vivió en las guarniciones un debate incesante que terminó con un virtual ultimátum a Farrell.

En la mañana del 9 de Octubre, el coronel Perón debía visitar la Escuela Superior de Guerra. Un grupo de oficiales alumnos se había complotado para asesinar en esa ocasión al Ministro de Guerra. Pero la crisis de ese mismo día, que lo llevaría a presentar su renuncia al Presidente, salvó a Perón del atentado. En el mismo orden, pocos días después, en las desordenadas sesiones donde más de 300 oficiales del Ejército y la Marina debatían caóticamente la situación del país, el mayor Desiderio Fernández Suárez propuso matar a Perón. Las propensiones sanguinarias del mencionado oficial pudieron encontrar cierta satisfacción parcial cuando ordenó, en su carácter de Jefe de Policía de la provincia de Buenos Aires bajo el gobierno de la «revolución libertadora», la masacre en el basural de José León Suárez, donde murieron numerosos obreros en 1956. Este era otro antifascista.

Entre el 8 y 9 de Octubre, Perón fue despojado de sus cargos de Vicepresidente de la República, Ministro de Guerra y Secretario de Trabajo y Previsión. Retirado a su casa particular, fue finalmente detenido por razones de «seguridad personal», según Farrell, y conducido a la isla Martín García.

Buenos Aires se transfiguró. El éxtasis fue general: jamás la democracia derramó lágrimas tan puras. La gente se abrazaba en la Bolsa. Los brindis se sucedían en el Barrio Norte, las flores cubrían las calles. En los alrededores de la Plaza San Martín y a lo largo de la calle Santa Fe, se agitaban multitudes victoriosas. Los autos particulares rebosaban de banderas, como cada vez que un gran infortunio se abate sobre la Argentina.

Los corresponsales extranjeros, con los ojos enrojecidos por la vigilia, acumulaban cables hacia el extranjero. Había caído el Hitler sudamericano. ¡Al fin! Las sirvientitas santiagueñas que servían las copas en los hogares respetables del patriciado vacuno, oían en apretado silencio los gorjeos de las exaltadas señoras. Una calma siniestra envolvía los barrios obreros del Gran Buenos Aires. Los órganos del periodismo colonial rompían su austeridad tipográfica y titulaban a toda página. Una alegría indescriptible, que sólo aquellos que vivieron las jornadas pueden recordar, inundaba a las clases parásitas de la vieja Argentina.

Avalos y Vernengo Lima: Ejército y Marina

Pero los triunfadores se dividieron en la hora misma de la victoria. Las fuerzas más reaccionarias se agruparon en torno del nuevo Ministro de Marina, Almirante

Héctor Vernengo Lima, que hizo su centro de operaciones en el Círculo Militar. Apoyados por todos los sectores y en particular por el partido ítalo eslavo de Vittorio Codovilla, los marinos sostenían la tesis de entregar el poder a la Suprema Corte que, envuelta la cabeza en la toga, vivía devorada entre el terror y la ambición. El general Avalos, por su parte, se oponía a esta solución, que volvía toda la situación al 3 de junio de 1943 y retrogradaba al país a la Década Infame.

Avalos, representando los sectores nacionales aunque antiperonistas del Ejército, buscó una solución de transacción con el ala «tibiamente» nacional del radicalismo, a través de un acuerdo con Amadeo Sabattini. Se trataba de «radicalizar» la revolución y prestarle un prestigio «democrático» sin «demagogia». Pero Sabattini rehusó el acuerdo: estaba demasiado comprometido con el marchito Comité Nacional alvearista. Con esa actitud selló definitivamente su destino político, que era por lo demás cuanto podía hacer la «pampa gringa» en la política argentina. Por pedido de Avalos en ese momento, Farrell solicitó al Procurador de la Corte, el Dr. Juan Alvarez, la formación de un gabinete.

Dos testimonios ilustran sobre la actitud de Amadeo Sabattini durante el fugaz interinato en el poder del General Avalos. Al renunciar Perón y ser detenido, Sabattini viajó inmediatamente a Buenos Aires. Se instaló en casa de su yerno, Barón Biza, relata Arturo Frondizi. La Casa Radical (aquella costeadada por la CADE) en la calle Tucumán «estaba copada por los comunistas... Los intransigentes eran agraviados y hasta agredidos». Frondizi decidió entrevistar a Sabattini e instarlo a hablar con Avalos. Sabattini le contestó:

Vea, Frondizi. A Perón lo he sacado del ala y voy a volver a sacarlo cuantas veces sea necesario. Algunos amigos nuestros están impacientes por ocupar funciones en el gobierno, pero es conveniente esperar. A nosotros nos conviene un ministro conservador. Deje que ocurra eso y el camino de Buenos Aires a Villa María va a ser chico para la fila de coches de los que van a venir a vernos...» Y agregó: «No se preocupe por Perón, está terminado^{104bis}.

Arturo Jauretche cuenta, a su vez, algo parecido:

Yo fui a verlo temprano. Lo encontré más bien inclinado a la idea de 'el gobierno a la Corte'. Le hablé con vehemencia. –Avalos está dispuesto a entregarle el gobierno a Ud., le dije– ¿Por qué no lo toma? Usted, doctor Sabattini, tiene que tomar el poder. Poner

los ministros y mandar adelante el proceso. A Perón, la gente lo quiere, hay que convencerse. Pero, si el propio Ejército lo ha defenestrado, hay que hacerle un funeral de primera... mande que hable por radio el hombre más respetado del radicalismo, por ejemplo, don Elpidio. Que diga que el Ejército ha resuelto que ningún militar puede ser candidato. Que Perón se vaya con todos los honores porque si no la reacción popular puede ser peligrosa. Y enseguida, no desaprovechar la oportunidad. Hay que tomar la oportunidad por la trenza, porque es calva... « Sabattini pareció impresionado –agrega Jauretche– pero al poco rato ingresaron al lugar dos miembros del Comité Nacional del radicalismo». Sabattini dijo a Jauretche: «Los amigos del Comité Nacional creen que conviene insistir en el planteo de que el gobierno entregue el poder a la Corte». Fue la última vez en la vida que lo vi a Sabattini – agrega Jauretche. – Me despedí así:

– Sepa doctor que la historia ha pasado al lado suyo y usted la ha dejado escapar. Nunca más tendrá esa oportunidad. Usted ha terminado políticamente. Adiós¹⁰⁵.

Ni Frondizi, ni Jauretche sabían en ese momento decisivo que el astuto aunque limitado médico de Villa María, amigo de Avalos, era no sólo quien había impulsado al Comandante de Campo de Mayo a traicionar a su camarada Perón sino quien, además, le había sugerido el nombre de Juan Alvarez, Procurador de la Corte, para formar gabinete. El episodio permite clasificar las tendencias del siguiente modo:

1) El sector de la Marina, encabezado por el Almirante Vernengo Lima – apoyado por toda la oposición democrática, de conservadores a comunistas–, que exigía el «poder a la Corte»;

2) El sector nacionalista, aunque distanciado de Perón bajo la presión formidable de la opinión oligárquica, dirigido por Avalos y que buscaba una salida «nacional» mediante una alianza con el radicalismo «neutralista» cuya figura más sobresaliente era Sabattini;

3) El propio Sabattini, que por algunas horas pudo ser el árbitro de la situación, que desconfiaba de una alianza del sector intransigente del radicalismo con el grupo militar de Campo de Mayo para iniciar un camino nacionalista, dejando en la ruta a Perón y a la partidocracia anglófila (entre ella, a gran parte del propio radicalismo).

Sabattini creyó que Juan Alvarez podía sacarle las castañas del fuego, la Corte convocar a elecciones y él resultar elegido Presidente. Pretendía a un tiempo nadar y tener la ropa seca.

4) El sector militar fiel a Perón que estaba totalmente disperso y desorientado, con su jefe en Martín García. El propio Perón escribía desde la isla una carta a Evita, el 14 de octubre:

Hoy he escrito a Farrell pidiéndole me acelere el retiro, en cuanto salgo nos casamos y nos iremos a cualquier parte, a vivir tranquilos¹⁰⁶.

Había, sin embargo, más allá de todos los grandes personajes de esta historia, de todos los almirantes, generales, próceres o cuasi próceres, antiguos embajadores y diputados de la Argentina oficial, otro actor del bullente proceso. Nadie lo conocía aún. Carecía de antecedentes y de domicilio preciso. No tenía nombre y su aspecto estaba lejos de ser presentable en una reunión de importancia. Pero este actor era el más importante del drama. Venía de abajo y su marcha era irresistible. Faltaban pocos días para conocerlo. Si había demorado en aparecer, lo cierto es que nadie pudo desde entonces olvidarlo jamás.

Mientras la Marina discutía con el Ejército, en los amplios canteros que rodeaban al Círculo Militar se solazaban los vástagos de la oligarquía y los personajillos de medio pelo que aclamaban a los almirantes. Sirvientes solícitos servían refrigerios a las niñas. La política y la «gente decente» eran una sola y misma cosa. Deslizándose entre los núcleos de la alta sociedad, los stalinistas y socialistas distribuían volantes exigiendo el gobierno a la Corte. «Pelagatos» y «cajetillas» compartían una hora irrepetible. La policía miraba con aire indiferente a la animada concurrencia; algunos raterillos hurtaban vasos finos, abandonados sobre el césped; grupos de afónicos estudiantes voceaban estribillos contra la dictadura. La tarde era verdaderamente agradable, el clima plácido aunque algo turbador. El resto de la ciudad permanecía en calma; todo el país esperaba.

En ese mismo momento, desesperada tras la detención de Perón, con quien había comenzado a compartir su vida en el departamento de la calle Posadas, Eva Duarte, la actriz y futura Evita, se lanzó a la calle. Tomó un taxi para abandonar la ciudad y viajar luego a San Nicolás, a refugiarse en casa de amigos. Pero el amable taxista detuvo el coche en la Avenida Las Heras, junto a un grupo de estudiantes universitarios y les informó sobre la identidad de su pasajera. La tomaron a golpes a tal punto que cuando intentó luego salir de la Capital en otra dirección, no fue reconocida por las lesiones y hematomas que los estudiantes habían marcado en su rostro. El hecho fue referido por Eva al historiador Vicente Sierra y era, según le dijo, uno de los incidentes más amargos que recordaba. Ejemplar episodio:

faltaban esos golpes en la cara de aquella que daría el voto a las mujeres argentinas para que la historia fuera completa.¹⁰⁷

Pero si la musa de la historia se hubiese propuesto cambiar el rumbo de los acontecimientos, intercalando personajes inadecuados en la comedia, no podía haber elegido un hombre menos apto para formar gabinete que el doctor Juan Alvarez. Varón honrado y lleno de talento, había continuado brillantemente la tradición alberdiana, y su trabajo sobre «Las guerras civiles argentinas» abre toda una época en la reevaluación del pasado nacional. Audaz en el pensamiento, era medroso en la acción. Después de publicar en 1912 su ensayo, una ola de murmuraciones corteses y críticas frías lo rodeó. Hasta el pomposo Palacios tuvo a bien recordarle que el proceso histórico no se funda tan sólo en factores «materiales, sino también en impulsos ideales». Alvarez no se recobró jamás del eco malévolos suscitado por su obra admirable y vivió el resto de su vida arrepentido de haberla dado a luz. Se refugió en el Derecho y lo hicieron ingresar a varias Academias. Con modestia y timidez se hizo perdonar su inteligencia. De joven ya había gastado su cuota de aventura. Vivió en Nueva Zelandia, donde aprendió el mahorí. En Tahití compartió una choza con los nativos, vestido con taparrabos como ellos.

De aquellos prodigiosos días, conservaba un recuerdo lejano y cierto pudor en evocarlos el severo Procurador de la Corte. Cuando en las horas convulsas de mediados de octubre el Presidente Farrell, jaqueado por la Marina, encomienda al doctor Alvarez la formación de un gabinete, el Procurador, a quien horrorizaban los tumultos, pidió algunos días para hacer consultas. En el fondo mahorí de su carácter, el tiempo no existía y dialogó calmamente con los viejos campanudos de las Academias como si gozara del sol en el archipiélago polinésico. Escuchó con seriedad profunda todas las opiniones, mientras la calle ardía. Meditó algunas horas sobre un proyecto del fisiólogo Bernardo Houssay para reformar los planes de enseñanza. Con Alfredo Palacios recordó complacido algunas citas de Tácito, en las que era experto el afectado tribuno. Después de conversar largamente sobre derecho constitucional con antiguos ministros de Sáenz Peña y Quintana, escribió con prolija caligrafía la lista de sus candidatos al gabinete, todos ellos hombres del viejo régimen, pidió un taxi y se la llevó alegremente al Presidente Farrell. Llegó algo tarde, a las 20.30 horas del 17 de octubre, pues Perón ya había regresado y los dioses reían en lo alto.

El padre del doctor Juan Alvarez, amigo del padre del novelista Manuel Gálvez, que lo evoca en sus memorias, dice: «era un español de barba redonda, enlevitado, de estatura tirando a baja y rechoncho. Había sido famoso en España, por haber fundado una religión. Menéndez y Pelayo le dedica en los «Heterodoxos»

unas líneas burlonas. Se dio el título de ‘bishop’ y bautizó a su mujer, a sus hijos y a las sirvientas».

Al encontrarse al día siguiente del regreso de Perón en la calle con el doctor Alvarez, Gálvez le preguntó por qué había elegido ese ministerio «compuesto por ‘oligarcas’ a los que el país rechazaba».

«¡Pero si son apolíticos! —exclamó—»¹⁰⁸. El ministerio propuesto por Alvarez estaba integrado por el doctor Tomás Amadeo, Isidoro Ruiz Moreno, Alberto Hueyo, Jorge Figueroa Alcorta, ingeniero Antonio Vaquer, típicos personeros del sistema portuario. Simbolizaban todo aquello que el pueblo detestaba: Hueyo había sido Ministro de Hacienda del General Justo en la «década infame» y en tal carácter había rebajado los sueldos de los empleados públicos, y por sus vinculaciones con la CADE, la comisión investigadora presidida por el Coronel Rodríguez Conde dictaminó la presunción de cohecho. Amadeo era otro figurón, amigo de Braden. Vaquer era un hombre de confianza de los ingleses.

Las jornadas de octubre

La crisis había llegado a su apogeo. En la Casa de Gobierno se paseaba el General Farrell con el rostro descompuesto, solo como un fantasma. De su antiguo gabinete sólo dos carteras estaban cubiertas: Marina con el Almirante Vernengo Lima, y el General Avalos, en el Ministerio de Guerra. La fisura del Ejército abría una oportunidad para que la oligarquía terrateniente, con su cohorte de aliados, se filtrase al poder mediante la vía muerta del gobierno a la Suprema Corte. Las tendencias nacionales del Ejército, por medio de Avalos, se oponían tenazmente a esa solución. Pero si la revolución de junio se había hundido junto con el nacionalismo militar que la sustentaba, la oligarquía aún no tenía el poder en sus manos. Sin el Ejército, la Marina no podía imponer su fórmula, que era la de todos los partidos cipayos.

Y mientras Avalos intentaba vanamente persuadir a Sabattini, el doctor Alvarez perdía días preciosos en consultar candorosamente a toda esa quincallería valetudinaria que había manejado el Estado durante medio siglo. La solución pequeño burguesa de Avalos fracasaba y la solución oligárquica de Alvarez se demoraba en exceso. Entre el 8 de octubre y el 17 de octubre todos los acontecimientos se concentraron en la Capital Federal. A los diálogos incesantes entre las camarillas navales, civiles y militares, suceden los tiroteos nocturnos, las manifestaciones que la policía comienza a reprimir, los choques sangrientos, el

desorden generalizado. Los enemigos de Perón y del «fascismo» dominan la vasta escena de la Gran Capital del Sud. Con el apoyo de la prensa, el coro alcanza un poder avasallador. El semanario comunista *Orientación* se suma a la demo-cracia congestionada con su consigna a toda página: «El Gobierno a la Suprema Corte». Por la tarde, el Partido Comunista rectifica esa posición en los siguientes términos: «Rendición incondicional y gabinete presidido por el doctor Juan Alvarez».

No sólo Sabattini se entrevistaba secretamente con Avalos y ejercía presión sobre el turbado Jefe de Campo de Mayo. Un grupo de experimentados dirigentes obreros, algunos de origen socialista, como Luis Monzalvo, que evoca la entrevista, tuvieron una larga conversación con el General Avalos en el Ministerio de Guerra. Fue el martes 16 de octubre a las 15,30 horas. En nombre de la delegación obrera, Monzalvo tomó la palabra:

Procuré darle a la conversación el carácter de un informe. Describí la situación lo más fielmente que me fue posible: la efervescencia incontrolable, en todo el ámbito del país, de las bases de las organizaciones gremiales que por propia determinación comenzaban a actuar; la posición de los organismos directivos de los diversos sindicatos, que habían procurado abroquelarse en las disposiciones estatutarias que disponían la prescindencia gremial a los fines de soslayar el problema y de no participar en el movimiento por la libertad del coronel Perón. Le dije que los directivos eran absolutamente incapaces para contener la enérgica protesta y el avance avasallador

y masivo de las bases que ya estaban en la calle; que en Taft Viejo los ferroviarios habían abandonado a mediodía los talleres y que habían iniciado una marcha de protesta, de Taft Viejo a Tucumán, y que exigían la inmediata libertad del coronel Perón.

Y agregué que sabíamos que en el caso de que ese objetivo no se pudiera lograr, se proponían hacer arder el país por los cuatro costados... El general Avalos empalideció^{108a} .

Tal cual lo recuerda Monzalvo, la mayoría de los dirigentes de la CGT no querían saber nada de salir a luchar por Perón:

La mayoría de los compañeros con quienes conversamos sobre este asunto coincidía en que los hechos que estaban sucediendo eran de incumbencia exclusiva de las Fuerzas Armadas^{108b} .

Las fatales limitaciones del sindicalismo para abrazar en su perspectiva las grandes cuestiones políticas se ponía de relieve en un momento capital en que irónicamente se dividía no sólo la legislación obrera, sino el destino nacional.

Desde el 9 de Octubre las autoridades gremiales se encuadraron estrictamente «dentro del marco de la prescindencia estatutaria». Pero lo que los dirigentes sindicales rehusaban hacer, fue emprendido sin aviso por las masas populares.

Años más tarde, Rodolfo Ghioldi relata el siguiente episodio:

Con un grupo de personas fuimos a ver al Almirante Vernengo Lima al ministerio, y me permití decirle: 'Pero ustedes van a ser derrocados pasado mañana: la Policía está en las mismas manos, la Policía no deja que los sindicatos hagan asambleas, persigue a gente que quiere luchar y salir a la calle, les está metiendo palos y llevándola a calabozos'. Me dijo que estaba equivocado y, como insistiese, se comprometió a comunicárselo al general Avalos; cuando se lo comunicó, ninguno de los dos ya estaba en la Casa de Gobierno; había triunfado el movimiento que los derrocó¹⁰⁹.

En el Círculo Militar la actividad era ininterrumpida. Las luces del antiguo Palacio Paz no se apagaban nunca. Era el cuartel general de la contrarrevolución mundana. La multitud «democrática» exigía una definición. Vernengo Lima salió al balcón y prometió al público exaltado que muy pronto habría buenas noticias: «Yo no soy Perón», afirma, ante una voz del público que expresa su duda sobre los militares.

En la casa particular del Almirante Domecq García, aquel oficial que en 1909 entrenaba a los patoteros en el Centro Naval para incendiar sindicatos, aquel mismo jefe que en 1942 se ocupaba de tramitar concesiones lesivas a la Nación en compañías marítimas particulares, aquel mismo almirante que amparaba con su nombre la estafa inglesa de la Corporación de Transportes, se organizaban reuniones de los marinos complotados contra Perón. Era un lugar perfectamente adecuado, por la significación del dueño de casa, para arreglar los asuntos del país¹¹⁰.

Para los obreros había también un mensaje. El nuevo Secretario de Trabajo y Previsión, Profesor Juan Fentanes, habla por LR3 el día 13 de octubre a la noche:

La política debe ser excluida de los problemas del trabajo. Las soluciones en esta materia deben responder al concepto fundamental de justicia¹¹¹.

Esa misma tarde, el diario *Crítica*, versión populachera del interés oligárquico, imprime un gran titular en su primera página: «YA NO CONSTITUYE UN PELIGRO PARA EL PAIS». La Unión Obrera Local, entidad gremial sin obreros dirigida por los comunistas, declara su solidaridad «con las fuerzas democráticas». Se anuncia la reincorporación a sus cátedras de 24 profesores universitarios exonerados por haber firmado un manifiesto. Los sindicatos democráticos—Autónomo de Luz y Fuerza, Federación Obrera de la Construcción, etcétera—desmienten los rumores de huelga. Vittorio Codovilla había sido detenido unos días antes de la caída de Perón, pero el 9 de octubre, Antonio Santamarina, el ganadero bonaerense y ex senador, visitaba al burócrata stalinista en el Departamento de Policía e informaba a los periodistas:

Le dije a Codovilla que de un momento a otro ha de producirse el estallido que aguardamos. Estamos por obtener su libertad, porque sólo él puede orientarnos¹¹².

El antiguo coronel Durán, agente de la Inteligencia Secreta norteamericana en España durante la guerra civil y en ese momento secretario del embajador Braden, mantenía estrechas relaciones con el viejo verdugo de los revolucionarios españoles. Ambos habían cumplido en España análogas funciones respondiendo a distintos amos.

La situación era confusa, sin duda, había múltiples inconvenientes, pero los partidos de la oposición, unidos contra el monstruo, paladeaban una hora de éxtasis. Sin embargo, en la tarde del 16 de Octubre comienzan a circular rumores alarmantes. En los ingenios Amalia, Cruz Alta, Fronterita y Mercedes de Tucumán los trabajadores se lanzaban a la huelga reclamando el regreso de Perón. Noticias similares provienen del Gran Buenos Aires, de Rosario, de Córdoba y de todo el país. La prensa oligárquica inicia una enérgica contraofensiva sobre el papel: se publican numerosos comunicados de «sindicatos obreros» que desmienten todo movimiento de huelga. Entre ellos figura la Federación Obrera de la Carne, presidida por José Peter de tendencia stalinista, que concluye con las palabras: «Basta de nazificación y peronismo». También en este caso, tratábase de un sello de goma: Peter había perdido toda reputación y otra Federación de la Carne, encabezada por Cipriano Reyes y sus hermanos, agrupaba a la inmensa mayoría de los trabajadores de los frigoríficos.

Como un reguero de pólvora y simbolizando la esencia de la caída del coronel, había corrido en el movimiento obrero la respuesta de algunos patrones a los obreros que reclamaban el aumento de salarios decretado por el gobierno la

víspera de la crisis: «Vayan a cobrárselo a Perón». Cuando en esos mismos días los delegados de algunas fábricas concurrían a la Secretaría de Trabajo para hacer aplicar la ley, no eran recibidos por el nuevo titular. Estos episodios se insertaban como detonantes en la más clara polarización de fuerzas que el país había conocido en los últimos veinte años.

Se declara la huelga general

El día 14 la CGT declara la huelga general en principio. El 16 de Octubre el Comité Central Confederal decide reunirse para discutir el punto. El debate dura diez horas. Entre las opiniones encontradas de los delegados, prevalece la de Libertario Ferrari, representante de la Asociación de Trabajadores del Estado y antiguo militante de FORJA, quien divide su propia delegación y arrastra al Comité Confederal a la declaración de huelga general. Pero las masas habían decidido el conflicto con su propia iniciativa. En todo el país y aun antes de que la CGT adopte la decisión, los trabajadores abandonan las fábricas, los surcos, los yerbales, las chacras, los servicios de transporte, un sector tras otro. En la mañana del 17 de octubre, desde el Gran Buenos Aires, de una manera al parecer espontánea pero gestada por un largo proceso, grandes masas se deciden a dar su veredicto ante la crisis del país.

Buenos Aires es una caldera hirviente: los rumores disipan la euforia imperialista de la víspera. Con el correr de las horas las noticias se definen. Grupos compactos de trabajadores han atravesado los puentes que unen Avellaneda con Buenos Aires y se dirigen hacia el centro de la ciudad. Es un movimiento irresistible y convergente. Las manifestaciones obreras, aisladas al principio, se funden en columnas cada vez más imponentes. Sus gritos y voces despiertan el pánico en la burguesía comercial, que baja precipitadamente las cortinas metálicas.

Al caer la tarde, el sector céntrico de la ciudad es irreconocible. La pequeña burguesía, los estudiantes, los abogados, las gentes bien vestidas, el «público culto», que habían dominado hacía pocas horas las calles, desaparecen. Algunos raleados grupos «democráticos», desde las veredas observan perplejos el inusitado espectáculo.

Buenos Aires es ocupada por centenares de miles de trabajadores enfurecidos. Sus consignas son primitivas, pero inequívocas: «¡Mueran los oligarcas!» o «¡Sin galera y sin bastón! ¡Queremos a Perón!» Las manifestaciones obreras confluyen a la Plaza de Mayo sin cesar y vuelcan sobre la Casa de Gobierno

desierta todo el peso de su exasperación. Rendidos por la marcha, numerosos manifestantes se lavan en las fuentes del Congreso; su indumentaria modesta, su actitud provocativa, sus gritos destemplados, causan horror a los espectadores de los partidos «democráticos» que presencian estupefactos la conquista de Buenos Aires.

Marchaban arracimados por Rivadavia desde el Oeste, por Callao desde el Sur, por Bolívar, Piedras, Lima y convergían a la Avenida de Mayo.

Algunos en camiseta, muchos en camisa, otros montados en caballos, aquellos agrupados en camiones, trepados al techo de tranvías, amontonados en colectivos que perentoriamente debieron cambiar su ruta y conducirlos a Plaza de Mayo, las mujeres obreras con sus niños en brazos, otros con pantalones arremangados hasta la rodilla, lanzando burlas soeces a los caballeros bien vestidos que miraban las manifestaciones en silencio, llevando carteles improvisados, o botellas vacías, bebiendo refrescos, comiendo un trozo de pan, enronquecidos y desafiantes, profiriendo ironías gruesas o epítetos agresivos, esa gigantesca concentración obrera inauguraba el 17 de Octubre un nuevo capítulo en la historia argentina.

La noche había caído sobre la ciudad y seguían llegando grupos exaltados a la Plaza de Mayo. Jamás se había visto cosa igual, excepto cuando los montoneros de López y Ramírez, de bombacha y cuchillo, ataron sus redomones en la Pirámide de Mayo, aquel día memorable del año 20. Ni en el entierro de Yrigoyen una manifestación cívica había logrado congregarse masas de tal magnitud. ¿Cómo? –se preguntaban los figurones de la oligarquía, azorados y ensombrecidos– ¿pero es que los obreros no eran esos gremialistas juiciosos que Juan B. Justo había adoctrinado sobre las ventajas de comprar porotos en las cooperativas? ¿De qué abismo surgía esa bestia rugiente, sudorosa, bruta, realista y unánime que hacía temblar la ciudad?

No estaría fuera de lugar decir que se enfrentaban dos ciudades, dos momentos de la historia argentina.

Con ejemplares de *La Prensa* retorcidos en llamas, aquella noche inolvidable los trabajadores iluminaron con una luz vivísima la trama de la conspiración oligárquica. Miles de antorchas rodearon de una aureola ardiente la mole espectral de la Casa de Gobierno. En esa jornada se decidió el destino del poder. La oficialidad de Campo de Mayo comprendió que había sido burlada por la presión oligárquica y que la política de Perón estaba lejos de ser insensata: el formidable despliegue numérico del proletariado mostró a las distintas fracciones del Ejército el apoyo popular al coronel. No hubo más remedio que llegar a un acuerdo, exigido por la fracción nacionalista militar. Perón fue puesto inmediatamente en libertad y se decidió convocar a elecciones enseguida, controladas por el Ejército.

Pero la reacción antiperonista había conservado después del 17 de Octubre importantes palancas del poder. Las grandes huelgas generales, demostrativas de la voluntad popular, no eran suficientes por sí mismas para garantizar el cumplimiento de las prometidas elecciones nacionales. Según refiere Lucero en sus Memorias, tanto el Ministro de Guerra, General Avalos, como el jefe de la guarnición de la Capital, general Rossi, no ocultaban su hostilidad hacia Perón y hacia el giro que las manifestaciones populares habían impreso a la situación general del país. Ante la ambigüedad de toda la situación, que amenazaba resolverse contra las aspiraciones nacionales mediante los resortes de fuerza en manos de la reacción, el núcleo militar más resuelto, encabezado por los coroneles Velazco, Molina y Mujica entró en acción, horas después del 17 de Octubre.

Velazco y Molina se apoderaron por sorpresa de la jefatura de la Policía Federal, mientras el coronel Mujica detenía al general Rossi y se ponía al frente del comando de la Capital Federal.

El coronel Molina dispuso que la policía ocupase el diario *Crítica*. Pidió a Mujica que una compañía de morteros reforzada concurriera a Plaza del Congreso para auxiliar a las fuerzas policiales.

El 18 de Octubre se nombraba al general Humberto Sosa Molina Ministro de Ejército, al contralmirante Pantin como Ministro de Marina, al coronel Velazco Jefe de la Policía Federal y al coronel José Domingo Molina subjefe de la misma. Así quedó consolidada la situación, por abajo y por arriba, verificándose una victoriosa alianza entre el Ejército y el pueblo que habría de prolongarse durante una década.

La maniobra imperialista se desmoronó como un castillo de naipes. No había más remedio que afrontar el problema en términos electorales. Sobre todo, se imponía lapidar la personalidad de ese caudillo naciente, desnaturalizar el contenido histórico del movimiento que aparecía y ligarlo con el fascismo europeo agonizante para separar a la clase media del «peronismo», como comenzaba a llamarse a la nueva fuerza.

Los partidos «obreros» ante el 17 de octubre

La ofensiva ideológica del imperialismo no hizo sino cobrar un nuevo impulso en el lapso que medió entre las jornadas de octubre y los comicios presidenciales del 24 de febrero. El estudiantado universitario fue arrastrado a esta campana, que lo divorciaba de la clase trabajadora. Un volante del Comité de Coordinación

de la Facultad de Ciencias Exactas (citamos uno entre cientos, imbuidos del mismo espíritu) decía:

Ciudadanos: Buenos Aires ha sido invadida por hordas bárbaras que, al amparo policial, han cometido toda clase de desmanes y atropellos... Ocupe su puesto en la lucha contra la dictadura.

Otro volante estudiantil había dicho en la noche del 9 de octubre:

Rechazado por todas las fuerzas sociales y políticas y por la prensa que él amordazó, el coronel fascista ha debido resignar sus cargos... Bajo la presión del pueblo, el fascismo busca una válvula de escape y se desprende de uno de sus hombres.

El pánico ante las huelgas generales hizo presa de los seudos «partidos obreros» enfeudados a la oligarquía. El periódico comunista oficial escribía el 24 de octubre:

Pero también se ha visto otro espectáculo, el de las hordas de desclasados haciendo de vanguardia del presunto orden peronista. Los pequeños clanes con aspecto de murga que recorrieron la ciudad, no representan ninguna clase de la sociedad argentina. Era el malevaje reclutado por la policía y los funcionarios de la Secretaría de Trabajo y Previsión para amedrentar a la población¹¹⁴.

Así juzgaba el stalinismo a la clase obrera. En un manifiesto publicado por el Partido Comunista el 21 de Octubre se decía:

El malón peronista con protección oficial y asesoramiento policial que azotó el país, ha provocado rápidamente, por su gravedad, la exteriorización del repudio popular de todos los sectores de la República y millones de protestas. Hoy la Nación en su conjunto tiene clara conciencia del peligro que entraña el peronismo y de la urgencia de ponerle fin... En el primer orden, nuestros camaradas

deben organizar y organizarse para la lucha contra el peronismo hasta su aniquilamiento. Perón es el enemigo número uno del pueblo argentino.

Vittorio Codovilla, agente italiano del gobierno ruso en América del Sur era el que orientaba esa política. En estrecho contacto con el embajador Braden, se hacía intérprete de «la Nación en su conjunto». La clase trabajadora no estaba incluida en su burdo esquema, pues los comunistas debían «organizarse» precisamente contra ella. Un dibujo aparecido en *Orientación* el 24 de octubre retrataba a Perón dirigiendo las manifestaciones del 17 de octubre bajo la forma de una representación teatral, cuyos actores revestían un carácter canallesco: un camión cargado de obreros armados de revólveres, con botellas de vino en la mano y embriagados; un asaltante, el rostro cubierto con el clásico antifaz negro, empuña una pistola mientras abraza a una prostituta; un vigilante apalea a un infeliz mientras un peronista con aire satánico conduce a tres obreros con los ojos vendados e introduce en la boca de uno de ellos una salchicha.

Si Ernesto Sanmartino en plena Cámara de Diputados calificó años más tarde al pueblo del 17 de octubre de «aluvión zoológico», *La Vanguardia* se expresaba de este modo el 23 de octubre:

En los bajíos y entresijos de la sociedad hay acumulada miseria, dolor, ignorancia, indigencia más mental que física, infelicidad y resentimiento... En todas las sociedades quedan precipitados de miserias que se ramifican como pólipos en las partes más recónditas... Cuando un cataclismo social o un estímulo de la policía movilizan las fuerzas latentes del resentimiento, cortan todas las contenciones morales, dan libertad las potencias incontroladas, la parte del pueblo que vive su resentimiento, y acaso para su resentimiento, se desborda en las calles, amenaza, vocifera, atropella, asalta diarios, persigue en su furia demoníaca a los propios adalides permanentes y responsables de su elevación y dignificación... Pero los culpables son los caudillos de la guerra civil que para lograr el triunfo de sus apetitos y ambiciones no tienen escrúpulos en azucar los resentimientos y las fuerzas primitivas de la miseria.

La atrofia política y teórica de socialistas y comunistas no podía ser más completa. El año 45 exhibió a una luz cruel la naturaleza de la izquierda cosmopolita.

La posición del socialismo nacional o «criollo»

La corriente socialista revolucionaria de la Argentina se expresó por medio del periódico *Frente Obrero* y de la revista *Octubre*, aparecidos en octubre y noviembre de 1945.

La misma masa popular que antes gritaba ¡Viva Yrigoyen! grita ahora ¡Viva Perón! Así como en el pasado se intentó explicar el éxito del yrigoyenismo aludiendo a la demagogia que atraía a la chusma, a las turbas pagadas, a la canalla de los bajos fondos, etcétera, así tratan ahora la gran prensa burguesa y sus aliados menores, los periódicos socialistas y stalinistas, de explicar los acontecimientos del 17 y 18 en iguales y parecidos términos. Con una variante: comparan la huelga en favor de Perón con las movilizaciones de Hitler y Mussolini. Identificar el nacionalismo de un país semicolonial con el de un país imperialista es una verdadera 'proeza' teórica que no merece siquiera ser tratada seriamente, señalaremos sin embargo, una diferencia: los fascistas utilizaban a las tropas de asalto, compuestas en su mayoría por estudiantes, en contra del movimiento obrero: Perón utilizó al movimiento obrero en contra de los estudiantes en franca rebeldía.

La verdad es que Perón, al igual que antes Yrigoyen, da una expresión débil, inestable y en el fondo traicionera, pero expresión al fin, a los intereses nacionales del pueblo argentino. Al gritar ¡Viva Perón! el proletariado expresa su repudio a los partidos pseudoobreros cuyos principales esfuerzos en los últimos años estuvieron orientados en el sentido de empujar al país a la carnicería imperialista. Perón se les aparece, entre otras cosas, como el representante de una fuerza que resistió larga y obstinadamente esos intentos y como el patriota que procura defender al pueblo argentino de sus explotadores imperialistas. Ve que los más abiertos y declarados enemigos del coronel lo constituyen la cáfila de explotadores que querían enriquecerse vendiéndole al imperialismo anglo-yanqui, junto con la carne de sus novillos, la sangre del pueblo argentino¹⁵.

De este modo, el antiguo país amórfico de 1943, donde las clases y las ideas políticas aparecían en estado embrionario, se revelaba bruscamente por la acción

de las masas como un país con clases nítidamente diferenciadas, un nuevo lenguaje y una nueva perspectiva. Si el proletariado emergía de su relegamiento social y aparecía desafiante en la arena, su conciencia política no podía sino manifestarse en los revolucionarios de la preguerra, que en el más completo aislamiento habían permanecido fieles al socialismo.

Los versos de un nacionalista decepcionado

Cuando el Ejército abandona las estalactitas junianas y se une al pueblo en las grandes jornadas, los nacionalistas reaccionarios quedan estupefactos. ¿Qué hacer ahora con la vajilla medioeval, los estandartes, las esdrújulas y las proclamas?

La intervención de la clase obrera en los asuntos públicos divorció al nacionalismo de la política. Decepcionados del Ejército, que apoyó inesperadamente las jornadas del 17 de Octubre, los nacionalistas prorrumpieron en sarcasmos contra la participación e ineptitud de los militares en los problemas de gobierno. Leonardo Castellani, un jesuita heterodoxo, Savonarola razonante y burlador de los tenderos de la Iglesia, expresó el estado de ánimo del nacionalismo frente a los militares en unos versos escritos en 1945. Amigo del Ejército en cuanto la milicia existía separada del pueblo que la nutre, se levantó contra ella cuando los militares rehusaron mover los tanques ante la plebe del 17 de Octubre, es decir, en cuanto el Ejército adoptó una actitud popular.

Precediendo a sus versos, que transcribimos enseguida, Castellani decía: «Convenzámonos que esa creación moderna que es el Ejército permanente (nacido de la 'leva forzosa' de la Revolución Francesa) participa de las condiciones del mundo moderno, y también, por ende de sus taras. Es una construcción no sacra, artificial, profesionalista y clasista que tiene sobre sí esta condición temible: que no es útil ni necesaria sino en función de una calamidad inmensa que es la guerra moderna; y que no habiendo guerra está en continua ocasión próxima de ocio, padre de muchos vicios, sobre todo nuestro ejército, excesivamente mimado; entiendo por ocio también el agitarse en el vacío. Ese es nuestro ejército en sus cuadros superiores, y no ese mito de santidad y patriotismo al cual un cierto poeta de estas partes opuso aquella otra imagen también exagerada, pero interesante, que dice:

*Al fin habrá que hallarle algo que hacer
Porque no sirve para gobernar*

*Y para ganar guerras sin pelear
Resulta caro, ya lo van a ver
Andar luciendo atrás de su mujer
Uniformes y ganas de charlar
Es por ahora todo su efectuar
Y todo lo demás es prometer.
Son altos empleados
De instrumentos mortíferos dotados
A fin de hacer lo que el Estado mande.
Meros esclavos de linaje adusto
Del Dios Estado, sea vil o grande
Sea justo o injusto¹¹⁶.*

La campaña preelectoral

Las huelgas generales del 17 de Octubre persuadieron a la reacción «democrática» oligárquica de que las elecciones del 24 de febrero debían ser ganadas a toda costa. La oligarquía respaldó una campaña preelectoral febril; inundó las paredes de Buenos Aires con afiches innumerables. Toda la prensa argentina, sin excepción, se alineó junto al imperialismo. Esto era inevitable, pues en los países semicoloniales todos los sistemas de propaganda y los dispositivos de cultura y difusión pertenecen legendariamente al control extranjero. Se organizaron comités y entidades «ad hoc» para movilizar a todas las clases, profesionales y grupos contra el peronismo. Este último carecía de diarios, periódicos y de órganos de propaganda. Por cada diez carteles «democráticos» sólo había uno peronista.

La oposición oligárquica dirigió su mirada al radicalismo, tradicionalmente el partido con mayor arrastre electoral. El candidato de la reacción debía surgir, necesariamente del partido fundado por Yrigoyen y ésta no sería la única paradoja de la Unión Democrática. La fórmula que eligió el radicalismo, domado durante quince años por los antipersonalistas, no podía ser más simbólica: Tamborini†Mosca. Había sido, el primero, Ministro del Interior del Presidente Alvear y uno de los dirigentes más notorios del «antipersonalismo» contra Yrigoyen. Orador insustancial, extranjerizante, almuerzo diariamente en el Jockey Club y es amigo personal de muchos conservadores. En un debate parlamentario de veinte

años atrás había dicho que él no figuraba en el grupo obrerista del radicalismo «porque mantengo la serenidad de espíritu suficiente para no dejarme llevar por el instinto demagógico». Aludía a Yrigoyen.

Sería este hombre el candidato radical, que haría suyo la Unión Democrática en las elecciones del 24 de febrero de 1946. Enrique Mosca, ex gobernador de Santa Fe, también antipersonalista, lo acompañaría como candidato a vicepresidente. En el intenso debate que conmovió al país, todas las fuerzas políticas de la oligarquía y sus partidos tributarios comprendieron que la fórmula Tamborini†Mosca debía ser el eje de la contrarrevolución.

En pocas semanas se formalizó la adhesión de los socialistas, comunistas y demócratas progresistas. Los conservadores no presentaron candidatos propios, pero apoyaron con todo su dispositivo económico y social la candidatura oligárquica. El Partido Comunista fue el campeón de la Unión Democrática: su teórico, su amigo más fiel, su auxiliar indispensable y diligente. De su premiosa actividad surgió una lista llamada de la «Unidad y Resistencia», integrada por comunistas, independientes y demócratas progresistas: Rodolfo Ghioldi, Julio A. Noble, Juan José Díaz Arana, Arnedo Alvarez, Roberto Giusti, Héctor Agosti, Raúl Monsegur, Alejandro Ceballos, Ernesto Giúdice y otros eran candidatos a senadores y diputados. La fórmula Tamborini†Mosca era enjuiciada en estos términos por el periódico comunista:

Ya tiene fórmula presidencial la ciudadanía argentina. Ahora puede oponerse al nombre nazista del coronel, la fórmula democrática de la unidad. La comparación es en número y calidad desalentadora para el naziperonismo. Auto candidato el uno: candidatura surgida realmente del seno de la masa partidaria es la de Tamborini. Perón es el cinismo que se proclama radical e yrigoyenista; Tamborini†Mosca es el radicalismo auténtico¹⁷.

Poco tiempo antes, el Embajador Braden había sido designado Subsecretario en Asuntos Latinoamericanos en el Departamento de Estado. Abandonó el país profiriendo torpes amenazas y alentando a la oposición a proseguir su lucha contra el peronismo. Desde Estados Unidos, toda la prensa seguía los acontecimientos, atacando a diario a la Argentina «fascista». Ray Josephs, uno de esos corresponsales yanquis un tanto ebrios, escribía un artículo que comenzaba así:

Un cuento muy popular en Buenos Aires aludía a la madre de tres hijos, uno que es un genio, otro que es normal y el tercero que

*es un idiota. Interrogada a qué profesiones proyecta orientarlos, la madre responde: El primero será juez; el segundo administrará la estancia familiar; el tercero no tiene más que un camino, será oficial del Ejército*¹¹⁸.

A estos chascarrillos seguían otros datos, completamente falsificados sobre la realidad argentina y el papel jugado por los militares en nuestra política. El infeliz escriba, como tantas otras sombras humanas que vagan por los bares de las capitales cosmopolitas, con el hígado arruinado, servía a quienes pagaban. Pero el lector quedaba completamente defraudado al enterarse que el Ejército argentino, educado por los nazis, estaba íntimamente vinculado a los planes de expansión de Hitler y era dirigido por descendientes de alemanes, para lo cual bastaba citar los apellidos del general Von der Becke y Gregorio Tauber. Este tipo de artículos para tontos, escritos por periodistas poco sobrios, constituían parte de la estrategia norteamericana contra la Argentina en los meses que precedieron a las elecciones de 1946.

Los católicos «democráticos»

La campaña electoral no fue menos significativa que la distribución de las fuerzas sociales y políticas antes de las jornadas de Octubre. La Unión Democrática movilizó también a los sectores católicos contra lo que habitualmente se cree. Los alumnos católicos de medicina «afirman su fe en la democracia»¹¹⁹. La Acción Católica condenaba todas las formas del totalitarismo y el nacionalismo exagerado¹²⁰. El Episcopado Nacional exhortaba a la concordia en las relaciones entre el capital y el trabajo y su respeto por las instituciones fundamentales del país¹²¹. Los Pregoneros Social Católicos publicaban una solicitada atacando la política social del gobierno militar¹²². A raíz de que algunos sacerdotes pronunciaban algunos discursos en apoyo a Perón, el Arzobispo prohibía al clero actuar en política¹²³.

Un núcleo de demócratas-cristianos condenaba la candidatura del ex Vicepresidente de la Nación, y la inversión de dinero en armamentos así como las «*pasiones e intereses que empujan cada vez más al pueblo hacia la guerra civil*»¹²⁴. Firmaban esta declaración antiperonista Manuel Ordóñez, Carlos Pereira Iraola, Horacio Sueldo, Justiniano Allende Posse, Francisco Elizalde, Juan T. Lewis y muchos otros. Otra lista innumerable de firmas de católicos condenaba los atentados antisemitas, cometidos por algunos núcleos nacionalistas fascistas

entreverados en la corriente naciente del peronismo. Cabe añadir que los primeros y únicos «pogroms» de la Argentina fueron efectuados por los elementos de la mejor sociedad en los felices tiempos de Figueroa Alcorta. De este modo, la Unión Democrática cubría su flanco izquierdo con el apoyo stalinista y su flanco católico con las numerosas adhesiones ya citadas.

A medida que se aproximaba la fecha de los comicios, el gobierno de Farrell y la Secretaría de Trabajo y Previsión despertaban cada día la alarma de las clases privilegiadas. El mero anuncio de un régimen de jubilaciones para el personal del comercio, la industria y las actividades civiles desató las iras de toda la prensa y las fuerzas empresarias. Con esta política, lagrimeaba *La Prensa* en un editorial, entre la población trabajadora «ha cundido el concepto falso de que el Estado puede, en cualquier tiempo, asegurarla contra los riesgos propios de la vida»¹²⁵.

Al decretarse un aumento de salarios en diciembre de 1945, Vittorio Codovilla afirmaba en la Conferencia Nacional del Partido Comunista que ese decreto «perjudica a los pequeños patronos». Pero la creación del Instituto Nacional de las Remuneraciones lleva el furor oligárquico y burgués al paroxismo. Es atacado desde todos los ángulos: político, jurídico, moral, económico¹²⁶.

La Unión Democrática se constituye en medio del delirio general. Su sede central será la Casa Radical de la calle Tucumán, financiada oportunamente por la CADE, lo que de ninguna manera constituía una casualidad. El profesor José Luis Romero, en nombre del Partido Socialista, rinde su homenaje a la Universidad de Buenos Aires: «*El Partido Socialista saluda a la Universidad por su conducta heroica y convoca a sus hombres para cubrir sus filas*»¹²⁷.

El peronismo es definido como «naziperonismo». Es descrito con su penetración sociológica habitual por Codovilla, quien encuentra que los puntos de apoyo social del peronismo están

formados por elementos del hampa y por elementos obreros y empleados políticamente atrasados; los sectores menos politizados de la clase obrera de la ciudad y del campo y de los empleados públicos y particulares que se han dejado influenciar o engañar por la Secretaría de Trabajo y Previsión; los elementos más reaccionarios de la oligarquía latifundista, especuladores y usureros, además de ciertos sectores oligárquicos de las provincias más atrasadas desde el punto de vista económico, una parte considerable del clero, varias empresas imperialistas manejadas por elementos munichistas, ciertas empresas de servicios públicos y otras de capitales mixtos nacionales y extranjeros, la quinta columna del nazi-

fascismo-falangismo constituida particularmente por ex afiliados a los diversos Círculos Alemanes, del Dopolavoro, de la Falange, et-cétera, y de las empresas alemanas, antiguas y nuevas, camufladas como nacionales; sumas incalculables de dinero proporcionados por ciertas empresas reaccionarias nacionales y extranjeras, con los fondos de reserva depositados por los hitleristas en la Argentina y por las extorsiones de dinero hechas a obreros y empleados por agentes de Perón que actúan en reparticiones oficiales¹²⁸.

Renunciamos al análisis de esta materia verdosa y ambigua. La entregamos así, intacta, al juicio del lector, como muestra impar de la doctrina stalinista.

La izquierda cipaya rechaza el aguinaldo

El 21 de diciembre se instituyó el sueldo anual complementario o aguinaldo para todos los trabajadores y empleados del país. En medio de la tormenta que esa nueva resolución gubernamental desató, se consumió la última parte del período preelectoral. Como cabía esperar, todas las fuerzas ligadas a la Unión Democrática, la industria, el comercio, la producción, los ganaderos, la Bolsa de Comercio y el bloque de todas las entidades representativas, respondieron con un agudo grito de dolor. El Comité Radical Universitario de la Capital decía que esta medida «provocará la ruina del comercio y la industria»¹²⁹. La Asamblea Permanente del Comercio, la Industria y la Producción declaraba que «se atenta contra los principios constitucionales»¹³⁰. El Colegio de Abogados opinaba con serenidad jurídica que la «justicia social sólo podrá encontrar plena realización dentro del régimen de la Constitución»¹³¹. En la Bolsa de Comercio se reunían los representantes de las fuerzas vivas y resolvían desconocer el reciente decreto de sueldos y aguinaldos¹³². La Cámara del Calzado atacaba el aguinaldo. Coincidió con ella el mismo día la Unión Obrera Local, de dirección stalinista, que rechazaba esa dádiva¹³³. La Cámara de las Grandes Tiendas opinaba del mismo modo. La Unión de Empleados de Comercio e Industria, por su parte rechazaba heroicamente el aguinaldo. Para los intelectuales, sin embargo, lo urgente no era el aguinaldo, sino «extirpar de raíz el nazifascismo y si algún Estado viola ese compromiso al tolerar o proteger las actividades nazifascistas en su territorio» ello deberá «obligar al Consejo de las Naciones Unidas a intervenir»¹³⁴.

Los ciudadanos que así pedían la intervención en la Argentina eran, entre muchos otros, Jorge Luis Borges, José Aguirre Cámara, Alberto N. Candiotti,

Alejandro Ceballos, Alvaro Yunque, Jorge Romero Brest, Carlos Perette, Nicolás Repetto, Silvano Santander, Juan Antonio Solari, Luciano Molinas.

El país se ve conmovido por una ola de paros, huelgas y ocupaciones de fábricas en aquellos sectores en que la patronal anuncia que no pagará aumentos ni aguinaldos. Numerosas empresas comerciales e industriales cerrarán sus puertas por tiempo indeterminado; los ingenios tucumanos se declararán en huelga. Los comunistas exigen la inclusión de los conservadores en la Unión Democrática.

El 15 de enero es general el cierre de la industria y el comercio como protesta por el aguinaldo. A su turno, los amigos de Perón dan a publicidad el cheque firmado por el Presidente de la Unión Industrial Argentina destinado a la Unión Democrática.

El Departamento de Estado, para coronar su inteligente política, da a conocer su «Libro Azul», donde acusa a Perón y sus colaboradores de haber sido agentes a sueldo de la Alemania nazi. Perón responde con la publicación del «Libro Azul y Blanco», en el que ofrece las pruebas del espionaje yanqui en la Argentina. El clima de odio es irrespirable. Las líneas están tendidas y el desenlace se aproxima ciego y mudo como un enigma.

La Unión Democrática

La composición social y económica de las fuerzas que apoyaron a Tamborini en las elecciones del 24 de febrero era diáfana: todas las «fuerzas vivas», con sus largas «solicitudes»; los hombres del comercio de importación y exportación; la burguesía comercial porteña y rosarina; los grandes ganaderos e invernadores de la Provincia de Buenos Aires; los círculos de la finanza y la Bolsa; la gran mayoría de la burguesía industrial. También actuaron en esas filas los sectores profesionales más calificados: los abogados, médicos, ingenieros, escritores, artistas, técnicos. Las nóminas de nombres consagrados en todas las actividades públicas, comerciales, artísticas, políticas o financieras que se publicaban a diario, apoyando al binomio de la «democracia», eran interminables.

Todo el país parecía convenir en que ese desconocido y ambicioso coronel fuera derrotado. Esta unanimidad, que los diarios serios corroboraban cada día con sus editoriales, sus titulares, sus bromas, cuentos y caricaturas, mantenía la moral de la Unión Democrática a un alto nivel. Esa gigantesca clase media de Buenos Aires fue levantada en bloque, por así decir, en esas jornadas convulsivas. A nadie se dejó permanecer indiferente. El imperialismo movió todos los resortes

de la emotividad, de la indignación o del temor. Como en algunas paredes aparecieron leyendas antisemitas, los comunistas y todos los demás tras suyo, levantaron su voz hipócrita contra el peligro de las persecuciones raciales: si Perón era el nazismo, su triunfo abría el camino a los campos de concentración, a las cámaras de gas y a la exterminación de los judíos.

Un sector importante de la pequeña burguesía judía fue intimidado por esta campaña. Se plegó a ella y dio su apoyo económico a la Unión Democrática, sobre todo a través de los comunistas, que no conocían mucho de política argentina pero dominaban la ciencia financiera. Dichas leyendas eran obra de algunos sectores nacionalistas, sobrevivientes de la era juniana, que ingresaron a la marea del peronismo naciente, así como de provocadores conscientes.

Les salió al paso Perón el 1° de diciembre, quien decía en un categórico comunicado:

Desde hace algún tiempo sujetos irresponsables al grito de ¡viva Rosas!, ¡Mueran los judíos! y ¡viva Perón! escudan su indignidad para sembrar la alarma y confusión en distintos actos cívicos que se desarrollan normalmente.

Esta grotesca identificación entre el nazismo europeo y el movimiento popular y proletario que surgía en la Argentina, quedó al desnudo muy poco después. Pero resultó suficiente para que los sectores judíos menos asimilados al país quedaran por un tiempo presos del terror. El imperialismo sólo necesitaba disponer de esas semanas. Los intelectuales más alejados de la cosa política, los escritores más «puros», fueron arrastrados a ese vórtice que lo deglutía todo. Borges regresó por unos días de las brumas escandinavas y firmó manifiestos junto a los comunistas. Carlos Alberto Erro, hombre de los Bemberg, apoyó la candidatura de un intelectual stalinista, Héctor Agosti, como candidato comunista a diputado.

¿Y en el Interior? ¿Qué ocurría en los pueblos rurales?

Recuerdo ... que en vísperas de la elección de febrero de 1946 visité mi pueblo e indagué a un hermano mío sobre la posición política de la gente de nuestra relación habitual, pregunté por quince o veinte personas conocidas, 'placeros' como dice el doctor Amadeo, y todos estaban por la Unión Democrática. Se impuso la pregunta lógica:

¿Entonces aquí ganará Tamborini?

Mi hermano me contestó, como resultó después.

– ¡No! Ganamos nosotros, y lejos. Me has preguntado por los conocidos, pero esta elección la ganan los desconocidos. Y agregó:

– ¿Ves ese moreno que va allí, a caballo?

– Ese era el abanderado de la recepción a Tamborini y cuando pasó a mi lado me guiñó el ojo¹³⁵.

El Frente Nacional Antiimperialista

En definitiva, ¿quiénes apoyaban a Perón? Un solo diario, improvisado en esos días: *La Epoca*, dirigido por Eduardo Colom. Y un simple semanario, *Política*, bajo la dirección de Ernesto Palacio, ambos de tendencia yrigoyenista peronista. Creado en las vísperas electorales, el Partido Laborista estaba presidido por Luis F. Gay, militante sindical telefónico y agrupaba a los dirigentes obreros de pasado sindicalista, amarillos, ex socialistas, ex-anarquistas, y nuevos jefes del proletariado nacidos en las luchas recientes. La organización de la Unión Cívica Radical (Junta Renovadora) permitió el agrupamiento de dirigentes radicales de tradición yrigoyenista—Quijano, Molinari, Antille— y de los hombres de FORJA—Jauretche y sus amigos— que intentaron buscar en el movimiento popular que hervía bajo el «peronismo», una base de creación de un movimiento nacionalista democrático para continuar la línea yrigoyenista con las nuevas masas. También votó por la candidatura de Perón una apresurada creación reciente: el Partido de los Independientes. Además, y sobre todo, el Ejército.

Las fuerzas de tierra habían experimentado una intensa politización en los últimos años. El anacronismo de los viejos partidos era un hecho comprobado por todo el país. Su capitulación ante los dictados del imperialismo colonizador, durante la década infame, no había sido menos evidente. Por ese motivo, la juventud militar tenía la convicción de que sólo un nuevo movimiento político, con el apoyo del Ejército, podía impulsar el desarrollo argentino de ese momento decisivo. La necesidad de una industria pesada, el autoabastecimiento económico en todos los órdenes, esencial para una defensa nacional verdadera y no teórica, la liberación de la intolerable presión extranjera, eran factores que pesaban considerablemente

en el ánimo de los jóvenes oficiales. Esto explica que las manifestaciones del 17 de Octubre no hubieran sido barridas con ametralladoras de las calles.

Desde los tiempos viejos, cuando el Ejército argentino era el pueblo en armas, hasta la organización definitiva del Estado moderno, en que se crea el Ejército profesional y se produce el desdoblamiento de pueblo y Ejército, se volvía, en 1945, a plantear una alianza virtual de las fuerzas armadas con el pueblo en la calle. De esas razones dimanaba la simpatía del Ejército hacia la candidatura de Perón en el proceso electoral de febrero. Y como los militares carecían de diarios, u oradores callejeros, ni se pronunciaban por razones lógicas acerca del problema en juego, así como los obreros tampoco disponían de medios para expresarse, el imperialismo y sus agentes políticos creyeron, con una inocencia fatal, que Perón marchaba hacia una derrota aplastante. De este modo, el poder de la prensa comercial, que era inmenso, se volvió contra sí mismo y sólo sirvió para desinformar a sus adictos.

Pero el cuadro aún no está completo. También había sectores de la burocracia civil que apoyaban al peronismo y grandes núcleos de la clase media en las ciudades pequeñas del interior. Si la pampa gringa de Sabattini evolucionaba del «neutralismo» al «cipayismo» y lo obligaba a Sabattini a entrar en penosos compromisos con la Unión Democrática, los jornaleros de las chacras dejaban de ser radicales para convertirse en peronistas. No se vea en ese cambio el fruto de una confrontación teórica de programas explícitos, dignos de ser examinados en la Facultad de Derecho por profesores competentes. Eran desplazamientos de las clases sociales, preparadas por un trabajo molecular anterior, bebido en el aire, en las condiciones de trabajo, en las viejas desilusiones, en la arrogancia de las victorias sindicales, en las respuestas del patrón o del estanciero. Eran los explotadores de siempre los que orientaban por lo general a sus explotados. Una interjección despectiva del patrón en la fábrica, en el boliche, en el rodeo, en el ingenio, en el quebrachal, al principio, ponía en la pista, era el santo y seña, penetraba el secreto de las diferencias entre «ellos y nosotros». No de otra manera se deslindaron los campos políticos y sociales en nuestra historia.

Intelectuales, profesores y periodistas estaban ebrios de impaciencia y de desprecio: y las masas, ¿seguirían a ese demagogo sin escrúpulos, con ideas tan primitivas, con símbolos tan elementales, sin programa con incisos, sin prensa respetable, sin juristas, sin antecedentes parlamentarios? ¿Acompañarían las masas —se preguntaban entre risas, chismes de alcoba y brindis confiados— a ese recién llegado que arrebatava al radicalismo el mito de Yrigoyen, al nacionalismo la enseña de la soberanía, a los socialistas las leyes sociales y a los comunistas su sepultada divisa de la lucha de clases? Las masas no sólo lo siguieron, sino que

más bien lo empujaron hacia adelante. Días antes, en una formidable concentración realizada desde una tribuna erigida en Cerrito y Corrientes, en Buenos Aires, el candidato popular había lanzado la fórmula que resumía prácticamente los términos del debate. Las palabras finales de su discurso fueron las siguientes:

Si por un designio fatal del destino triunfaran las fuerzas regresivas de la oposición, alentadas y dirigidas por Spruille Braden, será una realidad terrible para los trabajadores argentinos la situación de angustia, miseria y oprobio que el mencionado ex embajador pretendió imponer sin éxito al pueblo cubano.

En consecuencia sepan quienes voten el 24 por la fórmula del contubernio oligárquico comunista que con ese acto entregan sencillamente su voto al señor Braden. La disyuntiva en esta hora trascendental es ésta: Braden o Perón.

El 24 de febrero de 1946 Perón triunfaba definitivamente en comicios impecables controlados por las Fuerzas Armadas¹³⁶. Si el carácter plebeyo del radicalismo había muerto con Yrigoyen, si ya no constituía la mayoría del país y los partidos «obreros» habían abandonado los intereses del proletariado para aliarse con la oligarquía, las masas tendieron oscuramente a expresarse a través de un hombre para actuar en la vida del país. Había llegado el tiempo de que la clase trabajadora ingresase a la política argentina. No lo hacía sola: integraba un frente nacional antiimperialista. A diferencia del escéptico profeta europeo, el pueblo argentino no entraba al porvenir retrocediendo.

EJÉRCITO Y CUESTIÓN NACIONAL

Hacia 1945, la sociedad oligárquica se encontraba en plena decadencia. En ese año concluye la larga noche de la Década Infame. El país se precipita hacia los tiempos modernos. Millones de almas participaron con intensa pasión en la lucha por el poder, lucha que aún no ha concluido y que vuelve el análisis de la era peronista un asunto de actualidad pura.

La interrelación entre el pasado y el presente aparece en este caso a plena luz. El «período» de la historia estricta, se combina irresistiblemente en una confusa frontera donde lo histórico se transmuta en lo político. ¿De qué serviría la historia, de otra manera, si no fuera para comprendernos en ella, sentirla parte de nuestra vida y exigirle que nos provea la clave del porvenir?

El proceso que se corona con las jornadas de Octubre obedece no sólo a las fuerzas internas de la sociedad argentina que en 1945 se evidencian, sino a un acontecimiento de importancia histórica universal: la crisis mundial del imperialismo, que se manifiesta al concluir la Segunda Guerra Mundial.

Según se ha dicho, los nómades etíopes, tanto como los «gentlemen» de Londres, viven en las condiciones de la dominación internacional del imperialismo. Sin embargo, no todos sufren sus efectos del mismo modo. Para unos, el imperialismo garantiza un alto nivel de vida, para otros, significa la abyección, el hambre y el atraso.

La Argentina del 3 de junio de 1943 era indiscutiblemente una semicolonía del Imperio Británico. El estallido de la Segunda Guerra Mundial no sólo aflojó los lazos tradicionales que la unían a la metrópoli inglesa, sino que se puso en juego en un teatro gigantesco el destino mismo del régimen capitalista y de las grandes potencias. La guerra devoró las últimas energías de Gran Bretaña, la transformó en lugarteniente de los Estados Unidos, arruinó para siempre la preeminencia continental de Francia, quitó a Italia todo ensueño imperial, dividió al territorio alemán, aniquiló al Japón, destronó las putrefactas monarquías centroeuropeas, inició una revolución agraria en los países del Este y presenció el grandioso nacimiento de la tercera revolución china. El año 1945 constituye algo

así como el epicentro de ese terremoto histórico que cambia la faz del planeta. En ese año las grandes masas de los países coloniales bajaron a la arena.

Los beligerantes estaban agotados; la sangre, el terror, las movilizaciones, las catástrofes militares, el hambre devastador, habían llevado los sufrimientos de las masas a un extremo intolerable. Para poder sobrevivir, los países atrasados debían luchar contra sus opresores imperialistas, industrializarse, edificar su Estado Nacional, levantar nuevos ejércitos, planificar la economía, abatir la barbarie agraria.

América Latina había logrado soslayar el flagelo de la guerra. Sometida, sin embargo, al yugo deformante del imperialismo, su economía unilateral estaba íntimamente ligada a las alternativas de las grandes metrópolis. El auge efímero de las materias primas, estimulado por la necesidad de la industria bélica, desapareció tan bruscamente como se iniciara, hundiendo más aún el nivel de vida de las grandes masas latinoamericanas. Si en Asia, Africa o Medio Oriente nace en 1945 un ciclo de levantamientos nacionales revolucionarios que luchan con las armas en la mano por su autodeterminación, en América Latina y con variada fortuna se plantean fenómenos políticos y sociales similares.

El aprismo en el Perú coparticipa en el gobierno, aunque sin poder resolver ningún problema esencial del país; Vargas, síntesis de los heterogéneos sectores nacionales del Brasil, cambia su curso político y busca el apoyo popular; Villarroel y Paz Estenssoro en Bolivia hacen una tentativa que el imperialismo frustra y caen en 1946; Grau San Martín en Cuba, Gaitán en Colombia, Betancourt en Venezuela, son otros tantos ensayos de nacionalismo pequeño burgués que el imperialismo desnaturaliza, corrompe o aplasta. Es en este cuadro histórico perfectamente claro que aparece Perón en ese año clave. Tampoco sería un puro azar que este caudillo de la revolución popular argentina, etapa de la revolución latinoamericana, proviniera del Ejército¹³⁷.

Ejército y clase obrera

Como el Ejército era una institución extraeconómica, dependiente del presupuesto del Estado, carecía de una vinculación efectiva con la estructura semicolonial del país (como era el caso de la burguesía comercial importadora, los ganaderos y parte de la gran burguesía industrial). Su independencia de la Universidad, así mismo, lo eximía de la ideología deformante de cuño europeo, peculiar del estilo cultural oligárquico en la factoría. Tal aislamiento tenía puras ventajas negativas. Pues en el orden cultural propiamente dicho, ni en esa época

ni luego, el Ejército formó a sus oficiales en una ideología nacional coherente. El proteccionismo económico o el antagonismo entre Adam Smith y Federico List era un problema ignorado en la educación militar. Lo mismo puede decirse de la valorización de la historia, las ideas políticas o el americanismo sanmartiniano. Excepcionalmente algún jefe militar notable restablecía la tradición de Belgrano o de Roca, de San Martín o de Fray Luis Beltrán. Tal era el caso de Mosconi y luego de Savio. Pero faltaba en la formación cultural del oficial (como en la de su homólogo civil, el estudiante universitario) una visión sintética del origen del país y de sus fines. Ambos provenían de las clases medias, con frecuencia descendientes de inmigrantes, rara vez de los apellidos aristocráticos. Estos últimos eran renuentes a enviar a sus vástagos a la milicia. La oligarquía pampeana, ociosa y sensual, siempre miró con desdén la profesión militar. Pero custodió con atención constante el patrón cultural del país y de las Fuerzas Armadas. Sólo en períodos cortos y excepcionales, las circunstancias internas o externas permitieron abrir una fisura en la imponente fachada de la cultura liberal. La Escuela Naval Militar carecía en sus programas de la materia Historia Argentina. Sólo enseñaban a los cadetes «Historia Naval», lo que era equivalente a estudiar la historia del mayor poder marítimo de la historia, Inglaterra. En otros casos, como en la Escuela Militar, los profesores de Historia Argentina eran personajes aburridísimos, del tipo de Ricardo Levene, protohistoriador del «statu quo». El poder legendario de la tradición oral, en la Argentina inmigratoria, carecía de vitalidad; y los textos escritos a los que podía remitirse un joven oficial, habían sido en su gran mayoría escritos por la oligarquía triunfante después de Pavón y la agonía gaucha. Este vacío fue celosamente conservado por la clase terrateniente y no pudo ser llenado durante el vacilante período de Yrigoyen. Después de 1930, todo el edificio se agrieta por la crisis mundial. Al intervenir el Ejército en la política, va a ser permeable a una visión crítica del pasado argentino, y en consecuencia, de su presente. Cuando aparecen en la sociedad civil los denunciadores del Imperio Británico, en la atrevida rebelión intelectual de la época Raúl Scalabrini Ortiz, los Irazusta, Manuel Ortiz Pereira, Arturo Jauretche, Ernesto Palacio los militares percibieron un cambio en la atmósfera intelectual del país. Sintieron que todo se movía. Los «burócratas de la espada» empezaron a moverse con su época. A esa generación pertenecían Perón y sus camaradas.

Aunque falseada por la influencia ideológica reaccionaria del clero preconiliar y los prejuicios de su formación profesional, la nueva generación militar alimentaba aspiraciones que interpretaban a su modo los intereses generales del país. No había otra fuerza que pudiera comparársele. No existía un partido político (que podía haber sido el radicalismo) para cumplir esa función directiva en la época

que se abría. Así fue como el Ejército se transformó en el partido político del 4 de junio y en el aliado de la clase obrera el 17 de Octubre. Estas dos fuerzas decisivas constituyeron la base inmediata del poder peronista en 1946.

Ya en esos años y la leyenda perdurará hasta nuestros días se intentó presentar a Perón como el demiurgo de todo el proceso. La «oposición democrática», dirigida por el imperialismo, hizo de este hombre un mago responsable de todo, que mediante el empleo de artes diabólicas, de la falsificación de los padrones y del terror policial, forjó una dictadura omnipotente y un movimiento que habrá de morir con su creador. La monstruosidad de este juicio histórico, tan falso como reaccionario, tan superficial como perverso, se origina en el designio extranjero de oscurecer la historia contemporánea del pueblo argentino. Perón no creó el 17 de Octubre; sería más correcto decir que el 17 de Octubre produjo a Perón.

Sin embargo, Perón no venía solo:

Los perseverantes oficiales que procedían del asilo de huérfanos militares, los hijos de los abnegados sargentos que habían introducido a sus vástagos en el Colegio Militar, afloraron de un solo golpe y conquistaron el poder en 1943¹³⁸.

Ya los peligros de una guerra europea habían inquietado a los altos mandos sobre la necesidad de fabricar armas y aviones en el país. Esta necesidad profesional abrió el horizonte de muchos oficiales.

Al juicio negativo de un técnico extranjero, contratado en 1925 por el gobierno de Alvear («la ausencia de materia prima imposibilita el establecimiento de tal empresa la fabricación de acero sobre una base económica») responderá años más tarde el Coronel Eduardo A. Garibaldi: Al ministerio de Guerra debe la Nación la realidad de la Industria Siderúrgica¹³⁹.

El país estaba maduro para emprender el camino de la industrialización y la modernización de su estructura jurídica y política. La clase obrera ya no era extranjera como a principios del siglo; los «cabecitas negras» provenientes de las provincias rodeaban a Buenos Aires. El Interior había establecido al fin una fusión indestructible con la capital histórica de los argentinos. Buenos Aires había dejado de ser la vieja ciudad improductiva comercial y burocrática del cosmopolitismo especulador. Ya era un centro activo de la industria y el verdadero núcleo de un poder económico nuevo¹⁴⁰.

Si el país exigía la renovación de todo su dispositivo político para adecuar el Estado a las necesidades industriales, si el empresariado industrial carecía de partido, si el proletariado tampoco contaba con el suyo, si todos los organismos cívicos restantes estaban de una manera u otra bajo la presión imperialista, el año 1945 asistió a un espectáculo punzante y asombroso: un jefe militar se transforma en cabeza de un movimiento de masas nacionalista, popular y revolucionario.

Oligarquía y burguesía industrial

En un país semicolonial en crecimiento, como la Argentina de 1945, los sectores sociales podían dividirse en dos grandes grupos: aquellos que encontraban sus fuentes de ganancias en el mercado internacional y los que producían para nuestro mercado interno. Entre los primeros se encontraban ante todo los privilegiados ganaderos e invernadores bonaerenses; los exportadores de materias primas; los importadores de artículos industriales de los países imperialistas, meros agentes comerciales de las metrópolis, la burguesía agraria del Litoral que vende sus cereales a Europa (productores y chacareros acomodados), los sectores financieros que especulan entre la producción y la comercialización, asociados a sociedades anónimas del exterior. Dicha maraña de intereses poseía su núcleo dominante en los estancieros de la provincia de Buenos Aires.

En 1942, un año antes de la revolución militar del 4 de junio, un informe oficial señalaba que sólo 221 personas eran propietarias de la sexta parte del territorio de la Provincia de Buenos Aires, con una superficie total de 4.130.021 hectáreas de las mejores tierras de pastoreo del país y quizás del mundo. Este poderoso bloque social había amaestrado a la gran prensa, contaba con una justicia adicta y la estructura cultural era hechura suya.

Su librecambismo estaba lejos de ser teórico. Era la socia menor, orgullosa y satisfecha, de las grandes metrópolis, en particular, de Gran Bretaña. Su principal expresión política era el Partido Demócrata Nacional bonaerense, la Sociedad Rural y la Bolsa de Comercio, los grandes diarios de «doctrina». Su ala «popular», que esconde trabajosamente la política reaccionaria de sus mandantes, era el radicalismo unionista, los antiguos «antipersonalistas» o amigos de Alvear, el Partido Socialista de la Capital Federal y el Partido Demócrata Progresista de Santa Fe. El fosilizado Partido Comunista es la

izquierda convencional de la «rosca» descripta. El sistema en su conjunto había sido constituido a lo largo de cincuenta años por el imperialismo. Había revelado siempre su gran eficacia y su poder de intimidación psicológica sobre la pequeña burguesía de Buenos Aires, a la que movilizó en las grandes crisis. Este sistema se mantuvo intacto hasta nuestros días¹⁴¹.

Resulta imposible excluir de esta enumeración al sector menos visible, pero igualmente sórdido y antinacional, si cabe decirlo, de la oligarquía: los monopolios laneros de la Patagonia anglo argentina, cuyos nombres simbólicos son los Braun Menéndez, Campos Menéndez y Menéndez Behety, que constituyen un capitalismo agrario feudalizado en un territorio de soberanía nominal.

También existía una «burguesía agraria proteccionista», de los cultivos industriales, sobre todo en el azúcar del Norte y el vino de Cuyo, que dominaba el mercado interno y cuya vinculación con el sistema oligárquico parecía inquebrantable. Les bastará la tradicional defensa aduanera para sus productos: entregaban al poder oligárquico el resto del país. De estos aliados brotan los Patrón Costas. Por lo demás, en el mistificado país anterior al peronismo, ni siquiera los industriales nacionalistas tenían una organización que realmente respondiera a sus intereses. La Unión Industrial Argentina estuvo durante muchos años presidida por Don Luis Colombo, cuya oficina particular se encontraba, por simple casualidad, en el mismo edificio que la embajada británica, y que era un personero de los intereses de Lengs, Roberts y Cía. Pertenecía Colombo a ese género de industriales tolerados por la oligarquía librecambista, que habían crecido en la elaboración de productos agrarios y arraigado en el seno del sistema exportador e importador.

Todas las demás, eran industrias artificiales, como decía la Sociedad Rural Argentina, o «seudo industrias», como afirmarán más tarde algunos teorizantes cosmopolitas. Para considerar a la Unión Industrial representante de la «industria argentina», bastará señalar que entre sus socios de 1945 figuraba Joaquín S. de Anchorena, como perteneciente al gremio de «abogados adheridos»¹⁴². Entre los socios de la Unión Industrial aparecen la Compañía de Petróleo Shell, la Sherwin Williams Argentina de Pinturas y Barnices, el monopolio cerealero Dreyfus y Cía, la filial argentina de la Squibb & Sons, los neumáticos Dunlop, la holandesa Philips, la Philco, Olivetti, Bunge y Born, la textil Ducilo, la Duperial, la Compañía Italo Argentina de Electricidad, la Coca Cola y hasta los criollísimos Chiclets Adams¹⁴³. Esta Unión Industrial Argentina reflejaba la «independencia» de la burguesía industrial. Su estructura también explica la razón por la cual un movimiento nacional como el peronismo debía expresar los intereses del empresariado nacional, demasiado débil como para actuar por sí mismo.

Antagonismo gremial entre oligarquía y empresariado nacional

La oligarquía, según dijimos, contaba con sus instituciones más o menos corporativas que, en realidad, servían de transparente máscara para ocultar su acción política directa sobre el poder. Así, la Sociedad Rural Argentina, la Cámara Argentina de Comercio y la Unión Industrial Argentina era la tríada gremial del sistema oligárquico. La entidad industrial no era sino la expresión gremial de los industriales asociados a la oligarquía agraria: sobre todo, la industria del vino de Cuyo y del azúcar del Norte, elaboradora de productos agrarios. Se trataba de productos o derivados sometidos a un proceso de industrialización que no afectaba a la importación británica. Tenía la ventaja política de permitir a la rosca oligárquica hablar en «nombre de la industria» para combatir una industrialización de alcances nacionales.

Al principio, la UIA se veía presionada por numerosos socios menores que la empujaban a pedir protección arancelaria. Se quejaba hacia 1920 de estar «dirigidos en fuertes proporciones por la pequeña industria que en mérito de graves fallas de los estatutos puede ejercer prepotencias decisivas, todo lo cual sirve de maravillas para ahuyentar a la gran industria»¹⁴⁴. Finalmente, ya hacia 1945, la UIA era la expresión directa no sólo de los bodegueros y azucareros sino de la gran industria extranjera monopólica, de los trusts petroleros y de los magnates de la química imperialista. La ausencia de representación gremial de la naciente industria de capital nacional justificaría ampliamente la fundación de la CGE (Confederación General Económica) que reunirá en sus comienzos a los comerciantes e industriales medianos y pequeños del Interior. Eran los nuevos capitalistas. Fue justamente el peronismo quien dio a la CGE el poder suficiente para convertirla en una gran entidad de influencia nacional. Sus representantes, Gelbard, en especial, ocupaban un lugar en las sesiones del gabinete, ante la manifiesta hostilidad de la Sociedad Rural y la UIA. Algunos tontos que nunca faltan, y que usan microscopios para estudiar los astros y telescopios para contemplar las bacterias, imaginaron que la oligarquía y la burguesía nacional eran una sola y misma cosa, que se trataba de una clase con intereses comunes; y que, en consecuencia, era más sencillo ser antiburgués que antioligarca con lo que definían a la Argentina como un país capitalista, a la revolución necesaria como socialista y al movimiento nacional como «reformista burgués», en suma, indigno de apoyo alguno. Ese debate pertenece a otra historia¹⁴⁵. Pero resultaba evidente ya en el primer gobierno del peronismo que la UIA y la CGE eran expresiones opuestas de dos clases que se repelían, pero cuyas fuerzas respectivas sólo podían

ser equilibradas si una de ellas contaba con el apoyo del Estado. Tal era el caso de la CGE. El atraso semicolonial del país había dado nacimiento tardío a una burguesía frágil que, a diferencia de sus gemelas del Occidente europeo, no había descripto la evolución histórica capaz de conducirla desde la manufactura a la gran industria y desde allí a decidir el destino del poder, sino que, por el contrario, era el poder mismo, conquistado por las masas y una parte del Ejército, el que brindaba su apoyo a la burguesía, otorgándole créditos, ventajas arancelarias y protección legal. De este modo, la CGE quedaba fatalmente ligada al destino del gobierno nacional. La UIA y la Sociedad Rural, por el contrario, tenían su apoyo político en el exterior, en los gobiernos imperialistas, la prensa mundial, la banca imperialista y, en el orden interno, en el monopolio de la propiedad de la tierra, que era la base del orden oligárquico cuya descripción ya conoce el lector.

Por otra parte, la norma del prestigio social en la Argentina había sido siempre la propiedad territorial y no la industria. Había cierto «criollismo» explotado siempre por la clase estanciera y una leyenda contra la industria y los innovadores técnicos. Lo que explica que Celedonio Pereda, el Presidente de la Rural, fuera un «caballero» y Gelbard, el inmigrante polaco, Presidente de la CGE, «un judío de mierda». A su vez, todo inventor era tradicionalmente tratado de «loco» y objeto de la befa pública, alimentada por la gran prensa popular, que estaba al servicio de la prensa seria, en la otra franja del mercado de lectores. El desarrollo de este método llevaba a que todo lo nacional era malo y bueno todo lo importado: que Sarmiento tenía razón al juzgar al nativo americano como «bárbaro» y «civilizado» al europeo por más bruto que éste resultara. No era, pues, nada extraordinario que para vencer el sistema oligárquico de «representación gremial» que suponía a la UIA expresión de la industria cuando en realidad era un bastión contra ella, el gobierno peronista interviniera formalmente a la UIA y apoyase a la CGE, mucho más débil. A su vez, cuando las clases se sucedían en el poder y el peronismo cae en 1955, la UIA es devuelta a los controles imperialistas por el gobierno de Aramburu. Le llega su turno a la CGE, que es intervenida por el gobierno, primero y disuelta luego, así como confiscados sus bienes. De este modo, UIA y CGE, oligarquía y burguesía nacional se enfrentaban en todos los terrenos, hasta en el de la confiscación de bienes. Si esto no es una «lucha de clases» habría que inventar un término parecido para designarlas, excluidos los marxistas abstractos, que siempre creen que todo es lo mismo.

Mientras que la naciente burguesía nacional que se nuclea en la CGE y se apoya en el gobierno de Perón (es mejor decirlo así que afirmar que lo apoya) debe aceptar de algún modo la legislación social del régimen para tener el derecho de postular sus propias aspiraciones económicas, la UIA exhibe una historia muy diferente. Ya en

1905 se había opuesto a la jornada de ocho horas y al descanso dominical. Sostiene que este último los «obliga a remunerar servicios no prestados y acusa de elementos extranjeros nocivos a los sindicalistas que organizan sociedades de resistencia». También se opone la UIA al notable Código de Trabajo presentado por el Dr. Joaquín V. González, Ministro de Roca en 1904. Al mismo tiempo, la UIA afirma la necesidad de ser una colonia europea en materia de industrias. Dice Cúneo:

Frente a los cambios que ocurrían en la evolución del país, los industriales de la UIA procedían como si en ellos influyera la concepción de vida y sociedad que era propia de los ganaderos de la Sociedad Rural... La UIA es la industria anexa al interés británico¹⁴⁶.

Esbozo del empresariado nacional

En los países semi coloniales, según puede observarse, las fuerzas entre la burguesía nativa y el capital extranjero, están desproporcionadamente a favor de este último, que cuenta con el apoyo de la prensa, los partidos políticos, la oligarquía y hasta sectores de la pequeña burguesía privilegiada y engeguedada por la falsificación de la historia y la tradición cultural. En los momentos de crisis, un movimiento nacional aparece como una respuesta radical de las fuerzas nacionales reprimidas que tienden a expresarse a través del Ejército, la burocracia y la policía para enfrentar a sus poderosos enemigos interiores y exteriores.

Al satisfacer las aspiraciones de las clases más oprimidas y postergadas, puede lograr con su movilización revolucionaria una base de masas lo suficientemente enérgica como para enfrentar con éxito a los adversarios de la burguesía nacional. Esta misma está aterrorizada y se repliega entre sus adversarios. Pero el contenido económico y social del movimiento nacional consiste en perseguir un desenvolvimiento del capitalismo autóctono. Así, el peronismo de la Argentina surge de contradicciones irresolubles de la semi-colonia en condiciones propicias para su liberación: convoca a veces a la «revolución social», pero no logra llevar hasta el fin la «revolución nacional».

Su dependencia de la provisión de maquinarias, materias primas y accesorios de las metrópolis imperialistas, imponía a la burguesía industrial argentina una extrema cautela política. Mientras la oligarquía ganadera, a través de *La Prensa* y *La Nación*, la Universidad y sus profesores de economía, las grandes instituciones de cultura y los partidos dóciles, afirmaba sin contradictores el destino agrario del

país, los empresarios nacionales no eran capaces ni siquiera de sostener el diario *Reconquista* en 1940, que defendía la neutralidad y la industrialización, dos consignas básicas del nacionalismo industrial de la época.

Como, por otra parte, las inversiones imperialistas en la industria argentina eran muy importantes, por razones ya indicadas anteriormente, nuestra burguesía industrial, que teóricamente debía ser el eje para un desarrollo industrial impetuoso, vivió para siempre trabada por antagonismos debilitantes. Aquellas industrias que eran de capital nacional asimismo eran propiedad de extranjeros o de hijos de extranjeros¹⁴⁷. La influencia de la ideología imperialista era predominante en el último medio siglo. Gravitaba en estos industriales y los impulsaba a adorar de rodillas la técnica imperialista, sus instituciones y sus mitos. Rechazaba así una verdadera comprensión de su papel en la Argentina, país al que generalmente juzgaban desdeñosamente.

Ante sus obreros criollos, el industrial extranjero o extranjerizante se identificaba con la clase tradicional. Imitaba servilmente del modelo imperialista no sólo los artículos que fabricaba, sino también los modos de pensamientos, los hábitos y prejuicios antiargentinos de la oligarquía parasitaria. Enviaba a sus hijos a internados ingleses: su aspiración suprema era transformarse en un caballero y atiborrarse rápidamente de dinero. Indiferente a los problemas del país, rehuyó, a semejanza de la oligarquía ganadera, invertir capitales en empresas de gran vuelo, como la industria pesada. A la industria de bienes de consumo se reducía su interés. En el mercado tentador de la guerra, sin competidores y con una masa de consumidores en rápida expansión, burlaba al fisco y especulaba con materias primas, como lo hará luego con los permisos de cambio. Agiotista e improvisado, formará en las filas hostiles al peronismo que lo enriquecía, mientras beneficiaba con su publicidad a los órganos oligárquicos que deseaban aniquilarlo. Tal será su destino.

En los años cenitales del régimen, la más alta ambición de este género de industriales será deslizarse en Punta del Este entre los círculos del altanero patriciado.

Después de la caída de Perón, aprenderá refinamientos culinarios o vocablos de timadores (marketing, ejecutivo) en las «revistas de noticias» controladas por el capital extranjero¹⁴⁸. Landrú, nuestro Daumier criollo, ha retratado corrosivamente esas modalidades de la estupidez burguesa.

La clientela política de la oligarquía, compuesta por las clases medias favorecidas por la penetración imperialista, contemplaba a la nueva clase con hostilidad:

también ofende esa brusca promoción de industrias y hombres de negocios, salidos de su propia fila con la chabacanería del enri-

quecido; es la burguesía, que no existía anteriormente, generada por las condiciones económicas propicias y a la que llaman 'la nueva oligarquía', cuando es precisamente su negación: clase en constante formación, de altibajos frecuentes, y que suscita la admiración de sus adversarios cuando la ve actuar en los países anglosajones. Pero este nuevo rico que molesta a Martínez Estrada, es más ignorante que aquél: no sabe que su prosperidad es hija de las nuevas condiciones históricas y cree que todo es producto de su talento. Aspira al estilo de vida de las viejas clases admiradas a las que trata de imitar, tal vez en su escritorio, frente a la realidad de los negocios, comprende algo, pero le irritan los problemas con el sindicato. No ha adquirido todavía esa suficiencia y esa seguridad burguesa que permiten mirar de frente a la aristocracia¹⁴⁹.

Las movilizaciones obreras que Perón canalizó para resistir las presiones del imperialismo, intimidaron a la burguesía industrial. Consideró una estafa los altos salarios y detestó las reivindicaciones obreras con la misma intensidad con que el imperialismo y la oligarquía aborrecían a Perón, cabeza visible de todo el proceso. El gobierno peronista los abrumará de reglamentaciones; humillados y zarandeados, los capitalistas nacionales se harán millonarios a pesar suyo¹⁵⁰.

Sólo una minoría de industriales, después de muchas vacilaciones, se decidió a apoyar al nuevo régimen. Su representante más caracterizado fue Miguel Miranda y, como no podía ser de otro modo, encarnó ante todo los intereses de la industria liviana. Fue su dirigente más resuelto y capaz, un verdadero «patrón de combate». Perón le dio poderes para el manejo de la política económica. La gestión de Miranda señaló el completo predominio de la industria liviana en los primeros años del régimen y ahí debe buscarse una de las causas del colapso final.

Miranda y la industria liviana

Los tres años que duró la influencia de Miranda fueron precisamente los más florecientes de la economía argentina; existía un tesoro de divisas provenientes de las exportaciones argentinas durante la guerra, que no habían sido pagadas por el imperialismo. Miranda dirigió la economía: en primer término, defendió los intereses de su clase, que era por supuesto más progresista que los dueños de vacas, pero a la cual poco le interesaba el establecimiento de la industria pesada.

La debilidad de Perón consistió en otorgarle a Miranda tanto poder indiscriminado, pues el trienio 1946-1949 fue justamente la gran oportunidad para echar las bases de la industria pesada argentina, por la crisis desesperante que sacudía a Europa; fábricas enteras, plantas completas de siderurgia, automóviles y toda clase de maquinarias estaban dispuestas a emigrar del Viejo Mundo. La burguesía industrial europea vivía aterrorizada y desorganizada por la guerra y el espectro comunista. Ese fue el momento, pero Miranda, y Perón con él, lo dejaron pasar. No se vea en este grave error un pecado individual. En último análisis el país salía del estado pastoril y la revolución llevaba en su primera oleada a un jefe militar como conductor político y a un hombre de la industria liviana a dirigir la economía.

Miranda comprendía demasiado bien que la industria pesada no podía levantarse de la noche a la mañana. Exigía grandes capitales y elementos que sólo podían adquirirse en el exterior. Estados Unidos ejercía sobre la Argentina un bloqueo inflexible y una guerra económica sistemática. Para la industria liviana era un acto de literatura gratuita volcar el peso del país en los altos hornos. Prefería adquirir en el exterior las maquinarias y las herramientas para fabricar botones, tejidos o lápices, es decir, llegar a un acuerdo con el imperialismo a costa del desarrollo costoso y lleno de obstáculos del otro camino. Por esa razón Miranda se trabó en una áspera lucha con el Ejército. El conflicto político entablado entre el diario nacionalista La Tribuna y el ala mirandista, no reflejaba sino el choque de dos concepciones diferentes: la industria liviana y la industria pesada, ésta última representada por la tendencia más esclarecida de las fuerzas armadas¹⁵¹.

El insuficiente desarrollo nacional, deformado por el imperialismo durante un siglo, había impedido obtener capitales nacionales para construir la siderurgia. La elaboración de aceros en cantidad y calidad suficientes es indispensable para alimentar a la industria constructora de máquinas; esta última proporciona a las industrias ligeras la maquinaria y los útiles para la producción de artículos de consumo.

El Ejército como industria productiva directa

La industria pesada es la clave de una verdadera soberanía política, y está ligada forzosamente a la explotación de minerales en gran escala. La política minera tradicional de la oligarquía fue impedir la explotación de los yacimientos conocidos por todos los medios. Desde las famosas «reservas», asignadas a los agentes del

imperialismo, que las mantenían sin explotar, hasta los fletes ferroviarios prohibitivos, todo convergió a neutralizar la expansión de una floreciente industria minera. Para justificar esta situación, el imperialismo y su sistema intelectual nativo elaboraron la leyenda de nuestra indigencia geológica: durante muchas décadas fue un lugar común de nuestros profesores, periodistas y técnicos hablar de la «inexistencia de materiales utilizables en la Argentina». La política crediticia de los bancos manejados por el imperialismo ahogó además las tentativas de los «pioneers» que se negaban a escuchar las voces de desaliento. Aun en nuestros días el puñado de geólogos que egresa anualmente de nuestras Universidades carece de perspectivas profesionales.

De la misma manera que la ausencia de una fuerza política propia de la burguesía industrial obligó al Ejército a convertirse el 4 de junio en un partido político en defensa de los intereses nacionales, la inexistencia de capitales disponibles para desarrollar la industria pesada transformó al Estado en el banquero de la siderurgia. «El intervencionismo estatal», que los voceros bien pagados de la oligarquía condenan, como una plaga, de «totalitarios» (mientras que, por el contrario, es un rasgo distintivo de todos los Estados modernos), se reveló indispensable.

Nadie ignoraba que ningún país ha podido industrializarse sin una adecuada protección aduanera y bancaria. Así creció la industria inglesa, que levantó la bandera del librecambismo cuando estuvo en condiciones de competir con naciones más débiles. Cuando Alemania se lanzó después de 1870 a disputarle sus propios mercados, respaldada por una industria más joven y eficiente, Inglaterra volvió a su antiguo proteccionismo para defenderse de la rivalidad alemana. Conservó su criterio librecambista para las colonias, adoptando una política proteccionista ante las potencias competidoras. Lo mismo hizo Estados Unidos, cuyos teóricos Hamilton e Ingersoll predicaron para los yanquis, en la misma época que Federico List lo hacía a los alemanes, la política defensiva del proteccionismo para impulsar la industria nacional.

Dentro del Estado argentino, el Ejército jugaba el papel principal. La Dirección de Fabricaciones Militares condujo la organización de varias industrias con notable éxito. Esto bastó, sobre todo desde el 4 de junio y el 17 de Octubre, para que la oposición antinacional denunciara la actividad de los militares como una tentativa «prebélica» o síntoma de agresividad en el Ejército. Con esta campaña malévola pretendía ocultar la realidad: el Ejército suplía al raquitismo del capital argentino. Levantaba Altos Hornos en el Norte mientras la Marina iniciaba la explotación de cuencas carboníferas en el Sur. Como nadie ignora hoy, estas fábricas no sólo producían armas sino que su actividad fundamental estaba dirigi-

da a proporcionar a la industria liviana y mediana los accesorios y materias primas requeridas para su continuidad productiva. En nuestros días, estas reflexiones parecen caso juzgado; en 1946 constituían el tema ardiente que moldeaba la oposición «democrática» para aislar al gobierno de Perón de todo apoyo en la clase media, que en una ciudad cosmopolita como Buenos Aires está imbuida de prejuicios «antimilitaristas».

La caída de Miranda en 1949 pareció dar más influencia a la tendencia nacionalista del Ejército, que comenzó a preparar sus líneas para la realización del plan del General Savio. La más importante expresión de esta nueva política sería la Siderurgia de San Nicolás.

Hecho significativo, el obeso y risueño Miranda dejó el poder económico cuando el crecimiento industrial se detiene, al mismo tiempo que bajan los valores de las exportaciones argentinas y se disipan las divisas de la postguerra. Con esto venía a demostrarse la fragilidad de todos los planes fundados en un crecimiento económico promovido por las exportaciones agrarias en el cuadro del viejo orden. O el país convertía a la pampa ganadera privilegiada, y en general, al latifundio improductivo, en la base de la capitalización industrial, o el programa industrializador peligraba. Por lo demás, estos «planes quinquenales», no tenían sino una analogía terminológica con una verdadera planificación socialista de todos los recursos nacionales. No modificaban de raíz la estructura caduca, sino que la modernizaban hasta los límites compatibles con la subsistencia social de la oligarquía.

LA GRAN DÉCADA

El Coronel elocuente y la bella actriz eran la «pareja reinante» en un país próspero. Si Perón había abandonado el uso del uniforme por vestimentas civiles y aun informales, Eva renunció rápidamente a los vestidos de Christian Dior y las joyas prodigiosas para usar un simple «tailleur» y un breve rodete en la nuca. El Presidente era el caudillo de los trabajadores, «El primer trabajador». Y su mujer pasaba los días y las noches en el edificio del antiguo Concejo Deliberante, ahora Ministerio de Trabajo y Previsión, en la Diagonal Sur, bajo la mirada escéptica de Roca. Día y noche se ocupaba en atender viudas y huérfanos, mujeres abandonadas, madres desesperadas, chicos sin hogar. Todo esto era una sopa agria para el paladar de la oligarquía estupefacta. Su vieja hipocresía apenas podía soportarla; la clase media «culta» imitaba a la aristocracia en el asombro que les producía el gran espectáculo.

Con el fraude y la década infame, el país parecía haber dejado atrás el formalismo de Tartufo, de la clase dominante, que escondía sus vicios y crímenes tras los gestos solemnes del formalismo jurídico. El Presidente tenía aires de un «bon enfant», como dijo Ugarte. Su perpetua sonrisa era una especie de símbolo en la Argentina de posguerra. Habíamos salido del gran conflicto como neutrales y en calidad de acreedores. «No se puede caminar por los pasillos del Banco Central, porque están cubiertos de cajas de oro», se jactaba Perón. Evita, por su parte, cobró pasión por su trabajo: descubrió la política, las mujeres pobres y la maravilla antiborgeana de que no hay nada más estupendo que el amor colectivo. Oro en las arcas del Estado, hechizo en la multitud, uso y disfrute del poder ¿qué más podían pedir esa muchacha provinciana y ese maduro oficial sin caer en uno de los defectos del carácter argentino, la fanfarronería? Así es como Eva envió juguetes a los niños pobres de Nueva York o regaló trigo a España. Pero no todo era fanfarronería. Cuando el verdugo Castillo Armas derribó con el dinero de la United Fruits Company al gobierno del Coronel Arbenz en Guatemala, varios centenares de perseguidos se refugiaron en la embajada argentina de la capital. Las compañías norteamericanas rehusaron venderles pasajes para salir del país.

Perón resolvió entonces desviar de sus vuelos regulares a Europa a algunos aviones de la flota aérea estatal (FAMA) y tendió un puente aéreo entre Ciudad de Guatemala y Buenos Aires para salvar a los refugiados. La prensa norteamericana redobló sus ataques contra el «dictador sudamericano». Su desafío a los Estados Unidos no sería olvidado.

Era una época barroca de pagana religiosidad popular. Los dos grandes héroes cívicos constituían, cosa extraña, un matrimonio. Innumerables procesiones, manifestaciones o concentraciones populares, homenajes al Presidente, montañas de flores de agradecidos gremios, campeonatos de fútbol o de sable, de box o de billar, eran «brindados» a Perón o Evita por los triunfadores. Las placas de bronce conmemorativas se acumulaban sobre las escasas paredes para recordar tal o cual ley benéfica. Raúl Alejandro Apold, Secretario de Prensa, se encontraba al frente de una imponente burocracia de papel. Derramaba sobre la República millones de discursos, reseñas de actos, folletos conmemorativos, fascículos, volúmenes de propaganda o retratos. Pero ya nadie los veía, leía, conservaba o recordaba, tal era su profusión, equivalente a los nombres aduladores de Estaciones de ferrocarriles, capital de provincia, pueblos, calles o provincias enteras: Provincia Eva Perón, Estación Juan Domingo Perón, calle Eva Perón, Ciudad Evita. La nomenclatura era abrumadora. Perón recibía este diluvio impreso con la más perfecta naturalidad y con una sonrisa cautivante. Siempre era locuaz, muchas veces demasiado. Tenía algo de picardía criolla, con una pizca de compadre, y un perpetuo guiño de complicidad en un ojo comprensivo. En sus discursos se permitía contar algún cuento de Discépolo ante la multitud. Otras veces, en un raptó de furor, como ocurrió después del atentado con bombas homicidas en la Plaza de Mayo, el 1 de mayo de 1953, cerró el acto con las palabras de Marx: «Trabajadores del mundo, uníos». Agudo y también vulgar, rápido para capturar una buena idea al vuelo y hacerla suya, osado y prudente a la vez, tenía a su lado a una criatura impar. Era preciso admitir que se movían ante el vasto público dos actores que «sobreactuaban» y se disputaban la escena. Era la victoria a dos voces. Parecía repetirse aquí la ocurrencia de Jean Cocteau: «Víctor Hugo era un loco que se creía Víctor Hugo».

La generación posterior difícilmente puede imaginar el odio que tal pareja suscitó en la oligarquía tradicional y en la clase media urbana del sector profesional universitario o «intelectual». Es claro que ese odio social estaba ampliamente compensado con el amor que las masas más pobres o desvalidas depositaban en Perón y Evita. Esta polarización enseña mucho más que una biblioteca consagrada al «populismo» y cuyos estupefacientes ejemplares pueden adquirirse a bajo costo en Europa o en Estados Unidos. Según lo establecía la tradición, las damas de la

Sociedad de Beneficencia designaban presidenta honoraria a las esposas de los Presidentes. Por lo general estas esposas pertenecían a la misma clase social, a las mismas entidades mundanas y tenían los mismos gustos que las mencionadas damas del viejo régimen. ¡Pero una ex actriz! ¡Pero era la mujer de Perón! Eva era considerada universalmente como una prostituta, aún en ciertos círculos del Ejército, hostiles a Perón. Versiones escandalosas de sus humillaciones como aspirante a actriz o de sus romances con generosos protectores, eran la voz corriente en la Argentina de 1945 a 1952. No resultó una sorpresa que la Sociedad de Beneficencia, formada por mujeres que hacían todo lo posible para que los pobres y desvalidos no desaparecieran jamás del país, y que también disponían de tiempo para alcanzarles un pedazo de pan, rehusaran designar a Eva Perón como su Presidenta. La excusa fue «la juventud de la señora de Perón». La respuesta de Evita fue mordaz: «Si no me aceptan a mí, pueden nombrar a mi madre». Era previsible el decreto del Poder Ejecutivo del 7 de setiembre de 1946 que resolvía liquidar la entidad y sus bienes. Toda transacción entre Perón y la oligarquía, entre Eva y la Sociedad de Beneficencia, resultaba imposible.

Cinco días más tarde Eva se entrevista con Ricardo Guardo, Presidente de la Cámara de Diputados de la Nación y le solicita la pronta sanción de los derechos políticos de la mujer. Sus dos artículos principales decían:

Artículo 1: Las mujeres argentinas tendrán los mismos derechos políticos y estarán sujetas a las mismas obligaciones que les acuerdan o imponen las leyes a los varones argentinos.

Artículo 2: Las mujeres extranjeras residentes en el país tendrán los mismos derechos políticos y estarán sujetas a las mismas obligaciones que les acuerdan o imponen las leyes a los varones extranjeros, en caso de que éstos tuvieran tales derechos políticos.

Algún tiempo antes, un diputado radical, verboso y bilioso, Ernesto Sanmartino, había calificado a las masas populares del 17 de octubre de 1945 como un verdadero «aluvión zoológico». En la Cámara, el 22 de julio, el mismo diputado presentó un proyecto de ley que establecía que «las esposas de los funcionarios públicos, políticos y militares, no pueden disfrutar de honores de ninguna clase de prerrogativas de las que gozan sus maridos, ni pueden asumir la representación de éstos en los actos públicos».

Pero eran días huracanados. Evita ignoró todas las críticas. Se había lanzado a la política con un aire desafiante, orgullosa de ser ella misma y encarnar a los olvidados, pisoteados y ofendidos. Fue la gran vengadora. Perón no ahorra tampoco sus críticas a la antigua clase dominante. Rindió un homenaje a las enfermeras, a la mujer argentina

no a la que gasta sus noches en una boite, sino a la que consume su juventud y su vida al lado de un enfermo, no a la que gasta sus días recorriendo tiendas, buscando pretextos para gastar dinero, sino a la que lleva a sus hijos el pan ganado en las fábricas o en las tareas domésticas.

Era un homenaje del Coronel, ahora General, a las obreras y a las sirvientas. Pero ya no había sirvientas.

Las mujeres: de la servidumbre al proletariado

Había llegado de La Banda, o de San José de la Dormida o de Goya o Reconquista, de Aimogasta o quizá de Pomán. Había cebado mate a los paisanos pelambudros alzados contra Buenos Aires en el Arroyo de la China, con las fuerzas artiguistas. Derramó lágrimas e hijos a lo largo de la infortunada patria la infatigable soldadera, después de aquella revolución con el sol inca y los oficiales blancos. Padeció la cautividad con Catriel o Pincén, acompañó como cocinera a los involuntarios soldados del Paraguay, madre con muchos padres, obligada sombra en las Campañas del Desierto, protagonista anónima de los entreveros en la guerra civil (y nunca entraba en las listas), arrastrada a los burdeles de Palermo, traída y llevada por el zig-zag del destino, tejedora en Catamarca, industriosa obrera en Tucumán, excluida de las sabias estadísticas por sus «uniones irregulares». Era la sustancia misma de la tierra dolorosa. Finalmente, cuando parecía que toda turbulencia se había aquietado en esa cosa extraña llamada Argentina, había quedado olvidada en las provincias. Pero estas habían sido reducidas a la pobreza y no podían sostenerla. De ahí había venido vestida de negro riguroso (pues su madre le había entregado el único vestido decente de la familia, el lujo de todas, ya que siempre había algún muerto y no podía faltar el negro). Calzaba alpargatas al llegar a la Capital y en su mano apretaba un monedero de hule. Su cara estaba lavada con jabón amarillo y las crenchas peinadas hacia abajo, marcando el pómulo reminiscente. Enseguida se conchababa «con cama adentro». Y el patrón dominaba su vida por completo. Fregaba, cocinaba, lavaba los platos, cosía, lavaba y planchaba, colocaba y descolocaba las cortinas, limpiaba los caireles uno por uno, mientras el hijo varón de la patrona la miraba golosamente desde abajo. Si no le hacían un hijo (que, en ese caso, era enviado enseguida a su pueblo para que lo criara la madre) al llegar el domingo, después del mediodía, la patrona –ese

gran ojo que la miraba sin cesar— le decía: «Andate a dar una vuelta y volvé antes de las ocho para hacer la cena». Tomaba el tranvía y llegaba a Plaza Italia, frente a los leones y bajo el sol. Allí apretaba la mano áspera de un conscripto de los cuarteles, sentada en un banco. Ambos soñaban con la provincia, las cabras, el cielo, los amigos y la música lejana. Pero llegó la guerra y con ella el desarrollo de la industria. Las fábricas se erigían por todas partes. Nuevas industrias reclamaban mano de obra, en particular de mujeres. Ella oyó hablar vagamente del tema. Finalmente, una compañera de plaza la invitó a entrar a su fábrica. Así, la sirvienta se transformó en obrera. Cambió servidumbre personal por la explotación impersonal del capitalista. Esto se dice fácil, pero era menester vivirlo. ¡Y los marxistas! ¡Qué decepción! Pues resultaba que pasar de la servidumbre y humillación personal a la «explotación capitalista», constituía para ella un salto a la libertad. Era una doble emancipación. La primera, era sacarse de encima a la patroncita—oligarca, mujer de médico, esposa de un bancario o empleado público, cónyuge de un comerciante, si la sirvienta era lo más barato que había en la Argentina—. Y, en segundo lugar, ganar más dinero con menos tiempo de trabajo. De este modo, ella vendía 8 horas a la fábrica. Después era completamente libre para apoderarse de aquella hermosa ciudad hostil.

La primera quincena envió un giro a su madre. La segunda, adquirió un par de zapatos con tacos y su cuerpo cambió. A la siguiente, compró en las cadenas de tiendas Etam un delicado vestido arrancado de un modelo de *Vogue*, con tela de imitación francesa, fabricada por la nueva burguesía judía de Villa Lynch, que dejaba de ser importadora para transformarse en productora. Una maravillosa, indescriptible transformación se operaba en la ex sirvienta. Con dos o tres quincenas más se compró una cartera, artilugios de maquillaje, alguna bijutería. Entonces asestó un toque final a la transformación milagrosa. En todos los barrios habían aparecido «salones de bellezas». Nuevas «cosmetólogas» brotadas de la nada la atendieron durante unas horas, le dieron consejos y la lanzaron a la calle transformada en platinada. Aquella muchacha aindiada era hermosa, tenía rulos, tacos altos (había cambiado de estatura) y nadie hubiera imaginado jamás que al pasear por Santa Fe, Callao o Corrientes, la ex sirvienta era menos bella que las chicas de la clase media o la oligarquía. Al mismo tiempo, entraba en crisis la oferta del servicio doméstico. Aparecía el Estatuto del Servicio Doméstico, con derecho a siesta. ¡Cuántos izquierdistas aprendieron a odiar al peronismo en la mesa familiar de boca de su madre, antes de buscar en venerables textos las razones para rechazarlo en nombre de la Ciencia!

Cuando ellas, las mujeres excluidas del Interior llegaron a Buenos Aires, no sólo desempeñarían un papel político y social decisivo en la historia argentina,

sino que los sociólogos hubieran podido decir, sin incurrir en error, que el número de mujeres rubias había aumentado en la Capital. Cuantas más chinitas llegaban, más rubias aparecían. ¿Qué científico entendería al peronismo sin las mujeres de negro que llegaron a ser rubias? Eva les tocó el corazón y ellas fueron su fuerza, energía poderosa que había atravesado muchas generaciones en silencio y ahora hablaba a gritos.

La quisieron hacer Vicepresidente en 1951. Pero ya estaba muy enferma. Desfalleciente, renunció a la candidatura en un gran acto del 22 de agosto: era el «Cabildo Abierto del Justicialismo». Había malestar en el Ejército por el proyecto de elevar a Evita al segundo lugar en la fórmula. El 31 de agosto Eva renunció formalmente por radio a la candidatura. Su salud declinó rápidamente. Murió el 26 de julio de 1952. La adulonería en su torno, que había llegado a constituirse en un opresivo flagelo nacional, inventó la fórmula: «Entró en la inmortalidad». Y esta vez tenían razón. Eva Duarte ya no habría de morir en tanto el segundo sexo tuviese memoria de su dolor y claridad de su destino.

La República se oscureció bajo un luto sofocante: el dolor genuino de las grandes masas se combinó con el servilismo de los eternos turiferarios. José Espejo, Secretario de la CGT, propuso, cuando el pobre cadáver embalsamado ya pedía reposo, velarla por turno en todas las capitales de la provincia. Esto fue un toque de atención para el realismo de Perón, que hasta ese momento se había dejado mecer por la marea de luctuosos halagos. Ordenó concluir la aparatosidad fúnebre. Eva tuvo paz por fin.

Una poeta, que no era precisamente adicta a Eva, sucumbió al cabo de los años al influjo de su muerte y su mito y escribió versos que la historia quiere recoger aquí, en su ambigüedad, su ternura, amor y rechazo juntos:

EVA

Calle

Florida, túnel de flores podridas.

Y el pobrerío se quedó sin madre

llorando entre faroles sin crespones.

Llorando en cueros, para siempre, solos.

Sombríos machos de corbata negra

sufrían rencorosos por decreto
y el órgano de Radio del Estado
hizo durar a Dios un mes o dos.

Buenos Aires de niebla y de silencio.
El Barrio Norte tras las celosías
encargaba a París rayos de sol.
La cola interminable para verla
y los que maldecían por si acaso
no vayan estos cabecitas negras
a bienaventurar a una cualquiera.

Flores podridas para Cleopatra.
Y los grasitas con el corazón rajado,
rajado en serio. Huérfanos, silencio.
Calles de invierno donde nadie pregona
El Líder, Democracia, La Razón.
Y Antonio Tormo calla «amemonós».

Un vendaval de luto obligatorio.
Escarapelas con coágulos negros.
El siglo nunca vio muerte más muerte.
Pobrecitos rubíes, esmeraldas
visones ofrendados por el pueblo,
sandalias de oro, sedas virreinales
vacías, arrumbadas en la noche.
Y el odio entre paréntesis, rumiando
venganza en sótanos y con picana.

Y el amor y el dolor que eran de veras
gimiendo en el cordón de la vereda.
Lágrimas enjugadas con harapos,
Madrecita de los desamparados.

Silencio, que hasta el tango se murió.
Orden de arriba y lágrimas de abajo.
En plena juventud. No somos nada.
No somos nada más que un gran castigo.
Se pintó la república de negro
mientras te maquillaban y enlodaban.
En los altares populares, santa.
Hiena de hielo para los gorilas
pero eso sí, solísima en la muerte.
Y el pueblo que lloraba para siempre
sin prever tu atroz peregrinaje.
Con mis ojos la vi, no me vendieron
esta leyenda, ni me la robaron.

Días de julio del 52
¿Que importa dónde estaba yo?

II

No descansas en paz, alza los razos
no para el día del renunciamento
sino para juntarte a las mujeres
con tu bandera redentora
lavada en pólvora, resucitando.

No sé quién fuiste, pero te jugaste.
Torciste el Riachuelo a Plaza de Mayo,
metiste a las mujeres en la historia
de prepo, arrebatando los micrófonos
repartiendo venganzas y limosnas.
Bruta como un diamante en un chiquero
¿Quién va a tirarte la última piedra?

Quizás un día nos juntemos
para invocar tu insólito coraje.
Todas, las contreras, las idólatras
las madres incesantes, las ramera
las que te amaron, las que te maldijeron,
las que obedientes tiran hijos
a la basura de la guerra, todas
las que ahora en el mundo fraternizan
sublevándose contra la aniquilación.

Cuando los buitres te dejen tranquila
y huyas de las estampas y el ultraje
empezaremos a saber quién fuiste,
Con látigo y sumisa, pasiva y compasiva,
única reina que tuvimos, loca
que arrebató el poder a los soldados.

Cuando juntas las reas y las monjas
y las violadas en los teleteatros
y las que callan pero no consienten
arrebateemos la liberación

para no naufragar en espejitos
ni bañarnos para los ejecutivos.
Cuando hagamos escándalo y justicia
el tiempo habrá pasado en limpio
tu prepotencia y tu martirio, hermana.

Tener agallas, como vos tuviste,
fanática, leal, desenfrenada
en el candor de la beneficencia
pero la única que se dio el lujo
de coronarse por los sumergidos.
Agallas para defender a muerte.
Agallas para hacer de nuevo el mundo.
Tener agallas para gritar basta
aunque nos amordacen con cañones.

María Elena Walsh.

El nacionalismo económico del régimen peronista

La expiración de la ley Mitre planteaba ya el destino de los ferrocarriles argentinos. Desde 1930 no pagaban intereses; sus altos costos de mantenimiento, el desarrollo del transporte automotor, la expansión de las redes camineras, habían transformado a la explotación ferroviaria en una inversión antieconómica. Pero no había anulado, en modo alguno, su importancia decisiva para una política de soberanía y de remodelación del país. La decadencia del sistema ferroviario coincide por otra parte con el estancamiento de la producción agrícola argentina, directo resultado de la saturación de los mercados europeos. Ferrocarriles, inmigración y producción agrícola se detienen en 1930, año cardinal de nuestra historia contemporánea. Pero los ferrocarriles de capital británico, en manos imperialistas, constituían una palanca decisiva de la vida económica argentina: a

través de su política tarifaria regulaban la prosperidad o la agonía de cualquier región de la república. Magno cliente de la industria metalúrgica británica, el sistema ferroviario en nuestro país era una rica fuente de divisas para el Imperio. Todo el secreto estaba ahí.

Los accionistas británicos no se quejaban de una inversión que no daba ganancias derivadas de su actividad en el transporte. Se veían muy bien retribuidos con la producción de grandes fábricas de Inglaterra, de las que eran también propietarios, y que abastecían a los ferrocarriles argentinos de todos los accesorios necesarios. Tal era la estipulación de la Ley Mitre. Desde las locomotoras hasta los más insignificantes artículos sanitarios debían ser adquiridos en Gran Bretaña. Si la estrategia de las tarifas ahogaba una industria cualquiera del interior, la obligatoriedad de comprar todo en Inglaterra remataba nuestro carácter pastoril.

La política económica del peronismo ha sido juzgada desde tres ángulos: por los partidos del sistema oligárquico, como «totalitaria»; por los peronistas, como providencial; por la izquierda cosmopolita de todos los matices (y un sector del nacionalismo) como prueba de que Perón reflejaba los intereses británicos. Apologistas y críticos dejan de lado, generalmente, las formidables dificultades de un país semicolonial para adoptar un camino independiente. En el peronismo se manifestaban varias clases sociales y el representante de todas ellas era un jefe militar que imprimió a todo el proceso revolucionario su propio carácter, sus debilidades tanto como sus aciertos. Lo que queda fuera de toda discusión fue el carácter nacional de toda esta política. Entre los temas favoritos de la malignidad antiperonista, se cuenta la nacionalización de los ferrocarriles. Un verdadero clamor se elevó desde las tribunas antinacionales del país contra la nacionalización. El argumento no podía ser más «patriótico». Perón habría pagado generosa y despreocupadamente a los ingleses mucho más de lo que valía ese «hierro viejo». Desde el punto de vista político, bastará indicar que tales críticas procedían sobre todo de *La Vanguardia*, órgano de la Casa del Pueblo, y de *Argentina Libre*, órgano de la Embajada inglesa¹⁵². Más tarde el escritor nacionalista Julio Irazusta resumirá en un libro la indigente teoría de la anglofilia de Perón¹⁵³.

El Imperio Británico al terminar la guerra

La situación de Gran Bretaña al terminar la guerra imperialista era muy grave. Antes del conflicto, los ingleses hacían frente a su balanza comercial desfavorable con los «ingresos invisibles» del exterior o los dividendos de sus inversiones

extranjeras. Gozaba, según hemos visto, de un «status» de Estado rentista. Pero la guerra arruinó ese esplendor victoriano y devoró implacablemente gran parte de sus inversiones exteriores. Se calculaba en 1945 que Gran Bretaña estaría obligada a elevar el nivel de sus exportaciones en un 50 % en la postguerra para sostenerse en su antiguo nivel. Poco antes de morir, Lord Keynes predicaba el bilateralismo, la depreciación del circulante y el control de cambios para el desdentado león británico. Gran Bretaña había llegado a contraer una deuda externa de 1.652 millones de libras esterlinas al terminar la guerra. Un experto norteamericano opinaba que:

los balances bloqueados han crecido en tales proporciones y las fuentes de recursos de Gran Bretaña se han reducido tanto que será imposible hacer frente a los requerimientos originales que solicitan la cancelación para 5 años después de la guerra... Nuestros exportadores, por medio de la existencia de tales créditos de esterlinas bloqueadas podrán encontrar efectivamente cerrados mercados prometedores¹⁵⁴.

En tales circunstancias, podía inferirse que los fondos bloqueados en el Banco de Inglaterra, fruto de las exportaciones argentinas no pagadas durante la guerra y que ascendían a 140 millones de libras, podrían servir como moneda de pago para los ferrocarriles de propiedad británica en nuestro país. La nacionalización estaba al alcance de la mano y, por lo demás, expiraba pronto la Ley Mitre. Sin embargo, conducidas por Miguel Miranda, personificación de los sectores de la burguesía industrial que influían en ese momento sobre Perón, las negociaciones con la misión inglesa llevaron a firmar el acuerdo Miranda Eady, por el cual se formaba una empresa mixta angloargentina. El acuerdo constituía un golpe maestro del Imperio Británico. Era un negocio ruinoso para la Argentina, en el momento más excepcional que le podía brindar la historia. Despreocupadamente Perón habló de la «recuperación nacional» y Miranda, como otro Luis Colombo, elogió el aporte inglés al progreso argentino. Sin embargo, cuatro meses más tarde, la sociedad mixta se desvanecía sin dejar rastros y ocupaba su lugar la nacionalización lisa y llana de los ferrocarriles. ¿Qué había pasado?

La clásica relación triangular entre Estados Unidos, la Argentina y Gran Bretaña había vuelto a entrar en crisis, esta vez en beneficio de los intereses nacionales. Pues el Secretario del Tesoro de Estados Unidos, John Snyder, objetó el convenio anglo-argentino, que infringía el acuerdo anterior anglo-yanqui, por el

cual se garantizaba la inconvertibilidad de la libra esterlina. Afectados los Estados Unidos por el tratado Miranda-Eady, que limitaba las compras argentinas a Estados Unidos, amenazaron con dejar sin efecto la ayuda norteamericana a Inglaterra. De este modo, los ingleses, cuya influencia en la Argentina de 1946 no parecía haber disminuido, cedieron ante las exigencias norteamericanas. No tenían más remedio que desprenderse de sus ferrocarriles¹⁵⁵.

Peleando con uñas y dientes, los ingleses lograron que en lugar de utilizarse las libras bloqueadas para rescatar los ferrocarriles, se emplearan dichas libras para pagar las futuras importaciones argentinas; para vender sus ferrocarriles, Inglaterra adelantaba 110 millones de libras esterlinas de sus compras de carne de 1948, más 40 millones de libras que desafectaba de la masa bloqueada. Pero fue un extraño triunfo. Como dirá secamente el Embajador británico Sir David Kelly:

La situación económica al final de la guerra cambió tan fundamentalmente en detrimento de Gran Bretaña y para los argentinos la tentación de comprar inmediatamente los ferrocarriles fue irresistible. Un año después de mi partida, mediante una operación de trueque, esa gran realización de la habilidad y del capital ingleses que representan los ferrocarriles argentinos fue cambiada por abastecimientos de carne por un período de 18 meses. Tal fue el resultado final de la falta de imaginación y de la obstinada negativa de hacer frente a la situación cambiante¹⁵⁶.

Este juicio británico tiene su valor. Decíamos que la vieja oposición anglófila, seguida por la bulliciosa tropilla de izquierdistas cosmopolitas o nacionalistas oligárquicos, cobró un aflautado tono antiimperialista. Acusó al gobierno de «pro inglés» y de haber pagado en exceso por «hierro viejo». Pero la desesperante situación del Imperio Británico al terminar la guerra no dejaba lugar a dudas. El Ministro de Comercio, Sir Stafford Cripps, no guardaba en esos días la famosa sangre fría británica cuando declaraba que «la Argentina, con sus reglamentos ignorantes y su incapacidad de criterio, complica la situación del mundo, pues impide la salida de mercaderías».

El periódico pro-británico Argentina Libre sostenía en 1947:

Debe cesar el IAPI y debe restablecerse la libertad de comercio.

La misma hoja, un mes después de comprarse los ferrocarriles ingleses, entonaba un melancólico Requiem, a los amigos de ultramar

Casi todas las actividades inglesas en industrias y finanzas se retiran de la Argentina. Lo principal ya está vendido. Otros negocios muy variados van a liquidarse, hasta la venta del frigorífico Anglo está en trámite; se irá todo lo que se pueda transportar... Por eso los británicos, hábiles observadores, se retiran llenos de tristeza.

Sir Montague Eddy ha dicho a sus íntimos:

Me voy de esta tierra en la que tanto he trabajado y tanto quiero. Con nosotros se va una página de historia. Algún día habremos de volver, pero no he de ser yo, no tendré tiempo. La reacción argentina será lenta, larga y penosa; su enfermedad es honda y grave¹⁵⁷.

En fin, 25 años más tarde (ni un solo día antes) un investigador del mundo universitario de la generación siguiente, publicaba un estudio en el que llegaba a la conclusión que *la nacionalización entonces, aparece como una medida de defensa de la industria nacional surgida durante la guerra sobre la base de la sustitución de importaciones, en gran medida británicas, dentro de la estrategia de industrialización¹⁵⁸.*

Así concluía el largo debate, según la tradición argentina, que fija a la ciencia social un plazo de un cuarto o medio siglo, para admitir como cierto aquello que los iletrados del común evaluaban certeramente el mismo día del acontecimiento.

Ferrocarriles y soberanía

El estilo colonial de pensamiento había calado tan profundamente en la Argentina, que dábese por supuesto la imposibilidad para el país de hacer una política beneficiosa en cualquier convenio con Inglaterra. El poder imperial había engendrado, aun en muchos patriotas, un sentimiento de subestimación nacional que parcialmente aun subsiste. Si la improvisación de Perón y Miranda en la

materia podían justificar serias reservas en la primera fase de la negociación, todo el curso posterior de la política económica peronista demostraría irrefutablemente su carácter genuinamente argentino. La corriente en esta dirección era tan poderosa que aun las vacilaciones, los errores o transacciones defectuosas deben ser englobadas en el sentido progresivo de la política general emprendida en 1945. En cuanto a los detalles, los abandonamos a los microscopistas y roedores de la historia, para que se alimenten. Como observaría Scalabrini Ortiz, la Argentina «había comprado soberanía».

La Argentina no sólo adquiriría los ferrocarriles con la nacionalización. En la compra se incluían varios puertos, entre ellos dos en Bahía Blanca, las empresas eléctricas de dicha ciudad y las aguas corrientes, las empresas de Tranvías, las Empresas de Transportes Automotores de Cuyo y Mar del Plata, Empresas Empacadoras de frutas de Río Negro, la Empresa de Petróleo Ferrocarrilero con campos petrolíferos y Destilería en Comodoro Rivadavia, los Expresos Villalonga y Furlong, campos, chacras experimentales, varios hoteles, terrenos de un enorme valor. Solamente en Capital Federal y el Gran Buenos Aires se traspasaron al Estado nacional 3 millones de metros cuadrados en terrenos y edificios. A lo dicho cabría añadir lo siguiente: al nacionalizarse los ferrocarriles, un empleado encargado de preparar los inventarios en las oficinas del Ferrocarril Pacífico, encontró en una caja de hierro de dichas oficinas un paquete con todas las acciones de la Editorial Haynes, propietaria de revistas, radios, etc., y el diario *El Mundo*. Era la «yapa». Así se gobernaba la opinión pública antes de 1945¹⁵⁹.

Los posteriores críticos del déficit ferroviario incurrirían luego en el error de juzgar a los ferrocarriles con la óptica comercial inglesa, es decir, de acuerdo a su rentabilidad. Desde el punto de vista de un país atrasado, el ferrocarril debía promover con su tarifa, verdadera aduana interna, una política de desenvolvimiento de aquellas provincias e industrias interiores estranguladas desde la era mitrista. En tiempo de los ingleses, la tarifa ferroviaria burlaba a su modo la protección aduanera.

Tomando un vagón 'standard' de 25 toneladas de capacidad y suponiendo un viaje de ida y vuelta sobre una distancia se 11.000 kilómetros, las diferentes mercaderías transportadas, pueden ser clasificadas en mercaderías protegidas destinadas a la exportación: hacienda \$ 366, maíz, \$ 1177, trigo \$ 1268, lino \$ 1564; y otras mercancías, petróleo \$ 1137, azúcar \$ 2009, vino \$ 1263, conservas \$ 2263, talabartería \$ 3994, tejidos \$ 4304 y artículos de almacén \$ 33209¹⁶⁰.

Tal era la profunda deformación económica del país impuesta por la tarifa ferroviaria. Con ella, el Imperio británico, a costa del pasajero o transportista argentino, proveía la alimentación del ciudadano de las Islas, y ahogaba simultáneamente las industrias argentinas del interior.

La nacionalización de los teléfonos mereció en su momento, como en nuestros días, la crítica «antiimperialista» de los agentes nativos del imperialismo, lo que revelaba, indirectamente, el carácter nacional de esa y otras medidas semejantes. Américo Ghioldi, el niño mimado del socialismo filo inglés, calificó a Perón de «agente inglés» o «norteamericano». El stalinismo y sus variantes de izquierda y derecha, así como algunos nacionalistas de tipo aristocrático, se sumaron a esta apreciación.

La Vanguardia del 10 de setiembre de 1946 titulaba esa edición:

La nacionalización de los teléfonos es un espléndido negocio para la U.T.

El órgano del Partido Comunista, Orientación, del 8 de mayo de 1946, publicaba, a la manera de ciertos cipayos de izquierda, un fragmento de Lenin para encubrir su actitud antinacional, donde el jefe revolucionario se refiere a la interrelación entre los Bancos y el capital financiero en los países imperialistas, señalando que

el monopolio de Estado en la sociedad capitalista, no es más que un medio de acrecentamiento y consolidación de los millonarios que se hallan a las puertas de la quiebra.

El título del fragmento era: «Sobre la Nacionalización de los bancos». Lenin se refería a los países imperialistas. Los stalinistas utilizaban la autoridad de Lenin para atacar la nacionalización del Banco Central en un país semicolonial.

De este modo los comunistas obtenían un doble premio: se desacreditaban ante los ojos del pueblo y dejaban a Lenin como si fuera un devoto alumno de Codovilla.

Antes de asumir el gobierno el general Perón, Farrell nacionalizaba el Banco Central y ponía a disposición del país el manejo del crédito y el control de todos los depósitos¹⁶¹. La creación del IAPI, o sea, el control estatal del Comercio Exterior, fue la siguiente medida profundamente revolucionaria, atacada con saña

proporcional por intereses no precisamente nacionales vinculados al capital extranjero.

El mecanismo expoliador de los monopolios cerealistas

Si algún organismo oficial fue condenado por la oposición en nombre de la «moralidad» o la «ética», fue sin duda el célebre IAPI (Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio). La literatura periodística de la época está cargada de las venenosas críticas que todos los sectores le dirigían. Dicha crítica difamatoria debía medir la importancia de los intereses afectados. Estos eran, simplemente, los monopolios cerealistas, algunos de ellos de eterna fama: Bunge y Born, De Ridder, Louis Dreyfus. En la década del 60 todavía estaba en pie el Palacio de la familia De Ridder, en la Avenida Alvear, de inocultable belleza, construido al cabo de décadas de esquilar a la Argentina, verbo ovino que viene de perilla al tema.

Pero los monopolios cerealistas no estaban solos. Eran las dinastías de un vasto reino integrado por explotadores menores de diversa importancia y que en su conjunto integraban el sistema de comercialización y financiación de las cosechas. La estructura comenzaba con el acopiador de pueblo rural, seguía con los propietarios de almacenes de ramos generales, comisionistas, especuladores y llegaba a los exportadores de granos, el nivel más alto en el mecanismo del despojo al productor.

Era frecuente que el acopiador fuera al mismo tiempo dueño del almacén de ramos generales. El colono entregaba a aquél su producción. El dueño del almacén ya le había adelantado algún dinero para «ir tirando», más semilla y arreglo de útiles de labranza, combustible, etc. La relación era tan patriarcal que el propio almacenero hacía todas las cuentas y liquidaciones. A veces le cobraba al chacarero intereses por tenerle en depósito su propio trigo. El fraude en las «pesadas» y liquidaciones era legendario. Se le pagaba parte en «especie» y se llevaban las libretas contabilizadas por los propios comerciantes. Cuenta Manuel Ortiz Pereira que a los chacareros en un pueblo del sur de la Provincia de Buenos Aires un almacenero italiano les anotaba en su libreta, entre otros muchos artículos comprados, la venta de tantos pesos en concepto de «Persicola». Uno de ellos preguntó a Ortiz Pereira, al cabo de años de pagar la Persicola, qué producto podía ser ése. El interrogado hizo su averiguación y ante su asombro el comerciante dijo: «—Ma, eso va per si cola. Si non cola, no va»¹⁶². En la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, Don Julio César Urien citó en una conferencia de 1945

un episodio que le relató un comerciante de Ramos Generales, ilustrativo de la ignorancia del chacarero y la malicia de sus explotadores. Al terminar una jornada, el dueño del almacén observó que le faltaba una montura en un caballete. Ningún empleado recordó qué cliente podía haberla llevado sin pagarla. Entonces el comerciante encontró la solución. Como habían visitado su negocio ese día 30 chacareros, incluyó en las liquidaciones de cada uno de sus clientes el valor de la montura. Cuando se recolectó la cosecha, adquirida en su totalidad por el comerciante a los productores, todos pagaron sin chistar las 30 monturas.

De este modo, el chacarero, de las primeras generaciones, por lo común de origen italiano o español, estaba en manos del acopiador, que era a la vez banquero y proveedor, con lo que obtenía alrededor el 30 % del monto de las operaciones y que era eslabón intermediario de los grandes exportadores internacionales. En resumen, 50.000 chacareros y colonos eran explotados por 3.000 acopiadores que a su vez dependían de 4 grandes firmas exportadoras¹⁶³.

De 1936 a 1939, las cuatro firmas monopólicas, sobre un total de 44,5 millones de toneladas de granos exportados, habían comercializado 36,8 millones, o sea, el 82,5 %. Pero aunque la estadística indica que otras 36 firmas exportaron el restante 17,5 %, cabe observar que muchas de éstas, para escapar a las críticas de la opinión pública, eran en realidad simples testaferros de los cuatro grandes exportadores. De ahí que pueda afirmarse sin riesgo de error, que el 90 % de todo lo exportado por el país en ese período corría a cargo de Bunge y Born, Louis Dreyfus y Cía., La Plata Cereal y Luis De Ridder Ltda. Con esas diferencias hacían sus palacios los De Ridder.

La conducta observada durante la «década infame» por la Junta Reguladora de Granos, fue fijar los precios de los granos por debajo de los costos de producción, y sólo al nivel necesario para que los arrendatarios pudieran pagar los arrendamientos a los terratenientes. Después de 1943 esa misma Junta cambió de política. Ahora, mediante el decreto N° 10.107/44, declaró de utilidad pública y sujetó a expropiación el uso de los elevadores de granos y demás dependencias de los puertos, y caducas todas las concesiones, en dichas instalaciones, otorgadas en el pasado a los monopolios a precios ínfimos. Fue el primer paso contra los monopolios, pero no fue el único. Al terminar la guerra, había gran escasez de productos agrarios en el mundo. Y como resultado de la catástrofe bélica del imperialismo, una gran inflación mundial elevó los precios de los artículos manufacturados. Como a raíz de la guerra los beligerantes habían organizado comités estatales de adquisiciones de granos, la Argentina se vio obligada, para defender su producción agraria ante los grandes Estados compradores, a constituir por su parte otro organismo estatal, esta vez argentino, y defender los precios de

sus productos primarios. Los restantes países trigueros adoptaron el mismo criterio: Australia mediante el «Australian Wheat Boar»; Canadá con el «Canadian Wheat Boar» y los Estados Unidos con la «Commodity Credit Corporation». El IAPI fue la respuesta argentina a la referida estatización de los instrumentos de comercialización.

Con este sistema, el Estado Nacional protegió los precios de los productores; se reservó las ganancias anteriormente absorbidas por los monopolios y las utilizó para financiar otras obras de interés público; finalmente, cuando los precios bajaron en Europa, el IAPI trabajó a pérdida, para defender el ingreso del productor argentino.

Las diversas medidas adoptadas por el Ministro de Comercio Exterior, Dr. Antonio Cafiero, en 1952, restringiendo los abusos monopolistas, desencadenaron la ira de los círculos afectados. Los supuestos economistas clásicos o neoclásicos, pero sobre todo subclásicos, con sus partidos políticos, y la prensa del viejo privilegio, acusaron al IAPI de todo género de anomalías. «La libertad de comercio» era la primera víctima a defender y la «libre comercialización de las cosechas» la inolvidable consigna de la época, que exhibía cínicamente la defensa de los monopolios imperialistas por parte de las clases medias urbanas y de sus representantes parlamentarios.

Pero la lucha por construir una política comercial independiente suponía no sólo quebrar las prerrogativas de Bunge y Born y similares mediante una nueva legislación, sino construir una red de agentes en Europa y otras regiones del mundo para vender allí. Ya no se trataba de vender como antes en condiciones FOB (franco a bordo), en nuestros propios puertos, sino en vender CIF (costo, seguro y flete) o sea, directamente al consumidor final, en su propia casa. Era la única manera de conquistar la plena independencia comercial, suprimiendo la intermediación extranjera, que se llevaba la crema del negocio.

También suponía incorporar a la nueva política de comercialización a las cooperativas argentinas, en la perspectiva de que ellas se hicieran cargo con el tiempo de todo el proceso de producir, transportar y vender la producción nacional en el exterior.

Con el raro poder de síntesis que lo distinguía, Perón señaló el papel que le asignaba al extranjero en relación con nuestros cereales:

Deseamos que en el orden internacional a ellos les quede solamente el derecho de consumir y que todo lo demás lo tengan nuestros agricultores, es decir, producir y transportar en nuestra

marina mercante al exterior de manera que a ellos les quede solamente el derecho de comer el cereal.

El IAPI procedió a adquirir las cosechas directamente de los productores o cooperativas; los acopiadores quedaron relegados a la condición de «simples depositarios por cuenta del IAPI», dice Cafiero. En un plazo promedio de 12 días, el productor cobraba el 100 % del importe de su cosecha en una sucursal bancaria de su zona. Además el IAPI estableció la tipificación, que mejoraba el promedio de ingresos del agricultor y despojaba a los monopolios del papel de juez y parte en el proceso.

Los resultados de esta resuelta política nacionalista y popular en materia agraria no fueron inesperados. La prensa de Rosario informaba en 1954 de la desaparición, cierre o liquidación de numerosos mayoristas de Ramos Generales, cerealistas y comisionistas, ahora marginados de la intermediación. Por su parte, la proporción en que los famosos monopolios cerealistas participan en el comercio interno argentino en 1939 bajaba del 82,5 % de esa época al 39,4 % en 1954. A su vez, en la comercialización interna, las cooperativas llegaban al 50 % en el tráfico comercial. Dichas entidades, que reflejaban la política benéfica del Estado a su respecto, experimentaron una gran mejora. En 1949 el número de entidades llegaba a 258, en 1954, a 696. Los asociados pasaban en el primer año citado de 85.000 a 223.754 en 1954.

En estas cifras no sólo había números. La furia oligárquica y el llanto de los poetas cortesanos haría hablar a los cañones de Lonardi.

La creación de la Flota Aérea del Estado y el desenvolvimiento gigantesco de la Flota Mercante nacional independizó en gran parte el país del secular transporte marítimo inglés, que proporcionaba a Gran Bretaña parte de sus «ingresos invisibles». Lo mismo puede decirse de la nacionalización de los seguros y reaseguros, que vulneraba directamente la finanza británica y reservaba para el país una de sus succulentas fuentes de ingresos. La construcción de diques y usinas, la construcción del combinado siderúrgico de San Nicolás, el gasoducto de Comodoro Rivadavia, la expropiación del doloso grupo Bemberg, y la creación de un sistema estatal defensivo en los más variados órdenes, marca con su sello esa época.

Entre 1947 y 1952 la Argentina duplica el tonelaje de su marina mercante, había aumentado su volumen cuatro veces entre 1939 y 1952. Al subir Perón al poder, el país contaba con una flota mercante de 430.000 toneladas. En 1952 llegaba a 1.158.006 toneladas.

En 1952 la flota mercante argentina no sólo era grande, sino que era también una de las más modernas del mundo... Con barcos nuevos y rápidos, la Argentina casi pudo realizar su propósito de transportar el 50% de su comercio exterior en naves nacionales. Asimismo, se acercó a su meta de hacerse independiente de empresas navieras extranjeras... Antes de la segunda guerra mundial, la Argentina dependía por completo de barcos refrigerados extranjeros y de compañías navieras también extranjeras. Estas compañías determinaban en parte la cantidad de artículos que había de producir el país, ya que la producción tenía que ajustarse al tonelaje que aquellos accedían a transportar.. Su marina mercante contribuyó al desarrollo de los demás países latinoamericanos y les ayudó a conseguir su libertad económica¹⁶⁴.

Perón prefirió no tocar a los frigoríficos de capital imperialista ni a la CADE. En cuanto a los primeros, una política revolucionaria no podía llevarse adelante sin tocar a sus proveedores, es decir, a la ganadería privilegiada de los invernadores, el riñón mismo de la oligarquía argentina. La nacionalización de la tierra de la oligarquía ganadera y su transformación en estancias ganaderas del Estado (a la manera exitosa practicada por el Dr. Francia en el Paraguay) no pasó nunca por su cabeza.

Al disiparse el humo del siniestro, se advirtió que la oligarquía detentaba, más fuerte que nunca, las palancas de su colosal poder agrario. La coexistencia exasperada de la Argentina terrateniente y de la Nueva Argentina industrial durante diez años, puso a prueba duramente el programa nacionalista del peronismo. El dilema se resolvió como en el caso de Yrigoyen.

La prosperidad tocó su fin con el comienzo de la restauración económica europea y la baja de los precios mundiales de alimentos derivados del Plan Marshall con el «dumping» triguero norteamericano. Los buenos y despreocupados años quedaban atrás. Se advirtió entonces que la industria liviana había dispuesto, como cabía esperar de ella, de gran parte de las divisas necesarias para la industria pesada. Con enérgica decisión Perón hizo frente a los acontecimientos y no hay duda que afrontó los dos puntos débiles del sistema: el petróleo y la siderurgia. Sólo le faltó el elemento capital, que era el que más despreciaba y que finalmente lo perdió: la ideología política capaz de modelar todo el proceso en las nuevas condiciones de lucha y de ganar el apoyo de una parte de la pequeña burguesía, a la que había horrorizado con sus métodos y sus violencias.

Su inclinación profesional por las soluciones tecnocráticas y el desdén militar por los «políticos», le resultó fatal cuando, al escasear las divisas, lo único que podía sacar al país del atolladero era justamente la política y los políticos, siempre y cuando fueran revolucionarios. Toda su ideología era una síntesis inorgánica de las propensiones totalitarias de su generación, combinada con el «populismo» u «obrerismo» inyectado por los grandes acontecimientos de 1945. Los elementos positivos del «democratismo» pequeño burgués no podían encontrar un lugar en este proceso dirigido por un militar de un país semi colonial, pero capitalista, jaqueado por el imperialismo, aunque con un poderoso proletariado¹⁶⁵. La obsesiva búsqueda de «lealtad» tendía a impedir la formulación de un programa y el desenvolvimiento ideológico del gran movimiento nacional. Fueron estas limitaciones las que en último análisis lo perdieron.

Perón como peronista: su partido

Perón había llegado al gobierno en 1946 con el apoyo de tres fuerzas: el Partido Laborista, los Independientes y la Unión Cívica Radical (Junta Renovadora).

Para comprender en su complejidad y riqueza el movimiento social al que Perón dio su nombre, bastará señalar que ingresaron a las filas del Partido Laborista numerosos dirigentes gremiales de larga actuación en el Partido Socialista, del Partido Comunista y de otras expresiones de la izquierda tradicional que no admitieron el deshonor de integrarse a la Unión Democrática junto al Embajador Braden:

Así fue como las circunstancias determinaron que hombres que abandonaron las filas del socialismo, –escribe un protagonista de tales sucesos– y que se plegaron decididamente en favor de las ideas revolucionarias y de recuperación nacional del coronel Perón, desempeñaron importantes funciones (ministros del P.E., gobernadores de provincias, senadores nacionales, diputados nacionales, legisladores provinciales, intendentes, concejales, etc.) Fue tal la adhesión que en Tucumán se dio el caso de que la casi totalidad de los miembros de la Federación Provincial Socialista se pasó a las filas peronistas vía Partido Laborista¹⁶⁶.

Las disensiones no tardaron en manifestarse. Aunque sin duda la crisis del Partido Laborista, entre otras cosas, obedecía a las intrigas de agentes imperialistas vinculados al sindicalismo norteamericano, otro factor fue la aspiración de algunos sectores obreros de mantener su independencia frente al triunfador coronel de la Casa Rosada. Los antagonismos llegan al extremo de que en un acto público celebrado en una plaza de la ciudad de San Martín, Cipriano Reyes afirmó categóricamente «que el movimiento ha superado al Jefe Coronel Perón». A su vez, las desinteligencias de Gay con la Unión Cívica Radical (Junta Renovadora) en la lucha por una Senaduría Nacional volvía muy tensa la situación interna de la política peronista. Tanto el Presidente como el Vicepresidente del Partido Laborista, del cual Perón era el afiliado con carnet número 1, se habían vuelto contra el Presidente de la República y Jefe del Movimiento¹⁶⁷. Perón no tuvo más remedio que imponer sus decisiones en el seno del Frente Nacional, impidiendo la consolidación de la estructura partidaria del Laborismo y de la Unión Cívica Radical (Junta Renovadora). Estos partidos recién nacidos no pudieron resistir la presión del Presidente. En el primer año de su gobierno Perón disuelve a los partidos que lo apoyaron y crea el fantasmal Partido Unico de la Revolución. La segunda fase será su eliminación bajo el nombre del partido Peronista. La resistencia de un núcleo de diputados laboristas a los «úkases» de la Presidencia, encabezados por el dirigente de los frigoríficos Cipriano Reyes, concluirá en una medida típica del absolutismo presidencial: bajo el pretexto de una conspiración, el diputado Reyes irá a dar con sus huesos a la cárcel, donde permanecerá largos años. Así fue como el gobierno asumió cada vez más un carácter abiertamente autoritario. En cuanto al radicalismo de la Junta Renovadora, tampoco logró viabilidad para constituirse en el principal sostén político del nuevo gobierno peronista.

La debilidad de la corriente radical yrigoyenista incorporada al movimiento nacional de Perón, no era sino el resultado del triunfo obtenido por el imperialismo en las filas de la Unión Cívica Radical tradicional. Los radicales permanecieron, en su mayor parte, durante los acontecimientos de 1945 en adelante, en los cuadros de ese radicalismo oligárquico cuya fisonomía había sido simbolizada por Alvear. Era la clase media que se resistía a ingresar en el campo nacional. Esta resistencia no era «ideológica». En realidad, vastos sectores de las clases medias agrarias y urbanas habían prosperado en la interioridad del sistema exportador formado desde 1880. Aunque había sufrido duras pruebas con la crisis mundial y aun cuando muchos de los miembros del radicalismo habían estado derivando hacia la actividad industrial protegida, en su mayor parte el radicalismo jamás perdió su visión «agrarista» de la política nacional. De ahí sus conexiones objetivas con el sistema oligárquico, al cual se oponía con un difuso nacionalismo. Pero se trataba,

para gran parte del radicalismo, de «diferencias internas» dentro de un régimen agrario exportador en el que todos debían participar. Los radicales exigían una participación «democrática» como los demócratas progresistas, y los conservadores no querían oír hablar de tal vocablo. Pero todos ellos se habían, de algún modo, insertado en el gran sistema imperial.

El nacionalismo revolucionario de Yrigoyen había quedado tan atrás que sólo podía encontrárselo leyendo algún libro de historia. Sus discípulos se habían amansado en 1945. Cada día había más estancieros, abogados y comerciantes radicales, y menos peones rurales. Los peones ya estaban en otro lado. Al bloquear un vuelco hacia la posición nacional del radicalismo clásico, el imperialismo impidió que los forjistas y los radicales de la tendencia de Quijano y Antille, arrastraran consigo a las grandes masas. Este hecho determinó que el aporte radical de las corrientes de la clase media al movimiento peronista no fuera decisivo; no pudo constituir por sí una fuerza capaz de contrabalancear la influencia personal de Perón y de exigir el pleno funcionamiento de la democracia revolucionaria.

En la medida en que la clase obrera no contaba con su propio partido y el Partido Laborista no era sino un agrupamiento circunstancial carente de vértebras, los trabajadores apoyaron directamente a Perón; este era el resultado de la desertión de los socialistas y comunistas en 1945.

Estos dos hechos nacen de nuestra inmadurez histórica como país: ni la burguesía nacional ni el proletariado habían podido darse sus partidos representativos. Sólo existían como tales los partidos de la oligarquía, de la burguesía comercial, de algunos sectores pequeños burgueses influidos por el sistema oligárquico o alguna agencia de la política soviética.

Conquistado el poder por un Frente Nacional donde intervenían radicales yrigoyenistas, sectores de burguesía industrial, sindicalistas obreros, antiguos socialistas y grupos conservadores, parecía imponerse un gabinete de «coalición». Un Vicepresidente de pasado yrigoyenista como el Dr. Hortensio J. Quijano y dos ministros de origen socialista como el Dr. Juan A. Bramuglia y Angel Borlenghi, así lo dejaba suponer. La dictadura militar primero y la acción de las masas populares luego, habían liberado a los sectores nacionales aprisionados en los viejos partidos. Parecía que un Frente Nacional en el gobierno, presidido por un Jefe militar, debía articular un régimen nacional democrático y atraerse nuevos sectores de la clase media en apoyo de su programa. Sin embargo, las cosas discurrieron de otro modo. La violencia de las luchas precedentes y la profundidad con que el imperialismo había corrompido a los partidos, impidieron que los yrigoyenistas arrastraran consigo, lo mismo que los escasos socialistas, a las viejas estructuras partidarias.

Poco tiempo le bastó a Perón para comprobar este hecho.

Resultó un hecho corriente que el Presidente, con los dirigentes del partido, se reunieran a puertas cerradas en vísperas de elecciones para componer la lista de candidatos a diputados nacionales o senadores de la Nación. Las elecciones internas brillaban por su ausencia. Era una estructura política vertical, «monolítica» y en consecuencia, rígida.

Si hemos aludido a las razones históricas que explican esta transformación, también se evidencian en el proceso los rasgos psicológicos de su protagonista, que juegan un importante papel en su encumbramiento y en su caída. Surge espontáneamente la analogía entre los métodos políticos de Perón e Yrigoyen. El militar que ingresa a la política a los 50 años de edad encabezando desde arriba un gran movimiento nacional, difería del estanciero que desde su adolescencia, paso a paso y desde «el llano», había construido su partido, hombre por hombre, sin poder alguno y a lo largo de casi cuarenta años de lucha. El autoritarismo profesional de Perón y su desprecio por los políticos no impedirá que se convierta él mismo en un político avezado. Pero la superioridad de las artes de Yrigoyen en relación a los métodos de Perón se pondrá de manifiesto no sólo desde el poder, sino desde abajo, después de su caída.

La «persuasión» de la que hablará luego tantas veces Perón, no pertenecía, sin embargo, al arsenal de sus virtudes. Era, en cambio, una de las habilidades supremas de Yrigoyen. Desde el punto de vista histórico, bastará indicar que el caudillo radical construyó un partido tan sólido que a cincuenta años de su muerte y aun vaciado de su contenido original, continúa en pie, en el gobierno y en la oposición. Toda la política de Perón, en cambio, en relación con su movimiento, consistió en impedir su organización. Las normas «democráticas» eran ignoradas. El partido peronista, cuando cae en 1955, estaba intervenido en todas sus autoridades locales desde hacía una década.

El bonapartismo (expresión derivada del papel desempeñado por Napoleón I y su sobrino Luis Napoleón en la historia de Francia) es el poder personal que se ejerce «por encima» de las clases en pugna; hace el papel de árbitro entre ellas. Pero en un país semicolonial como la Argentina, la lucha fundamental no se plantea solamente entre las clases sociales del país sino que asume un doble carácter: el imperialismo extranjero interviene decisivamente en la política interior y tiene a su servicio a partidos políticos nativos y a clases interesadas en la colonización nacional. De esta manera, el bonapartismo (Perón) se elevó por encima de la sociedad y gobernó con ayuda de la policía, el Ejército y la burocracia.

Una centralización semejante del poder era inevitable en cierto modo, dada la tremenda fuerza del imperialismo, cuyo comando concentrado reside en el

exterior y cuenta con recursos mundiales, con todo un aparato de difusión y con palancas básicas en el propio país revolucionario. De estas ventajas del bonapartismo para combatir al gran enemigo, nacen sus debilidades. Al no contar con partidos nacionales poderosos que lo apoyaran en la realización de un programa antiimperialista y que al mismo tiempo lo controlaran en el marco de una democracia revolucionaria, la persona de Perón se «independizó», por así decir, de las fuerzas que le dieron origen.

Al no contar con la presencia activa y el control recíproco de grandes partidos argentinos que coparticiparan del poder, la influencia de Perón creció desproporcionadamente, convirtiéndose en el regulador único de toda situación.

Si avanzáramos un paso más en el análisis, podríamos decir que los rasgos dictatoriales y centralizadores de Perón no sólo obedecían a una necesidad impuesta por los formidables enemigos internacionales cuyos intereses lesionó y, por supuesto, a sus imperiosos rasgos personales, sino que encontraban otra causa concurrente en la negativa del radicalismo y de los partidos de izquierda a integrarse democráticamente con Perón en un gran Frente Nacional Revolucionario.

El origen histórico de la democracia

En un país semicolonial, ninguna revolución puede sostenerse sin ejercer ciertas formas de dictadura. Históricamente el régimen llamado a realizar tareas democráticas –industrialización, liquidación del yugo imperialista, unidad nacional, revolución agraria– asume las formas de una Revolución Nacional.

¿Qué significa esto? Nada más simple: el viejo Estado, órgano de los intereses oligárquicos, es sustituido por otro, instrumento de la voluntad de la mayoría de la Nación. Para resistir las grandes fuerzas internacionales que se coaligan contra él, el gobierno nacional debe apelar a medidas de represión y de control nacidas precisamente de su debilidad relativa frente al imperialismo: adquisición voluntaria o forzosa de los grandes diarios y radios reaccionarios, control de las actividades contrarrevolucionarias, destrucción del aparato sindical pro-imperialista, vigilancia de los agentes del espionaje extranjero, apropiación de los resortes bancarios y financieros, expropiaciones, etc. Todo esto ya lo han hecho en su tiempo y a su modo las grandes potencias imperialistas que se autotitulan «democráticas»; si no lo hubieran hecho, no serían hoy grandes potencias. Cromwell exigió la sangre de un rey para instaurar la democracia británica. Pero los admiradores nativos de Inglaterra se han olvidado de la «Gran Revolución» inglesa; al elogiar únicamente sus frutos pretenden que fue obra de la cortesía sajona.

Las contradicciones que desgarran a nuestros «demócratas» en esta esfera no tienen término y no perderemos tiempo en rebatirlos. Políticos «socialistas» como Américo Ghioldi no ocultan su gozo por la contemplación de las instituciones parlamentarias de Gran Bretaña. Simulan ignorar que la democracia británica no regía en Kenya o en la India. Es precisamente el terror inglés en sus colonias y su despiadada explotación los que garantizaron a los ciudadanos de Londres el goce de una democracia ateniense. Un país semicolonial que no explota a pueblo alguno, no puede disfrutar de una democracia perfecta; un «régimen abierto» desarticula a la semicolonía ante el imperialismo.

El Estado es, desde su origen, una fuente de corrupción, y la figura jurídica de la dictadura que una clase social ejerce sobre otra. En nuestro tiempo, y en escala mundial, ha sido definido como el «comité administrativo de la clase burguesa». En la Argentina era prisionero del control oligárquico-imperialista. Las jornadas de Octubre expropiaron el poder político a la oligarquía e imprimieron al Estado una orientación nacional. Pero la estructura agrícola, comercial y financiera de la vieja Argentina, que Perón no destruyó, y la crisis mortal de los partidos populares, fueron los factores decisivos de la transformación de la democracia revolucionaria en dictadura burocrática.

No nos estamos refiriendo a las medidas adoptadas por el peronismo contra sus adversarios del campo imperialista. Por más duras que fueran, estaban legitimadas históricamente; antes bien, queremos indicar que el fracaso del peronismo en la materia consistió en no implantar la democracia en el propio campo de la revolución. La rigidez del régimen condicionó su indiferencia ante la hipótesis de esclarecer los grandes problemas nacionales en un gran debate. Sólo así, y no de otro modo, habría podido desarmar políticamente a la oposición, esclarecer su propia condición como movimiento y conquistarse el apoyo de grandes sectores juveniles de la República.

El doble carácter de la burocracia en la revolución popular

El más opaco período de la hegemonía burocrática en la revolución peronista se extiende desde 1949 a 1953, en que la revolución parece detenerse y los corifeos conservadores del régimen al estilo de Visca actúan libremente. Numerosas medidas administrativas procedentes de la cúspide del poder son neutralizadas por la maquinaria burocrática. Tergiversadas o

invertidas, mediante una aplicación mecánica de su sentido original, estas medidas obtenían un efecto contrario al buscado. Burócratas insignificantes del tipo de Mendé o Apold, «peronizaban» sectores de la Administración Pública mediante la inscripción obligatoria al Partido Peronista, nutriendo sus padrones de afiliados nominales que en realidad se convertían no sólo en enemigos mortales de ese partido, sino de todo el movimiento nacional revolucionario. Este cretinismo político no era sino aparente.

No había municipio o provincia electoralmente ganada por los radicales que en algún momento no se viera intervenida por el gobernador peronista o el Poder Ejecutivo Nacional. La prensa política de la oposición por deleznable que fuera, – tal el caso de El Intransigente de Salta–, era clausurada o perseguida judicialmente por «desacato». El lógico resultado era que Michel Torino, bodeguero y empresario periodístico, radical de derecha, fue laureado por la SIP como «héroe de la libertad de prensa» y exhibido al mundo como prueba de la dictadura de Perón. El otorgamiento del «certificado de buena conducta» para ingresar a un empleo era un instrumento de coacción política. Artistas de radio o de cine eran «borrados» de las listas de trabajo por sospecha, o real oposición política al gobierno.

Borges era trasladado de su modesto empleo de una Biblioteca municipal de barrio, al cargo de inspector de aves y huevos de la Comuna. Esta medida había nacido del cerebro de lombriz de algún funcionario municipal. Seguramente soñaba con merecer una mirada aprobatoria de algún jerarca. Pero no sólo dañó a Perón, sino que constituyó una curiosa crítica literaria a un gran artista. Poco importaban las opiniones políticas de Borges; más importante era el hecho de que su obra pertenecía a la historia intelectual del país. No podía ser condenada por un Supremo Tribunal Burocrático. No estará fuera de lugar aquí mencionar el pomposo secuestro por una Comisión Parlamentaria de las dos Cámaras de la Nación, que presidía el ilustre aunque iletrado diputado José Emiliano Visca (de origen conservador) de un libro titulado «América Latina: Un País», escrito por quien narra esta historia. Lo peculiar del secuestro, (1949) que alcanzó en su tiempo universal resonancia, era que su autor sostenía «desde la izquierda» al régimen peronista, en una posición por supuesto crítica e independiente según ha sido nuestra costumbre, a decir verdad, rara. Si era posible confiscar un libro que explicaba y justificaba históricamente el triunfo de Perón, es fácil comprender que había una especie de silencio en medio de la bulla de la época. Estaban ocurriendo acontecimientos, el país vivía en la nueva legislación, se levantaban fábricas y ardía la esperanza de la multitud. Pero era imposible pensar en público, salvo Perón en persona.

En realidad, la burocracia funcionaba: a) para controlar el conjunto del aparato estatal y servir bien o mal (más bien mal) los fines revolucionarios; b) para someter

a esclavitud al propio Perón, paralizar el ímpetu del movimiento y ofrecer una plataforma de apoyo a la reacción contrarrevolucionaria. Parte de la Administración Pública era sordamente antiperonista, lo mismo que el magisterio, la justicia y la Universidad. Las auténticas medidas revolucionarias de Perón eran obstinadamente saboteadas por el Partido Peronista y por la prensa adicta. Una resistencia subterránea, a veces visible, se oponía al desarrollo y amplitud de la revolución. Los sectores burgueses (comerciales, industriales o financieros) que se acercaban al peronismo, no veían sino una oportunidad para enriquecerse rápidamente, mientras murmuraban contra él en los hoteles de lujo.

Esa especie de «nacionalismo pasivo» de la burocracia estatal, civil o militar, se fue transformando en el curso del proceso en un abierto factor contrarrevolucionario. La inflación era conjurada por la clase obrera y la pequeña burguesía de las empresas privadas con sistemáticos aumentos de salarios. En la Administración Pública, por el contrario, los sueldos permanecían rezagados y en pocos años el antiguo funcionario del Estado, privilegiado de la semicolonias próspera, veía deteriorarse su «status», mientras advertía estupefacto que la clase obrera mejoraba el suyo. La clásica sirvienta tucumana o santiagueña de la familia pequeño burguesa de las ciudades era absorbida por las fábricas o beneficiada por un Estatuto que helaba de horror por sus exigencias a las amas de casa. Los pequeños rentistas de origen obrero o pequeño burgués se arruinaban por la ley de alquileres, que implicaba una virtual confiscación, pero que a costa de un número comparativamente pequeño de propietarios de bienes raíces, mantuvo a bajo nivel ese costo de la vida; como la congelación de arrendamientos en el campo, fue una de las medidas más importantes del período. El «resentimiento» de que hablaron algunos escritores después de la caída del régimen, atribuyéndolo a los obreros peronistas, en realidad era el estado espiritual más generalizado en la clase media contra los obreros. La burocracia, por lo demás, dominaba con sus inspectores las actividades del comercio, la industria y la producción y aplicaba mecánicamente las directivas del jefe, desatando nuevas oleadas de exasperación.

Personalismo y necesidad histórica

Al elevarse hacia el poder absoluto, envuelto en la prosperidad de la postguerra, Perón demostró sus más grandes virtudes como caudillo y sus más rígidos aspectos como político. Pretendió aplicar a todo el país la pedagogía militar de los «reglamentos» y «adoctrinamientos» bajo la máscara de los planes, «escuelas superiores» y «clases magistrales», en lugar de promover una clarificación abierta de los problemas fundamentales de un país en lucha por independizarse.

Ahogó sin piedad todas las formas independientes de pensamiento político dentro de su movimiento, lo que resultó a la postre más funesto que ahogar la voz de la oposición, que nada podía decir ya al país. El destino de FORJA y de Arturo Jauretche, el pensador más notable de su época, condenado a la inacción, es bien ilustrativo¹⁶⁸.

El «culto al Jefe» y a Eva Perón encerraba, es importante señalarlo, un doble carácter. Por un lado brotaba de la necesidad de centralización impuesta por las condiciones del mundo moderno, donde los grandes monopolios ejercen una hegemonía completa en el mundo capitalista.

A los países atrasados que luchan por su liberación no les queda otro camino que compensar su debilidad material frente al gigantesco enemigo, reproduciendo a su modo idénticas leyes de guerra. La centralización del poder deriva generalmente en el poder personal. El «líder» y la «Jefa espiritual de la Nación» reflejaban esa necesidad histórica. Eva Perón, además, significaba la irrupción de la mujer en nuestras luchas políticas. Su nombre quedará históricamente asociado a los derechos políticos del sexo postergado y humillado, de las mujeres y trabajadoras más oscuras del país. Depurada su figura de la idealización y de la diatriba, Eva Perón era el estandarte de las capas profundas y soterradas del pueblo que comenzaba a marchar por primera vez. Las fórmulas esgrimidas eran elementales. Pero eran las requeridas por una primera etapa de politización de sectores muy atrasados. Mientras los asnos letrados juzgaban desdeñosamente las joyas o pieles de Eva Perón o su literatura oratoria, con aire de conocedores, mientras otros del mismo jaez se sumergían en la psicología de la multitud o en las frustraciones personales de Evita, se olvidaba que los grandes movimientos populares de los países coloniales poseen analogías evidentes con la Argentina. En la India, Gandhi movilizaba multitudes por medio de imágenes religiosas, de su cabra y su rueca. Son los pueblos de carne y hueso relegados por la historia. Multitud que los literatos ignoraban, los harapientos nacían a la lucha iluminados por símbolos simples y poderosos.

Los voceros de la izquierda cosmopolita eran incapaces de discernir en las masas peronistas a las continuadoras modernas de la guerra civil, de las montoneras clásicas y del gauchaje alzado. Pero no existía otro método de filiar la herencia de nuestros trabajadores que situándolos en la historia e indagando en su pasado el secreto de sus luchas actuales.

Perón mismo perdió de vista el hecho de que el inmenso poder que las masas delegaban en su persona no era sino una tenencia provisoria de soberanía popular. Creyó candorosamente que la sustitución de un partido verdadero, unido por mil hilos a las masas, por una oficina burocrática a sus órdenes, permitiría una

relación sin intermediarios entre las masas y el caudillo. Puesto que todos los políticos y jefes del peronismo no debían ser sino lugartenientes y todo lugarteniente era un traidor en potencia, el diálogo entre las masas y el jefe podía ser directo. Este diálogo fue interpretado por Perón, en la cumbre distante del poder, como un monólogo. Cuando realmente se requirió luchar y lanzar a la batalla a miles de oradores políticos, armados de una ideología consistente, para derrotar a la oposición que alzaba la cabeza en todas partes, Perón se encontró indefenso y más solo que nunca.

Había cosechado, en el momento más trágico de su carrera, los resultados de su siembra. Su error fundamental no consistió en enmudecer a la oposición antiperonista, en la que había no pocos sectores nacionales, sino ahogar a su propio movimiento, en el que pululaban no pocos contrarrevolucionarios. De este modo, impuso al peronismo la dictadura burocrática de Teisaire y su propia infalibilidad. A la oposición la calificó genéricamente de «antinacional». Los cambios que introdujo en este dispositivo fueron tardíos y se produjeron cuando ya todo estaba perdido.

La «ideología» del peronismo, consistía, en esencia, en las tres banderas que aludían a las reivindicaciones clásicas de los países semicoloniales. Pero había que profundizar el significado concreto e histórico de las tres banderas. Se imponía asumir la herencia intelectual y política de las generaciones argentinas precedentes que habían vivido y luchado por los mismos fines. Era necesario vencer al imperialismo y a sus partidos miembros en la esfera específica de su influencia tradicional, en la Universidad y en el pensamiento nacional desfigurado.

Perón encargó esta tarea a Apold y a un oscuro adulator llamado Raúl Mendé, que «elaboraron» una doctrina, la doctrina «justicialista». En un discurso pronunciado en Mendoza en un Congreso de Filosofía, Perón rondaba por las nubes aristotélicas. En la prosa de Mendé, el justicialismo retrocedía hacia el lenguaje inarticulado. En definitiva, Perón resultó víctima de sus propios recelos. Nada menos que la «ideología» demo-oligárquica lo venció en toda la línea en las Universidades, bastión de los hijos de la clase media.

La política universitaria del peronismo

La Universidad fue el cuartel general de las fuerzas contrarrevolucionarias y la «base de masa» y agitación de la oligarquía, como lo había sido en 1930 y en 1945. Pero quien lanzó a los estudiantes a los brazos del envejecido bando oligárquico, con su escéptico profesorado de reblandecidos aunque

afamados memoristas, fue el mismo Perón. Las medidas que adoptó hacia la Universidad fueron al principio positivas, pero insuficientes por sí mismas para conquistar la adhesión del estudiantado. La supresión de aranceles, la eliminación de los exámenes de ingreso, campamentos de vacaciones, etc., eran dispuestas al mismo tiempo que se anulaban todas las conquistas de la Reforma de 1918 en relación con la representación estudiantil en los Consejos. La autonomía universitaria era destruida, lo que no constituye una regresión si se la considera aisladamente, puesto que un país en un proceso revolucionario no podría ofrecer una autonomía a las Universidades dominadas por la reacción.

En este caso, la «reacción» era la misma política universitaria del peronismo, que introducía en las cátedras a los elementos más cavernícolas del período juniano, mezclados con profesores liberales sin partido, demo oligarcas de todos los colores junto a otros profesores que representaban la línea nacional y democrática de la revolución popular. A la imperiosa voluntad gubernamental de establecer su influencia en las aulas, el estudiantado universitario respondió con la clásica retórica de la «democracia» y la «dictadura», que en ese momento, sin embargo adquirían virtualidad ante el espectáculo de la policía allanando las casas de estudio y deteniendo masivamente a los alumnos. A la FUA cipaya, el gobierno peronista intentó oponer una CGU fascista. Con tales métodos, que se derivaban de toda la actitud de Perón hacia los «ideólogos», los nacionalistas aristocráticos en la Universidad asumieron su representación.

Como despreciaba a los «ideólogos», fue vencido por ellos en dos formas: los ideólogos reaccionarios lo representaron en la Universidad y los «ideólogos» cipayos lo enfrentaron allí mismo. El hijo universitario del pequeño burgués afectado por la política económica de Perón, encontraba en la Universidad los argumentos necesarios para llevar el odio de sus padres a las calles. De este modo, el carácter históricamente progresivo del peronismo, su esencial nacionalismo popular, era vencido en los centros más importantes de la cultura argentina. A la sombra de este equívoco, la Reforma Universitaria de 1918 era combatida por el peronismo, que cumplía en muchos aspectos algunos de sus postulados; y aparentaban defenderla sus verdaderos adversarios, los partidos liberales enemigos de Yrigoyen, segundones de la oligarquía antirreformista.

El imperialismo advirtió agudamente que Perón había encontrado una trampa en la Universidad. Supo utilizar esta contradicción en su provecho, empleando las formas ideológicas de la «democracia burguesa» tradicional y del socialismo puro, pero imbuyéndolas de un contenido antinacional.

Sindicatos y partidos

La descripción de las principales medidas legales producidas por el Coronel Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión explican sobriamente el formidable apoyo alcanzado.

Es imposible disociar la actitud del movimiento obrero posterior, de la vigencia de tales leyes que afectaban la existencia cotidiana y la «calidad de vida» de millones de almas. Basta mencionar el decreto ley N° 23.852, de Asociaciones Profesionales, que prohibía la intervención del Estado en los sindicatos, reconocía la personería gremial para discutir a los sindicatos mayoritarios e impedía la multiplicación de pequeños sindicatos ficticios de tipo patronal utilizables contra el gremio. Del mismo modo, el decreto ley 28.164, creaba el estatuto del Peón de Campo, asunto jamás legislado en la historia argentina, porque si la oligarquía conservadora a veces apoyaba alguna ley que imponía mejoras a los obreros industriales a costa de la burguesía nacional, los socialistas no planteaban reivindicaciones de ese carácter que perjudicaran a la clase agraria dominante. Arturo Jauretche sugirió a Perón su sanción inspirado en una explicación escuchada de boca del Dr. Luis Güemes, descendiente del prócer, sobre el «estatuto gaucha» que había elaborado Martín Güemes para proteger a sus paisanos y que le costó el odio inmortal de la oligarquía salteña.

Pero a otro intelectual y pensador, distinto a Jauretche, le cayó mal la iniciativa. Era Ezequiel Martínez Estrada, profeta confuso, salvo como propietario de campo. Pues Martínez Estrada era dueño de 758 hectáreas en la provincia de Buenos Aires (campos de los mejores del país) y no era poco. El Estatuto le cayó mal por que les volvía caros sus peones para cuidar la hacienda, así como la ley que congelaba el precio de los arrendamientos le impedía mejorar su renta y echar al camino a sus colonos. Martínez Estrada, entre los intelectuales argentinos, al menos tenía razones visibles para vociferar contra el peronismo. Así podía ser revolucionario en Cuba y bendecir la reforma agraria cubana sin perjuicio de condenar las leyes agrarias de la Argentina, que lo afectaban. Como además elaboró la teoría de que el mestizo constituía la maldición original de América Latina, resultó sorprendente la leyenda de inconformista que le urdieron numerosos izquierdistas. Parece que tampoco los cubanos lo advirtieron. Casos análogos de impostura política y moral, como la de este escritor, eran numerosos en la época. Nadie parecía fijarse en tales minucias.

A las leyes mencionadas, cabe agregar la 31.665 de jubilaciones, que protegía con el sistema jubilatorio a todos los trabajadores argentinos. Una ley similar

aprobada por Yrigoyen en 1922, había sido derogada en 1925 por el demócrata Alvear, con el pretexto de falta de fondos. El decreto ley N° 33.302 creaba el Instituto de Remuneraciones. Aunque no llegó a funcionar, se aplicaron otras disposiciones de dicho decreto ley, entre otras, las vacaciones pagas, el aguinaldo, pagos hasta seis meses por enfermedad, indemnización por despido o fallecimiento, etc. La creación de los Tribunales de Trabajo (decreto ley N° 32.347) enfrentará en el primer momento a la enmohecida Suprema Corte. Pero traía al mundo jurídico una transformación radical para llevar a la práctica sin dilaciones las leyes obreras. En diez meses, en 1944, la Secretaría de Trabajo había incorporado a los beneficios jubilatorios a más de 2.000.000 de personas.

Se comprende sin esfuerzo por qué la CGT del peronismo llegó a organizar grandes masas de trabajadores en sus sindicatos.

De ahí que la acusación lanzada por sus enemigos, relativa a la dependencia sindical hacia Perón, parece ridícula. El destino de los sindicatos en la época del imperialismo y en un país atrasado no puede ser otro que caer bajo la influencia del régimen político vigente, en tanto dicho régimen garantice a los trabajadores el «mínimo» de derechos compatibles con su vida económica y con el funcionamiento de los sindicatos. Esta propensión de los sindicatos a contraer compromisos con el régimen gobernante, no se origina exclusivamente en una particular degeneración moral de sus jefes, como suponen algunos virtuosos izquierdistas, sino que brota de su naturaleza reformista específica. Los sindicatos nacen de la necesidad de los trabajadores de contar con entidades que luchen y negocien para obtener un mejoramiento del régimen de salarios; es natural que tales entidades no se propongan luchar por la supresión del salario, a lo que los propios trabajadores se opondrían.

En tal sentido podría decirse que los obreros, al pretender mejorar sus retribuciones, consolidan el sistema capitalista. En realidad, aquellos que siembran ilusiones sobre el papel revolucionario de los sindicatos incurren en un error tan grave como los que suponen que los sindicatos han dejado de ser útiles a los trabajadores. La fuente de tales errores se encuentra en el hecho de que el sindicato ha sido creado para desempeñar una función y el partido político revolucionario, para otra muy diferente.

Como organizaciones que agrupan a grandes sectores de trabajadores sin distinción de ideologías, los sindicatos deben vivir siempre bajo las condiciones del Estado, cualquiera sea su naturaleza, nacionalista u oligárquica, que no puede admitir de ellos una peligrosa independencia. Carentes, por su heterogeneidad y sus fines esencialmente económicos, de una ideología revolucionaria, los sindicatos están sometidos a cualquiera de las grandes fuerzas que se disputan el poder de la

sociedad moderna: imperialismo, nacionalismo, burguesías coloniales o poder obrero campesino. Sindicatos «independientes» no han existido nunca.

Era natural que la CGT de la época peronista estuviera íntimamente asociada a un gobierno que era, a su modo, un gobierno de frente único antiimperialista en cuyo seno coexistían intereses de clases diferentes pero cuya política en favor de los asalariados no tenía precedentes en la historia del país. Que los dirigentes de la CGT, su falta de iniciativa propia, su dependencia de las demostraciones políticas del régimen, sus ofrendas, etc., constituían un mal, nadie podría dudarlo. Pero el principal perjudicado será Perón, a quien el perfume del incienso cotidiano le impidió advertir que una democratización efectiva de la central obrera hubiera defendido mejor las conquistas revolucionarias que el sistema de obediencia de los dirigentes.

Lo que debió ser un régimen popular revolucionario con la más amplia participación de las masas populares en el control y aplicación de las medidas convenientes para remodelar el país, se fue transformando en un sistema burocrático en cuyo seno su propio jefe fue con frecuencia prisionero. Así pudo observarse la patética impotencia de Perón para elevar al nivel de una justificación teórica el origen y destino de su poderoso movimiento; revolución privada de ideología, no podía sino agonizar, a menos que desde su cumbre se afrontase la tarea de democratizarse a sí misma.

En apariencia resultaba suficiente la ola de prosperidad que envolvió al país durante los diez años del régimen peronista. La CGT bastaba para reajustar los salarios periódicamente y mantener el nivel de vida, los sindicatos de industria eran para los obreros la escuela de lucha; los discursos de Perón y las eventuales movilizaciones, su alimento político. Pero los socios del bloque oligárquico, cuya base social estaba intacta, eran demasiado poderosos y expertos en el uso del poder como para no advertir las fisuras en el imponente edificio del régimen justicialista.

Los intelectuales y el peronismo

La clase intelectual observa con desprecio a las masas «primitivas». Pero una misma clase tiene ideas diferentes en épocas distintas; las suplantarán a medida que las necesite. El proletariado no veía la urgencia de ser «independiente» del peronismo, por más que le desagradasen algunas figuras, algunos favoritismos y negociados. Defendía lo esencial del régimen, su progresividad global y la condi-

ción obrera dentro de él. El pequeño burgués superficial, atiborrado de libros mal leídos, sólo veía lo secundario. Después acusaría de «primitivismo» al proletariado. Jamás en la historia se ha desarrollado ningún movimiento que desde sus comienzos sea totalmente claro en sus formulaciones; sólo la experiencia propia, las lecciones de las derrotas, el fracaso de sus jefes, permiten a las masas en estadios sucesivos, realizar un balance íntimo de su orientación y seleccionar las ideas y los caudillos que la lucha requiere. La pretensión de exigir a las masas, que inician su vida política con el peronismo, una completa coherencia teórica, sólo puede caber en la imaginación de estos intelectuales sin sustancia en que ha sido tan pródiga la ciudad puerto.

Bajo las divisas del peronismo, enormes masas de hombres y mujeres que sólo diez años atrás vivían en el atraso rural hicieron su ingreso triunfal a la política argentina. La dirección que abrazaron era enteramente correcta; la historia no había facilitado otra opción.

Cuando el peronismo aparece en la vida argentina, toda la inteligencia se había modelado en la tradición oligárquica. Los escritores stalinistas o stalinizantes, si rendían tributo a la Rusia soviética y a sus subproductos culturales, coexistían en la SADE con los literatos de la revista «Sur» y los sacerdotes que servían el culto a las formas más exquisitas, evasivas o bizantinas de la esterilidad europea. Aquellos escritores que no habían pactado con la sociedad oligárquica, se convertían en «emigrados interiores», lejos de los focos de la fama, o en expatriados. La palabra «nacional», en literatura o en política, había llegado a ser la palabra más sospechosa.

El intelectual pequeño burgués de la semicolonias, si deseaba sobrevivir como escritor, no podía transgredir una regla de conducta: el peronismo era detestable. Sábato dijo al autor en aquella época, que el peronismo, con su vulgaridad y sus excesos, era incompatible con el universo platónico del intelectual. Lo que era sin duda cierto, es que un escritor argentino no tenía otra posibilidad de desenvolverse en la red de las editoriales, los diarios «serios», la crítica respetada, las traducciones a idiomas extranjeros o las becas, si no aceptaba los prerequisites básicos del liberalismo oligárquico.

De lo dicho debe inferirse que si el peronismo fue incapaz de dotar de una ideología a la revolución que rugía bajo sus pies, por otra parte el divorcio entre las masas populares y la «intelectualidad» fue irremediable. Los intelectuales desentonarían en la sociedad moderna un papel más subordinado aún que el proletariado. Si el obrero vende su fuerza de trabajo, pero no su conciencia, la «fuerza de trabajo» que el intelectual dispone para enajenar, es su sistema de ideas. De ellas debe vivir. Pero todo el sistema de ideas dominantes en la Argentina desde hacía medio siglo era justamente el forjado por la oligarquía proimperialista.

Cuando llegó el momento decisivo, el intelectual se encontró prisionero de ideas que en modo alguno correspondían a las necesidades nacionales. Esclavo de un «democratismo» carente de médula, apoyó a las fuerzas más reaccionarias contra los nietos de Martín Fierro que irrumpían en la escena argentina. Le resultaba intolerable aceptar las palabras de Pavese:

los que sabían escribir no tenían nada que decir y los que tenían algo que decir, no sabían escribir.

La razón de este desencuentro fatal ha sido varias veces explicada a lo largo de nuestro relato. No será inútil insistir en este hecho: la subordinación argentina al imperialismo engendró una ideología y una estética, una filosofía y una tradición cívica que correspondía perfectamente al tipo de estructura semicolonial de la Argentina.

La sobreestimación de lo europeo y la formación de una mentalidad traductora, la aparición de «medievalistas» como José Luis Romero en un país que vivió entre lanzas emplumadas hasta el siglo XX, la proliferación de la literatura fantástica del género de Borges, y de una literatura preciosa para pseudo eruditos, la existencia de un socialismo amarillo cosmopolita o de un comunismo eslavófilo, la doctrina reinante del libre comercio erigida como religión de Estado y la idolatría académica de las mieses, la adopción del mito intocable de la Constitución del 53, la ignorancia o el menosprecio de todo lo criollo y su connotación tácita con la idea del atraso y de lo bárbaro, la glorificación de un liberalismo sin sustancia y el desconocimiento del problema imperialista, tales eran los rasgos distintivos de una tradición cultural que había convertido a la «inteligencia» oficial en una esclava de la «maquinaria de prestigio».

Desde 1880, la integración de la Argentina como provincia agraria de Europa y consumidora de sus más sutiles productos, había estratificado un mandarinato intelectual que impuso su sello, su atmósfera, su obsesivo culto de las formas a la cultura semi colonial. Eran las versiones modernas y anticriollas del Sarmiento degollador y del primer Alberdi. Ya referimos la conducta de Martínez Estrada, como propietario rural y como escritor, frente al mestizo y al peón. Julio Cortázar, antes de adoptar la ciudadanía francesa, había dicho:

Abandoné Buenos Aires porque los bombos peronistas me impedían escuchar los cuartetos de Bela Bartok

Ya radicado en París, afirmó:

Prefiero ser nada en una ciudad que lo es todo a ser todo en una ciudad que no es nada.

Silvina Bullrich escribió:

París es mi hogar, Buenos Aires mi oficina.

Borges afirmaba que su familia «había nacido del lado bueno del Arroyo del Medio», y aludía a la «horrible historia de América». Gloria Alcorta escribía en francés, Juan Rodolfo Wilckok se mudó a Italia y mudó también de lengua. Hasta el Vicepresidente de la Nación, Dr. Julio A. Roca, publicaba en La Nación pulcras traducciones de Byron. El Intendente de Buenos Aires, Mariano de Vedia y Mitre, lo hacía con poemas de Shelley. Victoria Ocampo, que hablaba inglés con acento francés, servía té de Ceylán sin fatiga a todas las notabilidades del mundo que condescendían a gozar de su hospitalidad y registraba hasta la minucia, en sus numerosos «Testimonios», las sensaciones que le producían los grandes nombres universales. Todo esto era de una banalidad cómica y hasta resulta divertido consignar el espanto que la irrupción de la chusma produjo en ese incontaminado universo. En su testamento legó sus casas a la UNESCO.

¿Debería entenderse que toda la inteligencia argentina se nucleaba alrededor del bloque oligárquico? En modo alguno. Los nombres más notables de la cultura y las letras nacionales sostuvieron a Perón o de algún modo le prestaron su simpatía, de cerca o de lejos. Basta mencionar a Manuel Ugarte, Leopoldo Marechal, Manuel Gálvez, Elías Castelnuovo, Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche, José María Rosa, Arturo Cancela, Ernesto Palacio, Luis Cané, Nicolás Olivari, Horacio Rega Molina, José Gabriel, Carlos Astrada, Lucio Moreno Quintana, César Tiempo, entre las figuras de la generación anterior. Los bardos populares más célebres, Enrique Santos Discépolo, Homero Manzi, Cátulo Castillo, Alberto Vacarezza y Claudio Martínez Paiva eran todos peronistas. Ya Homero Manzi, cantor de los más bellos tangos argentinos, había confiado hacía muchos años a su amigo Jauretche: «Tenía un dilema: antes de ser un hombre de letras elegí hacer letras para los hombres».

Pero aunque Ugarte, el valeroso y silenciado precursor de la izquierda nacional, había sido durante algunos años Embajador del gobierno argentino en

Méjico y Nicaragua, y otros escritores o intelectuales habían desempeñado funciones en reparticiones públicas, la enseñanza o la diplomacia, como José María Castiñeira de Dios o Pedro Juan Vignale, lo esencial en la política cultural del peronismo consistió en la ausencia de una voluntad crítica dirigida a examinar la cultura aristocrática y la historia liberal oligárquica. En segundo lugar, el peronismo no logró organizar las instituciones culturales, publicaciones y editoriales de modo tal que los intelectuales, reagrupados alrededor de la empresa crítica y el gran debate nacional que debía promoverla, encontraran de modo natural un lugar decoroso y retribuido en la nueva República en revolución.

En el plano cultural, a semejanza del plano político, todo tendía en el peronismo a cristalizarse y a burocratizarse. Peor aún, nadie se atrevía a hablar espontáneamente sin invocar el nombre mágico de Perón y todo debía discurrir alrededor de esa magia. Perón venía a resultar el punto de partida y de llegada de todo. Nadie se atrevía a pensar por su cuenta y a hablar en voz alta sobre algún tema esencial que pudiese rozar la epidermis del poder. Por lo demás, este poder estaba escrupulosamente apuntalado por círculos áulicos que, por misteriosos canales, dejaban caer sobre el incauto rayos jupiterianos. El resultado era una opacidad intelectual incompatible con las grandes obras y transformaciones legislativas, laborales, económicas o científicas en curso.

Podría añadirse que los notables avances que impulsó el peronismo, y la pobreza de su época en la creación cultural mostraban un contraste patético. La sociedad estaba en movimiento, pero el movimiento en el poder se había petrificado en el culto al Jefe. No resultará así extraño que Raúl Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche no escribiesen una línea en diez años. Aún en sus mejores momentos, Perón se encuentra en soledad. Se veía un régimen gélido, sin articulaciones, sin disidencias vitales. No era posible apoyarlo sin arrodillarse y sin guardar silencio. En tales condiciones, la vieja y estéril oligarquía jugaba su papel de maravilla. Tenía múltiples armas para emplear contra el peronismo y las empleaba todas. Ningún intelectual (reconocido por la prensa comercial) estaba en condiciones de manifestar su simpatía por el peronismo sin correr el peligro de un ruinoso descrédito. Todo se remitía al patrón europeo del prestigio, cuyos procónsules en la Argentina eran las Academias, las Universidades, los grandes diarios y los suplementos literarios, las revistas, las editoriales y la opinión pública liberal oligárquica que abastecía de argumentos a los partidos. Las izquierdas posteriores, de todos los matices, aún los más «extremos» de pico, se amamantaron en esa época.

Pese a todo, el gobierno peronista parecía resistir a todos sus adversarios. Pero cuando la Iglesia y una parte de la comunidad católica se enfrentaron al

gobierno, cuando los curas, los confesores, los capellanes y los seminaristas se sumergieron en la conspiración, un sector minoritario del Ejército comenzó a tomar distancia del régimen. El bloque nacional tendía a desintegrarse.

LOS IDUS DE SEPTIEMBRE

Desde las jornadas ardientes de octubre de 1945, en ningún momento la oposición demo-oligárquica había abandonado la esperanza de derrocar por la violencia al peronismo. Esta conducta no varió en los diez años de gobierno. Con el apoyo moral y político del exterior, brotaron o se gestaron diversos complots, campañas o sediciones. Pero todas fueron derrotadas,

Ya en setiembre de 1951, un golpe militar encabezado por el General Benjamín Menéndez, un conspirador profesional sin fortuna, obligó a Perón a reprimir el movimiento. Los tribunales militares condenaron a varios años de cárcel a los oficiales comprometidos, entre ellos Alejandro Lanusse, Tomás Sánchez de Bustamante, Juan Enrique Guglielmelli y muchos otros jefes que más tarde tuvieron figuración notoria. Al año siguiente, en 1952, abortó otra sedición civil militar, en la que estuvo comprometido el general Eduardo Lonardi. La implicación de Juan Duarte, cuñado de Perón, en oscuros negociados, descubierta en 1953 por una investigación especial ordenada por el Presidente, hizo estallar un escándalo que condujo al suicidio a Duarte, hermano de Evita. En ese momento, pareció que Perón estaba dispuesto a limpiar el aparato estatal de oportunistas y parásitos: «Estoy rodeado por una doble fila de alchahuetes y adulones» declaró en los balcones de la Casa de Gobierno ante la multitud. Los aludidos aplaudieron con entusiasmo. Pero nada ocurrió.

Por el contrario, la oposición avanzó otro paso. Esta vez dirigió su ofensiva a una franja sensible del sistema peronista. Diversos católicos impulsaron la creación del Partido Demócrata Cristiano. Sus principales dirigentes eran desde 1945 adversarios declarados de Perón: el Dr. Juan Lewis, el Dr. Manuel Ordóñez (abogado de *La Prensa* de Gainza Paz), el Dr. Horacio Sueldo y otros. La Iglesia preconiliar del Papa Pío XII, en Roma o en la Argentina estaba muy lejos de identificarse con el peronismo en la totalidad de su programa económico, político y social. Por el contrario, vinculada desde hacía mucho tiempo a la oligarquía dominante, una parte de la Iglesia no ocultó la repulsión que le inspiraba la

candidatura de Perón en 1946. Otra, en particular el bajo clero, simpatizó con Perón en virtud de la implantación de la enseñanza religiosa en las escuelas.

Pero el conservatismo esencial de la Iglesia argentina no podía compartir las realizaciones del régimen, ni la personalidad de Evita, ni la influencia creciente del peronismo en las nuevas organizaciones juveniles de estudiantes secundarios de ambos sexos. Por lo demás, la Iglesia aspiraba a influir en el movimiento obrero argentino por medio de la Federación Internacional de Sindicatos Católicos. Perón sintió amenazada de algún modo su influencia y contraatacó en este inesperado frente de lucha.

Fue una sorpresa para toda la opinión pública informarse por discursos de Perón, cada vez más insistentes, de la «infiltración clerical». El Secretario de la CGT, Héctor Hugo Di Pietro, habló de las «interferencias en las organizaciones del pueblo». Debía actuarse con energía según Di Pietro, para defender las organizaciones sindicales de la infiltración más peligrosa «que puede producirse en la vida de una nación y específicamente en la vida de las organizaciones sindicales: la infiltración clerical»¹⁶⁹. Agregó que esta maniobra utilizaba las escuelas sindicales de la propia CGT.

Pero el conflicto entre la Iglesia y el peronismo asumió un franco carácter oficial cuando Perón reunió en la quinta presidencial de Olivos a los gobernadores de provincias, altos funcionarios, autoridades de la CGT, la CGE y CGP y del Partido Peronista. El ataque del Presidente no dejó lugar a dudas:

Vengo midiendo personalmente esta situación desde hace algún tiempo. No se trata de una cuestión de la Iglesia o de los estudiantes: se trata de una cuestión política...con la diferencia de que los políticos de la oposición han cambiado un poquito de método, lo que me admira, porque ellos suelen andar siempre con los mismos métodos, peleándose en los comités o preparando una revolución en los cafés. Esta vez parece que han elegido otros lugares para preparar esta misma revolución, con la que vienen soñando desde hace diez años... Hay un montón de antiperonistas que giran a la organización con toda hipocresía porque van a muchas reuniones y dicen: Yo no vengo en nombre de la Acción Católica, pero actúan en nombre de ella. A ese de la Acción Católica es a quien nosotros tenemos que observar y tener en cuenta...Nosotros también somos católicos. Sólo que para ser peronistas no decimos que somos peronistas católicos; somos simplemente peronistas, y dentro de eso somos católicos, judíos, budistas, ortodoxos, etcétera, porque para

ser peronistas nosotros no le preguntamos a nadie a qué Dios reza... Tenemos los medios legales para tomar las medidas correspondientes. Toda organización que se considere que no cumple los fines del estatuto debe ser inmediatamente intervenida o clausurada y hacer el proceso correspondiente para que sean condenados los jefes por acción ilícita o por asociación ilícita, cualquiera sea el rótulo que tenga... Tenemos todos los remedios en la mano; es cuestión de que nos pongamos a aplicarlos, pensando que con esto no solamente vamos a hacer bien al orden, a la tranquilidad y a la acción del Gobierno, sino a la misma Iglesia, a la que vamos a limpiar de algunos hombres que hoy están levantados contra su propia autoridad.

Perón no se detuvo allí. Señaló directamente a los Obispos de tres provincias, Córdoba, Santa Fe y La Rioja como enemigos de su gobierno. Se trataba de Monseñor Laffitte, Monseñor Fasolini y Monseñor Ferriera Reinafé:

Ese padre Bordagaray, asesor del Ateneo Universitario de Córdoba, que es quien dice que debe elegirse entre Cristo o Perón. Yo nunca he tenido conflicto con Cristo. Lo que trato es, precisamente, de defender la doctrina de Cristo que, a través de dos mil años, curas como estos han tratado de destruir y no han podido. Creo que también en Córdoba está el cura José V. López, español, con quien ya vamos a tomar inmediatamente las medidas del caso y un cura Julio Treviño, que también dice que nosotros estamos promoviendo la delincuencia en el país, porque en las cárceles hay piletas. Yo no sé si tendrá algo que ver esto con la piedad cristiana, pero lo que sí tiene seguramente que ver es con la higiene. No sé si el se bañará también en la pileta. También el cura Moreno (me apunta el señor Ministro). En Entre Ríos tenemos que ahí funciona el Ateneo Universitario, que se lo recomiendo al Gobernador para que los proteja un poco. En Corrientes está el reverendo padre Bonamín, de Rosario, que va a dar conferencias también en contra del gobierno.

El discurso del presidente abundó en nombres propios de curas en todo el país entregados a una plena actividad política conspirativa:

¡Déjenlos que formen todo lo que quieran! Si quieren formar el Partido Demócrata Cristiano o Demócrata Católico, a nosotros no nos importa. Ahí tienen; que vayan, que presenten la plataforma y los inscriban, y que se presenten después a las elecciones. Vamos a ver cuántos votos sacan. Por lo menos para salir de la curiosidad. Ya estoy viendo quiénes se están jugando allí: los conservadores, algunos nacionalistas, hasta comunistas y algunos clericales, vale decir, los cuatro 'piantavotos más grandes que tenemos en el país'. De manera que si ellos van a buscar votos, yo sé que no los van a votar ¿Quién los va a votar? Estoy seguro de que entre ellos mismos se van a meter la mula y van a votar por los otros. A esta gente la conocemos y ¿qué nos puede preocupar políticamente?¹⁷⁰.

Un ejemplo característico de la respuesta del movimiento gremial al problema político planteado fue la declaración del Sindicato de Vendedores de Diarios, Revistas y Afines, el 18 de noviembre de 1954:

¡Que no vengan ahora a redimir los que fueron causa de nuestra perdición! Que busquen guerra los oligarcas, con sotana o sin sotana, porque nos van a encontrar dispuestos a luchar por la causa que no puede ser sino de Dios porque nosotros la aprendimos de los labios de Perón. Aquí están, mi general, los canillitas que hoy saben reír después de tanto llorar. Y están para decirle, con la devoción de todos los momentos y con la energía propia de los criollos machos: Duro, mi general, contra la infamia.

Los acontecimientos se precipitaron. De una y otra parte, los ataques se sucedían con diferentes estilos. La jerarquía eclesiástica enviaba al gobierno melosos escritos, pero la Iglesia no ocultaba su fuerza. En numerosas iglesias y colegios católicos, la impresión y difusión de los folletos o libelos más agresivos se constituyeron durante todo el año 1954 en la actividad fundamental. Los partidos e instituciones del viejo orden se precipitaron con inocultable júbilo a unir las fuerzas con el nuevo aliado. Notorios liberales, socialistas de Juan B. Justo, masones y radicales descreídos, marcharon meses después, en el día de Corpus, en la procesión católica a la Catedral. Fue un extraño espectáculo el que ofreció ese 9 de junio la fortalecida oposición tras las imágenes religiosas. El desasosiego y la pasión, el odio recíproco y un diluvio de injurias polarizaron día tras día a todo el país.

Las medidas anunciadas por Perón no se hicieron esperar. Pueden sintetizarse del siguiente modo:

1. Introducción inesperada, a altas horas de la madrugada en la Cámara de Diputados, de una reforma al artículo 31 del proyecto del Poder Ejecutivo sobre el bien de familia, por la cual se establecía el divorcio vincular, reformando así la tradición del Código Civil. Los diputados de la oposición en particular, el diputado radical Perette, se opusieron a la sanción de la ley.

2. Sanción de una ley por la cual se suprimen las discriminaciones públicas y oficiales sobre los llamados hijos legítimos e ilegítimos. De acuerdo a la citada Ley, todos los hijos naturales o no, tendrán los mismos derechos y obligaciones y serán calificados de legítimos cualquiera sea el estado civil o relación de parentesco de los padres. El Registro Civil expedirá únicamente certificados de nacimiento que sean redactados en forma que no resulte aclaratoria si la persona ha sido o no concebida durante el matrimonio.

3. Se revisa la ley de Profilaxis Social, sosteniendo que la curva de los delitos contra la honestidad asciende a un 200% y que antes de dictar ciertas leyes es necesario el cambio de costumbres de la población. El 30 de diciembre de 1954 se da a conocer un decreto que autoriza la instalación, bajo control sanitario oficial, de casas de tolerancia.

4. En casi todas las provincias se deroga la enseñanza religiosa en las escuelas y se suprime el cargo de Director de enseñanza religiosa. De Subsecretaría de Culto, en Relaciones Exteriores, dicha repartición de Estado pasa a ser simplemente Dirección de Culto.

5. El Senado confirma la supresión de los subsidios a los colegios e institutos católicos.

6. Por decreto del Poder Ejecutivo Nacional, el 12 de marzo de 1955, se reducen los feriados nacionales, en busca de mayor productividad. Tal medida implicará la supresión de numerosos feriados religiosos, entre ellos el día de Corpus, de la Asunción, de Todos los Santos y la de la Inmaculada Concepción.

7. El 26 de abril se cambia el texto del juramento que deben prestar los miembros de la Cámara de Diputados de la Nación. Se mencionará en adelante «la Constitución Nacional» y se suprime la invocación a Dios.

8. Por otra Ley, número 14.405, se deroga la exención de impuestos a tasas o contribuciones, cualquiera sea su naturaleza, de orden municipal o nacional «a las instituciones religiosas, a sus templos, conventos, colegios y demás dependencias, a los bienes que poseen o a los actos que realicen».

Se estaba muy lejos del «clericalismo» inicial del régimen, tan agriamente señalado por la oposición liberal. Por el contrario, tales medidas en cascada producían extraños efectos. Una parte de la opinión pública, antaño opositora, tendía a mirar con marcado interés la evolución del régimen peronista. Pero el estilo autoritario de Perón y su aislamiento en la cumbre, impedían a tales sectores acercarse al gobierno. De otra parte, la coalición de fuerzas creada en 1945 con el nombre de peronismo, tendía a perder dos de sus baluartes: el Ejército y la Iglesia. En las escuelas secundarias, las chicas recitaban en un murmullo: «Capitán de los sicarios, de los bárbaros sicarios de los templos del Dios nuestro».

Aparecen los archimandritas

Mientras se desarrolla la crisis con la Iglesia, el General Perón acumula con aire jovial extrañas ocurrencias que prestan a la dramática evolución de los acontecimientos un aspecto inoportunamente divertido. Perón designa «Asesor espiritual» de la Presidencia al Padre Pedro Badanelli. En realidad se trataba de un cura apóstata, disgustado con la Iglesia, a la que había renunciado a obedecer desde hacía mucho tiempo. Badanelli era un personaje tan inteligente como extravagante, que habría hecho las delicias de Juan Manuel de Rosas de haberlo tenido a mano en sus rojos cuarteles de Palermo. Este solo nombramiento probaba que Perón estaba dispuesto a no ahorrarle quebraderos de cabeza a la Iglesia, que a su vez no fue avara en retribuirselos. Pero además de Badanelli –dicharachero y polémico, un verdadero fraile andaluz– Perón sugirió el desfile por la Casa de Gobierno de todo género de Patriarcas, Archimandritas, Obispos Evangélicos, enviados de Santos Sínodos varios, Vicarios Patriarcales de religiones orientales, Rabinos y Grandes Rabinos de confesión mosaica, con sus grandes barbas y cruces, atractivos pectorales y coronas rutilantes. El primer magistrado celebraba largas entrevistas con los enviados de la Iglesia Ortodoxa de Antioquía, «la más antigua del cristianismo» decía Perón en un erudito discurso. Y en otro, al recibir en su despacho las insignias de la Orden del Santo Sepulcro, máxima condecoración de la Iglesia Católica Apostólica Ortodoxa Griega, añadía: «Aspiramos a realizar en la Nueva Argentina la verdad universal del Cristianismo auténtico».

La Casa de Gobierno de Buenos Aires se había convertido en una nueva Jerusalén, donde ejercía su apostólico reinado un sonriente y encantador Jefe de Estado. Simultáneamente libraba una guerra abierta con la Iglesia Católica tradicional. Como si esto fuera poco, el gobierno peronista había tolerado, con evi-

dente complacencia, la celebración de grandes actos espiritistas. La Policía Federal, con inesperada benignidad, autorizaba impresionantes multitudes de lisiados y paralíticos que acudían a la cancha de Atlanta para recibir del Pastor Thomas Hicks milagrosas curas por sugestión. La muchedumbre volcaba millones de pesos en las carretillas que el «Mago de Atlanta» hacía circular por el estadio. La indignación de la Jerarquía católica no reconocía límites. Hicks, al parecer, ni siquiera era pastor evangélico, sino un hábil embaucador internacional. Utilizado por Perón para su política interna, Hicks tomó la ocasión con ambas manos, en la jugada que sería la mayor de su vida aventurera.

No puede negarse que la situación adquiría colorido y que las supercherías formaban una extraña combinación con las horas trágicas que se estaban viviendo.

Arde el petróleo

Al tiempo que el conflicto con la Iglesia conmueve al país, Perón introduce otro factor explosivo en el debate público. El proyecto de contrato de explotación petrolera con una compañía norteamericana (la California), genera una polémica que, como en el caso de la Iglesia, lleva a una polarización extrema de fuerzas destinada a derrocar al peronismo. Como una voz de orden, el tema de la soberanía hace su aparición, con un fervor antes desconocido, en excelentes y viejos amigos de Estados Unidos e Inglaterra. El texto del contrato es desmenuzado con indignación patriótica. Alfredo L. Palacios, el tribuno socialista, habla, con entonación profunda, del territorio argentino amenazado. El Dr. Silenzi de Stagni, Profesor de Derecho Minero en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, dicta clases magistrales con una concurrencia desbordante. Conservadores y comunistas, nacionalistas y liberales coinciden, con cifras y cláusulas convincentes, que Perón no sólo pisotea la fe de sus mayores, sino que es el mayor «vende patria» que la historia recuerda. Claro está que algo sonaba a insincero y falso en este clamor. No solamente porque sus portavoces no constituían en modo alguno, por sus respectivos antecedentes, garantía de fidelidad en tal defensa de la soberanía nacional, sino porque Perón y su régimen a su vez, durante una década, habían demostrado de manera concluyente que nadie en el siglo XX exhibió tal firmeza y osadía en la protección del interés nacional.

En realidad, podría explicarse el fondo de tales cuestiones, la del conflicto con la Iglesia y el debate sobre el petróleo, de la siguiente manera:

a) La Iglesia preconiliar y el Papado de Pío XII simbolizan una época en que Roma debió conciliar con los regímenes más reaccionarios de la historia política europea y con las clases dominantes del mundo colonial y semicolonial.

Por otra parte, la Iglesia contaba entre sus tradiciones una vieja hostilidad hacia el Estado Nacional, que había borrado del territorio de Italia su antiguo poder temporal. Esa desconfianza hacia los poderes de César no desapareció nunca. El Episcopado argentino, acostumbrado a la indolencia y corruptela del Estado oligárquico, se encontró de buenas a primeras con un César resuelto, a la cabeza de un Estado popular, plebeyo y poderoso. El Padre Gaetano, cura democristiano de una novela de Leonardo Sciascia podría ilustrar el problema con su ironía: «Espero que Ud. no me causará el dolor de decirme que el Estado existe aún... sería una revelación insoportable. Quedaría muy tranquilo de saber que ya no existe».

La Iglesia no podía ver complacida la personalidad y el estilo de Evita, el poder de la Fundación, la adhesión del pobrero a la mujer del Presidente, el socorro social en otras manos, los derechos políticos de las mujeres, en fin, la organización de las chicas y chicos del colegio secundario por el Estado paternal.

b) La cuestión del petróleo (y de la industria pesada) fue encarada por Perón tardíamente, pero con su habitual energía. En 1955 la masa total de divisas obtenidas por las exportaciones argentinas oscilaba alrededor de los mil millones de dólares. Ese era el poder de compra del país, el «sueldo de la Argentina», fruto del trabajo nacional. En el rubro de las importaciones, tan sólo el petróleo y el acero, herramientas y derivados costaban al Estado alrededor de 600 millones de dólares. El crecimiento del país estaba amenazado por la mencionada sangría. Era preciso extraer petróleo y construir altos hornos. Estados Unidos había bloqueado durante años la venta de equipos para extraer combustible. Perón intentó llegar a un acuerdo con los norteamericanos para extraer el petróleo que las dificultades técnicas de YPF le impedían lograr. En ese momento Arturo Frondizi escribió un voluminoso libro titulado «Petróleo y Política» para demostrar en 1954 que se trataba de una entrega al imperialismo. Cuando fue Presidente, olvidó su libro y practicó una política petrolera que iba mucho más allá que la concebida por el gobierno peronista¹⁷¹.

Para iluminar el fondo del cuadro político y social de la época, se impone señalar que el régimen peronista tendía a declinar por factores que escapaban a sus iniciales previsiones. De una parte, la gran política de nacionalizaciones, la creación de empresas del Estado, los créditos generosos a la industria nacional, el conjunto del sistema de la seguridad social, etcétera, se habían fundado en el tesoro de divisas acumulado durante la guerra y que constituyeron la capitaliza-

ción de un gobierno que nació próspero. De otro lado, las grandes ganancias del IAPI en los primeros años de postguerra reflejaron los altos precios de los productos agropecuarios exportados a Europa por su intermedio. Pero tanto el tesoro de divisas como los altos precios, se habían esfumado en 1955 para siempre. Por el contrario, para no perjudicar a los chacareros y productores agrarios, el IAPI, que en tiempos de vacas gordas se reservaba la parte de beneficio que antes guardaba entre sus uñas Bunge y Born, debía ahora pagar precios sostén a los agricultores, soportando fuertes pérdidas.

Silenciosamente, por lo demás, los países europeos, clientes tradicionales de la Argentina, en primer lugar Gran Bretaña, se disponían a desarrollar su propia agricultura y ganadería. Cuatro años más tarde de caer Perón se constituía el Mercado Común Europeo, que avanzaría sin pausa hacia una exclusión completa de la alegre Argentina agropecuaria en los mercados del Viejo Mundo. En 1955, rodeado de malignos enemigos, Perón debía reestructurar el país, recrear su comercio exterior, buscar el mercado de América Latina y obtener los capitales necesarios para garantizar un crecimiento autosostenido.

Pero el caudillo militar se sentía abrumado por su inmensa responsabilidad. Había creado su propia soledad. Ya no podía soportarla. Ahí estaba, al lado suyo, con la mirada fija hasta en sus menores reacciones, el Almirante Tessaire, símbolo pétreo de la burocracia partidaria. Todos los lugartenientes no hacían otra cosa que esperar sus palabras y aclamarlas. Pero nada de esto ya era suficiente. La Revolución Nacional debía proseguir para no caer. Al clásico adversario oligárquico ya no podía tocársele con palabras ni eliminarlo con fuego. Al apagarse la última brasa del edificio del Jockey Club en la calle Florida, en 1953, los socios habían adquirido otro en la Avenida Alvear. Por ese abismo entre la amenaza y los actos sucumbió el régimen peronista.

Era perfectamente claro, para todos los sectores centrales del drama, que la Iglesia o el Petróleo eran manipulables pretextos destinados a preparar otro golpe militar. La sedición contó con dos episodios: el levantamiento de la Marina el 16 de junio de 1955, que fue vencido, y la rebelión del General Eduardo Lonardi, tres meses más tarde, el 16 de septiembre en Córdoba, que originó la renuncia de Perón.

De la procesión de Corpus al bombardeo

El 5 de mayo de 1955 la CGT presenta un proyecto en la Cámara de Diputados proponiendo la separación de la Iglesia del Estado. Lo suscriben diez

diputados del sector sindical. La oposición radical utiliza con habilidad la campaña anticlerical del gobierno y funda sus reparos en la «ausencia de libertad». A su vez, la Iglesia organiza la procesión de Corpus, que el Ministerio del Interior, a cargo de Angel Borlenghi, prohíbe. Las autoridades eclesiásticas resuelven entonces realizar la procesión dentro de la Catedral. La temperatura política se eleva día a día. El 11 de junio, una multitud llena la Plaza de Mayo, pero no es para aclamar a Perón. Se trata de un verdadero acto político y de un enfrentamiento público entre la policía y los procesantes. Una columna, al salir de la Catedral, marcha hacia la Plaza del Congreso y procede a izar una bandera del Vaticano en el Congreso Nacional. Al mismo tiempo, aparece una bandera argentina semi quemada. Esto último ocasiona un gran escándalo. El gobierno atribuyó tal acto a los católicos y éstos al gobierno.

La atmósfera social es irrespirable. Se ha llegado al límite. Monseñor Tato y Monseñor Novoa son detenidos por la policía y expulsados del país. Cuatro días más tarde, al mediodía del 16 de junio, la aviación militar debía rendir un homenaje al Libertador, sobrevolando su tumba en la Plaza de Mayo. El singular homenaje consistió en bombardear por sorpresa la Casa de Gobierno. Pero también cayeron bombas en la Plaza de Mayo y sobre el Ministerio de Hacienda, en la avenida Paseo Colón. Fue un mediodía de horror. Perón rehusó dar a conocer las víctimas del bombardeo aéreo. Cifras extraoficiales de la época hacían ascender a 400 los muertos. Mientras bombardeaban los aviones, el Capitán de Fragata Argerich, al frente de un grupo de infantes de marina, intentaba matar al presidente en una irrupción de comando a la Casa de Gobierno. A pocos centenares de metros de la Casa Rosada, se reunían los jefes del fracasado golpe de mano. El edificio del Ministerio de Marina había sido rodeado por tropas y tanques leales al gobierno. En su interior se encontraban los Almirantes Benjamín Gargiulo, Samuel Toranzo Calderón y el propio Aníbal Olivieri, Ministro de Marina, plegado a la rebelión. Los acompañaban el nacionalista conservador Luis de Pablo Pardo, el radical Miguel Angel Zavala Ortiz, los conservadores Adolfo Vicchi, Alberto Benegas Lynch y el industrial Raúl Lamuraglia, aquel del famoso «cheque» de la UIA en 1945. Perón se había refugiado en el Ministerio de Ejército. Las Fuerzas Armadas permanecieron leales, salvo la Marina. Algunos complotados en el Ejército, como el General Bengoa y el General Aramburu, nada pudieron hacer.

El drama culminó cuando el Almirante Benjamín Gargiulo, jefe del movimiento, se suicidó en su despacho del Ministerio de Marina. Diversos grupos católicos, organizados por Mario Amadeo y fuertemente armados, se concentraron esa mañana en la Plaza, pero el fracaso del movimiento los privó de toda posibilidad de actuar.

Por la tarde, una multitud de trabajadores enfurecidos acudió a la Plaza de Mayo, devastada por la aviación militar. El espectáculo era impresionante. Decenas de vehículos particulares, ómnibus y colectivos, aparecían destruidos por las bombas en Paseo Colón e Hipólito Yrigoyen junto al Ministerio de Hacienda, entre grandes manchas de sangre. Dicho edificio conservó largos años después los impactos de las ametralladoras aéreas. El despacho del Presidente Perón y un sector de la parte central de la sede gubernativa resultaron destruidos. La ferocidad del ataque y el claro origen social que lo inspiraba quedaban a la vista.

Al oscurecer, notorios grupos de provocadores, ante la deliberada indiferencia de la Policía Federal y los Bomberos, asaltaron la Curia Metropolitana, la incendiaron y destruyeron por completo. Ahí se perdieron los 80.000 legajos del archivo eclesiástico originario del siglo XVII y toda la biblioteca. También incendiaron los templos de Santo Domingo, San Francisco y la capilla de San Roque, San Ignacio, la Merced, San Nicolás de Bari y Nuestra Señora de las Victorias. El centro de Buenos Aires se había enrojecido.

Entre el fuego del mediodía y las llamas de la noche entablaban su duelo dos grandes bloques sociales: la oligarquía, ahora reforzada por la Iglesia, y el gobierno peronista, ya debilitado por la defección de una parte de las Fuerzas Armadas. Un estado de angustia generalizada ganó todos los estratos de la sociedad argentina. Cabe agregar que la derrota de la Marina no constituía en modo alguno una victoria para Perón. El malestar profundo de un conflicto no resuelto envenenaba la vida nacional. Había que seguir adelante o depositar la esperanza en un enigmático «statu quo». Perón se resolvió por la segunda tesis. El 5 de julio se dirigió al pueblo argentino y ofreció una tregua a la oposición:

La revolución peronista ha finalizado; comienza ahora una nueva etapa que es de carácter constitucional, sin revoluciones, porque el estado permanente de un país no puede ser la revolución.

El día 15 renunció a la presidencia del Partido Peronista y declaró:

Dejo de ser el jefe de una revolución para asumir la condición de Presidente de todos los argentinos.

Claro está que el propósito era irrealizable. Aún cuando Perón renunciaba a ser jefe de la Revolución, una parte considerable de los argentinos rehusaba reconocerlo como Presidente. Su debilidad política era manifiesta. Decidido a

facilitar a la oposición cierto respiro, el Presidente autorizó a algunos dirigentes políticos el uso de las radios (cadena oficial de radio difusión) para exponer sus puntos de vista. Así lo hicieron Arturo Frondizi, Vicente Solano Lima y Luciano Molinas. Todos ellos atacaron la «falta de libertades» y responsabilizaron al gobierno del clima de violencia reinante. Solano Lima, en representación de los conservadores, matizó su exposición atendiendo a la posibilidad de un acuerdo que evitase todo enfrentamiento, al percibir ese experimentado grupo que Perón declaraba agotado el cielo revolucionario.

Frondizi, por su parte, mientras los intransigentes no renunciaban a seguir conspirando, exhibía al radicalismo con un programa más antiimperialista que el de Perón. Alfredo Palacios, en uno de sus frecuentes gestos histriónicos, renunció a hablar para evitar la censura previa. Pero, en realidad, íntimamente todos estaban de acuerdo en que la única solución aceptable para ellos consistía en el derrocamiento liso y llano de Perón.

El discurso de Frondizi, recordará luego uno de los conspiradores oligárquicos, Bonifacio del Carril, fue escuchado en su casa por los Generales Lagos y Bengoa.

Ese día, comenta, comenzaron a obtenerse los frutos de todo el esfuerzo de 1944.

El antiperonismo, desde todos los ángulos, sentía próxima la hora del derrumbe. En el mismo mes de julio en que Perón llamaba a la pacificación, la policía descubría una célula de comandos civiles fuertemente armados en el Barrio Norte. Al mismo tiempo, dos conspiraciones simultáneas se desarrollaban en las Fuerzas Armadas. Una, encabezada por el General Pedro Eugenio Aramburu, y la otra por el General retirado Eduardo Lonardi. El Coronel Señorans, del Estado Mayor del Ejército, era el jefe de operaciones de la revolución de Aramburu. Este sector, que podría calificarse como liberal, y que contaba con el apoyo de la Marina en su conjunto, confiaba en sostener un nuevo gobierno con el apoyo de los partidos políticos adversarios del peronismo. Lonardi con su ayudante, el Mayor Guevara, y sus cuñados y yernos nacionalistas católicos (Villada Achával y Deheza) se proponía conciliar con la CGT peronista, buscar un respaldo político católico conservador y respaldarse en la Iglesia. De este origen serían también numerosos comandos civiles organizados desde el año anterior. Uno de ellos, dirigido entre otros por el Ingeniero Carlos Burundarena, experto en telecomunicaciones, organizará un grupo técnico que proyectaba silenciar las estaciones de radio llegado el momento.

Al grupo de Burundarena, que llegará un cuarto de siglo más tarde a ser Ministro de Educación de una dictadura militar¹⁷² pertenecían el Arquitecto Adolfo Sánchez Zinny, Raúl Puigbó y otros profesionales de filiación nacionalista de derecha. Se organizaron en células clandestinas y se armaron con material de contrabando. Incitaron a la huelga en colegios secundarios, participaron en las manifestaciones del día de Corpus y prepararon con una célula de técnicos la destrucción de los cables de energía eléctrica que proporcionaban luz a la Casa de Gobierno, el Ministerio de Ejército y otros centros vitales del Estado.

Simultáneamente, *La Nación* soltó la lengua y empezó a publicar en un gran despliegue numerosas declaraciones de médicos, abogados, profesionales, partidos políticos, en fin, todo el arcaico espectro de la República oligárquica, exactamente como en los buenos y felices tiempos de 1945. Parecía un sueño pero Perón estaba acosado. Disponía de todo el poder, pero ya no sabía cómo usarlo. A último momento, atinó a democratizar su aparato político y el elenco de gobierno. Pidió la renuncia a sus ministros. Salió del Ministerio del Interior Angel Borlenghi y se hizo cargo de la cartera el antiguo radical riojano Oscar Albrieu. El célebre Apold, Secretario de Prensa y adulón supremo del Jefe, fue reemplazado por León Bouche, un viejo periodista, que levantó la censura embrutecedora sobre la producción cinematográfica. El Almirante Tessaire fue reemplazado en la Presidencia del Partido Peronista por Alejandro Leloir.

Con él salieron a la luz pública los antiguos yrigoyenistas de FORJA, los únicos del elenco capaces de librar una gran batalla política contra la oposición envalentonada. Los discursos de esos días de Leloir, Raúl Bustos Fierro y John William Cooke (designado interventor del peronismo en la Capital) fueron de excelente factura: retornaban la más vieja tradición yrigoyenista y peronista. Eran polémicos y antiimperialistas. Desnudaban la impostura de un radicalismo que lanzaba fórmulas contra los petroleros desde la Casa de la calle Tucumán construida por los coimeros y empleados de la CADE (monopolio mundial de la electricidad). Esta reacción política del peronismo tenía todo el aire de un milagroso rejuvenecimiento. Cooke anunció que nadie ganaría la calle a las masas peronistas. Señaló que saldrían a luchar en cada esquina, para explicar al pueblo la hipocresía de los enemigos de Perón. Soplaban nuevos vientos. La enrarecida atmósfera parecía purificarse.

A la búsqueda de aliados, Perón se dirigió a la izquierda. Desde el viejo Partido Socialista de Juan B. Justo habían derivado algunas pocas figuras que aspiraban encontrar una raíz política genuina para el socialismo. Este propósito no podía alcanzarse sin una reinterpretación del proceso peronista y sin una alianza con las fuerzas nacionales.

La cuestión fue comprendida por Enrique Dickmann, Carlos María Bravo, Juan Unamuno y otros militantes de la misma tendencia. A ellos se unieron en la formación de un nuevo partido Esteban Rey, Enrique Rivera, Jorge E. Spilimbergo, Manuel Carpio, y otros militantes de la Izquierda Nacional, aún no organizada. El Partido Socialista de la Revolución Nacional, surgido trabajosamente, y con las limitaciones y aprensiones propias del origen de algunos de sus miembros, obtuvo más de 100.000 votos en las elecciones de 1954. Dicha circunstancia permitía evaluar la presencia en el país de sectores populares que aspiraban a una reorientación socialista de la Revolución Nacional y a una reorientación nacional del socialismo.

De pronto, todo el país se encontró discutiendo de política. Al mismo tiempo, abajo, se preparaba febrilmente una sedición militar. Resultaba urgente a la oposición actuar inmediatamente, pues la decisión de Perón de «descongelar» su propio movimiento y abrir al resto de la opinión pública los canales para un debate, podía fortificar al régimen.

Lejos de aceptar la mano tendida por Perón, que hablaba de concordia nacional, mientras cedía la cadena estatal de radio a sus opositores, estos la rechazaron. Fue inútil que la CGT, el Partido Peronista Femenino y todos los portavoces del gobierno repitieran hasta el cansancio las ofertas del peronismo para una conciliación. Por el contrario, esta tregua imprimió nuevo impulso a la conspiración oligárquica que asomó atrevidamente la cabeza. Una marea agobiante de panfletos, volantes y folletos, en extremo injuriosos, eran producidos por los grupos políticos juveniles. Las instituciones católicas, los sectores de izquierda o derecha que, como siempre había ocurrido en la historia argentina, se unían contra cada movimiento popular. Esas jornadas repetían la lucha contra Yrigoyen en 1930 y la Unión Democrática (esta vez ampliada con los nacionalistas) de 1945. La oligarquía liberal, en alianza con la Iglesia, desarrolló una poderosa ofensiva política que ganó la voluntad de numerosos oficiales del Ejército. La FUA (Federación Universitaria Argentina) realizaba mitines relámpagos en las calles céntricas al grito de: «¡Perón, Perón, muera!».

Resulta muy curioso, pero desde 1930, 1943, 1945, 1955 y 1976, abuelos, padres y nietos repetirán fórmulas semejantes, bajo las máscaras más contradictorias.

El discurso del 31 de agosto: cinco por uno

La tregua política había fracasado. No había creído en ella la oposición, ni probablemente el propio Perón. Si a sus adversarios la propuesta de concordia

les permitió cubrir la conspiración en marcha con una inesperada actividad política, a Perón la crisis del 16 de junio le había sugerido la necesidad de reorganizar su elenco político. Pero el tiempo estaba agotado. El Presidente advierte que sus medidas de distensión han llegado demasiado tarde. El 17 de agosto el Ministro del Interior, Oscar Albrieu, convoca a los periodistas para decirles que la oposición se negaba al diálogo. La Iglesia ha permitido que algunos sacerdotes llamen a la rebelión y la desobediencia y la policía ha detenido por actividades terroristas a 49 personas de «comandos civiles». Albrieu informó que dichos comandos se dedicaban a balear a los agentes de policía que custodiaban las iglesias. Dijo el Ministro:

No es posible admitir entonces que 200 o 300 familias de Buenos Aires puedan mantener en efervescencia y en espíritu de rebeldía, perturbando a 19 millones de habitantes que quieren vivir en paz y en un ambiente de seguridad. Es el mismo conglomerado social de 1945 y 1946, al que el gobierno venció en las elecciones del 24 de febrero.

Perón decidió entonces obtener una ratificación de la confianza popular en su gestión. Convocó a una concentración popular para el 31 de agosto al tiempo que anunciaba su decisión de «retirarse» del Gobierno. En la carta hecha pública el mismo día 31, Perón señalaba que sus adversarios no habían deseado un clima de concordia y que recibía numerosas sugerencias para que renunciara. Consideraba que había cumplido su misión, pues había recibido una colonia y dejaba un país independiente.

La multitud reclamó a Perón que permaneciese en el poder según el diálogo clásico que era habitual en la Plaza de Mayo. El discurso de Perón el 31 de agosto tuvo contornos sombríos y de alguna manera, al proferir amenazas y esbozar provocativas aunque abstractas venganzas, infundió a las fuerzas subversivas que actuaban en las Fuerzas Armadas la convicción de que no había otro remedio que lanzarse inmediatamente a la revolución. Perón dijo, entre otras expresiones similares:

Yo contesto a esta presencia popular con las mismas palabras del 45: a la violencia le hemos de contestar con una violencia mayor. Con nuestra tolerancia exagerada nos hemos ganado el derecho de reprimirlos violentamente. Y desde ya, establecemos como una conducta permanente para nuestro movimiento: aquel que en cual-

quier lugar intente alterar el orden en contra de las autoridades constituidas o en contra de la Ley o la Constitución, puede ser muerto por cualquier argentino. Esta conducta que ha de seguir todo peronista no solamente va dirigida contra los que ejecutan, sino también contra los que conspiran o inciten.

Perón estaba fuera de sí. No cabe pensar que se había dejado arrastrar por las palabras y la pasión de la multitud. El caudillo debía sentir sobre sus espaldas el peso de una hora decisiva: debía llevar la lucha final contra la oligarquía—lo que no significaba en modo alguno derramar sangre, sino adoptar medidas revolucionarias— o concluir su mandato. La fatal disyuntiva encontró en Perón un difícil interlocutor. Al no emprender el primer camino, y al rehusar seguir el segundo, la furia que lo embargaba ante la sospecha de la inevitabilidad de su destino, lo condujo a proferir intimidatorias advertencias a sus enemigos:

Hemos de restablecer la tranquilidad, entre el gobierno, sus instituciones y el pueblo, por la acción del gobierno, de las instituciones y del pueblo mismo. La consigna de todo peronista, esté aislado o dentro de una organización, es contestar a una acción violenta con otra más violenta. ¡Y cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de ellos!.

Tal frenesí irreflexivo fue miel sobre hojuelas para la oligarquía. Aceleró el pronunciamiento y aventó las últimas dudas.

Golpe de Estado en Córdoba

Entre el discurso explosivo de Perón del 31 de Agosto y el levantamiento armado del General Lonardi en Córdoba, sólo transcurrieron dos semanas.

Al día siguiente del discurso, el 1º de septiembre, un joven general peronista, protegido dilecto de Perón, se reunía en Río Cuarto con un grupo de oficiales. Era Dalmiro Videla Balaguer, jefe del Comando de la 4ª región militar. Todo el mundo lo conocía: había sido distinguido por Perón con la Medalla de la Lealtad Peronista, lo que sin duda tenía alguna relación con sus rápidos ascensos militares. La reunión tenía por objeto invitar a los oficiales a una conspiración que debería estallar en Córdoba. Un oficial informó a sus superiores. Videla Balaguer salvó su alma

huyendo de la ciudad disfrazado con un hábito sacerdotal. Pero su imprudencia había comprometido todos los trabajos conspirativos. El gobierno advirtió que algo se preparaba. Ante la situación, el General Aramburu, que dirigía una de las conspiraciones, resolvió postergar sin fecha el pronunciamiento. Conoció tal decisión el General Lonardi el domingo 4 de septiembre. Entonces resolvió tomar a su cargo la dirección del movimiento y heredó el apoyo de los elementos militares que hasta entonces habían seguido a Aramburu. Por su parte, la Marina, que prácticamente en su conjunto vivía un estado de rebelión virtual, sólo deseaba contar con la iniciativa aunque más no fuera de un «solo regimiento» del Ejército de tierra para volcarse al golpe, según palabras del Capitán de Navío Arturo Rial¹⁷⁴.

Numerosos comandos civiles, de filiación católica en su mayoría, reclutados en las clases altas y tradicionales de la ciudad, se organizaron en Córdoba y se pusieron a las órdenes de Lonardi. Su estrategia consistió en sublevarse en dicha provincia mediterránea, pues las guarniciones de Buenos Aires eran impenetrables. Confiaba en que el régimen no resistiría mucho el enfrentamiento. Dicho plan, por razones políticas –no militares– se reveló acertado. Aunque en el esquema de fuerzas que debían apoyarlo, Lonardi incluía las guarniciones de Córdoba, Cuyo, el Litoral y Neuquén, así como algunas guarniciones aéreas y toda la Armada, no abrigaba mucha confianza en esos cálculos: «En realidad, Marta, sólo cuento con imponderables»¹⁷⁵ dijo Lonardi a su hija, en la víspera de lanzarse a la sublevación,

A la 0 hora del 13 de septiembre, Lonardi subía a su automóvil. En la intersección de las calles Guido y Pueyrredón de la Capital Federal, ingresaba al coche el Capitán de Navío Ricardo Palma, que no conocía a Lonardi. Dentro del auto, ambos jefes conversaron. Palma aseguró el apoyo de la Marina de Guerra al pronunciamiento, que debería estallar el 16 de septiembre. Entre otras misiones, la Marina de Guerra debía bloquear inmediatamente el puerto de Buenos Aires

*y proceder sin contemplación alguna, previa intimación de rendición y aviso a la población civil, al bombardeo intermitente de la zona ribereña concentrando el fuego sobre el Ministerio de Ejército, Correos y Casa de Gobierno*¹⁷⁶.

Según este testimonio irrecusable, los conspiradores de la oposición oligárquica estaban resueltos a disparar sus cañones sobre la Capital de la Argentina. Perón, por su parte, descargaba sobre ellos tremendas, aunque vagas, municiones verbales. Este hecho reviste un agudo interés histórico.

Toda la historia nacional ofrece reiteraciones expresivas. Mitre, considerado por la mitología académica un historiador y hombre de Estado, siempre propenso a la «paz» y a la «conciliación», llevó sobre sus espaldas miles y miles de muertos: fusiló al General Gerónimo Costa, héroe de Martín García, aprobó el degüello del Chacho y el asesinato del gobernador Benavídez de San Juan. Su anglofilia condujo a la Guerra del Paraguay y su ineptitud profesional como militar llevó a la pérdida de una generación de jóvenes argentinos en las trincheras de esa guerra, así como a la masacre del gran pueblo hermano. Pero los presidentes populares –Yrigoyen y Perón– por el contrario, son inimputables de crímenes semejantes¹⁷⁷. En la Argentina, los demócratas fusilan siempre.

Al dar sus instrucciones finales a los oficiales conjurados en la medianoche del 15 de septiembre, en casa de Calixto de la Torre, en Córdoba, Lonardi ordenó que el santo y seña sería «Dios es justo»: «Hay que proceder, para asegurar el éxito inicial, con la máxima brutalidad», fueron sus expresiones finales¹⁷⁸.

Numerosos jóvenes católicos de buena familia y oficiales de baja graduación lo rodean en la víspera. La burguesía provinciana, en suma, «la gente decente», está con el virtuoso general insurrecto. Pero aquellos que luego desempeñarían altos cargos militares y políticos en la Revolución Libertadora (y que derrocarían al propio Lonardi dos meses más tarde) se quedarían en su casa con finísima cautela fantaseando estrategias en pantuflas (y como diría García Lorca), «en un vago horizonte de pistolas inconcretas.»

Tal fue la austera actividad de los Coroneles Juan Carlos Lorio y Carlos Salinas, y de los Tenientes Coroneles Bernardino Labayrú, Luis Leguizamón Martínez y Cornejo Saravia, según afirma la hija de Lonardi.

Apenas pasada la medianoche del 15 de septiembre, llega la hora de la acción. Los puestos de guardia de la Escuela de Artillería son tomados por los conspiradores. La Revolución Libertadora ha comenzado. Lonardi reúne al pequeño grupo que lo acompaña y le reitera:

– Señores: vamos a llevar a cabo una empresa de gran responsabilidad. La única consigna que les doy es que procedan con la máxima brutalidad¹⁷⁹.

Este escueto pensamiento del Jefe de la revolución, por dos veces repetido en la misma noche, no sólo tiene un valor intrínseco, sino que pone de relieve el contenido de tal pronunciamiento a la luz de sus hechos posteriores. El lector tomará en cuenta que, en la historia de los dos Presidentes de la Revolución Libertadora, Lonardi era el «moderado».

La Fuerza Aérea dio vuelta el poncho y la Marina se pasó a los revolucionarios. Al entrar en operaciones intimó al gobierno a la rendición. Las escasas fuerzas de Lonardi lograron ocupar sin resistencia la Ciudad de Córdoba, donde estableció su cuartel general el jefe rebelde. Pero sus elementos de combate eran prácticamente inexistentes. Los ejércitos del General Iníiguez y del General Morello rodeaban la ciudad, uno desde Alta Córdoba y otro desde Alta Gracia. Sólo esperaban las órdenes del Comando de represión para avanzar con las tropas, inmensamente superiores a los raleados soldados y oficiales de la Escuela de Artillería donde se encontraba Lonardi. Los rebeldes carecían, de hecho, de infantería. En tales circunstancias, dramáticas para los insurrectos, Lonardi dice al coronel Ossorio Arana:

–Bueno, Ossorio: creo que hemos perdido, pero no nos rendiremos. Vamos a morir aquí¹⁸⁰.

Al General Lagos que llega en avión desde Mendoza para conocer la situación, Lonardi le confía:

–Sólo controlo el suelo que piso».

Lagos, prudente como Fabio el Antiguo, volvió de inmediato a Mendoza.

En cuanto a la Marina, había bombardeado la destilería de petróleo de Mar del Plata y los cuarteles de Artillería Antiaérea. El 19 de septiembre, el Almirante Rojas, Comandante en Jefe de la Armada, intimó al General Lucero, Jefe del Comando de Represión del gobierno peronista, la rendición «so pena de bombardear la destilería de La Plata y los objetivos militares de la Capital: usinas de Italo y Segba, edificio del Ministerio de Ejército y, desde ya, la Casa Rosada».

El General Aramburu, a último momento, se incorporó al movimiento con un grupo de oficiales con el propósito de tomar la guarnición del Curuzú Cuatiá, pero fracasó en el intento.

La noche de los generales

Al estallar el movimiento de Lonardi, Perón se replegó en un profundo silencio. Nombró a Lucero, Ministro de Ejército, comandante del Comando de Re-

presión. Las radios transmitían comunicados oficiales que aludían a focos rebeldes que las tropas leales reducían uno a uno. Pero también las radios de los golpistas de Bahía Blanca y Córdoba hacían oír su voz. La CGT llamó a la «calma». El toque de queda redujo toda posibilidad de apoyo popular al gobierno. El análisis retrospectivo de la relación de fuerzas de uno y otro lado indica que la mayoría del Ejército respaldaba el orden constitucional. En los acontecimientos que sucedieron predominó la fatiga psíquica de Perón, por una parte y la traición de sus generales, por la otra. Podría decirse que el primer factor desencadenó el segundo.

En el exacto momento que Lonardi se encontraba en una situación militarmente desesperada, todo el país escuchó la difusión por radio de la carta dirigida por Perón a Lucero. Llegada a manos de Lucero, el 19 por la mañana, el Presidente proponía negociar con los rebeldes y para facilitar tales tratativas, sugería su «renunciamento». Pero no hablaba de «renunciar», sino que para evitar la amenaza de bombardeo a los bienes inestimables de la Nación y sus «pobladores inocentes», sugería que «el Ejército puede hacerse cargo de la situación, el orden y el gobierno».

La ambigüedad de su texto no derivaba de ninguna maniobra de Perón, según pensaron sus enemigos. Por el contrario, era fruto del profundo desaliento que había hecho presa del Presidente. Consideremos por un momento este punto. Después de 10 años de gobierno, la centralización personal del poder ejercía un peso oprimente sobre su espíritu. Sintió que, de algún modo, todo había sido inútil. Y que, en definitiva, no estaba pagando sus errores de autoritarismo o sus caprichos personales, sino que esas bombas se dirigían contra todo lo que la Argentina había construido bajo su dirección. Al mirar a su alrededor, Perón no veía a un gran partido decidido a defender las banderas y a unas Fuerzas Armadas unidas y resueltas a proteger con un escudo de acero a la Nueva Argentina.

Ante sus ojos se exhibía una corte de burócratas que esperaban órdenes en silencio y oficiales desencantados, que se pasaban de bando, aun sus protegidos. Perón debió comprender en esas horas amargas que él mismo era el autor de esa petrificación de su aparato político. Aunque en términos militares Perón era incomparablemente más fuerte que sus adversarios, había perdido, en esos días, la convicción de emplear la fuerza para defender su obra. De ahí que, en ningún momento, ni Perón, ni Lucero impartieran órdenes a los generales Morello e Iñíguez de desbaratar con sus 20.000 hombres el débil bastión de Lonardi en la Escuela de Artillería. Dicho estado de ánimo fue percibido enseguida por los generales a cargo de los más importantes efectivos. La contradicción entre las amenazas terribles contenidas en el discurso del 31 de agosto, y su vacilación para reprimir las

débiles fuerzas rebeldes, resultó evidente para todo el mundo, pero en primer lugar para el Ejército, que le era leal.

Pero además de los aspectos psicológicos, se abrió paso en la conciencia de Perón una evidencia irresistible: había creado una nueva legislación obrera, una nueva política industrial, un gran sistema de empresas del Estado, había iniciado la investigación atómica, facilitado la gravitación política de las grandes masas, había incorporado a las mujeres a la vida pública, había escrito una nueva Constitución. Pero la vieja oligarquía y su sistema de poder, apoyada en grandes sectores de la clase media que no ocultaban su odio al peronismo, se revelaba irreductible. Una década después de sus grandes realizaciones, el Presidente verificaba que el poder oligárquico no había sido tocado en su estructura esencial. Y sintió que todo estaba perdido. Y aunque esto no era cierto en la relación de fuerzas y en el amor de su pueblo, era muy cierto para su alma. Como tantas veces ha ocurrido en la historia (e Yrigoyen es un ejemplo) un estado de espíritu resultó más decisivo que las armas que esperaban un orden.

La confusa proposición de Perón –que reflejaba su abatimiento personal, aunque en modo alguno el poder militar con que contaba– desencadenó todos los funestos acontecimientos posteriores. Al sugerir evitar los «bombardeos» y aludir a un «renunciamento personal», despojó a todos los mandos leales de la voluntad de luchar. Pero al mismo tiempo, nació en muchos el deseo irrefrenable de salvarse por la traición. Lucero ordenó constituir una junta de seis generales, un almirante y un brigadier. Inmediatamente presentó su renuncia como Ministro de Ejército y dejó en manos de la Junta Militar el análisis de la carta de Perón. Consultado el auditor General Oscar R. Saccheri, este opinó que se trataba de una renuncia. Tal punto de vista fue compartido por algunos generales.

Al conocer esta situación, Perón convocó a Olivos a los generales de la Junta y les informó que no había renunciado, sino que se trataba de un ofrecimiento que ellos podían emplear en el curso de las negociaciones, «si las tratativas de unión de todos los argentinos lo exigía».

Pero los generales, ante el evidente rechazo de Perón a ordenar el empleo de todo el poder de fuego contra los rebeldes, no fueron convencidos por sus últimos argumentos. El derrumbe había comenzado.

A medianoche, se reunieron en el despacho del Comandante en jefe todos los generales en actividad para resolver. Mientras discutían animadamente el camino a tomar,

irrumpe en la reunión el General Francisco Imaz, acompañado por los Tenientes Coroneles Pedro A. Pujol Ricci y Carlos J.

*Rosas y el mayor auditor Fernando Aliaga García, todos pistola en mano. Intiman a viva voz que se dé por aceptada la renuncia del Presidente Perón en un término perentorio*¹⁸².

La Junta resolvió aceptar la renuncia que Perón no había presentado. Invitó por un telegrama dirigido al Almirante Isaac Rojas y al General Juan José Uranga en el Crucero «La Argentina», a iniciar negociaciones. Desde Córdoba el impotente General Lonardi divisó una luz en la profunda oscuridad. Se le retempló la voz. Impartió instrucciones en el sentido de desconocer toda autoridad a la Junta Militar y exigir la capitulación lisa y llana del Gobierno y las fuerzas que le respondían. La Junta aceptó la imposición de Lonardi. Entregó el gobierno constitucional y todo el Ejército, al aislado jefe de un pequeño núcleo militar. De este modo, saltaba por el aire en pedazos la alianza entre el Ejército y el pueblo, que había dado sustento y sentido a los diez años de régimen peronista.

El 23 de setiembre de 1955 el General Lonardi juraba su cargo ante una gran multitud: la formidable clase media de Buenos Aires y su clase alta, los «doctores, hacendados y escritores» de que hablará luego Ernesto Sábato, festejaron hasta el delirio «la caída del tirano». Esa misma noche Sábato vio llorar a dos chicas coyas en una cocina de Salta, aunque esas lágrimas no le impidieron ser funcionario de la Revolución Libertadora.

Perón se había refugiado en la noche del 20 de setiembre en la Embajada del Paraguay. Luego se embarcó en una cañonera de la misma bandera que lo trasladó a Asunción. Más tarde se exilió en Panamá, en Caracas, en Santo Domingo y, finalmente, en España. Méjico, de larga tradición en el respeto del derecho de asilo, rechazó su pedido de visa. La misma actitud adoptó el dictador Batista de Cuba, la Nicaragua de Tacho Somoza y otros países. Se inició la larga agonía del exilio. La oligarquía había regresado.

Los sesenta días de Lonardi

El jefe visible de la aventura duraría poco en el gobierno. Pues el General Lonardi se proponía encabezar una coalición nacionalista liberal oligárquica. Pero el plan carecía de viabilidad. La causa de su caída residía en la división interna del Ejército. Los nacionalistas, agrupados en torno a Lonardi, constituían una minoría. En cambio los demoliberales contaban con un formidable apoyo extra militar: el capital extranjero, los magnates locales, la gran prensa, la rosca oligárquica y la

clase media progresista expresada en el sistema partidocrático, sobre todo los radicales, socialistas y comunistas.

Los hechos se sucedieron rápidamente. En el gabinete designado por Lonardi figuraban como Ministro del Interior y Justicia el Dr. Eduardo Busso, astuto abogado vinculado a los grandes intereses extranjeros. Como Ministro de Relaciones Exteriores fue nombrado el Dr. Mario Amadeo, de origen nacionalista católico, amigo de Clemente Villada Achával, de la misma filiación y cuñado del General Lonardi. Al pretender Lonardi dividir el Ministerio del Interior y Justicia en dos, designando titular del primero al Dr. Luis María de Pablo Pardo, asimismo de origen nacionalista oligárquico, Busso urdió una intriga palaciega con sus amigos de la Junta Consultiva (integrada por todos los partidos «democráticos» y presidida por el Almirante Rojas que degeneró en un meditado planteo militar a Lonardi ¹⁸³.

El Presidente fue visitado por un grupo de generales que le exigieron:

1) El relevo del Mayor Guevara, de Amadeo y de los otros funcionarios nacionalistas.

2) La creación de una Junta Militar que compartiera con el Presidente las responsabilidades del poder.

3) La intervención de la CGT.

4) La disolución del Partido Peronista.

De cara al grupo de conspiradores en abierta rebeldía, Lonardi no tuvo pelos en la lengua para defender al Mayor Guevara. Dirigiéndose al Contralmirante Toranzo Calderón y al Teniente Coronel Lanusse, les dijo que ellos estaban en libertad gracias a la decisión y valentía del Mayor Guevara. En cuanto a los coroneles Labayru y Bonnencarrere, les disparó otro cañonazo:

Ustedes parecen olvidar que si están nuevamente en el Ejército, lo deben en gran parte al esfuerzo y sacrificio de Guevara: agradezcan, pues, que ya no tienen que seguir vendiendo vinos ^{183bis}.

Al defender la acción antiperonista del Dr. de Pablo Pardo, Lonardi, según su hija, afirmó:

Resulta paradójico que se erijan en sus jueces hombres que hasta hace tres meses fueron peronistas y sólo reaccionaron cuando Perón atacó a la Iglesia. Como usted, por ejemplo General Videla

Balaguer, que recibió la medalla a la lealtad peronista. El aludido respondió: – señor: yo crucé las aguas del Jordán y me purifiqué. A lo cual dijo Lonardi: El Doctor de Pablo Pardo no tuvo necesidad de cruzar el Jordán porque siempre estuvo del otro lado¹⁸⁴.

Todo fue inútil.

Lonardi estaba muy lejos de ser un nacionalista, de ninguna de las especies conocidas. Fue siempre un hombre de ideas democráticoliberales. De algún modo, sus vínculos como familiar de nacionalistas y como católico, lo situaron en un ángulo peligroso para el odio de la oligarquía liberal. Esta última deseaba practicar con el peronismo, la industrialización y el movimiento obrero, una política de tierra arrasada. Pero Lonardi se oponía a esa política extremista. Preconizaba un retorno «gradual» a las condiciones clásicas de la democracia liberal, en la que él creía ^{184bis}.

Bastará señalar que Lonardi invitó al Dr. Raúl Prebisch a visitar el país, a fin de preparar un informe sobre la situación económica. Prebisch, desde sus tiempos de economista dilecto de Federico Pinedo y funcionario complaciente con el interés británico, había llegado al cargo de Secretario Ejecutivo de la CEPAL (Comisión Económica de América Latina) dependiente de las Naciones Unidas, y como antiguo anglófilo, siempre había alimentado reservas hacia la política norteamericana. Al mismo tiempo, brillaba como Secretario de Prensa del General Lonardi el Dr. Juan Carlos Goyeneche, otrora nacionalista de veleidades monárquicas. Este último organizó en la residencia presidencial una espectacular exhibición pública de las joyas, vestidos y zapatos que habían pertenecido a Eva Perón. Gallardo acto el de mostrar los trapos de una muchacha muerta, a la que amaban millones de argentinos. Prebisch y las joyas de Eva, de algún modo definían la «moderación» de Lonardi y esto permitía medir hasta dónde llegaba la feroz calidad de sus enemigos liberales. La conspiración de palacio que arrojó a Lonardi del poder culminó el 13 de noviembre. En su reemplazo fue nombrado Presidente el nuevo jefe del Estado Mayor del Ejército, General Pedro Eugenio Aramburu.

Después de haber alimentado durante un cuarto de siglo la ilusión de practicar una política militar de soberanía sin pueblo, el nacionalismo católico se hundió en la esperanza no menos quimérica de hacer una revolución «nacional» con la ayuda del imperialismo. En efecto, el «lonardismo» consistió en una tentativa de volver compatible al antiguo orden oligárquico con algunas novedades industriales extraídas del peronismo. Su programa implícito consistía en mantener la estructura económica heredada, buscar un apoyo en los sectores privilegiados y mejor pagados de la clase trabajadora y despojar a ésta de su influencia en la vida nacional, reduciéndola

a una actividad puramente sindical y «apolítica». Pero entre la revolución nacional de Perón y la contrarrevolución oligárquica, no había lugar para una fórmula intermedia.

Al día siguiente de asumir el mando, Aramburu y Rojas formulan la línea histórica de su gestión: Mayo y Caseros. Se insertan así en la pura mistificación de las dos fechas para satisfacer la expectativa de la pequeña burguesía liberal y la eufórica oligarquía. La depuración de las fuerzas armadas prosigue con tal intensidad, que un año después de la ingloriosa gesta, el Ejército ha sido diezmado en sus cuadros. Predomina en ellos el ala mitrista clásica de la milicia contrarrevolucionaria. Los militares de tendencia nacional, o han sido excluidos de las filas, o han mudado de casaca para sobrevivir. Una cohorte de oficiales jóvenes, exasperados contra el peronismo y que sólo habían percibido de este régimen sus extravíos y deformaciones burocráticas, sin haber sufrido la experiencia de la década infame, se convierten en la guardia de hierro de los nucleamientos militares posteriores, cuya única doctrina consistió en respaldar a gerentes extranjeros y criadores de ganado.

La hora de la revancha

La CGT es intervenida por la Marina. El Interventor es el Almirante Alberto Patrón Laplacette. Son designados interventores de todos los sindicatos, oficiales de las tres armas. Quedan inhabilitados 150.000 delegados de fábricas. No podrán por tal causa ser elegidos en las futuras elecciones gremiales.

Los gremialistas «amarillos» y los stalinistas intentan asaltar locales sindicales con la benevolencia policial ¹⁸⁵. Los ex legisladores peronistas son detenidos lo mismo que los dirigentes y ex ministros de ese movimiento. En una campaña de infamación colectiva análoga a la desencadenada al caer Yrigoyen, se anuncian toda suerte de escándalos administrativos y delitos comunes cometidos por el ex Presidente y sus colaboradores. Con grandes titulares se informa el descubrimiento de 20 millones de dólares en «efectivo», 14 cajas de cubiertos de oro, dos recipientes con moneda del mismo metal y 18 millones de pesos en moneda argentina en la residencia presidencial ¹⁸⁶. Otro diario anuncia, escandalizado, que serían 120 millones los que se descubrieron abandonados por Perón en su huída. Todo lo cual se reveló falso al poco tiempo, como las cuentas numeradas de Perón en Suiza. Pero como la verdad había pasado a la clandestinidad (hasta hoy) nadie tenía interés en publicar nada. Se imputan a Perón toda suerte de

crímenes contra la moral privada, la virtud de las chicas de la Unión de Estudiantes y desfalcos inmensos contra la Nación. El renacido periodismo del viejo orden se solaza en la difamación.

El país se convierte en una prisión. Perón había ordenado la clausura del dantesco penal de Ushuaia; la «revolución libertadora» lo reabre y encierra en el lejano Sur a los peronistas. Se disuelve el Partido Peronista, se cierran locales y se juzga públicamente a sus miembros como delincuentes. El Almirante Rojas, con su equívoca sonrisa, preside una Comisión Especial de investigaciones, destinada a probar las fechorías del peronismo. Así se viola la sagrada toga de la Justicia y la pureza de la Constitución que prohíbe taxativamente las Comisiones Especiales. Es la gran hora del Alcahuete Democrático ^{186bis}.

Los diarios de la cadena oficial (*Democracia, El Laborista, La Epoca, El Mundo*, etcétera) son repartidos generosamente entre grupos afectos a los partidos amigos.

Dicha prensa, con los mismos empeñosos periodistas en su mayoría, agobia a la República con su servilismo a los militares triunfantes, similar a la docilidad de esa prensa hacia el gobierno peronista de la víspera. Perón había procesado por desacato a todo aquél que osara criticarlo. Ahora, el destino le juega una broma cruel al General. Su nombre será prohibido durante años en la prensa. Se lo menciona tan sólo para injurarlo. El decreto 4.161 invierte en contra de Perón sus anteriores medidas contra los antiperonistas. Los diarios difunden la especie de que en los padrones que se utilizaron en las elecciones anteriores y que dieron la victoria al peronismo, figuran inscripciones dobles y falsos domicilios. La Confederación General Económica es intervenida y se «comprueban irregularidades en la construcción de la usina de San Nicolás» ¹⁸⁷. Es suprimida toda voz peronista, oral o impresa. Todo el Poder Judicial es declarado en comisión.

Miles de peronistas fueron a las prisiones. El «país real» había enmudecido, salvo el periódico forjista peronista *El 45*, que inspiraba Arturo Jauretche, o *Lucha Obrera*, de orientación socialista nacional. Este último fue clausurado por el virtuoso Dr. Busso, ministro del Interior y Justicia, en febrero de 1956. Era la ética en persona este vertiginoso abogado. Había nombrado en la Justicia a todos sus amigos como jueces, en particular en el Juzgado donde se litigaba el fabuloso divorcio del multimillonario Vlasov, cuyo abogado era ¡Busso! Tal era su estilo, que lo hizo célebre y rico a la vez. Dos hombres duros ejercen poderes extralegales en el elenco gobernante. Uno de ellos es el Teniente Coronel Desiderio Fernández Suárez, Jefe de Policía de la Provincia de Buenos Aires. Se trataba de la misma persona que diez años antes había proferido, ciego de ira, la propuesta de matar a Perón, ofreciéndose para hacerlo él mismo, durante las jornadas del 10 al 17 de

Octubre. El otro es el general Cuarenta, simple de espíritu y, en compensación, algo rudo, de alma vengativa, siempre dispuesto a hacer el mal sin mirar a quien. Ambos funcionarios desempeñarán un papel particularmente llamativo en los crímenes de la revolución libertadora.

El programa económico de la oligarquía

La contrarrevolución de Septiembre venía nimbada de adecuados símbolos. El nombre de Raúl Prebisch era insustituible en el séquito liberal. El 2 de Octubre de 1955 llegó al país el famoso amigo de Inglaterra, hijo dilecto de la Década Infame. Exaltado por los oropeles de la CEPAL, acogido a una ciudadanía universal que convenía a su naturaleza más profunda, Prebisch permaneció pocas semanas en su país de origen. Antes de tomar el próximo avión hizo entrega al general Lonardi de sus «recomendaciones». El gobierno de los nacionalistas las adoptará y el gobierno de los liberales las llevará a cabo después de la caída de Lonardi, lo que permite una evaluación bastante ecuánime de la profundidad de las contradicciones que en definitiva enfrentaban a ambas tendencias. Con su oratoria benigna, Lonardi daría a conocer el 26 de Octubre un «Informe», sobre «la situación económica del país»¹⁸⁸.

Se fundaba sobre un «Plan» elaborado por Prebisch y un selecto grupo de colaboradores. La biografía política de Prebisch está hecha en otro libro¹⁸⁹; pero su posterior dualidad no ha sido narrada. La revolución de junio de 1943 y la posterior nacionalización del Banco Central despoja a este personaje de sus antiguos apoyos. Ingresa entonces como «experto» en la CEPAL y durante la década peronista edita voluminosos informes económicos que, al parecer, invierten todos sus juicios anteriores sobre la economía argentina y latinoamericana. La explicación carece de misterio: Prebisch será un «desarrollista», allí donde Gran Bretaña carece de intereses fundamentales o los ha perdido. Las discrepancias de Prebisch con Washington son aludidas veladamente por el economista en un libro¹⁹⁰.

Durante su gestión cepalina, Prebisch, que suponía definitivamente concluida su actuación en la Argentina, señala justamente a los demás países latinoamericanos, que nuestro país sería el modelo de crecimiento económico, lo que no podía sino hacer con secreta satisfacción, ya que esos Estados gemían bajo la hegemonía norteamericana. Así, en 1949 había dicho:

Las grandes reservas monetarias acumuladas en años anteriores, años de escasas importaciones y las que se siguen acumu-

lando por extraordinarias ventas exteriores alientan el propósito de acelerar la industrialización del país para responder a su enorme capacidad potencial de consumo y elevar su nivel de vida. Recúrrese a todos los medios posibles para hacerlo: protección decidida, abundancia de crédito, amplia participación del Estado, facilidades para realizar fuertes importaciones de bienes de capital ¹⁹¹.

En 1953 Prebisch opinaba de la política económica de Perón:

*Merece señalarse la firme aplicación de los controles de precios, créditos e importaciones y el logro de los propósitos que con ello se perseguían, experiencia tal vez sin paralelo en América Latina*¹⁹².

La caída de Perón y el retorno de la oligarquía a las palancas del mando, permite descubrir el rostro de Jano del ilustre economista, que si tenía dos caras, como el dios, las dos caras eran de piedra. A la semana de estar en el país, después de 12 años de dorado exilio, adelanta a la prensa sensacionales revelaciones. Estas desmentían de un solo golpe sus pausados estudios cepalianos, consultados hasta ese momento por los «expertos» del mundo entero para conocer íntimamente la realidad latinoamericana. Decía el impávido Prebisch:

La Argentina atraviesa la crisis más aguda de su desarrollo económico; más que aquella que el Presidente Avellaneda hubo de conjurar ahorrando sobre el hambre y la sed y más que la del 90, y que la de hace un cuarto de siglo, en plena depresión mundial... están seriamente comprometidos los factores dinámicos de su economía.

Prebisch como asesor de Lonardi tenía una opinión diametralmente opuesta a la que sostenía como secretario de la CEPAL:

La política económica que se ha seguido en los últimos diez años ha provocado muy serias fallas estructurales. El Estado ha tomado una influencia considerable en las inversiones de capital y no las ha sabido orientar o realizar en la forma más conveniente

para acelerar el ritmo de desarrollo del país y atenuar su vulnerabilidad exterior que ha llegado ahora a su punto extremo... Según las estadísticas nacionales, los grupos de obreros industriales han aumentado su ingreso real, esto es, la masa de bienes y servicios que disponen para su consumo, en un 37%. ¿Qué quiere decir esto? Es muy claro, si el producto por hombre, término medio, solamente ha aumentado en un 3,5% y la parte del producto que tienen los obreros industriales ha aumentado en un 37% quiere decir que otros grupos de la colectividad han disminuido su nivel de vida. Ha habido una transferencia de ingresos dentro de la colectividad que ha beneficiado a unos en desmedro de otros. ¿Quiénes son los otros? En primer lugar, los productores del campo, a los cuales se les ha exprimido sistemáticamente hasta llevarlos a la postración en que han caído hace unos años¹⁹³.

¿Qué había ocurrido en la economía argentina? ¿O será más sensato preguntarse qué había ocurrido en la cabeza de Prebisch? Para ir derechamente al asunto, la explicación es que Prebisch ya no se encontraba en el suelo chileno o mexicano, sino en suelo argentino y sus asesores respondían como él mismo a la nueva situación; la oligarquía de antigua servidumbre británica había regresado. Prebisch, al bajar del avión había dejado su «desarrollismo» en el Caribe, pues el desarrollismo de estos industriales del «desarrollo» consiste en proponerlo a quienes no desean impulsarlo y rechazarlo allí donde se realiza. Rodeado de un equipo de veteranos expertos probritánicos, Prebisch redactó en ocho días su «Informe» a Lonardi. El más importante colaborador fue Rodolfo Katz, perito al servicio de los ingleses desde hacía más de treinta años.

En la revista *Atlántida* de noviembre de 1963 y bajo el título de «Reportaje al Zar de la Información» se presentan curiosas referencias íntimas de un personaje importante y poco conocido de los «servicios económicos» del imperialismo inglés en la Argentina. Rodolfo Katz era el director y propietario del *Economic Survey*, una publicación que no se vendía sino mediante suscripción anual y que aparecía en inglés semanalmente. Vinculado en Alemania a empresas británicas inversoras en la Argentina, Katz abandonó el país con la llegada de Hitler. Antes, en Berlín, había conocido a Federico Pinedo y Raúl Prebisch y desde entonces quedaron «flechados».

Desde 1940 residió en Buenos Aires y con el apoyo de grandes empresas extranjeras organizó su *Economic Survey*, y a las cuales ha servido lealmente

durante muchos años difundiendo puntos de vista diametralmente opuestos al interés nacional. Durante el período de Perón, a este agente inglés las cosas se le volvieron difíciles y debió abandonar el país. Prebisch lo refugió en la CEPAL. Volvió con la caída de Perón. Su boletín tenía 6.500 suscriptores, se distribuían a mano. Percibía en total unos u\$s 400.000 anuales (valor 1963) de ingresos por suscripciones. Este caballero era el principal, o uno de los principales, según confiesa en la revista *Atlántida*, redactor del Plan que firma Prebisch.¹⁹⁴

Se trataba de aterrar al país ante el espectáculo de una quiebra nacional, con el designio de prepararla, y de justificar la contrarrevolución, a la luz de esa crisis.

El saldo deudor neto, según publicaciones oficiales posteriores, que el país mantenía con el exterior a fines de 1955, era de 37,7 millones de dólares. Eso significaba el 7% de las reservas de oro y divisas disponibles por el Banco Central.

La revolución libertadora transformó las cuentas recíprocas de todo el sistema de convenios bilaterales, en una masa única de deuda y rompió todos los convenios mencionados, orientando su comercio exterior hacia el sistema multilateral aconsejado por los ingleses.

Pero las declaraciones de Prebisch, como las que formulara Alsogaray luego, como Ministro de Industria de la revolución, importan poco. Más significativos serán sus actos. La desnacionalización del Banco Central, la devaluación de la moneda, la liquidación del IAPI («entidad perversa y perniciosa», dirá el infortunado Lonardi) la declinación de la cartera crediticia del Banco Industrial, indican las grandes líneas del proceso. En Octubre, al devaluarse el peso, se opera el primer gran traslado de ingresos al sector agropecuario desde hacía una década. Se unifican los cambios a 18 pesos por dólar y el campo se baña en una dulce lluvia de oro.

A partir de 1955 –dice un economista de filiación radical–, se fue desmantelando paulatinamente el control de precios para la comercialización interna de artículos de primera necesidad de manera tal que los precios de la producción agropecuaria vendida internamente pudieron ascender libremente bajo el estímulo de la devaluación monetaria y el aumento de los precios de exportación ¹⁹⁵.

El país imprimía a su orientación económica una «vuelta de campana» y se inclinaba a su estructura tradicional, agropecuaria y exportadora. Al desaparecer el régimen nacionalista de Perón, las clases antiguas ocupaban su lugar. Así definíase

el contenido de la Revolución Libertadora. Ahora, tenía la palabra la ansiosa «inteligencia», que detrás de sus versos, sus alambicados ensayos, sus lágrimas y su gusano metafísico, escondía un sólido realismo.

La inteligencia semicolonial

Las Universidades, en el gozo del impensable triunfo, fueron tomadas por asalto. En el sentido literal de la palabra, por el estudiantado universitario una vez más arrastrado por la oligarquía, pero que en su caso, algo tenía que reclamar, según lo tenemos dicho. En el terreno presupuestario, por el profesorado de la «resistencia», heroica falange que nada había aprendido, ni olvidado nada. Una ávida bandada de Ghioldis, Romeros, Borges y congéneres, cayó sobre las casas de estudios y sobre las tentadoras cátedras. El socialista José Luis Romero fue designado por el general Aramburu Interventor de la Universidad de Buenos Aires; el Secretario de la Intervención fue Ismael Viñas, setembrino, frondizista, marxista y sionista, sucesivamente, lo que indica una gran voluntad evolutiva, aunque disminuye su autoridad como mentor político.

Ambos izquierdistas, y la cohorte de profesores que los rodeó, depuraron las cátedras de sus molestos ocupantes. Lo mismo ocurrió en el resto de las Universidades argentinas. Así fueron arrojados de ellas centenares de profesores, algunos de ellos altamente calificados desde muchos puntos de vista: Juan José Hernández Arregui, José María Rosa, John William Cooke. Este último continuó sus clases de Economía Política en la cárcel de Ushuaia de cara al Polo Sur, gracias a la cortesía del gobierno oligárquico. La Sociedad Argentina de Escritores se apresuró a felicitar a los prohombres de las fuerzas armadas que habían consumado la hazaña.

Era urgente, por lo demás, aniquilar y desacreditar desde la cima de los altos espíritus al jefe de los caídos y a su movimiento. Esta faena, según se sabe, a lo largo de nuestra historia se encomienda a las temibles plumas de los hombres de oficio acólitos del verdugo. No faltó nadie de izquierda a derecha. Pero ¿quién podría quitarle la primacía a Borges? La dictadura, por lo demás, designó a Borges como director de la Biblioteca Nacional, que supo corresponder a sus nuevos jefes:

Durante años de oprobio y bobería, los métodos de la propaganda comercial y de la 'littérature pour concierges' fueron aplica-

dos al gobierno de la República. Hubo así dos historias: una, de índole criminal, hecha de cárceles, torturas, prostituciones, robos, muertes, incendios, otra, de carácter escénico, hecha de necedades y fábulas para consumo de patanes ¹⁹⁶.

En cuanto a Martínez Estrada, propendía a la mirada profunda, hasta su mirada era sociologizante. Pero los resultados eran magros:

*Recogió con prolija minuciosidad de hurgador en los tachos de basura, los residuos de todas las actividades nacionales, en los órdenes espiritual y material ... Se llama a esos elementos que él recolectó ... la hez de nuestra sociedad y de nuestro pueblo ... Yrigoyen no atacó de frente ni de soslayo a la cultura, pero habilitó una forma muy del gusto de la chusma, una paracultura con órganos de seudoculturación ... Perón consumió la exquisitez de esa barbarie ... Los libros bajo las patas y las patas sobre las cabezas... Que se piense qué otros nombres se pueden codear con los de Groussac, Banchs, Borges y Victoria Ocampo, en calidad de especímenes literarios y legítimos de una gran cultura europea*¹⁹⁷.

Con este prodigioso instinto para adular a unos y lapidar a otros, Martínez Estrada hizo una espléndida carrera, no sólo bajo el ala de la dictadura militar de los conservadores, sino también en la causa revolucionaria, lo que revela su destreza. La Revolución Libertadora obtuvo también su tributo literario a Luis Franco, que proporcionó un generoso testimonio literario de abominación del peronismo, en una lengua abundante, tan digna como la anterior.

Semianarquista, semitroskista, antiyrigoyenista y feroz antiperonista, Franco era un perfecto liberal y protegido de Alberro Gainza Paz, propietario de *La Prensa*:

*La explicación del milagro está en que Perón es el niño mimado del GOU –logia de espadarios ambiciosos–, órgano ejecutivo de la penetración nazi entre nosotros. Podemos dar por descontado que lo que ocurrió después fue en gran parte el cumplimiento gradual de un plan minuciosamente elaborado por la ciencia geopolítica del ultra Rhin*¹⁹⁸.

No se asombre el lector. Esa explicación del peronismo estaba fundada en documentos serios, «cuya versión más difundida y autorizada es la del libro de Santander, ya mencionado»¹⁹⁹.

Ahora está todo claro: ¡Santander es la fuente de Franco! Veamos cómo sigue este autor:

De las grandes medidas del gobierno de Perón, todas traicionan en el fondo su carácter conservador y filoimperialista... Perón y su grupo tenían todas las características sociales y psicológicas del tahúr... Evita... ganó terreno en su nada fácil posición gracias a la falta de una clara conciencia de clase de los trabajadores. La falla imperdonable e irremediable del proletariado fue permitir sin levantar un brazo, que sus hijos más conscientes y luchadores fuesen sistemáticamente excluidos o aplastados por el matrimonio presidencial...

*Sólo el analfabetismo político y sindical de nuestras masas, su falla, no digamos ya de una conciencia y una voluntad revolucionaria –indispensables hoy– sino de un claro sentido de clase, puede explicar que una mujercita vestida por Dior, Patou y los joyeros suizos haya podido servir de abanderada de nuestro proletariado*²⁰⁰.

Silvano Santander fue un político radical (de tendencia unionista, es decir alvearista de derecha) de origen entrerriano. Fue diputado nacional y se distinguió por un antiperonismo virulento. Escribió un libro titulado «Técnica de una traición», donde entregaba supuestas pruebas recogidas en los archivos de Alemania después de la Segunda Guerra Mundial, donde se exponían imaginarias conexiones entre Perón y la Embajada alemana en Buenos Aires. La torpeza de la difamación y la grosería de los amañados «documentos», terminaron por desacreditar por completo a Santander. Fue a tal politiquero que la Revolución Libertadora designó como Embajador de la Argentina en Méjico.

En este lúgubre coro debe incluirse asimismo a Carlos Astrada, antiguo fascista, luego peronista, más tarde proruso y finalmente prochino y antiperonista, que había picoteado desde su inaccesible Nirvana todas las doctrinas:

El pueblo –el proletariado– había sido víctima de un ominoso paternalismo, el cual le impidió adquirir una ideología orientadora.

Fue fraudulentamente enfervorizado por un pseudo jefe, con aparatosidad de revolucionario, el que, ante la primera amenaza, por sugestión de la oligarquía castrense y por propia cobardía, huyó al extranjero a disfrutar de los cuantiosos bienes mal habidos por intermedio de sus testaferros.

... Sus partidarios, alienados en un pasado que no volverá, siempre a la espera del retorno del 'héroe' en el 'avión negro' (¡qué pobre es la imaginación del populacho, que no del verdadero pueblo!) todavía viven nostálgicos de los 'diez años de felicidad', es decir, de la época en que, entregados al más torpe hedonismo, eran aspirantes a burguesitos, 'descamisados', con camisas de seda, zapatos de gamuza y ostentoso reloj pulsera, que ya no le son asequibles²⁰².

En cuanto al stalinismo y sus «intelectuales», se incorporó con brío al ejército de los triunfadores. Leonidas Barletta dijo con su habitual ingenio:

Su gobierno típicamente reaccionario, daba a las organizaciones obreras, estudiantiles y campesinas, al partido oficial, al Parlamento y a las obligadas concentraciones, una orientación corporativa, supeditada a las inapelables órdenes del pequeño 'fuerher' sudamericano... un gobierno que para subsistir con sus patrañas arruinó al campesino, robándole el fruto de su trabajo; cargó de impuestos a la clase media; trabó la lucha del trabajador por su bienestar, corrompió con sus dádivas; dividió al pueblo, poniéndonos a unos contra otros y a todos bajo la férula policial²⁰³.

El historiador Tulio Halperín Donghi es de una generación posterior, quizás por esa razón aporta ingeniosidades argumentales del siguiente porte:

Después de la revolución de junio, fue la interpretación conservadora del fascismo la que empezó a triunfar... Perón, ante la experiencia de los hechos, estableció el 'fascismo posible'; es decir, estableció la máxima dosis de fascismo que la Argentina de la segunda postguerra era capa de soportar.²⁰⁴

Al fin el europeísmo maníaco daba sus más exquisitos frutos. De tal suerte, los intelectuales atribuían fascismo a un país semicolonial y bautizaban como

conservador a un movimiento nacional, combatido por los propios conservadores, fascista a un gobierno bloqueado por el capital imperialista. El alumno menos erudito en ciencias sociales sabe que el fascismo (o nazismo) nació en países imperialistas y que el nacionalismo de tales países es opresivo, mientras que el nacionalismo de las colonias es emancipador. Semejante aberración parecía estúpida. Pero estos intelectuales ilustrados no son estúpidos. Son serviles. Usan las ideas que complacen a los poderes de este mundo. Odiar a Perón caía bien en Occidente. Alguien ha dicho sabiamente que la adopción del odio ajeno es la forma más extrema de servilismo.

Para que nadie faltara, un periodista de izquierda, luego periodista de derecha según era de esperar, Osiris Troiani, señala al período peronista como una forma de la «barbarie», original apelativo que habría interesado a Sarmiento. Juan José Sebreli, pintoresco marxista sartreano, no era menos científico que sus colegas y maestros. Con prosa filosófica nos dice:

Cuando se vive en una cloaca, la rata es la mejor equipada para subsistir. El peronismo hizo que se volcara en las calles, que buscara un lugar todo ese mundo de resaca... El peronismo fue su gran oportunidad... Pero las historias clínicas de laboratorio experimental no explican por qué razón Perón y Evita eligieron ese modo peculiar de sublimación y no otro cualquiera. Tampoco nos explican –al mostramos en Perón y Evita a paranoicos, exhibicionistas e histriones– cómo esos dos seres grotescos, dignos de lástima, han podido cambiar el curso de la historia de su país y definir con su nombre toda una época. ¿Por qué extraña razón un pueblo eligió para su conducción a un aventurero y una mundana? ¿Será tal vez que el pueblo entero se había vuelto loco?^{204bis}.

De cómo la decadente factoría pampeana había empollado estos agrios intelectuales, que vivían la patria como un destierro, se da cuenta en otra parte.²⁰⁵

Como decía Virginia Woolf, hay veces que la «intelligentsia» está muy próxima a la «ignorantsia». Resignada a su triste papel, entre lágrimas y gemidos, la clase intelectual cumplía mansamente con la restauración aristocrática.

Por cierto que la antología de textos aquí citada, da una extraña sensación de malestar. Sobre todo, despierta curiosidad un aborrecimiento tan intenso. La inteligencia engloba, en su feroz repudio, a Perón con el pueblo argentino. Esto último es de sumo interés, pues no hay gran literatura que no se alimente en sus

temas, que no ahonde en la lengua popular, que no se nutra o transfigure en los sentimientos de la multitud anónima. Pero los intelectuales argentinos, al menos una parte de ellos ¿por qué rechazan a su país? Vale la pena indagar el asunto.

Si Rabindranath Tagore, en la India de Gandhi, hubiera adoptado la ciudadanía inglesa, mientras el pueblo hindú era azotado y expoliado por Gran Bretaña, el hecho hubiera ocasionado un escándalo. Pero la circunstancia de que Julio Cortázar —ex gerente de Editorial «Sur» y habilidoso urdidor de cuentos leves y «puzzles» literarios— adoptara la nacionalidad francesa, no impresionó a nadie en la Argentina semicolonial y «europea». Al contrario, cuando el mismo Cortázar, que había manifestado un categórico rechazo social racial hacia el peronismo, se declaró bruscamente partidario de la Revolución Cubana, despertó una acusada admiración entre sus lectores, que integran la misma clase a la que pertenecía Cortázar (la clase media, más o menos mejorada por una liviana mano de cultura).

En Francia, Cortázar, como ciudadano francés, observó buena conducta hacia De Gaulle.

Sólo se manifestaba contra la dictadura de Onganía en Argentina y a favor de Fidel Castro en La Habana. El primero se encontraba, por lo menos, a unos 12.000 kilómetros de París; y el segundo, a unos 6.000 kilómetros. El cultivo de esta prudente ideología geográfica deparó muchas satisfacciones a Cortázar. La tranquilidad no fue la menor de ellas.

Todo era distante en Cortázar, menos su condición de francés, que le imponía buenos modales. En la Polonia martirizada y humillada por el zarismo ruso del siglo XIX, los poetas cantaban a su pobre patria. Aquí en la Argentina, el más notable de todos, Borges, se burla de la noción misma de patria: acaso, dice, ¿debemos repetir como algunos antiguos el absurdo de que la luna de Corinto sea más bella que la luna de Atenas? Y aboga por la extinción de las fronteras.

La Argentina, a diferencia de las colonias de corte clásico, que sufren la dominación extranjera directa (como fue el caso de Argelia, la India o Angola) es una semicolonia en cuyo suelo habita un desdoblamiento de una parte de la sociedad española y europea mestizada con los criollos originarios. Hablamos y escribimos en lengua europea. La religión dominante es el catolicismo de Roma. El núcleo criollo de la Argentina, y la constitución multiétnica de su población es, pues, muy diferente a las colonias; antedichas en cuyo territorio se oponen dos religiones, dos lenguas, dos culturas, dos estilos de vida y de hábitos, y hasta dos gastronomías. La formación de la conciencia nacional es más simple y directa en la colonia africana o asiática que en la semicolonia latinoamericana, impregnada de ideas, lenguas, costumbres y hasta intereses de clases internas articuladas a las grandes metrópolis. Las dificultades del proceso de autoconciencia crítica de su identidad

nacional y cultural surgen para los argentinos –y para los intelectuales en particular– de ese hecho.

No es posible olvidar en este análisis que una parte considerable de las clases medias urbanas (y portuarias) de la Argentina habían sido destinatarias específicas de los beneficios proporcionados por la estrecha asociación entre el Litoral cultivable y la economía europea. El «europeísmo» y el librecambismo de esas capas de las clases medias no eran flores del aire. Todos los patrones culturales de Europa eran absorbidos a bocanadas, como aire fresco renovador, por incontables generaciones del mandarinato. Según las épocas y modas, la inteligencia había literalmente devorado el positivismo, el simbolismo, el evolucionismo, el ultraísmo, el socialismo y el comunismo, la arquitectura de Gropius y Le Corbusier, la literatura proletaria de la escuela de Lunatcharsky y el arte abstracto de Mondrian, la música de Stravinsky. Toneladas de Anatole France y Romain Rolland, Huxley y Eliot, Milosc o Sartre, sin olvidar a Monnier, Marx, Russell y (hablando lúgubrementemente) Giovanni Gentile y Stalin. Más cerca aun, Althusser y Gramsci.

¿Para qué serviría a la fastuosa colonia rioplatense esa tienda de «bric a brac» teórica, esa ropavejería de las culturas clásicas o revolucionarias, sino para trabar, por ausencia de elaboración interior, una visión singular de la Argentina, nacida y acariciada en el latido del subsuelo, formada con el aire, sabor y perfil del cielo hispanocriollo, sustancia única que no puede encontrarse, fuera de aquí, en el ancho universo? No había servido para nada.

Y no había servido para nada porque cuando la historia, con su vozarrón, se ponía en movimiento, todo ese equipaje europeo era demasiado pesado para comprender como argentinos lo que estaba ocurriendo ante nuestros ojos. De un solo trazo, los acontecimientos desnudaban la imagen del pueblo real, del pueblo de aquí. Y los intelectuales de izquierda manifestaban el mismo desagrado visceral que los intelectuales de derecha ante aquello que presenciaban. Es que el «pueblo Nación» del que hablaba Gramsci (se decían en voz baja, como en secreto) no era éste, que tenía olor a sudor y era procaz en sus grandes días, sino aquel otro, el amado pueblo de los libros, esa multitud abstracta de las bibliotecas y de los cafés humosos, dócil multitud que podría ser adecuadamente ilustrada en un maravilloso falansterio situado en el futuro y lo más lejos posible.

Los ejemplos de ese desinterés esencial por lo propio son innumerables. La inteligencia argentina (que se reclutaba entre algunos pocos hijos de la oligarquía y la tropa de la ambiciosa clase media) desconocía todo lo importante y acogía con pasión aquello que no merecía ni una mirada. En 1944 había pasado como una sombra melancólica por Buenos Aires, el impar venezolano Rufino Blanco

Fombona, ante la indiferencia general. Era una de las pocas voces de América Latina. Había sido amigo de Manuel Ugarte y de Unamuno. Su vida de conspirador, prisionero, gobernador en América y España, duelista y polemista, era más extraordinaria que la más intensa de las novelas. Hombre de carne y hueso, lleno de vitalidad, brillo e ironía, conocía la historia argentina y sus supercherías mejor que la mayor parte de los argentinos. Esto no se perdonaba. Sus memorias y ensayos son de los pocos libros que pueden leerse con placer después de ochenta años de haber sido escritos. (Confesemos que esto es muy raro en América Latina, donde con frecuencia ni siquiera vale la pena leer libros que aún chorrean tinta fresca).

Blanco Fombona vagó por las calles de la gran ciudad totalmente solo. Murió un día de 1944 y en la comisaría donde yacía su cadáver nadie sabía cómo identificarlo. Había vivido sus últimos días en el City Hotel. La Sociedad Argentina de Escritores opuso reparos para velarlo en su sede. ¡Y pensar que era la única actividad a la que se consagraba! La Nación omitió su muerte, como había ignorado su vida. ¡Qué poderoso es el silencio de esos diarios que ahogan la verdad en el océano de sus avisos de rematadores! Crítica, espuma del chantaje, lo difama. Justo homenaje de los coloniales al gran bolivariano, que ya los había retratado hacía mucho tiempo.

Nadie deseaba la originalidad sino la imitación: continuar a Europa, simularla, simiarla. El mono es animal del Nuevo Mundo. Haremos con la cultura lo que hizo con la navaja el orangután que vio afeitarse a un hombre: nos degollaremos^{205bis}.

Los fusilamientos

Al asumir el poder Aramburu, derogó la Ley 14.117 por la que se establecía la pena de muerte como castigo por tentativas sediciosas. Esta ley del período peronista alteraba la tradición constitucional argentina de suprimir la pena de muerte por causas políticas ²⁰⁶. Como la relación entre el Derecho Constitucional y el proceso histórico vivo es puramente accidental, se recordará la ejecución del General Gerónimo Costa por las bandas de Mitre, y el asesinato del General Peñaloza, El Chacho, en 1863, por idénticas fuerzas. El celo jurídico del general Aramburu tampoco le impedía violar su propio decreto del 30 de diciembre de

1955, Nro. 8.613 en el que suprimía la pena capital por causas políticas, sanción que «nuestras tradiciones han suprimido para siempre».

En efecto, el 9 de junio de 1956 estallaba un movimiento revolucionario encabezado por el General Juan José Valle. Por sus servicios secretos y por infiltrados entre los conspiradores, el gobierno de Aramburu Rojas conocía la marcha del golpe militar. Podría haber impedido el pronunciamiento sin derramamiento de sangre. Prefirió masacrar a la manera de Porfirio Díaz, el dictador de México: «Mátenlos en caliente». En una comisaría de Lanús fusilaron por error al Coronel Irigoyen. El que debía morir tenía el mismo apellido. Era un gobierno activo: aunque fuera por error, no dejaba de fusilar.

Después de haberse rendido todos sus participantes, y aún antes de que el gobierno declarase la Ley Marcial, numerosos oficiales y suboficiales eran fusilados sin forma de juicio sin defensa ni apelación posibles. Cuando en algún caso se realizó un juicio sumarísimo, los jueces militares declararon improcedente la pena de muerte, por haber depuesto las armas los implicados antes de la publicación del bando marcial. Pero Rojas y Aramburu ordenaron igualmente la ejecución inmediata²⁰⁷. Un río de sangre corrió en esas jornadas. En los basurales de José León Suárez, el Jefe de Policía de la Provincia de Buenos Aires ordenaba fusilar por su orden a numerosos obreros peronistas²⁰⁸.

Muchos de los fusilados carecían de toda vinculación política o militar con los revolucionarios. Un azar funesto los incluyó en la furia ciega de la democracia. El General Fernando Huergo declaraba ante los jueces militares de Campo de Mayo, que se imponía «dar un escarmiento». A última hora, Susana Valle, la hija del General Valle, hizo una desesperada tentativa para evitar el fusilamiento de su padre y acudió a la residencia de Olivos para implorar un indulto a Aramburu. «El General duerme y no quiere ser molestado», respondió la guardia.

Américo Ghioldi, secretario del Partido Socialista Democrático, formuló su juicio célebre: «Se acabó la leche de la clemencia». La Junta Consultiva, integrada por representantes de todos los partidos políticos, felicitaba al gobierno terrorista. La Revolución Libertadora, cubierta con sangre de la cabeza a los pies, ingresaba triunfalmente a la historia de las «revoluciones democráticas»²⁰⁹.

Balbinismo y frondizismo

A los catorce meses de producirse el golpe de Septiembre, estaba agotado. Las divergencias entre Rojas y Aramburu reproducían, en cierto modo, el

antagonismo entre Lonardi y Aramburu o entre el Ejército y la Marina. Aramburu representaba, en ese período posterior a los fusilamientos, el ala moderada, frente a la sed de revancha de la oligarquía, cuyos intereses reflejaba más directamente el Almirante Rojas. Mediante una maniobra de palacio, Aramburu se desembarazó, en enero de 1957, del control de la Junta Militar, que era su poder detrás del trono, y buscó una vinculación con el radicalismo balbinista de la Provincia de Buenos Aires. De ese modo, llega a ser Ministro del Interior de la dictadura, el Dr. Alconada Aramburu, dirigente radical bonaerense, mano derecha del Dr. Balbín y consuegro de Raúl Alfonsín. El dilema era claro: o encontraba una salida electoral con cierta base política, o podrían sobrevenir acontecimientos que pusiesen en peligro a todos los responsables de innumerables crímenes. Así es como se planea una Convención Constituyente que permita un «recuento globular», según la expresión de Américo Ghioldi, «el socialista». ¿Existía el peronismo todavía? Había que comprobarlo en una elección que lo proscibiese y que al mismo tiempo permitiera, por la representación proporcional, el acceso de todos los partidos «democráticos» a la misma, incluido el Partido Comunista, que era el más «democrático» de todos.

En el seno del radicalismo se habían producido, en tanto, importantes acontecimientos. La vieja Unión Cívica Radical se había escindido en dos alas: el radicalismo intransigente, cuyo jefe notorio era Arturo Frondizi y el radicalismo del Pueblo, un complicado sistema de alianzas sostenido en ese momento por el balbinismo agrario de la Provincia de Buenos Aires, el sabatinismo de Córdoba y los unionistas liberales de todo el país, fuertes sobre todo en la Capital Federal. Importantes corrientes de la pequeña burguesía vinculadas a la economía industrial o a los sectores agrarios más modernos se agrupaban en el «Frondizismo».

La caída de Perón y la Revolución Libertadora, con sus atrocidades, habían liberado a vastos sectores de la clase media tanto de su antiguo odio hacia el peronismo como de sus ilusiones sobre el 16 de septiembre. Se esbozaba un proceso de «nacionalización ideológica» de la pequeña burguesía, que al parecer Frondizi podía canalizar en el futuro. Concluida la Convención Constituyente con el retiro de los convencionales de la UCRI y el voto en blanco del peronismo que, como correspondía a un comicio democrático, había sido proscrito, el radicalismo del Pueblo, convertido en partido oficial, estimó posible su triunfo en comicios libres. Frondizi fue proclamado candidato a presidente en Tucumán muchos meses antes de las elecciones, que finalmente se fijan para el 23 de febrero de 1958. Esa decisión de los intransigentes divide en dos sectores a la Unión Cívica Radical. Por su parte, se funda la Unión Cívica Radical del Pueblo, que proclama candidato a presidente a Ricardo Balbín.

Para ambos contendientes, se trataba de obtener dos cosas de naturaleza opuesta: para Balbín, lograr la abstención electoral del peronismo; para Frondizi, su concurrencia. En este último caso, la opción por su candidatura era inevitable. A Balbín lo apoyaban la clase media agraria, la oligarquía terrateniente y comercial y los más enconados enemigos del peronismo.

Por gestión del periodista Ramón Prieto y de John William Cooke, el radicalismo dirigido por Frondizi llega a un acuerdo con el General Perón. Se trataba de formalizar un pacto entre el caudillo exiliado y el candidato radical a Presidente. Frondizi se comprometía a promulgar una Ley de Asociaciones Profesionales, dar garantías de legalidad progresiva al peronismo y avanzar en la perspectiva de una política económica nacional.

El apoyo de Perón a Frondizi se expresó por medio de una carta autógrafa que circuló profusamente en los días anteriores a las elecciones del 23 de febrero de 1958. Al mismo tiempo, el gobierno y los enemigos de Frondizi hacían circular otra carta autógrafa de Perón, en la que recomendaba el voto en blanco. De todos modos, un sector importante del peronismo procedió de ese modo. Pero bastó que sólo una parte del gran movimiento se inclinara por Frondizi, como medio de condenar a la Revolución Libertadora que aparecía simbolizada por Balbín, para que el triunfo de la UCRI fuese categórico.

La caída de Perón había dejado sin representación a los intereses del empresariado nacional. Para la clase obrera, la proscripción del peronismo equivalía a su propia exclusión. El gobierno de Frondizi apareció como una alianza de los sectores nacionales de la burguesía, la pequeña burguesía y el proletariado. Ese fue el sentido que Perón asignó a su apoyo a Frondizi. Pero en esa alianza, donde la clase obrera—sin otra opción—, se movilizaba una vez más para decidir el curso de los acontecimientos, faltaba un ingrediente fundamental: el Ejército. La milicia de 1945 había sido aniquilada en 1955. Como se demostrará luego, la burguesía no puede enfrentar por sí misma al Ejército y desenvolver sin él su programa. El «pacto nacional» de 1958 nacía así herido de muerte.

Derrotados en las urnas, los oficiales facciosos del 16 de septiembre rodearían con un cerco de hierro al gobierno triunfante y lo transformarían en un espectro de sí mismo, arrancándole poco a poco los últimos jirones de su arrogante programa. Recuperado de su agotamiento bélico de 1945, el imperialismo mundial iniciaba su pleno restablecimiento. En el orden local, el resurgimiento político de la oligarquía muestra su poder económico intacto. El Ejército se transforma en una guardia pretoriana del viejo orden. Tal es el cuadro nacional e internacional en cuyos límites deberá actuar el gobierno de Frondizi.

En tales condiciones, el nuevo gobierno se despojó de todas sus ilusiones nacionalistas en el mismo instante de su nacimiento. Aspiró a sustituir la «Revolución Nacional» por una «Realpolitik» y satisfacer a un tiempo a todos los participantes del gran juego. Otros lo habían intentado antes, otros lo pretenderán más tarde. Pero todos fracasaron.

La tentativa de desarrollar el país con la ayuda del imperialismo demostró que el realismo frondizista era una versión modernizante de una postrera utopía. El llamado Frente Nacional de 1958 despertó grandes ilusiones, equivalentes a la decepción que ocasionó su ruina.

RADICALES EN EL PODER

El 23 de febrero de 1958, cuatro millones de argentinos votaron por la fórmula Frondizi-Gómez, que obtiene una victoria categórica, simétrica al contraste que sufre la mal llamada «Revolución Libertadora». En la fórmula presidencial triunfante, el Dr. Alejandro Gómez representaba el matiz «liberal arcaico», mientras que Frondizi, de alguna manera, aparecía como continuador de la línea intransigente, portadora del «programa de Avellaneda». Era, además, autor del libro «Petróleo y Política» y simbolizaba las aspiraciones de las juventudes de la época de una alianza con el peronismo nacionalista democrático, antiimperialista. Perón había accedido en un «pacto», a sostener el triunfo de Frondizi, contra la candidatura oficial de Balbín, expresión política civil de la Revolución Libertadora. Debe recordarse que en el último gabinete del General Aramburu, el Dr. Alconada Aramburu era el Ministro del Interior. El citado político era un conocido dirigente balbinista de la ciudad de La Plata. Los lazos entre el gobierno y la candidatura de Balbín no podían ser más obvios. Era evidente que las masas populares votarían contra el que aparecerá como vocero de un detestado régimen de violencia. Por esa razón, el agudo pensador político Arturo Jauretche, vinculado con Scalabrini Ortiz a la fórmula triunfante, había tempranamente sostenido que sería un grave error «pactar con Perón, ya que la sola presencia de ambos candidatos sugeriría al pueblo la mejor manera de golpear en los comicios a la Revolución Libertadora. Por el contrario, de llegarse a un acuerdo explícito con el General Perón, la reacción militar en el poder no entregaría el gobierno sin la firma de otro compromiso que a su vez ofreciera amplias garantías a una continuación, aunque más no fuera parcial, de la política económica y social practicada hasta ese momento. Esto último ataría las manos al nuevo Presidente.

Tal era el razonamiento de Jauretche, que se reveló acertado según lo demostraron los acontecimientos posteriores. Sin embargo, con la cautela de abogado florentino que distinguía a Frondizi, no quiso correr «riesgos». Firmó un pacto con Perón. Como era de prever, esto lo llevó al «contrapacto». Según Jauretche, el 27 de febrero de 1958, cuatro días después de las elecciones, Frondizi

y su influyente colaborador de esa época, Frigerio, celebraron una reunión con el Dr. Cueto Rúa, vinculado al interés extranjero y hombre del círculo íntimo de la dictadura. A partir de ese día, habría tenido lugar el cambio completo de orientación económico social del Presidente electo, que lo llevó a abandonar su programa anterior. Jauretche intentó vanamente persuadir a Frondizi de que los nuevos planes económicos le harían perder su base política y la justificación de aquellos cuatro millones de votos que lo habían hecho Presidente²¹⁰.

Asimismo, Jauretche le señaló al Presidente Frondizi la urgencia de que al asumir el gobierno el 1° de Mayo, ese mismo día y no después debía proceder sin más trámite a renovar todos los comandos de las Fuerzas Armadas. Pero el nuevo Presidente ignoró las juiciosas advertencias. Un mes después invitaba al gran pensador a comer en Olivos, en la residencia presidencial. Recuerda Jauretche:

En el momento de las ensaladas, le pregunté al Dr. Frondizi si las 500 páginas de «Petróleo y Política las iba a comer con aceite y vinagre, en un no muy delicado rasgo de humor negro, que sólo puedo justificar en la honda pesadumbre patriótica que sentía y en el triste fin que le preveía al dueño de casa, condenado a cerrar su historial político de esta manera^{210 bis}.

Por su parte, el propio Presidente Aramburu estaba sometido a grandes presiones: de la Marina (que no deseaba entregar el gobierno a Frondizi) y de otros sectores del Ejército, que sólo deseaban entregarlo con plenas garantías. Tal fue la compleja trama en que debió desenvolverse el gobierno de Frondizi.

Para medir la estupefacción que causó el flamante gobierno al plantear nuevos contratos para extraer petróleo con las empresas norteamericanas, es preciso recordar la influencia de la revista *Qué*, durante el período electoral, sobre las clases medias urbanas. En ella escribían Arturo Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz, los dos grandes publicistas, formadores de la conciencia nacional en la Argentina contemporánea. Su papel fue inmenso. Dieron forma y sentido a la batalla electoral. Sus temas eran el nacionalismo económico, el análisis de la oligarquía y de los partidos antinacionales, la sátira política, la cuestión del petróleo.

Ya antes de las elecciones, el candidato ofreció a muchos de sus devotos una sorpresa. Fue su declaración de fe católica y su apoyo a la enseñanza libre, que publicó la revista *Qué* en un reportaje resonante. Esto no constituía ninguna cosa notable, excepto si se consideraba no sólo el pasado democrático laico del candidato, sino, más bien, la naturaleza del radicalismo intransigente y de las

«juventudes» que lo apoyaban. La fama de «maquiavelismo» de Frondizi comienza en esa oportunidad. Se le acusará de negociar con todo el mundo para obtener votos y apoyos. Que en vísperas de un triunfo casi seguro, el candidato, izquierdista por tradición, se declare católico debió paralizar de horror a todo ese género de izquierdistas vacunos que suponían posible apoyar a un Frente Nacional sólo a condición de que su candidato fuese de «izquierda laica».

Los fubistas del frondizismo cedieron, como era previsible, y el candidato se aseguró el apoyo de un importante sector católico, en el que se encontraban no pocos lonardistas y nacionalistas, entre ellos Mario Amadeo.

Pero después del triunfo, se advirtió que el realismo político del Presidente lo llevaba más lejos todavía. La inversión sorpresiva de sus puntos de vista sobre el petróleo, ocasionó una ola de pánico entre los partidarios y funcionarios del nuevo gobierno. El proceso de los contratos petroleros fue llevado por Frigerio, con su reconocida energía y despreocupación por los aspectos políticos de sus actos económicos. Cuanto se había dicho contra Perón por los contratos con la California, se volvía a reproducir en más vasta escala contra Frondizi. Por supuesto, la ola de moralismo fue devastadora. Con o sin «comisiones» en las tratativas, se imponía discernir si extraer petróleo por medio de compañías privadas era más útil para el país que extraerlo por cuenta de YPF o dejarlo «enterrado bajo tierra».

Como en el caso de Perón, el nuevo Presidente se vio jaqueado por la misma ola de «antiimperialismo abstracto» que él había contribuido a crear y que rechazaba con horror todo convenio con el imperialismo, fuese cual fuese el carácter del gobierno nacional que firmaba el contrato y las condiciones políticas en que debía desenvolver su acción. Pero Frondizi heredaba a la contrarrevolución del 16 de setiembre: un Banco Central desnacionalizado, un IAPI destruido, una prensa entregada a la «libre empresa» y un Ejército hirviente de liberales reaccionarios. Al advertir la imposibilidad de movilizar los recursos internos del país para proseguir la industrialización por medios «nacionales», el Presidente debió inventar la teoría del imperialismo industrializador.

Utopismo y realismo

Alrededor de Frondizi había llegado a alcanzar importancia política el grupo de asesores inspirado por Frigerio, que se atribuía el carácter de representante del empresariado industrial. No nos proponemos objetar aquí ese carácter sino las teorías que Frigerio extrajo de su manga para promover el «desarrollo» del país.

Frigerio consideraba el desarrollo económico argentino despojándolo de la compleja trama histórica y social que lo condiciona, lo frena o puede impulsarlo. Racionalizaba las condiciones óptimas del desarrollo, establecía las prioridades en el crecimiento económico y mostraba al capital extranjero como el factor decisivo del «despegue». No indagaremos aquí las razones por las cuales, si el capital británico promovió la expansión agraria hace cien años, lo hizo en un momento de ascenso mundial del capitalismo, mientras que el capital norteamericano desde hace décadas no invierte capitales de consideración sino en ramas específicas, como el petróleo.²¹¹

Las medidas adoptadas por el gobierno de la UCRI fueron más duras aun que las resueltas por la Revolución Libertadora. La devaluación del peso en 1959 constituyó el más severo golpe contra la industria y en favor del núcleo exportador. Se llevó la cotización del dólar a 83 pesos, sostenido por el Banco Central. A esta decisión que acentuaba la transferencia de la industria a las actividades agropecuarias, se añadía la liberación completa de las transacciones financieras con el exterior. El propósito no era repetir, sin embargo, la orientación del «régimen libertador», sino estimular con esas medidas a los productores ganaderos y agrícolas a aumentar sus saldos exportables y crear de ese modo una masa mayor de divisas utilizables para reequipar a la industria. El objetivo en vista no pudo ser logrado por estas vías:

El estancamiento del volumen físico de la producción revela que el sector agropecuario ofrece un alto grado de insensibilidad frente al aumento de los precios reales²¹³.

Aunque el diseño de la política económica emprendida fuera diferente al que perseguían los reaccionarios de 1955, los resultados fueron semejantes. La razón es preciso buscarla en el parasitismo orgánico de la oligarquía ganadera argentina y en la depresión mundial persistente en los productos agrícolas.

La traslación de ingresos al campo afectó a la industria en lugar de fortalecerla, aumentando los precios internos y deteriorando el prestigio político de Frondizi. Debíó acudir al expediente más arriesgado para impulsar lo que los frondizistas llamaron política de «desarrollo». Se trataba del endeudamiento exterior, que alcanzaba en el período unos 2.000 millones de dólares²¹⁵.

Esta política engendraba peligros ciertos, como se vería más tarde con la política de endeudamiento sin inversión, característica de Martínez de Hoz. Sólo podría justificarse mediante una importación masiva de capitales extranjeros, teoría

que la realidad desmintió, como lo enseñaba toda la historia de las corrientes de capitales desde la crisis mundial de 1930. El capital imperialista se orienta en general hacia inversiones de alta rentabilidad inmediata, como el petróleo, y muy parcialmente radica en forma permanente en países de relativo crecimiento industrial.

Las enérgicas medidas adoptadas por Frondizi para atraerlos sólo lograron un promedio anual de 160 millones de dólares en el período 1958†1961, sobre todo en la esfera petrolera y automotriz²¹⁶. Pero la propia naturaleza de la política emprendida impedía que el Estado asumiese el papel de conductor, como corresponde a los países atrasados en el proceso de crecimiento económico. La caída de Perón arrastró consigo la ideología estatista y engendró una tendencia general, en la propia burguesía industrial, en el frondizismo y en el propio peronismo, de abrir cauce a la «libre empresa», para desenvolver las fuerzas productivas.

Estos aspectos políticos de la orientación económica serán menospreciados por el gobierno radical intransigente que representó, en este caso con cierta fidelidad, todas las ilusiones de la burguesía nacional de encontrar en Estados Unidos un generoso protector, así como la oligarquía lo había encontrado, en su edad de oro, en Gran Bretaña. Esta fuente de propulsión económica estaba plena de ventajas; permitía considerar a la clase obrera como un ‘factor’ más en la política general, despojar al Estado de su irritante papel anterior y discurrir por los canales de un «nacionalismo tolerado» por el imperialismo y la oligarquía. Dichos sueños tecnocráticos se derrumbaron por la propia indiferencia del imperialismo para realizarlos. Cabe agregar la inquietud oligárquica frente al endeudamiento exterior en beneficio de la industria. Finalmente, es preciso anotar la crisis del gobierno con el peronismo, que reclamaba sus derechos políticos y un reajuste salarial frente a la inflación galopante (323 % entre 1958 y 1962).

¿Qué fue el frondizismo?

El gobierno de Frondizi se fundaría en un plan económico que traducía una suerte de compromiso político inaplicable: estabilización y desarrollo. La estabilización reclamada por la oligarquía agraria y el desarrollo exigido por los intereses industriales eran tan incompatibles como la revolución libertadora y el peronismo, la intervención de la CGT y la ley de Asociaciones Profesionales, la subordinación al imperialismo y la independencia nacional. Política y economía marchan mezcladas a lo largo de cuatro años turbulentos. Más de 30 planteos

militares, una ola de terrorismo y de represión militar implacable, tanques en la calle y manifestaciones callejeras contra el Presidente, fricciones de Frondizi con Estados Unidos, que la «izquierda» juzga una «entrega», permiten inferir la intolerable tensión del período.

Si la Revolución Libertadora implicó un retroceso, aunque en modo alguno el retorno al punto de partida, o sea el 3 de junio de 1943, tampoco llegó la oligarquía a realizar su programa hasta el fin. De ahí que los «libertadores» se sintieran tan frustrados como los peronistas. Ni la vieja Argentina ni la nueva lograron vencerse de modo completo. Cierto es que la oligarquía logra nuevamente imponer su política económica; pero luego, Aramburu pactará con el radicalismo agrario de Balbín. Y terminará su gobierno entregando el poder a Frondizi.

Este realiza una política pendular entre ambos intereses y no logra satisfacer plenamente a ninguno de ellos. Su actitud dual nacía de la situación misma, no de su maquiavelismo privado. Desde el punto de vista político, sus adversarios, ligados tradicionalmente al sistema exportador de la factoría inglesa, aprovechan esas debilidades para disipar la popularidad de Frondizi entre la juventud urbana, formada en los esquemas antiimperialistas del propio Frondizi.

El frondizismo había sido un peronismo para uso de la pequeña burguesía democrática, que bajo la intransigencia ingresaba al nacionalismo perdido para el radicalismo desde los tiempos de FORJA. Frondizi era la imagen de un nacionalismo sin policía, de una industrialización sin clericales, de un antiimperialismo sin oficiales prusianos, amigo de la homeopatía y de la URSS. Era la perfecta quimera del pequeño burgués; pero es preciso admitir que a través de la intransigencia frondizista tiende a cerrarse el foso abierto entre la clase media y el peronismo desde 1945. Toda la política del nuevo gobierno se fundaba en un compromiso altamente inestable; Frondizi y Frigerio no rehuían declarar que las dos cosas, el peronismo y la Revolución Libertadora, formaban parte del presente y había que aceptarlas. Aspiraban a una síntesis imposible. La propia clase media comenzaba a perder sus quimeras liberales de 1955. Pero toda la diplomacia y pulcritud de Frondizi hacia la oligarquía no la engañaron. La prensa comenzó una campaña sistemática contra su gobierno cada vez que se proponía alguna nueva medida de política económica tendiente a abrir nuevos mercados en China comunista o en otros países de Europa Oriental. Del mismo modo, el stalinismo y los izquierdistas cipayos dirigían sus dardos al gobierno cuando éste pugnaba por atraer inversiones norteamericanas o negociar con Estados Unidos. Así se manifestaban los dos colonialismos.

Los pro imperialistas veían con agrado la «coexistencia pacífica» de su amo con la URSS, pero rechazaban todo acuerdo argentino con chinos o soviéticos.

Desde el otro lado, los pro soviéticos se embelesaban ante la habilidad diplomática del Kremlin, capaz de garantizar la paz y hacer buenos negocios con el imperialismo. Pero si algún gobernante argentino pretendía hacer lo mismo con Estados Unidos, no había izquierdista que no clamara: «¡Traición!». Para esta clase de gentes, una cosa son los asuntos de los años y otra muy distinta es la actitud que corresponde a los argentinos semicoloniales.

Acosado por los jefes militares, cuya cabeza rectora era el Comandante en Jefe, General Carlos Toranzo Montero, conspirador profesional, Frondizi concibe la idea de obtener una tregua y designa Ministro de Economía nada menos que al célebre Ingeniero y ex capitán, Alvaro Alsogaray, quien comienza a ejecutar una política «antidesarrollista» y antiindustrial diametralmente opuesta al Presidente. Estos paños tibios que emplea Frondizi, en realidad elevan la temperatura. Los peronistas, y Perón mismo, se consideran traicionados por Frondizi, aunque el Presidente había logrado hacer aprobar la Ley de Asociaciones Profesionales por el Congreso Nacional y facilitado la acción del peronismo. Pero numerosas promesas no habían sido cumplidas. Al privatizarse el Frigorífico Lisandro de la Torre, los sectores peronistas influidos por el «delfín» de Perón, John William Cooke, desencadenan una gran lucha callejera. Poco después que la autorización legal para que funcionen Universidades privadas –sobre todo católicas–, aseste un golpe al declinante prestigio de Frondizi entre aquella parte de la clase media izquierdista liberal que lo había votado, el tema del petróleo y los contratos arruinará su reputación ante parte del electorado juvenil que lo había apoyado. El «frondizismo», que era el hecho político más notorio en la vida universitaria, desaparece de las aulas antes de terminar el año 1958.

Pero en 1959 triunfa la revolución cubana. Ocupará en el corazón de una nueva generación el vacío dejado por el frondizismo. Como un eterno retorno, la pequeña burguesía universitaria pasaba cada diez o veinte años de una decepción a una esperanza y de ésta a un nuevo fracaso. En otro polo, los sectores «duros» del peronismo, desengañados de los pactos entre Perón y Frondizi, comienzan a poner bombas en puentes y vías ferroviarias. Por lo general, el terror era incruento y sólo ocasionó daños materiales. Pero las bombas estallaban en cantidades innumerables. Frondizi pone en práctica el Plan Conintes. Las huelgas son duramente reprimidas.

Rutinariamente, las presiones militares se sucedían unas a otras y las hipócritas fantasías de los coroneles y generales sobre la «infiltración comunista en el Estado», no conocían término. Acusaciones de ese origen contra el gobierno radical de Córdoba, a cuya cabeza se encontraba el Dr. Arturo Zanichelli, llevan a Frondizi, después de muchas vacilaciones, a enviar una Intervención Federal a un gobierno

provincial dirigido por sus propios amigos. Así comienza a entregar bocados a los lobos y a morir un poco cada día.

Nubes en el horizonte

Cuando el bullicio de las manifestaciones juveniles que agitaron el invierno de 1958 en favor de la enseñanza laica o libre concluyó, el país advirtió, con el retorno de la calma, que esa mañosa contraposición tendía a ocultar la política petrolera y, en general, los grandes problemas nacionales. En realidad, las Universidades privadas no añadían ni quitaban nada a la decadencia de la Universidad nacional, que seguía como una sombra a la declinación de la sociedad oligárquica. Con el bullicio, se disipó también el prestigio de Frondizi entre la juventud. Fueron pocos los que advirtieron la magnitud de esa desilusión y la creación en Europa de un extraño aunque amenazante organismo: el Mercado Común Europeo, al que entraría años más tarde Gran Bretaña. El MCE iría a eclipsar más de un siglo de articulada relación de la Argentina con Europa y obligaría a terminar con la insularidad argentina. Pero los grandes dilemas eran ajenos a la universidad liberal izquierdista. Allí sentaba sus bases el neopositivismo de Gino Germani y su sociología sarmientina, modernizada con severas estadísticas. La ciencia histórica reproducía la fatigada versión mitrista. En esos venerables recintos, la Argentina era irreconocible. Había regresado, con la «Revolución Libertadora», el premio Nobel Bernardo Houssay, con sus ratas y su individualismo, alejado de los estudiantes y del país, que había contraído un matrimonio respetable con la ciencia, donde casi todo estaba prohibido.

Pero todavía era cierto que si el gobierno de Frondizi aplicaba el Plan Conintes contra los peronistas, los estudiantes gozaban de su República Platónica e ignoraban el futuro alegremente. Por lo demás, estaba por caer Fulgencio Batista ante los barbudos guerrilleros de Fidel. Una nueva esperanza nacía. En las guitarreadas estudiantiles se cantaba: «Llegó el Comandante y mandó a parar».

La industria de «posters» hacía furor.

Estallido del experimento

La política exterior de Frondizi no sería objeto de menores equívocos. Acertadamente, se fundaba, en su primera fase, en una solidaridad total con el

Brasil, para una política latinoamericana dirigida al «desarrollo económico». Janio Quadros había postulado abiertamente que el Brasil no estaba atado por compromiso alguno en la guerra fría y estaba dispuesto a entablar relaciones con los países africanos y los países comunistas:

Esta manera de pensar –decía Quadros, crea irrevocablemente en nosotros un sentido de solidaridad con esos pueblos agobiados por la pobreza que, en tres continentes, están luchando contra los intereses imperialistas, los cuales bajo la sombra de las instituciones democráticas, pervierten si no destruyen los intentos de organizar economías populares.

El acuerdo de Uruguayana entre Quadros y Frondizi renovaba las tentativas latinoamericanas de Perón, pero en un punto mucho más prometedor y peligroso: contrariaba la tradición militar del Ejército, antibrasileño desde sus orígenes. En esa perspectiva, la Marina objetó el viaje de Frondizi a Uruguayana. Argüía que podía inferirse de la visita un propósito de «bloqueo» al margen de Estados Unidos. Pero el Presidente omitió la advertencia y marchó a abrazarse con Quadros. *La Prensa*, como siempre complaciente eco del poder extranjero, comentó ásperamente que se trataba de un renacimiento de la política peronista, expresada a través de una «palabrería contradictoria y enmarañada» que eludía el tema fundamental de condenar el régimen de Castro. Agregaba:

La opinión pública de nuestro país espera la definición de los conductores de su política exterior. El stalinismo lo juzgaba, desde «la izquierda», de este modo: «El Departamento de Estado le había adjudicado al doctor Frondizi el poco lucido papel de unificar la actitud de los gobiernos americanos para una agresión a Cuba»²¹⁸.

Desde la derecha y desde la izquierda, el doble colonialismo condenaba una política fundada en el interés nacional. La reunión de una Conferencia Económica en Punta del Este, acelerará los acontecimientos. Asiste a ella Ernesto Guevara, como delegado cubano. Sorpresivamente, el «Che» llega a la Argentina, invitado por Frondizi, en una visita privada y a espaldas de los mandos militares²¹⁹. Después de una conferencia de una hora en Olivos, adonde llega en un helicóptero, Guevara vuela nuevamente y se dirige al Brasil. Si a Frondizi estas jugarretas le cuestan nuevas conmociones internas, a Quadros, que condecora al Che, lo arrojan del

sillón presidencial. Al difundirse en la Argentina la sorprendente noticia de la presencia de Guevara, comienzan a reunirse los militares, se acuartelan parcialmente las tropas en la Capital y se envían radiogramas a las unidades del interior.

De las múltiples explicaciones ofrecidas por todos los participantes en el incidente, se desprende que Frondizi habría pretendido oficiar de «árbitro», para un arreglo negociado de las cuestiones pendientes entre Washington y La Habana, lo que era negado abiertamente por Estados Unidos. El Departamento de Estado sostenía que se trataba de un conflicto continental. La cuestión cubana decidió al gobierno norteamericano a promover una nueva reunión de la OEA contra la Isla.

«La Argentina, junto con Brasil, Chile, Ecuador y México, ya entonces trató infructuosamente de diferir la decisión», dicen dos tratadistas pro norteamericanos²²⁰. La posición argentina en Punta del Este, donde se trataba de excluir a Cuba de la OEA, desató una nueva crisis interior. El ministro de Relaciones Exteriores, Miguel Angel Cárcano era la coraza frondizista, a fuer de viejo diplomático amigo de Inglaterra, para defenderse de los Estados Unidos y tranquilizar a la oligarquía.

Todo fue inútil.

«Defendemos, y lo seguiremos haciendo, el derecho de cada país a darse su propio gobierno. Cada cual es dueño de buscar su destino como mejor interprete o lo desee su pueblo; a vivir su vida de la manera que le plazca» decía Cárcano²²¹. De este modo el gobierno argentino insistía tediosamente en los principios de no intervención y autodeterminación²²² escribían mansamente los tratadistas.

Las maniobras de Frondizi durante el desarrollo de la Conferencia de Punta del Este no tenían fin. Y la atmósfera en los círculos militares era sofocante. Se lo acusaba abiertamente de proteger a Cuba con sus argucias jurídicas. En un gesto definitivo, Frondizi envió a la delegación argentina un sobre cerrado «prescribiendo la abstención final»²²³.

La crisis militar fue incontenible. Todos los mandos se reunieron y exigieron que la Argentina se arrodillase ante el Moloch norteamericano. Había que sacrificar a Cuba. Desde la «izquierda», el periódico del Partido Socialista de Vanguardia publicaba, esa última semana de enero de 1962, un gran retrato de Frondizi en su primera página con el título: «Este es el culpable». Al mismo tiempo, las fuerzas armadas lo juzgaban un peligroso comunista. Invariablemente, la misma coincidencia.

«El gobierno argentino se escudó en una discutible argumentación jurídica tomada del derecho interno para seguir protegiendo a Castro»²²⁴. Completaban el terceto con sus laúdes los tenaces tratadistas.

Los jefes militares (argentinos, no se confunda el lector, no eran norteamericanos) exigieron a Frondizi la ruptura con Cuba o su derrocamiento. El Presidente se reunió tres horas con los militares. Emitió luego un comunicado anunciando que la Argentina cumpliría todos sus compromisos, pero se negó a fijar fecha para romper con Cuba²²⁵. Ante esta nueva dilación, el 2 de febrero se acuartelaban las tropas de todo el país. Los tres comandantes en jefe se proponían renunciar para dejar los mandos en manos de Frondizi y forzar su capitulación.

Bruscamente, Frondizi viajó a Paraná y con el pretexto de inaugurar obras públicas, pronunció un discurso revelador, que sobresaltó al país; atacó a los golpistas, aludió a los monopolios, a los pueblos subdesarrollados y a la soberanía y condenó a los «elementos reaccionarios que se oponen a la liberación y al desarrollo de nuestros pueblos, porque prefieren mantenerlos en su posición colonial».

Invitado por el diario *Democracia* a formular declaraciones sobre el discurso del Presidente Frondizi, el autor dijo lo siguiente:

En cuanto al discurso del Presidente, despojémoslo de todos los elementos accesorios. Ni siquiera en la Europa capitalista la burguesía logró asumir enteramente el poder; debió compartirlo con la aristocracia feudal o, como en Inglaterra, debió aceptar hasta la Corona.

¡Qué diremos de la Argentina, donde la burguesía industrial es mucho más débil! Por eso Frondizi refleja la ambigüedad de las clases sobre las que se apoya: oligarquía ganadera, industriales, elementos del comercio importador. Acorralado por los mandos militares, no se atreve a llamar al pueblo a rodearlo para practicar una política de gran vuelo, dismantelar los bolsones contrarrevolucionarios del Ejército, imponer el sacrificio del «desarrollo» también a las clases parasitarias y apretar las clavijas a los eternos chupasangres del país. ¿Cómo podría hacerlo? ¿Cómo puede defenderse de los gorilas, si todo su elenco y toda su política carece de coherencia? El discurso habla de los «conspiradores» con deliberada vaguedad. Pero no los nombra, no los arresta. Y sin embargo, los tiene muy cerca. Es todo su gabinete militar. Y estos reaccionarios matamoros conocen un solo lenguaje: el del arresto²²⁶.

Los jefes militares abandonaron toda su actividad oficial y suspendieron sus relaciones con el Poder Ejecutivo. Bajo una extrema presión, el 8 de febrero,

Fronzizi rompió relaciones con Cuba. Pero el desasosiego, la exasperación, y ante todo la ceguera en los medios militares, habían llegado a su más alto nivel. Bastaron las elecciones del 18 de marzo, un mes más tarde, y el triunfo peronista en la provincia de Buenos Aires, para precipitar los acontecimientos. No fue suficiente que Frondizi anulase los comicios bonaerenses, ante lo cual renunció el Dr. Vítolo, su Ministro del Interior. El derrocamiento de Frondizi ponía fin, el 29 del mismo mes, a una nueva tentativa de las fuerzas nacionales para realizar una política digna de ese nombre: la coincidencia nacional del 23 de febrero de 1958 ya estaba muerta y enterrada desde hacía mucho tiempo. El frondizismo había sido triturado por las grandes fuerzas en pugna.

De Guido a Illia

Cuando parecía que el poder recaería en una junta de militares hidrófobos presidida por el Comandante en Jefe del Ejército, General Poggi, se produjeron episodios que sólo podría narrar Ponson Du Terrail, al cabo de los cuales y entre escenas tragicómicas, el Presidente del Senado, doctor Guido, olvidado en la confusión, prestó juramento ante la Suprema Corte, guiado de la mano por el Ministro de ese Tribunal, el frondizista Julio Oyhanarte, verdadero «regisseur» de la maniobra. De este modo se restablecía la «continuidad constitucional» y las formas estaban salvas, lo que jurídicamente era toda una proeza. Parece que Poggi ardía en deseos de sacrificarse por la Patria y tenía lista en la Casa de Gobierno el acta de asunción del supremo gobierno y un escribano a tiro de escopeta. Pero Oyhanarte armó otro tinglado, otra acta y otro escribano en la Corte y le sopló la dama a Poggi. Fue muy triste.

Mascullando vagas amenazas, los militares retrocedieron hacia sus unidades. El gobierno interino de Guido reingresó en la zona tormentosa de la que se había librado Frondizi con su confinamiento en la Isla de Martín García. Muy pronto se advirtió que nacían y se enfrentaban en el Ejército dos corrientes opuestas: los legalistas y los gorilas netos, los azules, y los colorados. Los primeros eran partidarios de la regularidad del poder civil, del «desarrollo económico», de la lucha contra el comunismo y de la necesidad de domesticar al peronismo para facilitar lentamente su participación regulada en la vida política del país. Sólo lo admitían castrado, mientras que los colorados deseaban castrarlo sin admitirlo. Estos últimos eran la sobrevivencia zoológicamente pura de la revolución libertadora insatisfecha.

Fronzizi, siempre hábil, aconsejó que Guido aceptara la Presidencia, a fin de evitar un gobierno militar directo. De poco sirvió. En realidad, ni siquiera fue una figura decorativa, porque el hombre decoraba poco. La primera fase de su gobierno impalpable estuvo influida por el sector militar «colorado». Un radical «gorila» fue el Ministro del Interior, el Doctor Adrogué. Mostró enseguida su anacrónico liberalismo y su respeto por la libertad de prensa, en cuyo loor los radicales sufrían afonía desde hacía siglos. Este Ministro democrático clausuró el diario *Democracia* y quedó exhausto en la faena.

La torpeza política del Ejército permitió que designaran Ministro de Economía, por algunos días, al célebre Federico Pinedo, socialista, conservador, abogado de las mayores empresas extranjeras, en fin, un clásico del Parnaso colonial. Pinedo anunció que no habría devaluación. Por lo cual, los Bancos se desprendieron de millones de dólares a fin de mantener estable la cotización de las divisas. Pocos estaban en el secreto. Entre los pocos, estaban los exportadores, que compraron dólares a manos llenas. Luego, un día lunes, Pinedo devaluó. El país perdió un 20% del valor de su moneda y los exportadores (monopolios cerealistas y algunos amigos de Pinedo) ganaron millones de dólares por la diferencia. De esto, los militares ni se enteraron. Como siempre, aunque ellos mismos tuvieran que comprar todo más caro al día siguiente. Estos pases de mano de la vieja oligarquía deberían constituir el ABC en la enseñanza de las escuelas, universidades e institutos militares, para forjar de una vez por todas una nítida conciencia del interés nacional.

El austero general Juan Carlos Onganía, con su profesionalismo y sus bigotazos, sus asesores católicos y ateos, sus vinculaciones con el Pentágono y su laconismo, encarnó a los legalistas o «azules». Después de derrotar al bando colorado en dos oportunidades setiembre de 1962 y abril de 1963 restableció el orden en el Ejército. Al convocarse a elecciones presidenciales, y excluirse nuevamente al pueblo para decidir sus candidatos, los azules también objetaron un candidato apoyado por Perón y Fronzizi, un extraño hijo del Frente Nacional, idea que propendía a degenerarse cada vez más. Tal fue la candidatura del conservador Vicente Solano Lima, sostenido desde Madrid y Bariloche, donde estaba confinado en ese momento el doctor Fronzizi. Esta solución, destinada desde el punto de vista de Fronzizi, a cortar las alas a la candidatura de Alende en su propio partido y desde el punto de vista de Perón, a recomenzar el juego de las negociaciones con su poder vicario, fue resistida y dificultada por el sagaz General Villegas, Ministro del Interior. Rechazada asimismo por sectores peronistas, éstos levantaron el nombre del doctor Raúl Matera, para expresar su protesta.

El doctor Matera se rebeló contra «la orden» y recorrió el país en una intensa campaña. Los Demócratas Cristianos, bajo la inspiración de Horacio Sueldo,

habían devorado en la penitencia su camino de Damasco y cortejaban asiduamente al peronismo. También Sueldo se proponía para esa carga honrosa: Sueldo-Matera o Matera Sueldo, podían ser las salvadoras fórmulas. Pero el obstáculo decisivo para Solano Lima provino de las argucias jurídicas del Ministro del Interior, que concluyeron por obligar a los propiciadores peronistas y frondizistas de la fórmula al abandono de la misma y a resolver la abstención electoral a último momento. Esta abstención proporcionó un inesperado triunfo al doctor Arturo Illia, ante la consternada estupefacción de Ricardo Balbín, que había cedido desinteresadamente una candidatura destinada al sacrificio. El radicalismo del Pueblo, prohibido el peronismo, llegaba al poder con menos del 20% de los votos, con su ética intacta y el corazón cansado.

De este modo, el Ejército colorado que había hostigado durante cuatro años a Frondizi, era sustituido por el Ejército azul, que daba el poder al partido político de los colorados. Esta sutil maniobra dejó atónito con sus resultados al cerebro del general Villegas, pero ya era tarde. La incompetencia política del Ejército triunfaba una vez más, como indicando a la historia que esta institución sólo es capaz de dar a luz a un Roca o a un Perón cada medio siglo.

Pequeña burguesía y nacionalismo agrario

A paso lento, y vacilante la mirada, después de «treinta años en el llano», llegaban los radicales al poder. ¿Eran los verdaderos radicales? En todo caso eran los hijos de aquel radicalismo caído en 1930, ahora dividido en múltiples tendencias internas. Cuatro sectores perfectamente diferentes podían distinguirse en ese bullanguero conglomerado de veteranos, hostiles entre sí. El más fuerte de ellos era el que respondía a las profundas inspiraciones de Ricardo Balbín, cuya oratoria barroca y sollozante tan lejos de la sobriedad latina ocultaba su dependencia de la clientela electoral bonaerense, fundada esencialmente en sus núcleos agrarios, pequeños productores, profesionales pueblerinos, comerciantes medianos y todo el mundo circundante de la ganadería menor y su comercialización.

El unionismo de la Capital Federal, de Entre Ríos, de Córdoba, Santa Fe o Mendoza, por su parte, era la directa prolongación del alvearismo antipersonalista. Representaba a los sectores más conservadores de la alta clase media, ligada al sistema comercial y exportador. En la Capital Federal se apoyaba en un dédalo de trenzas parroquiales, manejadas por apacentadores de votos y protectores de viudas y huérfanos, el viejo mecanismo de la prestación personal, desde los tiempos

de Don Pedro Cernadas, el caudillo autonomista de Balvanera, hasta el legendario arreador de votantes, Julián Sancerni Jiménez, en Palermo. Es la clientela política de los marginales, útil para las luchas internas. Socialmente, en la Capital Federal el unionismo reposa en la pequeña burguesía comercial, el empleado público, el bolichero, el profesional, la profesora de corte y confección, el rematador de bienes raíces, el artesano independiente, todo ese sector estático o intermedio del antiguo orden del Puerto. En los últimos años, había brotado un gajo joven en el viejo tronco. Un antiguo protegido de Balbín, el Dr. Raúl Alfonsín, encabezaba una tendencia interna que tendía a agrupar a la generación más joven del radicalismo. De algún modo, es la «izquierda» del partido de Yrigoyen, influida por el repertorio tradicional de la izquierda porteña. Sus ansias de renovación encuentran un límite inevitable en los sentimientos antiperonistas de esa fracción de la clase media, más liberal que yrigoyenista y cuyas diferencias con Balbín, curiosamente, se debían a que el dirigente radical tendía a comprender mejor al peronismo que sus adversarios de la «línea joven», más resueltamente gorila.

Pero el sabattinismo de Córdoba, de donde surgió el Presidente Illia, representaba, por variadas razones, un grupo con particularidades ya señaladas, que es preciso recordar. Si bien es cierto que como sus aliados pertenecía genéricamente a ese sector de la pequeña burguesía de vinculación clásica con el sistema oligárquico exportador – digamos, el sector popular del sistema oligárquico –, en el caso del sabattinismo sobreviven, bajo la forma de una tradición doctrinal emocional, algunos de los rasgos del viejo yrigoyenismo, que los restantes sectores habían perdido o no tuvieron nunca. Las razones de este «yrigoyenismo», «criollismo» o «nacionalismo» de los radicales de Córdoba, las hemos indicado ya al juzgar la base política de Amadeo Sabattini en la «pampa gringa». No volveremos sobre el tema sino para indicar que Illia representaba en ese agrupamiento el sector más «nacional» del partido gobernante, por las razones aludidas y con las necesarias limitaciones del caso.

Pero este «nacionalismo agrario» había perdido ya toda su sustancia y había invertido su signo. En tiempos de Yrigoyen, pasaron bajo sus banderas grandes masas que se ponían en movimiento por vez primera para disputar a la oligarquía su monopolio político y una parte de la renta agraria. Contemporáneamente, esas exigencias económicas permanecen, pero su nacionalismo había llegado a ser puramente musical, pues los radicales ya no podían conquistar el poder como mayoría del pueblo argentino, sino a costa de la proscripción del peronismo. Esto había terminado por envilecerlos como a los restantes socios de la partidocracia. A las cobardes vacilaciones del pequeño burgués, siempre propenso a perder la cabeza, se añadirá luego su odio de «placero» arraigado hacia los obreros.

Al esgrimir un «programa antiimperialista», el radicalismo del Pueblo expresaba ese nacionalismo rural, que de modo inevitable reencarnaba la tradicional hostilidad de la semicolonias británica hacia los Estados Unidos, su competidor agrario en los mercados internacionales. Las limitaciones de este «antiimperialismo» son tan obvias que no vale la pena considerarlo nuevamente sino para subrayar el carácter insuficiente del «petrolismo» radical como supremo Dogma, aislado de una política nacionalista de conjunto.

Enfrentando al peronismo y al frondizismo, el radicalismo del Pueblo apareció como una «izquierda» de esos regímenes, apoyado, como era previsible, por las izquierdas simiescas, que repetían rutinariamente sus fórmulas antiyanquis, privadas de todo contenido. Poco después de asumir el poder, el radicalismo de Córdoba iniciaba una campaña para el traslado de la Capital Federal al interior, como forma práctica de «federalismo».

Como demostración de un agotamiento senil irremediable, el sector «más nacional» del partido gobernante retomaba la vieja divisa de la oligarquía bonaerense en el 80, y pretendía alejar así al gobierno nacional, no tanto de las presiones militares, cuanto de la influencia política decisiva del proletariado bonaerense, donde se resumía ya todo el país interior. El nacionalismo de Yrigoyen se convertía ahora en un federalismo oligárquico, anteponiendo la Provincia a la Nación y la pequeña burguesía más o menos privilegiada, al pueblo argentino. Partido arcaico, nada podía esperar la Argentina moderna del radicalismo del Pueblo, que había descendido sobre la cumbre del poder en una época que ya no era la suya. Las grandes tormentas de una sociedad que no había resuelto sus problemas fundamentales lo llevarían tan lejos del poder como estaba antes de su golpe de fortuna. Medroso ante la oligarquía, áspero hacia el proletariado, sin disimular su odio hacia el peronismo, incapaz de combatir al imperialismo sino en palabras, yrigoyenista en el pasado y liberal en los tiempos actuales, el radicalismo vivía prisionero de todas las categorías formales de la democracia oligárquica e hipnotizado por un Nirvana rural irrealizable. La historia argentina no se interrumpía con él.

EL CESARISMO OLIGÁRQUICO

Cuando en la noche del 29 de junio de 1966 una compañía de gases lacrimógenos desalojó de la Casa de Gobierno al Presidente Illia, la opinión pública experimentó sentimientos contradictorios. Llegado al poder mediante el permiso militar, el radicalismo del pueblo caía de él ante una indiferencia completa.²²⁷ Desde la muerte de Don Hipólito, el radicalismo había perdido su antigua médula, y con ella el apoyo de las mayorías argentinas. Era el segundo partido. Apenas podía aspirar a conservar ese puesto. Corría serios riesgos de que pudiera perderlo y sólo había logrado ascender al gobierno por la proscripción del peronismo.

En tres años escasos había desplegado trabajosamente todo su programa. Su carácter puramente defensivo, fundado en la protección de los pequeños y medianos productores rurales, en el control de cambios, en el nacionalismo petrolero y en las libertades públicas, correspondía exactamente a 1928. Esas aspiraciones básicas del radicalismo, aunque necesarias, resultaban insuficientes para 1966, una época en que el poder oligárquico era tan anacrónico como los objetivos radicales.

Por lo demás, Illia apenas disimulaba la aversión que profesaban hacia la clase obrera los viejos sectores pequeño burgueses vinculados al mercado mundial y a la República exportadora. Basta señalar que planeó la derogación de la Ley de Asociaciones Profesionales y el traslado de la Capital Federal al interior para escapar a la presión del proletariado de Buenos Aires. El movimiento nacional yrigoyenista se había transformado en un partido de la pequeña burguesía urbana y rural más conservadora.

Carecía de fuerza para enfrentar a la oligarquía, de imaginación para concebir el camino a la independencia nacional y de comprensión política hacia el peronismo, como movimiento nacional que incluía en sus filas a la clase obrera. En tales condiciones, el golpe militar que apartó al radicalismo del poder, encontró en su primera etapa, desde la opinión pública, una actitud interrogativa. Desde hacía más de una década, las Fuerzas Armadas habían engañado al pueblo, impedido la

manifestación de su voluntad, defendido los peores intereses. ¿Cambiarían ahora su conducta? La respuesta a esta pregunta no se hizo esperar. Desde Madrid, Perón lanzó su consigna: «Hay que desensillar hasta que aclare».

Pronto se supo que el derrocamiento de Illia obedeció a la creencia del Ejército en que el gobierno radical no era capaz de impedir el triunfo electoral del peronismo. La causa política del pronunciamiento consistía exactamente en esa previsión. Todas las fantasías posteriores sobre un plan de modernización a cumplir por las Fuerzas Armadas eran pura y simplemente teorizaciones ‘post factum’, destinadas a ocultar la preocupación reaccionaria de los generales por una posible restauración del peronismo en el poder²²⁸.

Pero la sustitución de Illia por Onganía fue aprovechada por el gran capital nacional y extranjero para realizar sus propios fines. De un modo u otro, estos habían sido obstaculizados por la presencia de un gobierno que, a pesar de su restringida representatividad, de todos modos encarnaba en la esfera de las decisiones la voluntad de 2 millones de ciudadanos. Que el capital extranjero había logrado infiltrarse en la víspera del golpe del 29 de junio entre el grupo militar más influyente, lo probaría el hecho de que el redactor del famoso Anexo III fuera nada menos que Alvaro Alsogaray, locuaz y célebre intrigante del interés antiargentino, hermano de uno de los conspiradores del alto mando.

La oligarquía agraria tradicional observó con inquietud primero y con satisfacción luego, la aparición de Onganía en la primera magistratura. Aunque la clase terrateniente no intervenía directamente, desde hacía mucho tiempo, en los asuntos públicos, su dominación secular en la sociedad argentina le permitía percibir rápidamente la menor señal de peligro para sus intereses. Pero todo estaba en orden. El lacónico oficial de caballería elevado por sus pares al poder, apareció como un César de humilde origen que respetaba a los propietarios de estancias y no lo ocultaba. La Sociedad Rural le rindió su homenaje consagratorio, cuando el dictador hizo su ingreso a la arena donde se rematan y condecoran anualmente los toros, orgullosamente incrustado en la carroza chirriante que usara para sus paseos por Buenos Aires, en 1910, la monumental Infanta de Borbón.

Capital extranjero y capitalismo

El General Onganía designó, pocos meses después de asumir el gobierno, a Adalbert Krieger Vasena, Ministro de Economía y Trabajo. Su gestión fue la más coherente y firme que desde 1955 adoptara ninguno de los ministros del ramo en

todos los gobiernos que se sucedieron desde la caída de Perón. Krieger aplicó sin vacilaciones la política económica dictada por los intereses del gran capital industrial y comercial, de los monopolios extranjeros radicados en la Argentina y de los grupos capitalistas nacionales vinculados a tales intereses. Para poder hacerlo, Onganía alineó las Fuerzas Armadas- detrás de Krieger y aplastó toda tentativa política y sindical de resistir tal política.

Su primera medida fue disolver los partidos y prohibir la vida política en el país. Desde ya que esta decisión no era intrínsecamente mala. Todo el sistema de partidos vivía desde hacía décadas en estado putrescente y se había revelado como un fatal obstáculo para la transformación revolucionaria de un país petrificado. Onganía conservó la estructura sindical pero aspiró a controlarla, hasta el punto de que asoció a su política a un sector burocratizado de la dirección sindical, llamada «participacionista». Toleró a los «negociadores» expresados por Vador y hasta admitió la existencia pública de la «CGT de los Argentinos», dirigida por Ongaro aunque desprovista de un poder real para movilizar a las masas obreras. La coherencia económica de Krieger y la firmeza de la política de Onganía llevó directamente al estallido revolucionario de las provincias del Interior dos años más tarde. Esta prueba categórica de la eficacia de tales doctrinas conmovió profundamente a las Fuerzas Armadas y decidió el destino del general Onganía, hasta ese momento objeto de la irrestricta admiración de los oficiales.

Bastará describir brevemente el programa de Krieger Vasena para comprender la racionalidad profunda de los estallidos revolucionarios que suscitó. Con las manos libres, gracias a que Onganía amordazaba al país, Krieger Vasena estableció un «plan de estabilización».

Este plan congeló los salarios y ofreció créditos a la gran empresa extranjera. Permitió a ésta eliminar del mercado a la pequeña empresa nacional, y entregar los bancos nacionales al control imperialista. Como los créditos de la banca oficial o privada se negaban a los capitalistas nacionales, estos debían buscarlos en fuentes financieras usurarias. Con sus costos más altos, debilitaban así su poder competitivo ante la gran empresa extranjera, que a su vez obtenía dinero bancario, o sea dinero más barato. De este modo, el capital bancario proporcionado por el trabajo nacional, era canalizado por Krieger Vasena hacia las empresas extranjeras. Lejos de buscar financiación en el exterior, dichas empresas la encontraban fácilmente en la estructura de la semicolonía, gracias al gobierno de la «modernización».

Mediante esta política, las quiebras y convocatorias de acreedores se convirtieron en la actividad más corriente de la empresa argentina en el período.

La concentración industrial –símbolo de la «eficacia»– se hacía en beneficio de la empresa extranjera. Pero Krieger no se detuvo allí. Despojó a los aranceles aduaneros de su carácter proteccionista, con el fin proclamado de intensificar la modernización de la industria argentina, demasiado mimada y halagada, según su criterio, por un arcaico proteccionismo arancelario, fiscal y bancario. Libradas a sus solas fuerzas, en una economía abierta y en competencia con las mejores industrias del mercado mundial, las argentinas deberían tecnificarse o morir. Naturalmente, murieron. Pues postular unilateralmente una «economía abierta» en un mercado mundial cerrado (donde hasta Estados Unidos protege su carne, sus materias primas y ahora hasta sus industrias de la competencia japonesa), sólo puede conducir a la desaparición de la industria nacional y sólo puede ser defendida por comisionistas de la industria extranjera. Este era precisamente el caso de Krieger Vasena, que al día siguiente de abandonar su sillón de Ministro de Economía, era designado por el monopolio mundial de alimentos Deltec Internacional, como Director Ejecutivo con un sueldo de u\$s10.000 dólares mensuales.

Con incomprensible tardanza, pero con indiscutible elocuencia, el Secretario Técnico y Legal del General Onganía, Dr. Roberto Roth, denunciaría (después de su propia renuncia al cargo)

La relativa impudicia con que los ministros y funcionarios abandonan los despachos oficiales para ubicarse en los puestos de comando de las empresas cuyas pretensiones inmoderadas presumiblemente debían mantener a raya; la velocidad con que ex secretarios de Estado acceden a Directorios en empresas cuyos créditos y avales oficiales han tramitado, la aparente solución de continuidad en el pasaje de las empresas a los cargos oficiales y viceversa²²⁹.

La comisión de tales delitos, corruptelas y estafas al Estado por parte del principal Ministro de Estado y sus innumerables asesores y colaboradores, no preocuparon la atención de los Oficiales de Inteligencia de las tres Fuerzas Armadas ni de sus jefes. El Ejército, la Marina y la Aeronáutica cuidaban las espaldas del principal expoliador de la República, síntesis de la Ciencia Económica moderna e inminente empleado de la Deltec, cuya condición de ciudadano argentino había sido providencialmente salvada gracias al oportuno estallido de la II Guerra Mundial.²³⁰

La doctrina económica de la eficiencia

La política de Krieger se dirigió rápidamente a «mejorar» la eficiencia del sistema bancario. Prohibió la circulación del «cheque cooperativo» y paralizó, con tal decisión, todo el sistema del crédito cooperativo. Este había surgido gracias a la iniciativa de la pequeña industria, los productores rurales y el pequeño comercio argentino, como un recurso para soslayar el bloqueo crediticio a los grandes bancos. Mediante una marca irresistible de importaciones innecesarias y suntuarias, Krieger, despilfarró dólares, redujo a la industria nacional, proporcionó consumos de altos precios a la alta clase media, oligarquía y gran burguesía y despertó la confianza en los círculos internacionales compuestos por gente análoga al ministro.

Esta política estaba íntimamente ligada con la implantación del mercado libre de cambios. El drenaje de capital nacional encontró canales legales para deslizarse hacia afuera. Las divisas obtenidas con el fruto de la producción argentina encontraron una vía legal y simple para regresar a su lugar de origen. Mediante la política que sumariamente dejamos descripta, es posible comprender el significado de las declaraciones formuladas por el Dr. Quilici, Ministro de Hacienda del General Lanusse (tercer Presidente de la «Revolución Argentina»), en 1971, relativas a la emigración de capital nacional por un valor de 8.000 millones de dólares.

Esa cifra constituye el mejor epitafio que podríamos colocar al pie del período de Onganía, el título óptimo para la gratitud de la historia y el más puro certificado de su nacionalismo.²³¹ Fue un comienzo modesto: hacia 1990, los capitales prófugos alcanzaban a los 46.000 millones de dólares.

La desnacionalización de los bancos y de la industria fue la única manifestación de la presencia del capital extranjero traído por la política de Krieger. En lugar de instalar nuevas empresas, resultó más sencillo apoderarse a bajo costo de las empresas existentes. El estímulo a las importaciones innecesarias se transformó después de la desaparición de Krieger en un fardo tan insostenible que condujo a la suspensión total de las importaciones (Septiembre de 1971). De este modo, el período de Onganía Krieger habrá de pasar a nuestra historia económica como la tentativa más audaz de someter la economía argentina a la hegemonía del capital extranjero. Esa política llegó hasta afectar, con fines puramente fiscales, a los ganaderos.

Krieger buscaba balancear, de algún modo, el déficit del presupuesto, respetando como es natural la propiedad terrateniente. Impuso las retenciones a las exportaciones, o sea un impuesto a las mayores ganancias de los hacendados derivadas de la devaluación. Esto movió a Tomás de Anchorena a renunciar en el

acto a la Subsecretaría del Ministerio de Agricultura y Ganadería como protesta. Luego, Anchorena fue asesor agrario del Dr. Ricardo Balbín. Anchorena era descendiente del General Pacheco, hombre de Rosas, y había abandonado su carrera militar para atender sus campos. Era productor lechero, de corte «progresista» y modernizador como ocurre generalmente con aquellos que en la zona pampeana han recibido, en las sucesiones familiares, fracciones de campo comparativamente pequeñas.

Por lo demás, la política del capital extranjero en el Ministerio de Economía y Trabajo asumió características de tal modo metropolitanas, que jamás, desde los tiempos de Rivadavia, el interés particular de la Capital Federal había sido tan ostensiblemente privilegiado en relación con las provincias interiores.

El «plan» para Tucumán desmanteló la más antigua industria de la provincia, sin sustituirla por otras: cerca de 250.000 tucumanos emigraron del terruño, desangrando a la provincia tradicionalmente más rica del Norte argentino. La despoblación debilitaría al Chaco, a Formosa, a Corrientes, a Santiago del Estero. Un flagelo de célebres Interventores Federales castigaría a las provincias históricas, empobrecidas cien años antes por las pretorías mitristas.

Toda forma política o presupuestaria del federalismo desapareció sin dejar rastros. Los presupuestos de los Estados provinciales o de alejados municipios eran discutidos (u olvidados) en los despachos del Ministerio del Interior o del Ministerio de Economía, atendidos por jóvenes «expertos», generalmente formados en cursillos semestrales de Harvard. Parsimoniosos con las protestas angustiadas del Interior, eran rápidos de oído y piernas ante el chasquido de dedos del amo militar o civil en el régimen autocrático. El séquito innumerable de tecnócratas que pastoreó ávidamente en los ministerios de Krieger Vasena, Dagnino Pastore o Moyano Llerena, sería el primer asombrado, junto al autócrata inepto, aislado en el poder supremo, cuando los pueblos de las provincias se lanzaron a la calle para repudiarlos. No alcanzaban a comprender, mientras llegaban a Buenos Aires las primeras noticias de las jornadas del 29 de mayo de 1969, en Córdoba, por qué los argentinos del Interior habían resuelto poner término al reino de la eficiencia.

*Y bueno soy argentino
este es el revirado canto natal que yo traigo aquí
I'm sorry a usted le molestará sepa que a mí también
pero alguna vez tenemos que acercar la realidad a los papeles
esta bronca me sale de ser argentino*

*soy gaucho y entiéndanlo
soy de los de acá de este lugar y no de otro...*

César Fernández Moreno, «Argentino hasta la muerte», 1954.

La bendición del orden

La instauración de un orden perfecto en la sociedad civil, similar al vigente en la esfera militar, era el ideal de gobierno del General Onganía. No sólo disolvió los partidos políticos, se apoderó de sus bienes, remató sus muebles, arrancó la placa de bronce de la Cámara de Diputados de la Nación. Además, cortó las barbas a pintores y estudiantes y prohibió la ópera «Bomarzo» en el Colón, para proteger la virtud pública y privada. Armonía análoga soñaba para el movimiento obrero. Al estallar una huelga en los portuarios porque se les había privado de sus conquistas sociales, Onganía entregó el arreglo del conflicto a la Prefectura Marítima. Cuando los ferroviarios iniciaron algunas protestas por cuestiones gremiales, ordenó que se les rebajara, a los 120.000 obreros y empleados del ferrocarril, una categoría en sus sueldos. Como todos los afectados permanecieron silenciosos e inmóviles ante el poder militar, Onganía supuso cándidamente que su pedagogía, aunque ruda, era benéfica y que los amonestados no tenían otro deseo que besar su mano.

Con la misma sagacidad, dividió a su gobierno en dos centros: el económico, el de las cosas serias, bajo la orientación atea de Krieger Vasena, que era liberal oligárquica, y el político, a cargo del Ministro del Interior, de carácter nacionalista literario. Claro está que el país habría preferido el nacionalismo en la economía y la democracia en la vida política. Pero el Presidente augusto, que jamás había soñado presidir una gran República, pues nadie mejor que él sabía todo lo que ignoraba, estaba persuadido que tal división de tareas era el colmo de la astucia. Para el capital extranjero, estaban los hechos y para los argentinos, las palabras. Estas palabras tampoco eran gran cosa, por lo demás. Los mensajes y discursos emanados del Ministerio del Interior, entre la gestión del beato Martínez Paz y la del jurista Borda (generalmente redactados por los Subsecretarios del tipo de Díaz Colodrero) eran desteñidas versiones de José Antonio Primo de Rivera, salpicadas aquí y allá con malas imitaciones de las ocurrencias de Ortega y Gasset, que hacían las delicias de los entendidos.

Entre los asesores del Ministerio del Interior, figuraba José Luis de Imaz, un antiguo simpatizante falangista, luego peronista, más tarde discípulo del liberal Germani en Sociología, después demócrata cristiano, al fin, devoto del orden creado por la autocracia de Onganía. La prolongación de la dictadura era una necesidad impuesta, según este científico social, por la longevidad de Perón:

Pasados los tres primeros años de inevitable y muy beneficiosa despolitización general, el tiempo político se hizo imprescindible, simple consecuencia de los ciclos. Y entonces el Presidente no pudo o no supo decirlo, o finalmente no llegó a ser comprendido por esos generales a los que solía tener de pie en su despacho. Porque el 'tiempo político' dependía exclusivamente de un evento que algún día ocurriría en España. Luego, tras la muerte del gran árbitro de la política nacional, el espectro interno inevitablemente se descompondría y las cartas podrían volver a ser repartidas: en otra forma al menos ²³².

Dicha penosa teoría de la contingencia histórica estaba impregnada de un humorismo involuntario. Pero en el gobierno de Onganía no sólo rumiaban la piadosa hipótesis los sociólogos, sino también algunos generales:

*El General Sánchez de Bustamante anotó la posibilidad de que la muerte de Perón, considerada cercana a través de algunas versiones, acelerara la politización del proceso*²³³.

El lector podrá apreciar sin dificultad alguna la «eficiencia» del gobierno para concebir una perspectiva encomiada por sus apologistas. De la potencia intelectual de sus consejeros civiles y militares sería caritativo ahorrar todo comentario. Asimismo, figuraban en los elencos de Onganía funcionarios que luego adquirirían rasgos inusitadamente trágicos: era la composición del personal ejecutivo en la Presidencia.

En la Subsecretaría Legal y Técnica, se habían reunido algunos personajes que ocuparían el primer plano como hombres de Onganía, primero; como conspiradores militares contra el General Lanusse, luego; como diputados peronistas, más tarde; como enemigos de Perón, enseguida, y finalmente como terroristas, con el dramático final previsto. Tal era el caso de Diego Muñoz Barreto, por ejemplo. Su biografía y su vida aventurera estaban lejos de ser rutinarias. Era

un rico hacendado y empresario, de familia íntimamente entrelazada a la aristocracia rural. Oriundos de Portugal, los Barreto fundaron Bahía en el norte de Brasil hace cuatrocientos años. Para simplificar el inventario de las sucesiones, los escribanos de la familia calculaban las joyas por toneladas de oro y plata, en lugar de hacerlo por pieza. Muñiz Barreto, descendiente de la rama argentina, además de ser estanciero, era industrial de pesca, productor cinematográfico de films rosistas y representante personal de Onganía para misiones político protocolares. Entre estas últimas, entrevistar al Comandante del III Cuerpo de Ejército, General Lanusse, por ejemplo. El anterior esbozo no agota la biografía de este amigo del Subsecretario Legal y Técnico de la Presidencia, Dr. Roberto Roth. También había sido miembro de un comando antiperonista en años mozos. En tal carácter, ingresó a Buenos Aires clandestinamente, llevando en un bote una partida de 20 kilos de gelinita, preciosa carga con la que Muñiz Barreto voló la Escuela Superior Peronista, algunos años antes de ser elegido, por la «juventud», diputado peronista en 1975²³⁴.

En la historia contemporánea argentina mutaciones tan bruscas no son infrecuentes. Más revelador para lo que vendrá luego, es que Muñiz Barreto, caído Onganía, será conspirador con los coroneles de las guarniciones de Azul y Olavarría (septiembre de 1972) que se levantaron contra Lanusse para oponerse a la convocatoria a elecciones. Inmediatamente después, el mismo estanciero resultará elegido por el peronismo como miembro de la Cámara de Diputados de la Nación. Renunciará a la banca por oponerse a la reforma del Código Penal, impulsada por Perón, que reforzaba las penas contra los delitos del terrorismo. De este modo se puso claramente en evidencia que Muñiz Barreto integraba el grupo llamado «Montoneros». Una muerte trágica, hacia 1977, epilogó tan azarosa existencia. La significación de tales datos permite filiar una de las vertientes del terrorismo. Pues también otros asesores de la Presidencia de Onganía, y visitantes frecuentes de la Casa de Gobierno, según opiniones de algunos jefes militares, derivarían luego a la actividad terrorista²³⁵.

Los Cursillos de Cristiandad

Había llegado el momento de formularse la siguiente pregunta: ¿Cómo se había formado el grupo militar y civil que apoyó a Onganía? Se trató de una extraña combinación de oficiales de Caballería, devotos concurrentes a jornadas de «retiro espiritual» celebradas en conventos o seminarios, militares negociantes con lazos de familia y de dinero, propensos a la actividad secreta y llevados, por

obra exclusiva de tal entrelazamiento de factores, al poder y a la publicidad escandalosa más intensa.

Poco antes del movimiento militar del 29 de junio, que derribó al Presidente Illia, se reunieron en un «retiro espiritual», realizado en «La Montonera», una quinta de Pilar propiedad del Seminario Mayor de Villa Devoto, un grupo de 30 personas, la mayor parte militares. La escena es relatada por la revista *Análisis* del 18 de julio de 1966^{235 bis}.

El hall de entrada a la quinta estaba en sombras. Un grupo de personas con equipaje de mano, irrumpió al edificio con un toque teatral, las luces se encendieron de pronto. Y otro grupo que los esperaba, al «amparo de la oscuridad», se adelantó alegremente para confundirse en estrechos abrazos y otras efusiones con los recién venidos. Por primera vez en público, dice la publicación, el General de brigada Alejandro Lanusse tuteó al Teniente General Juan Carlos Onganía, que hacía cuatro noches con sus días permanecía en «La Montonera». El Secretariado de los Cursos de Cristiandad definía en estos términos los perfiles de los candidatos a participar en dichos cursos:

El cursillo apunta a la construcción cristiana del mundo, la cristianización real del ambiente, el renacimiento de la comunidad cristiana... las personas que influyen de verdad en la formación de un ambiente son las dotadas de valores personales y humanos, capaces de ponerse al servicio de la causa de Dios, en sus respectivos ambientes. Por eso, en Cursillos no importa el número, sino la capacidad influyente transformadora del candidato.

Estos cursillos eran la traducción al castellano de la «Cité Catholique», fundada en Francia y que ejerció gran influencia entre los oficiales del Ejército colonialista francés que luchaba contra la liberación de Argelia e Indochina. La ideología del cursillismo francés era una confusa aleación del pensamiento de la derecha monárquica francesa, alimentada en Maurras, de las técnicas de ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola y del corporativismo incubado bajo el gobierno del Mariscal Petain, bajo la ocupación nazi de Francia. De tal caldillo bebieron los cursillistas argentinos mediante los buenos oficios de la revista *Verbo* («Verbe») en un arranque de originalidad criolla: nacionalistas imitativos, civiles y militares. Pero también intervenían liberales, aunque apasionados católicos, como Lanusse. El inspirador directo del grupo «Verbo» era el Coronel Juan Francisco Guevara, ayudante de Lonardí y luego íntimo de Onganía. A esta agrupación, que

se proponía emplear la teología para renovar el país, debe agregarse la «Obra de Cooperadoras Parroquiales de Cristo Rey», con parecidos propósitos. Esta última contaba con una organización celular, calcada del método organizativo del comunismo ruso clásico, simetría formal que perseguía un combate concentrado contra el comunismo, al que explicaban como símbolo de la presencia de Satán en el mundo moderno. Figuras muy destacadas en el posterior gobierno de Onganía eran miembros de la «Obra» o de la «Cité Catholique», por ejemplo, el Teniente Coronel Hugo Miori Pereyra, secretario del Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, General Francisco Imaz (asimismo miembro de este «partido secreto», como lo llama García Lupo), el General Eduardo Señorans y Eduardo Conessa, el ya mencionado Lanusse, Jorge Salimei, luego Ministro de Economía, Roberto Gorostiaga, Secretario de Estado más tarde y el Ministro del Interior de Onganía, Enrique Martínez Paz, a su vez miembro de la Hermandad del Santo Viático.

El objetivo de los Cursillos, que consistían en tomar el poder para reestructurar a la Argentina como hija dilecta de la Iglesia, era de un anacronismo más profundo que el que justificó su creación en Francia. Aunque los «Cursillos» se deshicieron bajo el peso de su incompetencia política y la presión de las clases sociales reales, reviste interés retrospectivo mencionarlo por su poder demostrativo en cuanto a las ilusiones y fantasías reaccionarias de los militares y civiles que actuaron en la «Revolución Argentina». Los que pertenecían al «partido secreto» ignoraban otro secreto: ¿quién había deslizado el nombre del hereje Krieger al delicado oído del balbuceante César? Porque resulta algo sorprendente que Adalberto Krieger Vasena fuera el Ministro de Economía de un gobierno nacido para regir el país bajo la inspiración teológica. No menos curiosa resulta la coincidencia de que la quinta del Seminario Mayor en Pilar, «La Montonera» inspirase a los terroristas en la elección de un nombre de trágica memoria.^{235b}

El «cordobazo»

Tres acontecimientos de gran resonancia marcarían de algún modo simbólico la crisis del gobierno autocrático del General Onganía y su relevo de la Presidencia. Ellos son, sucesivamente, los levantamientos populares en las provincias, cuyo epicentro fue la «pueblada» de Córdoba el 29 de mayo de 1969, el asesinato de Augusto Vandor, Secretario General de la Unión Obrera Metalúrgica, un mes más tarde y el secuestro y asesinato del General Pedro Eugenio Aramburu el 29 de Mayo de 1970.

La sorpresa que deparó el «cordobazo» a la opinión pública, –políticos, militares, empresarios y figuras prominentes de la sociedad argentina– fue proporcional a la magnitud del acontecimiento, que carecía de precedentes. No fue un 17 de octubre, al que acompañó con su simpatía, según recordará el lector, una parte del Ejército y muy probablemente el propio Presidente Farrell, íntimo amigo del héroe de la jornada. Esta vez se trataba de una explosión de guerra social: la protesta se dirigía contra Onganía, las Fuerzas Armadas y la reaccionaria política global que se había vuelto intolerable al pueblo argentino. Su composición social también era inequívoca. En Córdoba empezó con la marcha de los camiones y tractores procedentes de las fábricas de automóviles de las afueras de la ciudad; los obreros arrastraron a los estudiantes y los estudiantes al resto de la población de las clases medias, aun en los barrios de sectores acomodados, según- la unanimidad de los observadores. Pero la revuelta no se produjo sólo en Córdoba.

Se había iniciado en los comedores universitarios de Corrientes, pasó a Rosario donde murieron frente a la policía el estudiante Bello y el obrero Blanco. También asomó en Catamarca, Tucumán, Salta y se deslizó, como un imprevisible huracán, hacia el Sur, a General Roca y Cipolletti. El poder de la marea popular se mantuvo hasta 1972, donde formidables protestas multitudinarias estallaron en Mendoza (el llamado «mendozaso»).

Vuelco de autos, incendios en las calles, destrucción de vidrieras de ciertas empresas extranjeras, desaparición de la policía de lugares visibles: la furia popular, después de 36 meses de silencio y retirada profunda, heló la sangre en las venas a los dueños del poder. Onganía quedó anonadado ante el fracaso de su política. Rehusó durante varios días escuchar a nadie. No podía creer que se tratara de un movimiento colectivo, impersonal y no partidario. Suponía, lo mismo que su Ministro del Interior, el Dr. Borda y su consejero técnico, el Dr. Roth –que así lo reitera en sus memorias–, que se trataba de «un movimiento bien planeado y orquestado», concebido y realizado por «agitadores profesionales». Roth asegura que

*el éxito fácil del cordobazo demostró la capacidad operativa de la unión del grupo guerrillero con el sindicalismo*²³⁶.

Pero es un error. En realidad, tanto en Córdoba como en la tradición universal del terror (desde los narodnikis rusos hasta los anarquistas catalanes) lo que singulariza al terrorismo es su desconfianza y antipatía por las demostraciones de masas. Si hay terror, las masas no aparecen; por el contrario, si hay actividad

popular importante, los terroristas se retraen. En las vísperas de la huelga general decretada por SMATA para el 29 de mayo, en la Ciudad Universitaria se reunieron más de 9.000 estudiantes para discutir su actitud ante la huelga. Allí estaban todos los grupos, grupúsculos y microsectas de la izquierda y la ultraizquierda en sus incontables matices. También estaban aquellos que poco después se incorporarían al ERP o Montoneros, organizaciones desconocidas por entonces. Mientras que la mayoría de los estudiantes adhirió a la huelga decidida por los gremios obreros, todos los representantes de los grupos ultraizquierdistas, sin excepción, rechazaron tal adhesión, pues se trataba de una huelga declarada por «burócratas». La hostilidad jamás desmentida de los ultraizquierdistas hacia los obreros tenía una máscara social, muy habitual en América Latina: su repudio a los reformistas dirigentes obreros, calificados como burócratas.

A esto podría agregarse que tampoco partido político alguno pudo atribuirse la paternidad de los grandes acontecimientos, ni siquiera el peronismo, que asistió estupefacto a las espontáneas manifestaciones populares. Se comprende que los integrantes de los gobiernos de fuerza sean incapaces para evaluar la esencia de tales episodios que la historia pone bajo sus ojos. A diferencia de un gobierno elegido por el pueblo, donde sus miembros perciben por mil hilos invisibles el estado de ánimo del país (ya que gracias a tal percepción han llegado al poder), para funcionarios como Roth u Onganía —que desprecian a la política y a los políticos puesto que llegaron al gobierno por la violencia— la cólera de las masas se les aparece como algo satánico, sospechoso o indescifrable. Es propio de tales gentes sentirse aislados en el gobierno. Veamos que dice Roth:

Entrar en un gobierno significa siempre aislarse. Nadie que no haya pasado por la experiencia puede comprender el fenómeno, ni llega a entender cuán completo y total puede ser. Llega el momento en que se ignora el precio de una caja de fósforos, el valor de un boleto de colectivo y, más sensiblemente, lo que la gente piensa y siente²³⁷.

El cordobazo sepultó al régimen de Onganía. Pocos días después, el 4 de junio, renunciaba todo el gabinete. Al mismo tiempo, contra la opinión del nuevo Comandante en Jefe, Teniente General Lanusse, Onganía designaba al General Francisco Imaz, Ministro del Interior, en reemplazo del jurista Dr. Borda. Lejos de comprender que la explosión popular exigía otorgar concesiones a las aspiraciones democráticas de los argentinos, que desde 1955 habían sido excluidos de elegir a los candidatos de su preferencia, Onganía pretendía obsesivamente

endurecer aún más un régimen que ya había fracasado. Por el contrario, Lanusse y sus generales advirtieron claramente que la situación nacional podía tornarse peligrosa. Pero todo fue inútil:

La Revolución está sola. Las Fuerzas Armadas constituyen su único apoyo real y el Presidente no puede seguir sin escucharlas – reflexionó en esos días un general—²³⁸.

En tales circunstancias, Onganía pretendió relevar a Lanusse del comando del Ejército. Ya lo había hecho antes con el General Pistarini y con el General Alsogaray, comandantes anteriores. Pero en esta ocasión, presionado por otros altos jefes militares, volvió sobre sus pasos y revió su decisión.

Mientras tanto, un proceso profundo, sutil e irresistible se desarrollaba en la conciencia de la juventud civil y militar de las clases medias argentinas, en particular de aquellas pertenecientes a la «gente decente» o burguesía acomodada, sobre todo católica. El Comandante en Jefe del Ejército se informó con sorpresa que un grupo de Tenientes del Colegio Militar, inspirados por los Teniente Primeros Julián Licastro y José Luis Fernández Valoni, debatía la situación del país, leía «libros prohibidos» (es decir, literatura política y económica de inspiración nacional y crítica) y estaba hondamente impresionado por las expresiones populares del «cordobazo». Pero arrestar y ordenar el retiro del Ejército de tales jóvenes era más sencillo que modificar las ideas de miles y decenas de miles de hijos de la clase alta y media de origen antiperonista que bajo las conmociones sufridas por el país rompían espiritualmente con las creencias de sus padres.

No era extraña a esta crisis moral la vuelta en redondo de la Iglesia Católica desde el papado de Juan XXIII. Roma se había lanzado al camino de la evangelización del Tercer Mundo y redescubría el universo hispanoamericano. Para preservar su influencia religiosa en el Nuevo Mundo, los cristianos debían asegurarse la revitalización de su estructura eclesiástica mediante el distanciamiento de las viejas oligarquías y la identificación con los desposeídos y olvidados. Es difícil ignorar la crisis que tal viraje ocasionó en la juventud católica. Por otro lado, la revolución cubana y su postulación de una acción guerrillera como fórmula para una victoria mágica, que omitía la intervención de las masas en la resolución de su destino, puso de moda a la «revolución elitista». Esto convenía perfectamente a ciertos jóvenes de las clases acomodadas que procuraban la pureza terrestre y sufrían la sed de absoluto.

El hundimiento de la sociedad argentina tradicional, en suma, la pérdida de perspectivas en un país que tendía cada día a perder su soberanía y presenciaba

la emigración de parte de los científicos y técnicos, podían incluirse entre los factores que movieron a grandes sectores de las clases medias a derivar al peronismo y, en parte, al terrorismo, esto último apenas encubierto con el velo de «guerra larga» o «guerrilla».

En tales circunstancias, se produce el asesinato del secretario de la UOM, Augusto Vandor, el 30 de junio, en su propia oficina del sindicato. Un planificado asalto inmoviliza a los presentes en el local y permite a un grupo comando masacrar a Vandor. Su gestión lo había mostrado como un jefe sindical, notable maestro de la táctica, capaz de deslizarse por todos los matices de la lucha o la negociación, sin perder nunca el objetivo central de defender los intereses de los trabajadores. Era la personificación de todos los aspectos positivos y negativos de un dirigente sindical de excepción, y lo era en el más pleno sentido, desde implicarse en una conspiración militar para voltear al gobierno de Aramburu (1956) hasta adquirir armas en el momento crítico en que Frondizi coloca en la ilegalidad a los metalúrgicos. Corresponde decir, para no pecar de inequidad, que Vandor adolecía de la falla esencial y genérica del sindicalismo y de los políticos argentinos: Desdeñaba la búsqueda de una ideología nacional y revolucionaria. Practicaba un empirismo sistemático que cerraba a los trabajadores una visión integral de la problemática del país, que trascendiera las limitaciones de la pura reivindicación salarial.

Los grandes errores que cometió fueron de orden político, no sindical. Mientras Perón sufría el destierro, Vandor alimentó la ambición de transferir su poder gremial al campo de la dirección política del peronismo, lo que generó una crisis con el jefe del movimiento justicialista, que debió enfrentarlo en esa oportunidad. Pero la única palabra que sería inadecuada para describirlo es la de «burócrata». Por el contrario, era un gran hombre de acción. Para juzgarlo con justicia, debería agregarse que de los bienes que acumuló como el más reputado jefe gremial del país, da buena cuenta el hecho de que, al caer asesinado, su viuda debió trabajar como enfermera en un Policlínico de la UOM, para dar de comer a sus hijos. Sus asesinos se integraron más tarde a la organización terrorista Montoneros que según algunos disidentes (1979) disponía de 60 millones de dólares para derrochar, uniforme incluido, en la acogedora Europa de 1976. La viuda enfermera y el terrorista millonario constituyen una síntesis ejemplar.

«Revolución Libertadora» y «Revolución Argentina»

Vale la pena recapitular todo lo narrado para comprender sus causas profundas.

El 14 de julio de 1966 el general Onganía, asistido por los tres Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas (Teniente General Pascual Pistarini, Almirante Benigno Varela y Brigadier Mayor Teodoro A. Alvarez), daba a conocer el plan de gobierno, conocido como el Anexo III del Acta revolucionaria, así como el documento denominado «Políticas del gobierno nacional». En este último se cifraba la «filosofía» del golpe de Estado. La síntesis consistía en lo siguiente: «Impedir toda acción política que vulnere las finalidades perseguidas con la disolución de los partidos políticos»; «moralizar y jerarquizar la administración pública»; «reprimir severamente toda violación a los deberes de funcionario»; «neutralizar la infiltración marxista y erradicar la acción del comunismo»; «garantizar la libre empresa»; «la propiedad privada será considerada como un factor básico para la preservación de las libertades individuales»; en el orden económico, «al Estado le corresponde actuar supletoriamente»; organizar y poner en funcionamiento «un Sistema Argentino de Seguridad Social». Entre tales principios, dos puntos eran serios: «impedir toda acción política» y proteger «la libre empresa». Parte de ese programa había sido practicado por la «Revolución Libertadora»; pero la «Revolución Argentina» llevó hasta sus últimas consecuencias el programa implícito de aquélla. Sin embargo, cabe destacar una diferencia: si la «Revolución Libertadora» fue antinacional en el orden económico, como su sucesora, ésta añadió algo que el movimiento de Aramburu y Rojas carecía: fue marcadamente «antidemocrática». El golpe de 1955 contó con el apoyo de importantes sectores de la pequeña burguesía argentina, a cuyo sector ilustrado retribuyó por otra parte, con el restablecimiento de la autonomía universitaria. Gracias a ella, los estudiantes pudieron discutir a voces sus temas favoritos, pues disfrutaban del raro privilegio de ser libres en un país sometido. A las clases medias en su conjunto, la misma «revolución» de 1955 les ofreció la consulta electoral de 1957 (con la proscripción del peronismo). La «Revolución Argentina», por el contrario, no sólo prohibió «sine día» la acción política sino que reiteró una y otra vez la negativa a fijar un calendario electoral. Más aún, en vísperas de su derrocamiento, el César adusto declaró a los generales (29 de mayo de 1970) que su plan se extendería hacia un plazo de 10 o 20 años. No conforme con tal perspectiva, la autocracia militar destruyó el régimen universitario, apaleó profesores y científicos en la «noche de los bastones largos», estableció una rígida censura literaria y artística, transformó al Correo argentino en una Cámara de Incineración de libros peligrosos, estableció la ley contra el socialismo, el comunismo y el marxismo, y coronó su obra magna instituyendo, primero, la ley de residencia contra extranjeros (derogada por Perón) y luego, la pena de muerte.

¿No se trataba del mismo Ejército «democrático» de 1955? ¿Qué había ocurrido en definitiva? ¿Por qué causa la sociedad argentina había soportado en

silencio durante tres años los atropellos y extravíos del autócrata? ¿Tendrían razón los devotos de Ortega que vagaban ociosamente por los pasillos del Ministerio del Interior cuando decían que Onganía gobernaba «por consentimiento», que era el modo romano de gobernar? Y, finalmente, ¿de dónde provenía la inmensa cólera de las masas de Córdoba, de Tucumán, de Rosario, en suma, de todas las provincias, contra ese gobierno militar capturado por los agentes de los monopolios extranjeros?

La respuesta a esta pregunta es mucho más importante que la misma «revolución argentina», tan desmembrada hacia 1970, que hasta parecía indigna de la reflexión histórica.

El eclipse del Imperio Británico en el Plata

Cuando Onganía deja el poder en 1970, Pinedo ya era un anciano sentencioso que evocaba con nostalgia la hermosa época del patrón oro. Inglaterra hacía mucho tiempo que había dejado de figurar como la principal compradora de las carnes argentinas en Europa. Las grandes empresas de servicios públicos, de transportes o comunicaciones, fundadas por británicos, hacía más de dos décadas que pertenecían al Estado argentino.

Aquellas enormes tiendas de la calle Florida, que otrora importaban de Londres lociones y camisas para el lucimiento de los funcionarios ingleses del ferrocarril radicados en Adrogué o Hurlingham, ya habían quebrado o se disponían a vender. Por otra parte, esos altos empleados británicos ya no vivían en la Argentina. Los obreros o empleados socialistas de tales empresas habían muerto, se habían aburguesado o, lo que era mucho peor, se habían hecho peronistas.

El puñado de generales que elevó a Onganía al poder en 1966 no sabía (ni siquiera lo sospechaba), que la sociedad argentina había experimentado tales cambios. Mucho menos imaginaban que a la desaparición de la influencia inglesa en la Argentina sucedería el creciente poder de los intereses norteamericanos y de la burguesía europea en general. Muy pronto, sin embargo, los altos jefes y oficiales que pasaban a situación de retiro, advirtieron esas novedades, que les parecieron satisfactorias. Así fue que ingresaron en gran número a los directorios de las compañías extranjeras y oficiaron de intermediarios o comisionistas para la expansión de los negocios. Los pundonorosos militares que se habían rebelado contra Perón en nombre de la moral pública y privada, se convertían ahora en empleados altamente remunerados de empresas que hacían negocios con el Estado.²³⁹

La expresión «public relations», o los vocablos «executives» y «marketing», eran incorporados al lenguaje cotidiano de gerentes criollos, civiles o militares, que nunca habían pasado por el modestísimo «I am the pupil», ni tenían, por otra parte, el menor propósito de llegar a él. El desarrollo tecnológico ocupa el lugar del desarrollo económico y nuevos hábitos, costumbres más libres, corbatas de fantasía y seminarios con una estudiada retórica para minorías, son lanzados sobre una clase media que muy pronto ya no podrá consumir ni vocabulario, ni corbatas, ni semanarios. Esta «modernización» superestructural y semántica, es posterior a 1958 y alcanza su apogeo hacia 1966.

Los patrones estilísticos que habían sido impuestos por el Imperio inglés a la sociedad argentina, son sustituidos paulatinamente por otros, predominantemente norteamericanos. Hasta Borges visita con más frecuencia Estados Unidos que Inglaterra, lo que ya es decir bastante. Pero la presencia yanqui europea en el Plata no podrá reemplazar la sólida asociación entre la oligarquía terrateniente, la clase media litoraleña y el Imperio inglés, que había constituido el dispositivo político más perdurable de la sociedad argentina posterior a 1880. Esta alianza se fundaba en el carácter complementario de las economías anglo argentinas; por el contrario, la incompatibilidad clásica entre Estados Unidos y la Argentina, que se registra en la historia de nuestra política exterior a lo largo del siglo XIX y el siglo XX, obedecía a la naturaleza competitiva de ambas economías y, en consecuencia, a la balanza perpetuamente deficitaria que nuestro país sufría en relación al Imperio del Norte. Pero no solamente en las cifras del comercio exterior podían leerse los antagonismos y las coincidencias. Por las peculiaridades en las relaciones con Gran Bretaña desde fines del siglo pasado, se había formado un sector de la pequeña burguesía argentina que había elevado su nivel de vida mediante la extensión de la red ferroviaria, el sistema colonial de la explotación agraria y la estructura del comercio importador. Esa clase media situada en Buenos Aires, parte del Litoral, en cierto sentido parte de Córdoba y la llamada «pampa gringa», había obtenido del sistema anglo argentino los mismos beneficios que este sistema negaba al Interior criollo no exportador. Dicha clase media había elaborado sus ideales de cultura, santificado la escuela de Sarmiento y ritualizado la historia mítica con un personal docente relativamente bien pagado, con una burocracia del Estado respetable, con una aristocracia obrera de casitas propias, con sus Partidos Socialistas, sus aburguesados comunistas, sus Alveares, sus Borges, su democratismo formal, su aversión a las dictaduras militares y su admiración por las instituciones anglo sajonas. ¡Disfrutaba de ciudades como Buenos Aires, ciudades que podían compararse con las grandes capitales europeas!

Este sistema ha sobrevivido hasta hoy, pero está en ruinas. Ya estaba en crisis al caer Perón. Cuando las masas pequeño burguesas aclamaron su derrocamiento creyeron que había llegado el momento de volver a los felices tiempos de 1929. Por el contrario, la «Revolución Libertadora» no hizo sino ahondar esa crisis. Corresponde a la «Revolución Argentina» despojar a la verdad de su último velo.

El parasitismo oligárquico

La esencia de la crisis orgánica de la sociedad argentina resultaba ser la siguiente: para crecer económica y socialmente, la Argentina debía industrializarse. Pero esa industrialización se había hecho con el fruto de las exportaciones agrarias. A su vez, la producción agrícola y ganadera estaba detenida desde hacía largas décadas. Si en 1910 había 5 vacunos por habitante, en 1971 sólo se contaban 2 vacunos por habitante. Como el proceso de sustitución de importaciones, o sea la creación de nuevas industrias, no sólo ahorra divisas, sino que tiende a exigir las (por materias primas, repuestos, bienes de capital, tecnología, etcétera), el crecimiento de la economía argentina se encontraba estancado. El golpe mortal al viejo sistema lo asestó la organización de la Comunidad Económica Europea, con su feroz proteccionismo agrario. En lugar de ser complementario con la Argentina, como lo había sido durante un siglo, el Viejo Mundo se revelaba como el competidor más desleal.

Todos los economistas oligárquicos, burgueses o desarrollistas, sostienen actualmente que se impone desarrollar las exportaciones no tradicionales, o sea, exportar manufacturas. No les falta razón, pero se impone buscar el camino para pasar de 48 millones de cabezas de ganado a 150 o 200 millones, para iniciar el mayor proceso de exportación proteínica de la historia y encontrar en los mercados mundiales extraeuropeos los resortes de nuestra industrialización. Dicha reorientación del comercio exterior debe contemplar ante todo a América Latina, mediante convenios bilaterales de Estado a Estado. Hay que tender a soslayar el saqueo del intercambio desigual con el mundo capitalista avanzado. Todo lo cual supone la creación de una tecnología latinoamericana.

Del mismo modo que en el Uruguay, la crisis argentina se funda en el desnivel entre su crecimiento demográfico y el estancamiento de su producción exportable básica. En ambos países ha desaparecido la pieza maestra del sistema y toda la estructura se ha hundido: Gran Bretaña se ha retirado lentamente, desde la Conferencia de Ottawa, realizando pacientemente la proeza de crear su propia

ganadería, con la ayuda de sus dominios. La producción ganadera y agrícola argentina se había acoplado y modelado de acuerdo a la capacidad de absorción, gusto y sistema de comercialización de Gran Bretaña: el tipo de toro, el intermediario invernador, el sistema ferroviario, el frigorífico, el régimen de enfriado, los transportes marítimos, la plaza de venta en Smithfield y una red minorista en la capital del Imperio. Todo ese mundo es hoy una pura fantasmagoría que envía sus ecos de ultratumba con los jueces anuales en los certámenes de la Sociedad Rural.

Gran Bretaña había dejado de ser el «mejor cliente» y el regulador de todo el comercio de carnes. Pero la Argentina, a su vez, debió abandonar su rol de factoría exportadora de proteínas asociada al Imperio. Su renta agraria resultaba ya insuficiente para un país de 27 millones de habitantes que aspiraba a elevarse en la escala de la civilización. Allí debe buscarse la explicación de la irresistible decadencia financiera del Estado, de la inseguridad y fragilidad del sistema previsional y los quebrantos periódicos de la industria. Si se añade el aumento artificial del costo de la vida y el incremento desproporcionado del capital comercial, sólo restaría señalar el funesto papel de la intermediación parásita en la sociedad argentina. La fuerza motriz agraria funciona exactamente al 50% de su poder desde hace medio siglo. No sólo se muestra incapaz ya de alimentar a bajo costo al pueblo argentino, sino que no produce lo suficiente para crear la masa de divisas exigidas por el progreso de la industria. La experiencia prueba que la clase estanciera es insensible a los estímulos de mejores precios para aumentar la producción. Sistemáticamente destina esos beneficios a consumos suntuarios. La fertilidad pampeana la ha convertido en una clase estéril. Se distinguió siempre por una conducta rentística y no burguesa. Como la nobleza antigua, tenía un siervo. Pero en la Argentina, ese siervo era la productividad natural del suelo, y su fruto, la renta diferencial. Eso le bastó para toda una época.

La renta diferencial, que permitió levantar en 1900 los grandes palacios de la Av. Alvear, ha desaparecido con la formación de la Comunidad Económica Europea y su devastadora competencia. Fundada en la supertecnología agroganadera y los más descarados subsidios de las grandes potencias, esa competencia ha destruido una asociación secular.

Liberalismo y clase media

Es en el interior de este cuadro económico y social, que el grupo de generales encabezados por Onganía, completamente despreocupado de semejantes tonterías

y fantasías marxistas, ocupa el gobierno, y se dispone a esperar que Perón muera, al fin, de muerte natural. Pero la sociedad, tanto como la naturaleza, aborrece el vacío. En el proceso político que inician los generales, persiguiendo sus propios fines, se introducen los agentes de los intereses reales, o sea los agentes de las clases más antiguas y poderosas, nacionales y extranjeras, que infunden a ese proceso el contenido económico y social que les conviene.

No es debido a un puro azar que Mario Hirsch, dueño del paquete accionario de Bunge y Born, fuera el consejero económico de Onganía, el organizador de sus comidas de los lunes en la quinta de Olivos (iluminadas a la luz de candelabros y de riguroso frac) y el cicerone social capaz de pulir las rústicas maneras del franco soldado.²⁴⁰

La contrarrevolución iniciada en 1955 adquirió, a través de etapas diversas, contenidos diferentes; pero la etapa de Onganía permitió discernir que la política del imperialismo yanqui destruía y avasallaba sin piedad sectores que habían sido el fundamento de la antigua presencia inglesa en el Plata. Para consolidar su poder, el Ejército atacó frontalmente las ilusiones, las conquistas y las posiciones de la pequeña burguesía democrática, su Universidad y sus derechos políticos. La empujaba así, en cierto modo, a la misma trinchera en que había colocado a las masas peronistas desde 1955. En tales circunstancias, la oligarquía terrateniente y liberal decidió apoyar sin vacilaciones al despotismo militar.

Adquirió la convicción de que sólo el Ejército, mediante un régimen a la brasileña, podría garantizar su antiguo privilegio rural. Sólo debía entregar en cambio los restos de su liberalismo y los derechos políticos de las clases medias que le habían servido invariablemente de sostén contra los caudillos populares. La misma clase que había encontrado siempre en la pequeña burguesía a los dirigentes adecuados para teñir de progresismo su reaccionismo cerril (los Alfredo Palacios, los José Luis Romero y sus congéneres) perdió todo interés en esa alianza. Así, el científico Bernardo Houssay abandonó a las violencias policiales la suerte de la Universidad (que en tiempos de Perón se le antojaba sagrada). Puesta a elegir entre su liberalismo y sus vacas, la oligarquía prefirió estas últimas.

Tan sensible siempre a los daños que el cesarismo infiere a los valores del espíritu, Borges evidenció esta vez una indiferencia completa. Ni siquiera levantó la cabeza de sus investigaciones sobre el inglés medieval. Sus queridos estudiantes y sus amados profesores, que habían servido puntualmente a la oligarquía como tropas de choque para combatir a los caudillos nacionales (en 1930 contra Yrigoyen y en 1945 55 contra Perón) se encontraron con que ni *La Prensa* ni *La Nación* salían a defenderlos ni con un suspiro. Esto quería decir que la oligarquía libraba a su suerte a la clase media y se entregaba al poder del más fuerte, en este caso, el

brazo de los soldados. Inglaterra había partido para siempre y Estados Unidos, con sus inversiones industriales, sus banqueros o militares, no podía recrear en la sociedad argentina un sector de la clase media integrado y beneficiado con su poder imperial, como lo había hecho Gran Bretaña a lo largo de un siglo.

Corrupción en el régimen militar

A la dilucidación de la penetración extranjera en el aparato del Estado y la estafa sistemática a la economía por parte de «técnicos», «ministros» y «embajadores» venales, un antiguo funcionario del General Onganía ha realizado importantes contribuciones.²⁴¹

Si el Estado Nacional recobrara algún día la plena soberanía sobre sí mismo, podría realizarse una investigación a fondo. Con la ayuda de un equipo de historiadores y con fines de educación y formación cultural del país, podría estudiarse la colusión entre abogados nativos y empresas extranjeras, de empresas extranjeras y el Estado Nacional. Análogamente, de militares retirados y empresas extranjeras y, sobre todo, de los «técnicos apolíticos» que actúan como ministros en los golpes militares. En fin, de las relaciones entre militares retirados en actividad comercial y el Estado Nacional. Asimismo, podrían examinarse bien a fondo las relaciones invisibles entre el capital extranjero y la prensa llamada argentina, la publicidad comercial, la empresa extranjera y la prensa. Recién entonces podrían entenderse con fundamento documental muchos episodios de la historia argentina contemporánea.

Según el testimonio antes mencionado, durante la presidencia de Onganía se pusieron en evidencia, entre otros muchos asuntos inmorales e ilegales, los siguientes:

1) La intervención del Dr. Martínez de Hoz como abogado de las empresas extranjeras, propietarias del antiguo sistema de comunicación telegráfica por cable submarino, para oponerse a la construcción de la estación terrestre a fin de enlazar a la Argentina con el mundo por vía satélite. ¡Un modernizador!

2) La corrupción de los enemigos del Estado, que caen sobre Ferrocarriles Argentinos a hacer negociados y luego pontifican contra la ineficiencia del Estado para manejar sus ferrocarriles.

3) La relación entre altos oficiales de la Marina de Guerra y los capitalistas extranjeros interesados en destruir la Marina Mercante Nacional.

4) El disparatado despilfarro de la investigación científica del país en manos del tristemente célebre Premio Nobel Dr. Houssay otorgado gracias al

descubrimiento del Dr. Biassotti²⁴² que empleaba 1.000 millones (valor año 1967) en investigar el sistema nervioso de las cucarachas.

5) La negativa a investigar reiteradas estafas al Estado (evasión de divisas) de los frigoríficos extranjeros por parte del Ministro Krieger Vasena, del Presidente del Banco Central, Dr. Pedro Real, de embajadores y ex embajadores, etcétera.

6) La ineptitud –negligente y sospechosa– de la Cancillería argentina para defender el derecho a las 200 millas marítimas.

7) La intervención directa de la CIA en la protección de los intereses de Swift y su presión sobre funcionarios de la Presidencia.

8) El tipo de préstamos coloniales del Banco Interamericano de Desarrollo, que excluye expresamente a los ingenieros argentinos y los equipos proporcionados por el país, así como afecta a la soberanía del Estado.

9) La vinculación de Krieger Vasena con la Deltec y simultáneamente su oposición metódica a todo progreso de la empresa pequeña o mediana de capital nacional.

10) La confirmación explícita del Ingeniero Alsogaray como uno de los inspiradores básicos del movimiento de la Revolución Argentina (en estrecho contacto con su hermano el General) y redactor privilegiado del Anexo III que define los objetivos de dicho golpe militar.

11) El desarrollo monstruoso del poder financiero –local y extranjero– sobre la estructura de la producción, que alcanzaría, diez años más tarde, las proporciones de una catástrofe nacional.

Tal cuadro de la política económica y financiera del régimen de las Fuerzas Armadas en el Gobierno de Onganía no puede atribuirse exclusivamente a dicho gobierno. Directa o indirectamente, en mayor o menor proporción, es la herencia del poder extranjero que gravitaba sobre el país desde 1955.

Lanusse: maestro de conspiradores

La inquietud en el Ejército era inocultable. Un general al que se atribuían vagos contornos profesionales, el General Labanca, conspiraba. También corría el nombre del General Carlos Rosas, como inspirador de una corriente «nasserista» (por el líder egipcio Nasser) en el Ejército. Nunca faltaban ilusiones de ese orden en cierto tipo de nacionalistas. Después se descubrió que el General Rosas no era «nasserista» sino sionista. Pero eran más peligrosos los tenientes que los generales: leían. Después del cordobazo, el país había respirado profundamente ante el

inaccesible déspota, ignorante y ya desvalido. Entonces se precisaron los rasgos de otro general. Se trataba del General Alejandro Lanusse. En poco tiempo se reveló como el oficial con más perspicacia política de esa época. Percibió que las Fuerzas Armadas debían ser preservadas de la hostilidad que todo el país sentía hacia Onganía. Había que buscar una solución política, con la colaboración de los partidos tradicionales. En este punto tropezó con la obstinada resistencia de Onganía. Lanusse propuso al Presidente una reunión con 90 jefes militares – generales, almirantes y brigadieres – en el Estado Mayor Conjunto para explicar los puntos de vista del gobierno. Allí Onganía dijo:

La salida política de la Revolución Argentina estará en un todo de acuerdo con las tradiciones democráticas del país. Será con Constitución, Parlamento y partidos políticos. La duración del tiempo social que la precede no se vincula con plazos, sino con la obtención de los objetivos propuestos²⁴³.

La frase de que «no hay plazos sino objetivos» tendría una larga carrera en los golpes militares posteriores.

Lo curioso del asunto es que Onganía, aunque no sabía cómo ni con quién, quería transformar el país, mientras que Lanusse pretendía el poder para mantener una sociedad arcaica. De ahí su fuerza.

Pero Onganía estaba perdido. El cordobazo había demostrado a los militares que el famoso ordenador era el mayor creador de desorden que la República había tenido en años. Su descrédito fue total. Se lo miraba con desconfianza en todos los cuarteles. Las declaraciones del General Cándido López, después de retirarse del Comando de Institutos Militares, y los comentarios de «corte democrático» del General Alsogaray (relevado más tarde) indicaban graves disensiones en cuanto al acierto de la política de Onganía. Pero la catástrofe se produjo cuando Onganía se reunió con los generales el 27 de mayo. El Presidente expuso, ante la mirada fría de los jefes militares, sus neblinosas teorizaciones sobre la estructura del Estado y la sociedad, que ilustraba con numerosas pirámides, gráficos y dibujos que nadie lograba entender. El funcionamiento de todo el sistema recordaba al corporativismo de aparente cuño fascista. Lo que demostraba que el Presidente exploraba en la oscuridad un camino que no era justamente el de la partidocracia ni la farsa de un Parlamento corrompido. La tragedia consistía en la confusión íntima de Onganía, que era el jefe de la columna y ni sospechaba el rumbo.

Los generales se impacientaban:

¿Qué medidas habrá que implementar para hacer posible esa realidad?, preguntó el General Aguilar Pinedo.

–Los planes funcionan, si bien es cierto que valen más por ser sistemas que por los planes en sí– contestó enigmáticamente Onganía.²⁴⁴

El General Jorge Raúl Carcagno preguntó a Onganía en cuánto tiempo evaluaba la duración de todo el plan.

–Es un proceso muy largo. No se puede reestructurar la sociedad en diez o veinte años– respondió Onganía. Y agregó: –El tiempo lo darán las condiciones que se obtengan para lograrlo.

Los generales quedaron consternados.

En ese momento, según un admirador de Onganía, Lanusse cortó bruscamente la reunión, agradeciendo al jefe de Estado el tiempo que les había dedicado, con el propósito de impedir cualquier aclaración de Onganía que pudiese tranquilizar a los generales. Lanusse era un hombre de una intuición política incomparablemente mayor que la que podía exhibir la afligente mediocridad de Onganía. Y ya contaba con una larga experiencia de conspirador.

Todos se levantaron, no hubo aclaración y la sensación general fue que Onganía quería quedarse en el poder 20 años más. Los mozos, cargados de succulentas bandejas especialmente preparadas, se quedaron sin servir a nadie. Dos días más tarde se conmemoraba el Día del Ejército. Tres acontecimientos se sumaron para hacer recordar esa fecha. El primer aniversario del cordobazo, la fase previa del derrocamiento de Onganía, y el secuestro del General Aramburu. Onganía preguntó a Lanusse, en un intervalo del acto en el Colegio Militar, qué impresión había causado su exposición del 27 de mayo a los altos mandos. Lanusse resumió la situación diciendo:

Puedo ubicar, dentro de la amplia gama de los puntos de vista, a dos sectores: el sector de los generales que no entendieron lo que usted quiso decir y el sector de los generales que están en total desacuerdo con lo que usted dijo²⁴⁵.

Interrumpió el diálogo la noticia del secuestro del General Aramburu. Los acontecimientos se desencadenaron. En una reunión del Consejo de Seguridad convocada para el 1º de junio, Lanusse volvió a plantear al Presidente la necesidad de consultar a los partidos políticos. Era evidente que todos los planes de la Revolución Argentina, con la feliz ayuda de Krieger Vasena y la represión política, habían fracasado.

Onganía persistió en mostrarse escandalizado ante tamaña herejía a la Revolución Argentina:

Yo quiero saber si estoy en claro. ¿Usted dice que hay que llamar a los ex partidos políticos?». Lanusse reiteró su propuesta. Entonces, «el Presidente, totalmente irritado, buscó acosarme llevando las cosas a un terreno personal:

¿Me puede decir una persona para que yo me clarifique la idea? ¿A quién llamaría usted, por ejemplo? Nombre a una sola persona.

Lanusse evadió una respuesta abierta. A Onganía se le ocurrió la infortunada idea de encargar un plan o sugerencia política a los tres comandantes. Lanusse interpretó en su provecho la iniciativa y consideró que Onganía había reconstituido la Junta de Comandantes, con el poder que originariamente el trío había gozado. Con esta argucia, preparó el derrocamiento del jefe de Estado. El 5 de junio Onganía les manifestó a los Comandantes que de acuerdo a las coincidencias habidas con las tres Fuerzas Armadas en 1966, cuando fue invitado a asumir el poder, se reservaba el derecho de adoptar la política que considerara conveniente. De este modo, comunicaba que su poder era divino, que de nadie derivaba como no fuera del Altísimo y que se trataba de un poder sin control. Nada mejor podía escuchar Lanusse que semejante despropósito.

Mientras tanto, Onganía expresó que el secuestro de Aramburu «podía ser una maniobra política de sus partidarios», cosa que en medias palabras había deslizado el Ministro del Interior, General Imaz. Empezaron para Lanusse días febriles para ajustar el golpe contra su venerado Jefe. Se trataba de implicar en la conspiración a los Ministros civiles Cáceres Monié, (de Defensa) y Conrado Etchebarne (de Justicia) y ajustar todas las piezas formadas para asegurar a sus generales que no había otro remedio. En este tipo de maniobras, el General Lanusse era un tigre, un verdadero político florentino.

Por lo demás, la rigidez de Onganía, su impermeabilidad, había sido objeto de la admiración embobada de sus subordinados durante cuatro años. Pero, de pronto, descubrieron que su oído político era tan malo que interpretó la explosión de Córdoba como el silbido de un jilguero. Esta rigidez obtusa venía a pedir de boca a Lanusse. Horas antes del golpe, el Comandante en Jefe dijo al Presidente en la reunión posterior del Consejo de Seguridad, refiriéndose a su galimatías semicorporativo:

Debo confesar al Señor Presidente que no consigo entenderlo y que, en realidad, no logro entender prácticamente nada de todo lo que explica²⁴⁶.

El 8 de junio estaba prevista una reunión de los Comandantes en Jefe con Onganía. Pero esta reunión no llegaría a realizarse. El Comandante de la Marina, Almirante Gnavi, citaba a las 9.30 a los Almirantes y Lanusse a las 9 horas a los Comandantes de Cuerpo y generales de división. Al mismo tiempo Onganía inauguraba un Panel sobre Recursos Hídricos en el Banco Municipal. Allí se enteró que la Marina y el Ejército se habían sublevado. Las radios transmitían un comunicado de Lanusse indicando que las Fuerzas Armadas no estaban dispuestas a firmar otro «cheque en blanco» al Presidente, como en 1966. El sistema de poder de la Revolución Argentina había estallado.

Onganía ordenó al Regimiento de Granaderos a caballo aprontar las armas y disponerse a resistir. El golpe había tomado por sorpresa al gran estratega. Como uno de sus méritos había sido restablecer la verticalidad de mandos, enseñar al Ejército las normas «profesionales» que habían olvidado en la demencia facciosa de la lucha contra el peronismo, esta vez el sistema funcionó contra el mismo restaurador. Ningún Comandante ni Segundo Comandante escuchó sus pedidos de auxilio. Al fracasar políticamente, después de cuatro años de poder absoluto, el Ejército le volvió las espaldas. Ni las palabras balsámicas de su confesor, el jesuita Castex, lo persuadieron a renunciar. Así pasó, hora tras hora, un largo día. La Casa de Gobierno fue incomunicada y cercada. Pero Onganía se negaba tercamente a presentar su dimisión. Sólo lo haría al ver «las tropas desplegadas», dijo a Castex.

La noticia había ganado la ciudad y un aire alegre se percibía en las calles. Unos cuantos cientos de curiosos se agrupaban ante la Casa de Gobierno comentando los acontecimientos. Adentro, los funcionarios de la Presidencia devoraban su último almuerzo por cuenta del Estado con redoblada gula, según

recuerda con nostalgia uno de sus comensales. Inapetente, el dictador sin dictadura borroneaba su renuncia. A las 23,37 horas del 8 de junio, Onganía entraba en el despacho del Ministerio de Defensa, donde lo esperaban los tres Comandantes. Al parecer, literalmente les arrojó el sobre a la cara, después de «enfrentarnos duramente», según dice Lanusse.

El «Economic Survey», semanario económico, vocero del gran capital extranjero, escribía esa semana:

«Con la salida del Teniente General Juan Carlos Onganía, la Nación ha perdido, sin duda, un gran Presidente».

Se vivía una época en que no había juez más autorizado que el interés foráneo para evaluar a un Presidente de la Argentina.

Levingston: el segundo presidente

Los Comandantes se consagraron en los días siguientes a buscar un Presidente. Finalmente la elección recayó en el General Roberto Levingston, agregado militar en Washington y oficial de Informaciones. El mérito fundamental que le encontraron a Levingston los Comandantes que lo eligieron para el cargo, consistió en que no había vivido en el país en los últimos años y que, en consecuencia, no se había hecho de enemigos en las Fuerzas Armadas. Tales virtudes negativas de poco le sirvieron en los siete meses que permaneció en el cargo, si se tiene en cuenta la cantidad de adversarios que logró acumular en tan poco tiempo. Esto último habla en su favor. Pues el restablecimiento de la autoridad de la Junta de Comandantes, como «fuente de poder», superior al Presidente, originó fricciones que concluyeron con su derrocamiento.

Levingston evidenció muy rápidamente que no se sentía cómodo en su condición de subordinado de la Junta. Realizó varias tentativas para sacudir ese yugo. Peor aún, de algún modo recordó a Onganía, cuando se comprobó que no tenía intenciones claras ni próximas de convocar a elecciones.

En su discurso a las Fuerzas Armadas en la comida tradicional del 7 de julio, el Presidente Levingston anunció que para cerrar la etapa de la Revolución Argentina, se imponía antes concluir importantes obras de infraestructura. Todos los interesados en los asuntos políticos olfatearon que el Presidente no tenía el menor propósito de aligerar el sillón de Rivadavia a breve plazo.

Un acontecimiento trágico se hizo público el 16 de julio. En un sótano de una estancia semiabandonada de Timote, en la provincia de Buenos Aires, apareció el

cadáver del General Pedro Eugenio Aramburu. Había sido secuestrado y asesinado, luego de una parodia de «Juicio», por una banda desconocida que se hizo célebre más tarde y que empleaba un nombre ilustre de la guerra civil en la Patria Vieja: Montoneros. Pero no tenían nada de Montoneros.

Los terroristas

Un golpe de mano llevado a cabo por los miembros del grupo Montoneros en La Calera, en la provincia de Córdoba, condujo a la detención y procesamiento de muchos de ellos. Eran ex liceístas de colegios militares, dirigentes universitarios católicos, nacionalistas de extrema derecha, de simpatías fascistas. Todos ellos estaban vinculados con sacerdotes o habían contado con la colaboración de sacerdotes para la preparación del secuestro del General Aramburu. Algunos eran frequentadores de la Casa de Gobierno o de la Subsecretaría Legal y Técnica de la Presidencia. Pertenecían a la «gente decente», la clase media alta o burguesía respetable de provincia. El terrorismo de Montoneros contaba con fuertes simpatías iniciales en altos círculos del gobierno de Onganía, afirma el General Lanusse en sus memorias ²⁴⁷.

Descubierto el cadáver de Aramburu, el coronel Juan Francisco Guevara, diplomático de Onganía e inspirador del grupo ultraderechista «Verbo» declara: «No se puede establecer quiénes son los responsables sin pruebas concluyentes». Intenta derivar la responsabilidad del crimen sobre los liberales: «Los jóvenes señalados por la policía como ejecutores del hecho... (son) católicos de comunión y misa regulares».

Un sacerdote elogia al Padre Carbone que «reconcilia al mundo obrero con la Iglesia» y se refiere a aquellos jóvenes diciendo que son «hijos de militantes de comandos civiles»²⁴⁸.

Comenzaba con ese crimen un período que se prolongaría a lo largo de una década. La acción terrorista (grotescamente llamada «guerra», «guerrilla» o «lucha armada») Haría correr ríos de sangre en la Argentina. El pueblo argentino pagaría con miseria y dolor sus efectos. Pero si se considera más de cerca el crimen cometido en la persona de Aramburu, el análisis muestra sugestivas conclusiones. El grupo Montoneros, al ser descubierto, proclamó su condición de «peronista». Explotará esa denominación aún en los momentos en que su acción contra Perón y el peronismo en el poder adquiere mayor encono. Se trataba de un caso de usurpación manifiesta de identidad política.

En la memoria popular la figura de Aramburu era mucho menos repudiada que la del Almirante Rojas. Ambos habían sido las dos principales figuras políticas de la Revolución Libertadora. Aunque la responsabilidad global por las acciones de dicho golpe difícilmente podían ser eludidas por Aramburu, las circunstancias llevaron a que el ex Presidente asumiera la línea «blanda» y Rojas la línea «dura». Por ese motivo, mientras que Aramburu sostuvo la necesidad de entregar el poder a Frondizi, se atribuía a Rojas la posición «quedantista». En relación con los excesos represivos de la Revolución Libertadora, Rojas era su aborrecida encarnación a los ojos del pueblo.

En los años posteriores a 1958, Aramburu comenzó una actividad política que lo llevó a formar una agrupación llamada UDELPA (Unión del Pueblo Argentino) y se presentó como candidato a la Presidencia en las elecciones de 1963, alcanzando algo más de un millón de votos. Una larga experiencia política y militar lo había alejado de sus posiciones crudamente liberales. Juzgaba que la causa principal de la inestabilidad política se debía a la proscripción del peronismo. Cuando fue secuestrado, Aramburu procuraba llevar a la Revolución Argentina a una solución que contemplara una reconciliación del Ejército con el peronismo. Algunas fuentes sostienen que ya estaba en relación con el General Perón. En otras palabras, postulaba una fórmula parecida a la que exhibiría luego Lanusse. La influencia de Aramburu en el Ejército era considerable. Era voz corriente en la época que Aramburu era el candidato para ocupar la Presidencia en reemplazo de Onganía, rol que desempeñaría, por su muerte, el General Roberto Levingston.

Por esa razón circularon versiones en el sentido de que los servicios secretos de alguna repartición del Estado habrían implicado en una amalgama criminal a algunos miembros del grupo Montoneros. No esclarecido el punto, y muertos todos los miembros que pertenecían a ese grupo en 1970 (menos Firmenich) nadie podrá dudar, al menos, de la aptitud para el secuestro y el asesinato demostrada luego por dicha organización, con o sin servicios secretos. Examinaremos más adelante el origen social y las causas profundas del terrorismo, que hace su aparición en la Argentina al comenzar la década del '70²⁴⁹.

Levingston contra los monopolios

Casi inmediatamente después de asumir el gobierno, el General Levingston sufrió un ataque de ansiedad. La embriaguez del poder se apoderó de él y comenzó a alejarse rápidamente de los controles y consultas que le exigían los celosos

Comandantes de las Fuerzas Armadas que lo habían designado Presidente en un casino de la Fuerza Aérea y sin gasto electoral alguno.

Levingston comenzó por pelearse con casi todos los ministros que había nombrado por sugestión de los Comandantes y a elegir su propio gabinete. Naturalmente, el primer gabinete de Levingston era un mosaico de tendencias y colores políticos muy diversos. Encarnaba la confusión política de los Comandantes y el atolondrado deseo de una «armonía» sincrética de los valores más opuestos. Así, el Ministro del Interior era el Brigadier Eduardo Mc Loughlin, partidario de una salida política inmediata, mientras que su Subsecretario, amigo de Levingston, era Enrique Gilardi Novaro, de perfil nacionalista conservador que no quería ni oír hablar de elecciones.

De otro lado, el Ministro de Economía era Moyano Llerena, un técnico favorable al capital extranjero y de Pablo- Pardo, un ex nacionalista de derecha, se desempeñaba como Canciller. Un «desarrollista», José Rafael Cáceres Monié, era Ministro de Defensa. También había un Subsecretario de Trabajo que era peronista, el ex diputado Juan Alejandro Luco. Era realmente difícil marchar adelante con este gabinete. Al mismo tiempo, Levingston difería todo proyecto político de apertura. Declaró públicamente que la

disolución de los partidos concretada por la Revolución Argentina es, para este gobierno, una decisión irreversible.

Sin embargo, tendía sus líneas con sigilo para arrebatar figuras de segundo orden a todos los partidos y conformar una fuerza propia. En su búsqueda de programa para enfrentar a los Comandantes, lanzó la idea de la «Revolución Nacional» y una denuncia a los monopolios. Esto ya resultaba muy interesante. Pero las únicas adhesiones provinieron de Oscar Alende y de Celestino Gelsi, ex frondizistas, que concurrieron alborozados a la Casa de Gobierno a prestar su adhesión al Presidente. Como en el caso de Onganía, el gobierno de Levingston «tenía algo». Algo de nacional, algo de trastornador, en suma, algo que, si desiguilaba al «establishment», no podía ser malo.

Pero, como Perón y el peronismo no entraban en los planes sutiles de Levingston, ni tampoco las Fuerzas Armadas que, bajo la presión del imperialismo como casi siempre, veían con alarma la demora en reabrir la vida política, resultó muy claro para todos el carácter utópico de una «Revolución Nacional» desprovista del apoyo del Ejército y del peronismo. Para tomar un solo ejemplo, veamos el estilo de Levingston. Al referirse a Perón y al plan político que le pedían los Comandantes, declaró:

El Plan Político de la Revolución Argentina tendrá como objetivo pasar por encima de las estructuras antiguas. En repetidas oportunidades he dicho que el honor nacional exige que la historia argentina se realice en el territorio argentino.

Levingston se refería a su negativa a celebrar negociaciones con el General Perón, residente en España. Este forzado rasgo de curioso patriotismo de Levingston exhibía un aspecto ridículo y hasta malvado, si se considera que Perón estaba expatriado por la violencia e impedido por la fuerza de regresar al país. El Presidente desechó de modo tajante todo acuerdo con Perón:

Ese tipo de pactos quedará para otro tipo de personajes que corresponden a una Argentina que, creo yo, las circunstancias históricas han dejado atrás.

Con tales cuchilladas a diestra y siniestra, Levingston comenzó a pronunciarse contra los partidos políticos de la Hora del Pueblo. Esta conjunción no electoral había sido prohijada por Balbín y Perón para presionar a las Fuerzas Armadas a fin de que abrieran la vida política y llamaran a elecciones. En cierto momento, Levingston acentuó su agresividad. Llegó a hacer callar a gritos, en una comida celebrada en la residencia presidencial de Olivos, al propio Comandante en Jefe del Ejército. Su «inestabilidad emocional» llegó a ser un valor entendido en los altos mandos. Comprendieron que, una vez más, se habían equivocado. Escenas escandalosas se sucedieron cuando Levingston pidió la renuncia al gobernador de Córdoba, Bernardo Bas, y lo reemplazó por el Dr. José Camilo Uriburu. Era un nacionalista vociferante, modelo 1930, de temperamento gemelo al Presidente, siempre propenso a espantar a sus públicos.

El nuevo gobernador tardó muy poco tiempo en suscitar otro levantamiento popular en Córdoba conocido como el «viborazo». Esto se debía a que en la Fiesta del Maíz, Uriburu pronunció un discurso enfático y amenazante prometiendo a Dios cortar de un solo tajo la víbora del comunismo que arraigaba en su virtuosa provincia. Al fin y al cabo, todo el país estaba ansioso de reír, después de años de tribulaciones. La prensa tomó en broma a Uriburu. Pero las manifestaciones hostiles se sucedieron contra él. Debió tomar intervención el Ejército, que pidió la destitución del imprudente gobernador.

El poder militar había reducido al silencio y a la inacción a la clase obrera. Si en 1966 se perdieron 1.912.826 jornadas a causa de huelgas (aunque hay que

aclarar que se perdieron 1.542.933 jornadas en los primeros seis meses, o sea, antes del golpe de Onganía), la cifra bajó en 1967 a 244.844. En 1968 las huelgas aplastadas por la dictadura militar sólo ocuparon 23.500 jornadas perdidas por movimientos de lucha. Por otra parte, el breve intervalo de Levingston presenció una tentativa de las fuerzas del empresariado nacional para ocupar posiciones en la crisis. El Ministro Ferrer aprovechó ese lapso para reorientar el crédito hacia la industria nacional, dictar la Ley Compre Nacional y adoptar otras medidas protectoras. El gigantesco poder de compra del Estado era entendido acertadamente por Aldo Ferrer como una palanca de crecimiento de la empresa privada nacional y como un factor de modernización tecnológica.

Al mismo tiempo, disminuía los créditos bancarios a Bunge y Born y rehusaba créditos a la firma inmobiliaria Lanusse y Cía., primos del Comandante en Jefe. Tales medidas no eran suficientes para alentar el apoyo popular, pues Levingston se negaba a toda apertura democrática y a mejorar el nivel de vida de los trabajadores. Al mismo tiempo el Presidente reprochaba a Lanusse no haber reprimido las manifestaciones populares durante el «viborazo» de Córdoba. Un nacionalismo más bien retórico, sin obreros y sin Ejército, sin clase media ni democracia, no tenía futuro.

La opinión pública, el pueblo y los partidos, estaban, al fin, hastiados ante la ceguera política de las Fuerzas Armadas. En una entrevista periodística, Balbín comentaba irónicamente:

El titular del Poder Ejecutivo actual, lo primero que dijo al llegar es: no tan pronto. Y eso lo repite después en la cena de los oficiales. Ahora, con más claridad, nos hablan de cuatro o cinco años, sin decir desde cuándo se cuenta. Y cada vez aparecen nuevos objetivos. Cuando llegan al poder dan unos objetivos de la Revolución y ponen un Ministro para que cumpla esos objetivos. Después ponen otro Ministro y empiezan otros objetivos. El plazo no sé si empieza con el primer objetivo, con el segundo o con el tercero.

Las rencillas personales, las intrigas de Palacio o de Comando, las idas y venidas de unos y otros, las zancadillas que se practicaban entre sí el Presidente Levingston y el General Lanusse, no tenían fin. Su relato, detallado y asombroso, se registra en las ya mencionadas memorias de Lanusse. Si el general Levingston se resolviera a redactar las suyas, seguramente el historiador poseería una versión

más completa de las intimidades del agitado período. La prensa del año 1971 documenta muchos de tales episodios, que dejaban al pueblo soberano al margen de las decisiones. Tales incidentes merecen una página de la historia exclusivamente como demostración acabada del desconcierto que dominaba a los generales hacia 1970.

El epílogo era previsible en forma y fondo, tan claro y a la vista había sido el prólogo. El lunes 22 de marzo, el Presidente Levingston conferenciaba con los Comandantes en un despacho de la Sala de Situación de la Casa de Gobierno. Había citado, a la misma hora, al General Cáceres Monié, quien aguardaba en antecorredor. En un momento determinado de la reunión, Levingston destituyó a Lanusse como Comandante del Ejército. Lo hizo arrestar por el General Rivera, Jefe de la Casa Militar, que lo condujo a su despacho. Entonces, «el inestable emocional», aunque apicarado Presidente, hizo pasar al General Cáceres Monié y lo designó allí mismo Comandante en Jefe. Ni bien Cáceres Monié salió de la Casa de Gobierno, transmitió un comunicado por radio diciendo que «se hacía cargo del Comando con el exclusivo propósito de entregarlo al General Lanusse», luego de consultar con los otros Comandantes en Jefe y los Generales de División. Fracasada la maniobra de Levingston y liberado Lanusse de su arresto, se reunió a las 2 de la madrugada del martes 23 de marzo con los Comandantes de las restantes fuerzas. Asumieron el gobierno del país, destituyendo al General Roberto Levingston. Comenzaba el «tercer round» de la Revolución Argentina. Pero la «Revolución» era una ilusión óptica: ya estaba muerta y enterrada hacía mucho tiempo.

EL RETORNO DE ULISES

La ruptura de la pequeña burguesía con la oligarquía liberal parecía incubar consecuencias políticas incalculables. Pues las jornadas de Córdoba, al confundir en la lucha contra el cesarismo oligárquico a trabajadores, empleados, estudiantes, vecinos y pequeños burgueses de los más variados estratos, planteaba el más peligroso de los interrogantes sociales de nuestra época. Tanto la oligarquía como el imperialismo veían crearse en las calles la unidad profunda del pueblo argentino, invariablemente dividido en el siglo XX. Los episodios de las rebeliones populares en provincias, en que intervienen las masas populares sin divisas partidistas, indicaban que los últimos quince años de retroceso tocaban a su fin y que en las profundidades de la conciencia colectiva se concebía una respuesta que infundiría el más intenso temor en el espíritu de los mandos militares.

Por marginar al peronismo de la vida política argentina, las Fuerzas Armadas se habían convertido en el instrumento de los más oscuros intereses antinacionales, que medraban con la miseria y la impotencia de la República. Pero esa política conducía directamente a la guerra civil, y ese camino encerraba peligros impredecibles. Esta convicción decidió la caída de Onganía y de Levingston. Al asumir sus funciones el tercer presidente de la «Revolución Argentina», los generales habían comprendido que debían negociar con Perón. Pero dicha negociación estaba erizada de dificultades. Nacida en esta incertidumbre fatal, la Presidencia del Teniente General Lanusse protocoliza el fin de una época.

Lanusse llegó al poder persuadido que la sedición militar de 1966 había agotado sus últimas posibilidades. El Ejército debía abandonar el poder. Toda la cuestión residía en garantizar dos exigencias esenciales:

- a) Preservar al Ejército de la indignación popular.
- b) Impedir la elección de Perón.

El nuevo Presidente fue convencido por sus consejeros de que era preciso llegar a un acuerdo con Perón. Así nació el GAN. En realidad, el Gran Acuerdo Nacional, concebido poco después de caer del poder Levingston, perduró hasta

el mes de junio de 1972, y el creador del proyecto original había sido el General Aramburu. Según todos los testimonios, esta idea le costó la vida.

Se trataba de pactar con el General Perón un compromiso para que, a cambio de una reivindicación histórica de su persona, de la devolución de sus bienes y de la legalidad del Partido Peronista, el jefe del gran partido civil apoyara públicamente la candidatura a Presidente constitucional del jefe del partido militar, esto es, del propio General Lanusse. Reunidos en el balcón célebre de la Plaza de Mayo, ambos generales anunciarían, con un abrazo ante el pueblo, el fin de la discordia argentina y la definitiva reconciliación de las Fuerzas Armadas con el movimiento proscrito.

Desde marzo de 1971, esta política fue impulsada por el delegado de Perón, Jorge Daniel Paladino, y el Ministro del Interior, el radical balbinista Arturo Mor Roig, pues como ya era una costumbre, los radicales éticos habían logrado introducir a uno de los suyos como Ministro del Interior de la dictadura. De acuerdo a esta línea, se legalizaron los partidos políticos, anteriormente disueltos por la dictadura militar. Las visitas de enviados de Lanusse a la residencia de Perón en Madrid fueron incesantes y constituyeron el más curioso espectáculo político que el país presenciaba desde hacía mucho tiempo. Simultáneamente, la ola de terrorismo político iniciada bajo el gobierno de Onganía proseguía su demencial ciclo.

Terrorismo y revolución

Diversos grupos FAR, Montoneros, FAP, ERP y otros desarrollaron una actividad múltiple: asaltos de bancos, secuestros de empresarios, eliminación de militares y policías, expropiación de camiones con carne, leche, juguetes, etc. El secuestro y asesinato ulterior del General Aramburu, del General Juan Carlos Sánchez, del Teniente Asúa, del industrial italiano Sallustro, el asalto al Banco Nacional de Desarrollo, etc., impregnaron de violencia e intensidad trágica la vida argentina del período 1970-1976, que se prolongó, ya bajo la dictadura militar, hasta 1980.

Se trataba de grupos de diversas tendencias políticas –de origen nacionalista católico o izquierdistas en general– que al romper con sus organizaciones anteriores pasaban a la clandestinidad y a la acción armada. Conservaron, en algunos casos, una reminiscencia terminológica con el marxismo o el nacionalismo. Pero en los hechos habían roto categóricamente con su pasado. La crisis económica y social que sumerge en su profundo seno a sectores de la pequeña burguesía otro-

ra católica, demo liberal o izquierdista, arroja a estos grupos al nihilismo. Sus miembros han perdido la fe en los valores de la sociedad oligárquica; el Ejército ha pisoteado, ante el silencio de la oligarquía, los ideales de cultura y las ocasionales libertades democráticas. Por este proceso disolutivo, la clase media desata su cólera a través de la furia destructiva de algunos de sus hijos más resueltos. Al matar a algún gran empresario, la pequeña burguesía venga, de algún modo, la bancarrota de la empresa modesta (16.000 capitalistas pequeños o medianos quiebran durante los seis años de dictadura militar) y al asesinar a Aramburu, en cierta manera, juzgan sangrientamente las viejas creencias de sus padres²⁵⁰.

Este parricidio político afecta profundamente a los grandes núcleos de las clases medias que habían aclamado a la Revolución Libertadora en 1955 e introduce dudas profundas en su vacilante justificación retrospectiva. Los héroes de dicha restauración, que tan graves consecuencias produjo a la sociedad argentina, eran dos: Aramburu, secuestrado por jóvenes que procedían, por familia, del aramburismo; y el Almirante Rojas, reducido año tras año a la fidelidad de un puñado de amigos, que se reúnen sombríamente bajo las columnatas de mármol de la Recoleta, a conmemorar una fecha desacreditada por la historia. Cada vez son menos los que se cobijan bajo el peristilo.

El empleo del lenguaje militar en los grupos terroristas y su persistente ilusión de que militaban en una «guerra popular», no pudo ocultar el hecho de que una guerra o una guerrilla son incomparables con grupos urbanos (o rurales) que actúan al margen del movimiento de masas. No puede considerarse seriamente como «trabajo de masas» de los grupos armados, el filantrópico reparto de leche o las arengas ante obreros de una fábrica bajo la protección de una metralleta. La lucha armada brota de una sociedad encendida por una guerra civil o una guerra nacional: las operaciones de Martín Güemes en Salta contra los godos, Rusia en 1905, China en 1931, Vietnam en 1954. Pero nunca, ni en parte alguna del mundo un grupo insignificante, ni siquiera un partido considerable, han podido decretar la lucha armada a espaldas de la situación económica y política de una sociedad real. Esta lucha armada «sui generis» sólo tiene un nombre, muy viejo: terrorismo.

La ejecución de un personaje importante, o que se supone importante mediante un atentado espectacular que polariza la atención pública por un momento, demuestra que sus autores no poseen nada en común con el socialismo que afectan profesar. Un acto semejante se funda en el supuesto erróneo de que la sociedad capitalista reposa sobre tales personajes y no en clases sociales cuya aptitud para reemplazarlos instantáneamente por otros análogos ha sido demostrada en todos los países y todas las épocas donde el terrorismo ha dejado su sangriento rastro: en la Rusia de los zares, en la España de Alfonso XIII, en la Francia del

anarquismo finisecular y, para no ir tan lejos, en la Argentina de Radowistky y Durruti. En dicha época no se hablaba de «lucha armada» sino de «acción directa». La denominación ha cambiado pero el «método» es tan arcaico como estéril.

La moral revolucionaria fundada en la abnegación individual y en el papel absoluto que la integridad personal desempeña en la revolución, es de modo característico una ideología mística. Mediante tal operación psicológica, la pequeña burguesía se eleva sobre la sociedad materialista y pretende superar el egoísmo de las masas, sumidas en su rutina. El terrorismo viene a resultar nítidamente un ideal aristocrático llevado a su fase heroica. En la Argentina del período que consideramos, contribuye a reforzar el aparato represivo, a despertar el contraterrorismo de los servicios especiales ligados a las fuerzas de seguridad y a inducir a la pasividad a la clase obrera. Sólo el hecho de que la lucha de masas iniciada en Corrientes, Rosario y Córdoba en 1969 alcanzase un vuelo tan notable, limitó los factores de desmoralización en las filas revolucionarias, que habitualmente genera el atentado terrorista y lo confinó a su verdadero papel: el de síntoma incoherente y trágico de la sociedad oligárquica moribunda.

Lo increíble era cotidiano. Bajo un régimen militar, dirigentes de un supuesto Ejército Revolucionario del Pueblo, encapuchados y armados, realizaban una conferencia de prensa el 22 de agosto en Tucumán. Dijeron al periodismo que «si hay elecciones y gana el peronismo, será el peronismo de Paladino y Rucci y por su trayectoria sabemos que son dirigentes vendidos». Pero diferenciaban a este peronismo de la FAR, FAP y Montoneros que «son organizaciones hermanas».

Con respecto a Perón dijeron: «A Perón lo aceptamos si viene a luchar por el pueblo. Si no, que se quede donde está». Con respecto al gobierno del General Torres, en Bolivia, calificaron a este de «burgués». La estrategia del ERP frente a las elecciones «no está definida», dijeron. Depende de la «concientización de las masas».

El ERP no disimulaba su repulsa al peronismo y la expresaba abiertamente. Lo más claro de su sigla es que no era un ejército, no era revolucionario ni había pueblo entre ellos^{249bis}. En cuanto al «burgués» General Torres fue derribado por militares bolivianos al servicio fiel del imperialismo y asesinado luego en Buenos Aires por agentes del mismo origen.

El Beagle y Lanusse

Lanusse compuso un gabinete a la imagen y semejanza de la desorientación que prevalecía en el Ejército. Como el embrollo de la economía, heredado de

Onganía y Levingston, no conseguía aclararse en la cabeza de los generales, se les ocurrió la extraordinaria idea de suprimir el Ministerio de Economía, expediente que se les aparecía como la supresión de todos los problemas. Distribuyeron las responsabilidades y tareas de un solo Ministerio entre varios. Así, en el Banco Central ejercía la Presidencia el Dr. Ricardo Gruneisein, «monetarista» ligado a las financieras privadas y expresión del liberalismo improductivo.

En una orientación más nacional, figuraban otros «desarrollistas»: el Dr. Juan Quilici, Ministro de Hacienda y el Dr. Aldo Ferrer, Ministro de Obras y Servicios Públicos, así como el CONADE y el Estado Mayor Conjunto. Pero parecía que el amigo de los especuladores, Gruneisein, tenía él solo bastante fuerza para resistir la «pulseada» contra todos los demás. Lanusse no sabía hacia quién inclinarse.

En Relaciones Exteriores, el cada vez más desteñido «nacionalista» Luis María de Pablo Pardo (de esos nacionalistas amigos de Inglaterra de que hablaba Raúl Scalabrini Ortiz) se disponía a perpetuar su nombre por décadas al imprimir un absurdo giro a las negociaciones con Chile sobre el Beagle. En efecto, el gobierno de Lanusse cedía a la Reina de Gran Bretaña el papel de árbitro para resolver el diferendo territorial. Como Inglaterra usurpaba desde hacía más de 100 años el archipiélago de las Malvinas, no parecía ser el juez más imparcial para resolver con equidad un conflicto de límites con un país hermano de la Argentina. El 22 de julio el arbitraje se anunció simultáneamente en Buenos Aires, Londres y Santiago de Chile. Sus consecuencias llevaron a Chile y a la Argentina al borde de una guerra, diez años más tarde.

Sin embargo, ni el Beagle, ni la crisis económica, eran las preocupaciones dominantes de Lanusse. Estaba obsesionado por llegar a un acuerdo con Perón, es decir, por lanzar su propia candidatura a presidente constitucional.

El inesperado curso de la situación encontró a Perón dispuesto a escuchar. Su amarga ruptura con el Ejército, que había sido su base original de poder y en verdad, su auténtico partido, se prolongó más de 18 años. Parecía haberse abierto un abismo infranqueable entre ambos. Pero las entrevistas del Coronel Francisco Cornicelli, enviado por Lanusse a Madrid, permitieron avanzar en la apertura de las negociaciones. La devolución de los restos de Eva Perón, que atravesaron la mitad de Europa, en lúgubre peregrinaje hasta Puerta de Hierro, en Madrid, el reintegro de los sueldos adeudados al ex Presidente lo mismo que su grado militar, el definitivo cierre de los 27 procesos judiciales infamantes abiertos desde 1955 contra Perón, fueron hechos que anunciaban un acuerdo inminente.

El inesperado idilio entre el régimen de Lanusse y el ilustre exiliado, ofrecía cada día nuevos episodios al asombrado y tranquilizado argentino común. Por la televisión, un noticioso difundía las imágenes familiares de la celebración del cum-

pleaños de Perón en Puerta de Hierro. Se hizo famosa una canción que popularizaron las radios y el disco: «Recibí carta de Juan». Lo grabó un nuevo conjunto, significativamente llamado «Los bombos negros». Se vendieron 100.000 placas. Eran días de emoción y de nostalgia. Pero también de horror, pues todo, lo bueno y lo malo, ocurría en esos años simultáneamente.

El diario *La Opinión* publicaba el 30 de junio de 1971 un artículo con el siguiente título: Buenos Aires es la más importante ciudad del mundo en la que actúan sostenidamente grupos de guerrilla urbana».

Sin embargo, Perón advirtió a tiempo que un convenio político con Lanusse podría significar un colapso catastrófico para su autoridad, en su propio movimiento. Hacia junio de 1972, cortó bruscamente las negociaciones mediante un ataque de corte burlesco, según su habitual estilo, contra Lanusse. El Presidente se sintió desautorizado ante el Ejército por la política que había llevado adelante hasta ese momento y cuya esencia consistía en persuadir a los oficiales de que dialogar con Perón era imprescindible.

Perón dio a conocer públicamente sus conversaciones con el Coronel Cornicelli. Le dijo a un periodista:

Me vino a ver un Coronel Cornicelli o Vermicelli, no sé, y me ofreció mis cosas, la devolución del uniforme, el grado, en fin. Yo ya estoy gordo, el uniforme no me viene bien. Además, para qué quiero el grado, si soy General del Ejército Paraguayo, el más valeroso de América.

Esto originó un escándalo en el Ejército. Para cubrir su responsabilidad, y probar su buena fe, Lanusse dio a publicidad las cintas grabadas de dichas conversaciones. En la noche del 6 de julio, tuvieron lugar reuniones decisivas entre Lanusse, los generales de división y la oficialidad de la guarnición militar de Buenos Aires. Allí se resolvió que no podían continuarse las negociaciones con Perón. El GAN había muerto. Perón no podría ser candidato, pero Lanusse tampoco.

Perón resultaba intratable. No le quedó a Lanusse otro remedio que lanzar un ataque contra el exiliado, que se hizo popular en la oratoria castrense de la época y que sintetizó en la fórmula: «Le falta el cuero para volver». La frase de Lanusse, dictada por su despecho, no demostraba mucha hombría si se considera que Lanusse tenía detrás suyo a las tres fuerzas armadas y que Perón estaba solo, viejo e indefenso en el exilio. De esta crisis surgió la cláusula de residencia por la

cual Perón no podía ser candidato a Presidente si no regresaba al país antes del 25 de agosto. Del mismo modo, tampoco podrían ser candidatos aquellos que viajasen fuera de la República por más de 15 días sin comunicar ese hecho al Ministerio del Interior. Si Perón regresaba antes del 25 de agosto, corría serios riesgos de sufrir un atentado a su vida. Si no regresaba, como en efecto ocurrió, quedaba inhabilitado para presentar su candidatura. Al proscribir a Perón mediante esa artimaña legal, Lanusse se vio obligado, a su vez, a renunciar a su propia postulación, que era el secreto de su política anterior. De este modo, a partir del 7 de julio de 1972, las dos figuras más importantes de la vida nacional quedaron excluidas de toda competencia electoral.

Pero al convocar a comicios a fin de elegir autoridades municipales, provinciales y nacionales para el domingo 11 de marzo de 1973 y establecer la legalización de los partidos políticos, las Fuerzas Armadas admitían que su contrarrevolución era un fracaso. Ahora habían resuelto marchar hacia adelante, aunque no sabían muy bien adónde.

El famoso «cronograma» electoral fijado por la Junta de los tres Comandantes, no se modificó. Hacia diciembre de 1972 debían estar designados por los partidos políticos ya debidamente organizados, los candidatos a los cargos electivos. Sin que nada lo hiciese esperar, Perón regresó inesperadamente el 17 de noviembre. El Ejército quedó mudo de estupor. Le sobraba el cuero y tenía «resto» el gran viejo. Acto seguido, el aeropuerto de Ezeiza fue rodeado por miles de soldados armados y la zona, controlada por decenas de tanques de guerra. Perón permaneció un mes en el país y regresó a Madrid el 16 de diciembre. ¿Qué había ocurrido? Sus consejeros le habían señalado que en las Fuerzas Armadas se gestaba un cambio favorable hacia el jefe justicialista. En segundo término juzgaron que la presencia de Perón en la Argentina reproduciría en el fervor del pueblo, otro 17 de octubre, sostenido nuevamente por las Fuerzas Armadas. Pero nada de eso ocurrió. Las tres fuerzas permanecieron en perfecta disciplina, junto a sus mandos reaccionarios. Las grandes masas populares no se movilizaron hacia Ezeiza, excepción hecha de algunos miles de jóvenes, recién llegados al peronismo, que pugnaron por recibir al proscripto legendario.

El lunes 20 de noviembre, Perón convocaba a los jefes de los partidos políticos en el restaurante «Nino» e iniciaba una tentativa de nuclear a todas las fuerzas para exigir un comicio legítimo. El representante del FIP, en la Asamblea y en las reuniones multipartidarias celebradas, a partir de ella, expuso reiteradamente la necesidad de movilizar a las masas populares, a la CGT y la CGE, para doblegar al gobierno militar y derogar la cláusula de residencia. Todo fue inútil. Los viejos partidos, incluido el partido peronista y la CGT, tanto como la CGE,

temían profundamente a los generales, que a su vez vivían aterrados por el pueblo. Al advertir esta sucesión de cobardías articuladas, Perón comprobó que no había base política alguna para presentar su candidatura. Al no poder luchar por ella, renunció a lo que no estaba en condiciones de aspirar.

En vísperas de su partida, designó a Cámpora como su candidato. Perón imaginó que sería vetado por Lanusse, ya que a su delegado personal le cabían las mismas tachas seudolegales que inhibían la presentación de su propio nombre. Es imposible saber si en el pensamiento de Perón la candidatura de Cámpora revestía un mero carácter simbólico:

1) Demostración concluyente de que un candidato peronista también era proscrito por los comandantes;

2) Evidencia de la imposibilidad de presentar candidatos propios al comicio;

3) Preparación de una abstención a las candidaturas a presidente y vice y concurrencia a las restantes candidaturas.

Esta política de Perón conducía directamente a otorgarle la presidencia a Balbín. Sin embargo, y contra todo lo previsto, Lanusse aceptó el nombre de Cámpora, violó su propia ley y consagró de ese modo la victoria del estupefacto delegado personal del jefe justicialista. Dejemos para la picaresca criolla o la filosofía de la historia las razones íntimas de tal decisión. Lo que resulta indudable es que Perón no esperaba este giro de la situación. Cuando el 11 de marzo triunfó la fórmula Cámpora Solano Lima, hubo dos decepcionados: Lanusse y Perón. Este último pudo pensar legítimamente que se cometía una gran injusticia histórica. Justamente en el momento en que su influencia era más notable y que hasta los hijos de sus adversarios se habían adherido al peronismo, se le impedía ser Presidente.

El 11 de marzo: las fuerzas políticas y sociales

La sociedad argentina había experimentado hondos cambios desde 1955. No sólo se incorporaron 5 millones de nuevos ciudadanos y ciudadanas a los padrones electorales, sino que las ideas y los intereses de las clases populares exhibieron mutaciones decisivas. Un sector de la pequeña burguesía universitaria de las grandes ciudades argentinas rodeó las tribunas de Cámpora en la campaña electoral con sus propias consignas, que glorificaban la lucha armada y hablaban de un socialismo nacional algo indefinido. Las grandes multitudes peronistas obreras

y rurales, se mantuvieron a distancia. Abandonaron la calle a los miles de jóvenes que irrumpieron al peronismo bajo los golpes de la crisis social. Esta crisis fue generada por la impotencia de la sociedad oligárquica para preservar el antiguo horizonte de las clases medias y la ceguera de los generales para responder a sus esperanzas democráticas.

Tal fue el fenómeno social nuevo que el viejo peronismo y la dirección del sindicalismo tradicional tuvieron dificultades para interpretar. De alguna manera, la detestada FUA del 45 se había hecho peronista, pero lo había hecho a su modo, arrastrando consigo sus antiguas ideas y la persistente ilusión de que el peronismo si es nacionalista, debe ser democrático y además debe ser socialista o tender a transfigurarse en socialista. Pero el peronismo jamás había sido tan reaccionario como lo habían imaginado los antiguos fubistas, ni tan revolucionario como lo entrevieron en su inesperada conversión los hijos de los fubistas.

El peronismo no había cambiado en 1973 su composición de clases; pero se habían modificado profundamente las condiciones de su conducta política y económica. El frente nacional de 1945 llevó a Perón al poder gracias a la prosperidad de la postguerra. La Argentina tenía un saldo favorable de \$ 1.750 millones de dólares, cuyo valor en la época era dos o tres veces mayor que en 1973. Por el contrario, al retornar el justicialismo al gobierno, la Argentina era deudora por \$ 7.200 millones de dólares. La revolución y las nacionalizaciones iniciadas por el peronismo dejaron intacta la estructura de la propiedad rural oligárquica. Pero para realizar una política de justicia social y de impulso al crecimiento industrial detenido en los últimos 20 años, el país requería una política revolucionaria que ya no contaba con reservas en divisas provenientes del exterior, sino con una crisis nacida de la esterilidad de la oligarquía interna. Ya no podía haber «Justicia social», sino una lucha ardua y sacrificada para poner al país en marcha.

Los comicios del 11 de marzo mostraron, a la vez, un radicalismo envejecido y medroso. El «partido gorila» se había aproximado al peronismo y a otros partidos, a la búsqueda de «coincidencias» que garantizaran para el desmembrado movimiento fundado por Yrigoyen dos condiciones básicas:

1) Impedir que el Ejército intervenga nuevamente en los asuntos públicos.

2) Moderar la codicia oligárquica, sin tocar su poder social, bajo la fórmula comtiana de «orden y progreso» o, con más elocuencia, «ni reacción ni revolución».

El radicalismo de Balbín era la encarnación misma del «statu quo». También apareció como candidato a Presidente, un protegido de Lanusse, el Brigadier Martínez, dividiendo las fuerzas conservadoras que simpatizaban con Francisco

Manrique, ex capitán de Navío y jefe de la Casa Militar del Presidente Aramburu y el fabricante de jabón Julio Chamizo, candidato de Nueva Fuerza (hechura de Alsogaray), cuyas notables finanzas sólo estaban en condiciones de explicar las más grandes empresas de capital imperialista radicadas en el país. Américo Ghioldi fue el candidato del moribundo Partido Socialista Democrático, resto de un gran naufragio histórico.

La aparición en la escena política del Frente de Izquierda Popular es el rasgo más original del cuadro, pues extiende en escala nacional y mediante su organización en todas las provincias un prolongado y tenaz esfuerzo teórico e ideológico de más de 30 años. Era la cristalización militante de una corriente de izquierda nacional y popular que sustituía históricamente a la izquierda tradicional y portuaria atacada por el óxido de su divergencia con las masas argentinas²⁵¹. El FIP anunció que, ante la renuncia de Perón a luchar por su candidatura y la indiferencia de su partido y de sus aliados para enfrentar a los Comandantes, presentaría fórmula propia. Pero señaló que en el caso de que el FREJULI no llegara al 50% de los votos, según exigía la ley de la dictadura, votaría por la fórmula Cámpora Solano Lima en la segunda vuelta.

El 11 de marzo la fórmula peronista sin Perón reunía 5 millones de votos. El gobierno militar de Lanusse sintió el veredicto como una gran derrota. De algún modo, la sangre torera de Lanusse había ayudado a provocar la polarización. Cuando los partidos, por mandato de la ley –que prohibió hacer propaganda electoral después de las 24 horas del día viernes 9 de marzo– se habían llamado a silencio, el Presidente habló por radio y televisión el sábado 10 y descargó contra el candidato del justicialismo todos sus cañones verbales, que no eran escasos. La furia antiperonista había rebrotado como en sus verdes años. El resultado fue contraproducente. Sin la candidatura de Perón y sin su presencia, las banderas del justicialismo obtenían una gran victoria. Muchos electores comprendieron que había que «desmontar» de un solo golpe a la intolerable e irresponsable dictadura militar. Aunque técnicamente Cámpora no había llegado al 50% exigido por la ley aprobada por el gobierno, la voluntad popular fue tan inequívoca que cundió el desaliento en el Ejército. Lanusse no se sintió con fuerza para obligar al peronismo a concurrir a una segunda vuelta electoral.

Claro está que el comicio del 11 de marzo era ilegítimo, pues proscibía al General Perón. Pero abría una puerta hacia la democracia política. Por ella entró arrolladoramente todo el pueblo argentino, con Perón a la cabeza, seis meses más tarde, el 23 de setiembre. Votaron por la fórmula Perón-Perón no ya 5 millones de electores, como en el caso de Cámpora, sino 7 millones y medio.

El 25 de mayo de 1973 Cámpora juró su cargo, con la presencia del Presidente de Cuba, Dorticós, y del Presidente de Chile, Salvador Allende. Un enorme suspiro de alivio recorrió el país. El Presidente Cámpora firmó la liberación inmediata de los detenidos, antes de que el Congreso votase la amnistía. Su Ministro del Interior, Righi, disolvió algunas secciones policiales de represión política. Era el «peronismo soñado» por la pequeña burguesía. Pero no pudo ser.^{251bis}

El Poder Ejecutivo envió al Senado tres proyectos de Ley que la Cámara Alta aprobó con ligeras modificaciones: la ley de amnistía, la derogación de normas penales (Cámara del Terror) y normas de garantía procesal. Todos los bloques parlamentarios aprobaron dichos proyectos. Por el justicialismo habló el Senador Martiarena. El senador De la Rúa criticó al «régimen que instauró la violencia». El revolucionario cristiano Francisco Cerro apoyó los proyectos y sostuvo que la pacificación buscada por medio de las leyes sólo podría hacerse efectiva si se adoptaban «medidas realmente revolucionarias». También aprobaron la ley de amnistía Camilo Muniagurria (demócrata progresista), Amadeo Frúgoli (demócrata mendocino) y Américo García, del MID. La ley fue aprobada por unanimidad, del mismo modo que en la Cámara de Diputados²⁵².

Todo el país reclamaba esa ley de olvido. Pero sus resultados fueron catastróficos. No sólo salieron de la Cárcel de Villa Devoto (antes de la aprobación de la ley y bajo la presión de una verdadera multitud) los procesados por causas políticas y los detenidos sin proceso. También quedaron en libertad terroristas de diversos grupos, que se reincorporaron inmediatamente a la acción armada y a la prosecución de los atentados, incendios, secuestros y otras devastaciones. Por si esto fuera poco, mezclados con dichos liberados, salieron a la calle delincuentes de todo pelaje, entre ellos un criminal de reputación internacional, el famoso traficante de drogas francés Francois Chiappe.

Una enorme alegría se apoderó de todo el país, y asimismo una gran inquietud, pues los atentados terroristas no cesaban. Todo género de postergadas reivindicaciones gremiales se exponían en fábricas, talleres, empresas de diverso género y reparticiones estatales. Durante años la actividad sindical y los reclamos del pueblo habían sido prohibidos. Ahora se expresaban con ardor incontenible.

Una poderosa ola de democratización recorría todas las instituciones argentinas. Las Universidades no fueron ajenas a ella. En la Universidad de Buenos Aires fue designado Rector Rodolfo Puiggrós. Historiador y profesor, Puiggrós había evolucionado desde su condición de dirigente del Partido Comunista, hasta un peronismo más o menos izquierdizado. Sus libros habían sido una importante contribución al conocimiento de la historia argentina del siglo XIX y de la historia contemporánea del país. Pero era, por sobre todas las cosas, un notable intelec-

tual, con escasa percepción de la política viviente. Fue literalmente trastornado por el temporal político que barría la Argentina. Supuso que la Juventud Peronista (Montoneros) era toda la juventud argentina y que, además, esta última era todo el país. Al principio, Puiggrós quedó prisionero de los grupos terroristas que se apoderaron de la Universidad y ya en el paroxismo de su gestión, se integró a tales grupos, con los melancólicos resultados, fáciles de imaginar.

En las Universidades, de 1973 a 1975, se combinaron dos cosas de diferente naturaleza: por un lado, fue un esfuerzo colectivo por realizar una segunda Reforma del 18, que implicaba una modernización radical de la enseñanza y de la investigación científica, situando a la Universidad como centro crítico para examinar los problemas esenciales de la Argentina. Por otro lado, una organización clandestina se instaló a horcajadas sobre la primera, sostenida esta última por la inmensa mayoría de los estudiantes que, por cierto, no tardaron en abandonar a sus neuróticos redentores. El insensato propósito de los grupos terroristas (Montoneros, ERP y otros menores) era el de emplear los edificios de la Universidad, su presupuesto financiero y el posible reclutamiento de jóvenes para proseguir su política de provocación contra el régimen popular recién instalado.

De este modo, la confusión y el desorden fueron descomunales. Ahogaron la voluntad de la mayoría de profesores y alumnos, de erigir en la Universidad un polo de irradiación fecunda de la cultura nacional. Cadenas de hierro, palos y depósitos de armas se alternaban en la vida universitaria con miles de estudiantes y profesores que intentaban concentrarse en la recreación del pensamiento, la ciencia y la técnica de una sociedad declinante. La contradicción entre la violencia planificada y la conducta democrática de la mayoría de los estudiantes, que habían derivado a posiciones nacionales, fue patética. En poco tiempo la influencia de la JUP y Montoneros quedó reducida en la Universidad a su mínima expresión. No quedaba ni sombra de ella cuando el gobierno de Perón relevó a Puiggrós, instaló al Dr. Ivanissevich en el Ministerio de Educación y al Dr. Ottalaghano en la Universidad de Buenos Aires. Estos funcionarios eran el equivalente simétrico de los Montoneros. Solo faltaba el disparate de un orden policial para asestar a los estudiantes otro golpe mortal. Ivanissevich no había logrado salir del año 1949. Sostenía la conveniencia de que la investigación científica quedase a cargo de las empresas privadas y de que los estudiantes debían guardar silencio. Primero los grupos terroristas y luego un Ministro fósil, fueron suficientes para que el peronismo comenzara a eclipsarse en la Universidad. La gran provocación de la época contra el pueblo argentino en el gobierno empezaba a rendir sus frutos.

Desde el mismo 11 de marzo, las relaciones entre Cámpora y Perón se vieron afectadas por el triunfo electoral. Las razones no son difíciles de explicar.

La tensión creciente entre el Presidente electo y el caudillo exilado obedecía a la lógica misma del poder. No se trataba de que Cámpora, célebre en la historia del peronismo por su incondicional adhesión al jefe del justicialismo, se dispusiese a aplicarle la «patada histórica». Por el contrario, Cámpora no tenía preocupación mayor que consultar a Perón a cada paso. Pero fue rápidamente rodeado de enemigos de Perón, de un género de «peronistas nuevos» que consideraban como un hecho cumplido la proscripción de Perón resuelta por los mandos militares y obvia la necesidad de un gobierno constitucional de «tiempo completo» de Cámpora.

Este «peronismo nuevo», compuesto de «gente decente», que acompaña a Cámpora, tenía un fuerte matiz demo liberal, cuya personificación era, de algún modo, el joven Ministro del Interior, Esteban Righi. Estaban adornados de toda clase de prendas morales e intelectuales. Pero no eran peronistas, en el sentido que la historia contemporánea había conformado al peronismo y su jefe. Bajo las medidas democráticas de Cámpora, los terroristas pululaban en el aparato del Estado. Si lo primero que hizo Righi en su gestión ministerial fue ordenar la incineración de los archivos de antecedentes políticos de la DIPA (División de Actividades Antidemocráticas), la primera iniciativa de Perón, frente al auge del terrorismo, fue llamar a un hombre de temperamento aventurero, y temible en su oficio, el Comisario Alberto Villar y designarlo Jefe de la Policía Federal. El mencionado ejemplo definía dos peronismos y dos gobiernos, el de Buenos Aires y el del exilio. A los pocos días se vio claramente que la presidencia de Cámpora carecía de toda base política. El 11 de marzo, al triunfar, ya había terminado su misión.

Tres semanas más tarde, todo el gobierno se trasladaba a España para organizar el regreso «ad gloriam» de Perón. El 20 de junio, una muchedumbre inmensa lo aguardaba en la autopista de Ezeiza. Mientras el avión que traía al país de regreso al General Perón con los miembros del gobierno de Cámpora, se aproximaba al aeropuerto de Ezeiza, estalló un enfrentamiento armado que rápidamente alcanzó proporciones trágicas. La seguridad de Perón y del palco presidencial había sido encomendada al Coronel Osinde, antiguo fundador de la SIDE (Servicio de Informaciones del Estado) en la primera presidencia de Perón. El citado militar organizó un dispositivo de seguridad fuertemente armado, integrado por suboficiales retirados de las Fuerzas Armadas, que protegieron el lugar de todo posible atentado. Pero, al parecer, existían fuertes dudas acerca de las intenciones de los grupos de Montoneros en ocasión de la llegada de Perón. Una importante columna de manifestantes procedentes del Sur y enarbolando cartelones con consignas de JP y Montoneros, avanzó sobre el palco con el propósito de rodearlo y colocarse entre Perón y el resto del público. Este intento, en medio de

la multitud, no podía pasar inadvertido para los hombres de Osinde y por sectores del público próximos al palco, que se vieron arrollados por la presión de la columna del Sur. En un momento determinado de estos forcejeos, salieron a relucir armas por ambos lados. Entonces sobrevino el caos. Numerosos testigos vieron ultimar a reales o supuestos miembros de la columna Sur. Aparecieron francotiradores sobre los árboles. En medio de los gritos de angustia de la muchedumbre, que pasaba del regocijo al terror, se escuchaban las ametralladoras de mano y las armas automáticas.

Los dirigentes peronistas acusaron al grupo Montoneros de intentar copar el palco para asesinar a Perón. El avión que conducía al caudillo, oportunamente alertado, desvió su ruta y aterrizó en el aeródromo de Morón.

Símbolo de los tiempos que corrían, tres acontecimientos triunfales para el pueblo argentino fueron frustrados, sea por la dictadura, sea por los grupos terroristas: la llegada de Perón el 17 de noviembre de 1972, cuyo contacto con el pueblo fue impedido por miles de soldados de Lanusse. La segunda llegada al país, el 20 de junio también en Ezeiza, oscurecida por una masacre provocada, según todos los testimonios, por las organizaciones terroristas mencionadas, y la gran victoria del 23 de setiembre de 1973, enfriada por el asesinato de Rucci, también por los mismos elementos «peronistas». En cuanto a la masacre de Ezeiza, estimaciones no oficiales calculan en 70 el número de muertos y en más de 500 los heridos de la jornada. La fiesta trocada en tragedia abrumó al gobierno de Cámpora. Rápidamente los peligros de un gobierno bicéfalo, el legal y el real, se dibujaron ante la opinión pública. Dos camarillas palaciegas tendieron a formarse en un claro antagonismo, hasta que el 13 de julio, el Presidente Cámpora y su gabinete presentaron la renuncia, asumió el gobierno por la ley de acefalía el diputado Raúl Lastiri, yerno del astrólogo López Rega, y se convocó a nuevos comicios para el 23 de setiembre.

Cámpora llevaba así a la práctica lo que el candidato a Presidente por el FIP había anunciado en su campaña preelectoral: si el FIP ganaba las elecciones, en virtud de la forzada opción a que sometían los militares al pueblo argentino, el gobierno del Frente de Izquierda Popular renunciaría a su mandato para convocar en 60 días a elecciones y perfeccionar de ese modo el comicio con la concurrencia a él del único proscrito del 11 de marzo.

Para los nuevos comicios, el FREJULI designó a Perón candidato a Presidente. El jefe justicialista indicó el nombre de su esposa María Estela Martínez como candidata a la Vicepresidencia, suprimiendo de ese modo los posibles conflictos por esa candidatura que pudieran brotar en el interior de su movimiento. Al mismo tiempo, el FIP proclamó la candidatura de Perón-Perón el 28 de agosto.

El General prestó su consentimiento legal y expreso a dicha proclamación. El FIP anunció que concurriría a los comicios como partido independiente del FREJULI y del peronismo, con boleta propia. En su ángulo superior izquierdo imprimió el lema: «Liberación y Patria socialista». Toda su campaña se desarrolló con el llamado: Vote a Perón desde la izquierda con la boleta del FIP». Asimismo fueron candidatos a Presidente, Manrique, Balbín y Coral²⁵². Los resultados fueron notables. Perón obtuvo 7.300.000 votos con el 62% de los votos totales. Pero las boletas del FIP alcanzaron a 889.000 votos, con el 7,40 % del total y el 12,5 % de los votos del FREJULI. Por primera vez en América Latina se desplegaba una enorme corriente de izquierda popular y nacional orientada hacia el socialismo y vinculada a las grandes masas argentinas.

Los votos del FIP recibieron la hostilidad, la duda o la ironía de todos aquellos a los que un rejuvenecimiento socialista de la Revolución Nacional causaba profundo disgusto. Algunos diputados del FREJULI señalaron que muchos de esos votos eran fruto de una «confusión». La izquierda cosmopolita prefería ignorar el hecho. Sin embargo Arturo Jauretche votó a Perón con la boleta del FIP²⁵³. Y con él casi un millón de argentinos, según una reciente investigación²⁵⁴. El 12 de octubre, el General Juan Domingo Perón, que había cumplido cuatro días antes 78 años, juraba por tercera vez como Presidente y, en un acto sin precedentes en la historia nacional, una mujer asumía el cargo de Vicepresidenta.

El peronismo volvía al poder gracias a las patriadas y los levantamientos de los pueblos del interior, que habían quebrantado en los últimos años el poder militar y la omnipotencia de sus jefes. Pero el partido del nuevo gobierno se encontraba profundamente dividido.

Un sector procuraba recuperar la Edad de Oro perdida reproduciendo la política de enérgico nacionalismo de la primera etapa. Otro, prefería construir un peronismo «faraónico», desvitalizar el gran movimiento y evitar un enfrentamiento con la oligarquía. Otros sectores, más o menos difusos, buscaban el porvenir mediante el socialismo. Pero ese socialismo no era el socialismo criollo ni su peronismo tenía nada de peronismo verdadero. Nadie se atrevía a definir los contornos políticos de tales aspiraciones. Perón continuaba siendo el supremo árbitro de todas las divergencias, que alcanzaban ya perfiles sangrientos, porque en el seno del frente de clases que el peronismo integraba, aparecía un gran conflicto, contenido en 1945-1955 por una prosperidad mítica, y ahora liberado por la crisis.

Frente al peronismo y a muchos de sus equívocos aliados electorales, permanecía el mismo Ejército que había sostenido la restauración de los últimos 18 años. La oligarquía terrateniente disfrutaba, como en tiempos de Quintana de su

monopolio de la tierra, del gran comercio y las finanzas. Con su parasitismo improductivo, cerraba la ruta del crecimiento económico y estrangulaba al país. El gran capital imperialista permanecía intacto. Hacia fines de 1973, el espectro de las fuerzas clásicas de la contrarrevolución aguardaba. Podría concluirse diciendo que también el pueblo esperaba, pero en su caso esperaba la revolución.

*... Sed, imán
aguja de marear entre quimeras
y Sirenas, la ruta presentida
por la carne y el alma ya extranjeras.
Su esposa le esperaba y son felices
en la leyenda, pero no en la vida,
porque volvió sin regresar Ulyses.*

Miguel Angel Asturias, «Sien de Alondra», 1929.

LOS DIOSES TIENEN SED

Dieciocho años después de su partida en una cañonera paraguaya, volvía a gobernar por tercera vez en la Argentina el General Perón. Sólo pudo hacerlo durante 260 días. Ya era una viva leyenda. «Estoy desencarnado» decía, «estoy más allá del bien y del mal». Todo había cambiado en tan largo lapso. El protagonista, el país y el mundo. En lugar de aquel vigoroso sexagenario de 1955, entraba a la Casa de Gobierno un caudillo anciano, herido de muerte en el corazón. Los médicos le predicaban reposo y «pocos disgustos».

Mientras Perón recibía en la noche del 23 de setiembre las primeras cifras de su abrumadora victoria, un comando terrorista verificaba sus últimos detalles para cometer un planeado asesinato. Algunas horas más tarde, en la mañana del martes 25 de setiembre, al salir de casa de un familiar, José Rucci, Secretario General de la CGT, era ultimado por los asesinos de la Organización Montoneros. Con este hecho trágico, iniciaba su gestión el ilustre desterrado. No había demorado mucho en advertir la simulación política de aquellas «formaciones especiales», que había bautizado sin crearlas, tres años atrás y que ahora perdían rápidamente la simpatía de la nueva generación. En realidad, el breve período de gobierno de Perón, así como el de Isabel, estará dominado por las explosiones, secuestros, asesinatos y golpes de mano de las bandas terroristas y de los grupos paraestatales que replicaban, fuera de la ley, a aquéllas.

Perón había regresado al país sosteniendo que la concordia entre los argentinos debía ser la base política para reconstituir la República. De ahí su acercamiento con Balbín, jefe del radicalismo y expresión de una parte de las clases medias. A esta premisa política correspondía una premisa económica:

Nos es primordial acrecentar el comercio con Europa, especialmente en materia de cereales. Europa es la señora rica del pasado: la Argentina es la señora rica del futuro, decía.

Ambas premisas resultaron rebatidas por los hechos. El tiempo no había corrido en vano. El acuerdo entre los partidos políticos para «cambiar las estructuras sin causar sacudidas ni terremotos» así como el objetivo de que «aunque se hable de revolución, todo se hará en paz y en concordia, de acuerdo con los cambios que se verifiquen en el mundo», fueron impracticables. Los partidos políticos calcularon hasta la fecha de su muerte. A tales pronósticos se reducía su miserable estrategia. Voluntariamente, se habían situado fuera de la escena y esperaban. Se sentían alentados, por lo demás, por las peligrosas grietas que aparecían en el peronismo, por la fuerza inicial que demostraba en las calles la nueva «Juventud Peronista» y el descarado atrevimiento que evidenciaban sus dirigentes para plantear todo género de objeciones al General Perón. Desde el punto de vista político, los partidos sólo aguardaban la desintegración del peronismo en el poder. Se opusieron a cada una de las medidas necesarias propuestas por el gobierno, fuera la Ley Agraria o la Nacionalización de la Televisión. Pero las esperanzas de Perón en una intensificada relación de intercambio con Europa tampoco pudieron llevarse a la realidad. Por el contrario, entre el año 1974 y 1975, el Mercado Común Europeo cierra sus puertas a la importación de las carnes argentinas. Ese acontecimiento histórico no es menos trascendental para la Argentina que la decisión de los países árabes de regular los precios del petróleo para la economía mundial.

Las seculares relaciones entre el país y Europa habían dejado de existir. Era inevitable girar la vista y dirigirse hacia la América Latina, estudiar los nuevos mercados, abandonar las áreas de los imperios desvitalizadores y recrear el comercio exterior argentino, según la nueva situación planteada.

Tanto Inglaterra como los países europeos, habían sido el nexo de la Argentina con el mercado mundial y dicho vínculo había formado históricamente a la sociedad argentina, desde 1880, con un tipo especial de cultura, partidos políticos, toros, legislación aduanera, ideas históricas y estéticas. Pero cuando Europa, después de la Segunda Guerra Mundial, creó su autoabastecimiento de productos agropecuarios, el prodigioso nexo dejó de existir. Argentina desapareció del horizonte británico. Nuestra «mejor amiga» nos abandonaba, sin una lágrima, después de un siglo de romance internacional. Eso era todo.

Al hacer crisis la arcaica división internacional del trabajo, Gran Bretaña abandonaba su insularidad e ingresaba al MCE. A su vez, la insularidad Argentina respecto de América Latina, como privilegiada proveedora de Europa, debía terminar con una estrecha vinculación destinada a crear un mercado común latinoamericano. Tal era el dilema de hierro²⁵⁵.

Que los europeos no se pagan de palabras, puede probarse con la observación del Comisionado para la Agricultura del Mercado Común Europeo, Finn Olaf Gundelach:

La política agraria del MCE nos ha escudado contra cambios volátiles... Al mismo tiempo ha logrado su objetivo de alimentar a nuestros pueblos. No está en mis propósitos presidir el debilitamiento de esta política. Sería insensato rechazar algo que se ha demostrado tan valioso.

publicaba *The Financial Times* del 28 de enero de 1977. Y su antecesor en el cargo, Pierre Lardinois había declarado en el mismo periódico, al acusar a los norteamericanos de hipocresía:

Ustedes pregonan el libre comercio cuando se trata de exportar a los mercados de otros países, pero practican una rígida protección en su propio país. Para nosotros los europeos, Norteamérica se ha convertido en el mercado agrícola más protegido del mundo²⁵⁶.

La Argentina, por su parte, también había cambiado durante el largo exilio de Perón. El capital norteamericano se había apoderado de parte considerable de la actividad industrial, de gran parte de la industria automovilística, de los bancos, de la importación de tecnología (por la que se pagaban enormes «royalties»). Si en muchos aspectos de la vida económica y social, la Argentina había progresado en relación al punto en que la había dejado Perón, en otros, el retroceso era notable. Por ejemplo, en 1970, el atraso nacional en materia de investigación científica y técnica se expresaba en el hecho de que se invertía sólo el 0,3 % del Producto Bruto Nacional (PBN) en esa actividad esencial para el progreso económico. Lo sorprendente es que, al mismo tiempo, el país pagaba el 7 % anualmente en concepto de «royalties» del total de sus exportaciones, lo que significaba una suma tres veces mayor que aquella que la Argentina invertía en Ciencia y Técnica²⁵⁷.

Si el producto bruto había llegado en 1972 a 50.000 millones de dólares contra los 30.000 millones de dólares del PBN de 1955 y el crecimiento del número de obreros calificados, técnicos medios y gerentes era muy considerable, vale la pena observar que la gravitación del capital extranjero y su peso político equivalente, así como el monto de la deuda externa, eran

incomparablemente mayores que en 1955. Al abandonar Perón el poder, prácticamente no había deuda externa. Al regresar al gobierno en 1973, esa deuda alcanzaba a más de 10.000 millones de dólares²⁵⁸.

La Argentina era, en términos absolutos, más rica y más compleja que en 1955; pero su dependencia y su vulnerabilidad del exterior y de las clases oligárquicas internas, era más fuerte que nunca. La posibilidad de una política de mejoramiento global del nivel de vida de las grandes masas estaba limitada por la decadencia de una sociedad que no lograba crecer. La causa central radicaba en el estancamiento de su producción agropecuaria y en la insensibilidad de la oligarquía pampeana y extrapampeana a los estímulos de los mejores precios. Era un «corsi e ricorsi» repetitivo que, con el aumento de la población, tendía a plantear una cuestión irresoluble. Como no se encontraba una salida por las vías de las agotadas clases dominantes, el Ejército, presa de desesperación, insistía una y otra vez en sus golpes cíclicos. La Argentina vivía una historia circular. Sin mayores exportaciones agrarias, no podían obtenerse las divisas para proyectar una expansión industrial, proveedora de nuevos empleos, y factor irremplazable del equilibrio social. Ya en esa época, la oligarquía pensaba que al ser imposible crecer, era mejor achicarse, tesis de Alberto Hueyo, que luego practicará Martínez de Hoz ²⁵⁹.

El aporte de capitales ya no podía provenir de Europa, según lo imaginaba una creencia profundamente errónea. Por el contrario, desde principios del siglo XX, Europa sustruía capital argentino, no invertía el suyo. El capital para emprender resueltamente el camino de la industrialización y poner fin al estancamiento y despoblación de La Rioja, Catamarca, Santiago del Estero, Jujuy, Chaco, Formosa, y la olvidada Patagonia, sólo podía encontrarse en la movilización de los recursos inmensos del Estado Nacional y en la apropiación, por razones de utilidad pública, de todo el latifundismo pampeano improductivo. Reiteramos que existe en la Argentina una inmensa frontera agropecuaria de veinte millones de hectáreas, vírgenes y fértiles, tanto de propiedad fiscal como de dueños ausentistas. Este hecho parece no haber sido registrado por economistas ni sociólogos.

Perón se enfrenta con los «infiltrados»

Perón, en los pocos meses de su gobierno, apenas encontró tiempo para comenzar a depurar su propio partido y su gobierno de todos aquellos sectores

nuevos que se habían infiltrado y que amenazaban hundir el régimen desde dos planos: el terrorismo clandestino y la acción gubernamental. Las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Salta, Santa Cruz y Mendoza estaban repletas de enemigos. Sus gobernadores –Bidegain, Obregón Cano, Ragone, Cepernic, Martínez Bacca– eran antiguos peronistas. Pero habían sido rodeados de elementos vinculados a la Juventud Peronista (o sea, no peronistas), de recientísima formación y que notoriamente actuaban contra la jefatura de Perón.

El peronismo no había contado nunca con una «juventud» políticamente diferenciada. Jóvenes eran todos los obreros y trabajadores, que en 1945 constituyeron la fuerza motriz del peronismo. La «juventud» y su exaltación valorativa es un fenómeno particular de la clase media. Por las causas estructurales y espirituales ya referidas, una parte de la juventud y de la clase media y alta singularmente del sector profesional y universitario de esa clase social se fue desplazando durante la dictadura de Onganía hacia posiciones vagamente nacionales. Católicos o izquierdistas, la juventud argentina, después de un largo proceso y casi de manera sorprendente para todos incluidos ellos mismos asumió una posición peronista. El salto clarificador del episodio se produjo entre diciembre de 1972 y marzo de 1973.

Perón estaba lejos y prohibido. Cámpora, «el tío», era su encarnación afable y omnicomprendiva. Los estudiantes de física o antropología descubrieron el arte del bombo, ante el horror de sus padres, cultivados gorilas del 45 o del 55. Una gran alegría política embargó a la juventud. Se bailaba y se cantaba. A lo lejos, resplandecía en su soledad un caudillo mítico, que ni sus padres se atreven ya a desacreditar. Aquí, una dictadura moribunda, que se aviene a devolver al soldado en la expatriación, su uniforme y los sagrados restos de la madre de los humildes. La repulsión por los actos de la dictadura, la hipocresía de los «técnicos» y financieros y la voracidad de la oligarquía, vuelca a favor de un peronismo legendario y perseguido, la simpatía militante de la juventud.

Además, Perón hablaba de un «socialismo nacional». Unir a las masas con un socialismo algo abstracto, pero garantizado por un general exiliado, a su vez respetado por un gobierno militar que negocia con él, suponía algo realmente maravilloso. Todo estaba al alcance de la mano, el poder en primer lugar. El triunfo de Cámpora pondrá a prueba la porción de exitismo que había en tal peronismo, recientísimo e impaciente y cuánto de inocencia fatal. Entonces, en la gran corriente milagrosamente acrecida cada día que pasaba, se instaló, exactamente en la cresta de la ola, un grupo, una organización de tipo terrorista que ya había ultimado y secuestrado a numerosas figuras del movimiento obrero y del Ejército, y que seguiría haciéndolo. Se trataba de los Montoneros, fusionado

con la FAR: el fascista católico Firmenich, de un lado y el comunista Quieto, del otro, simbolizaron en dicha fusión la síntesis de las tendencias que en el movimiento juvenil derivarán al terrorismo puro. Así, en breves meses, nacieron las Juventudes de las Regionales, la JUP (Juventud Universitaria Peronista) y una corriente sindical, la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) integrada sobre todo por empleados de comercio, bancarios, antes que por obreros industriales.

Lo curioso de ese proceso es que la dirección que ejerce el núcleo de Montoneros sobre las restantes siglas, va revistiendo, de manera progresiva, un carácter y un tono abiertamente antiperonista. Montoneros reparte armas en gran cantidad e inicia en su práctica al mayor número de jóvenes que puedan incorporarse a su aparato clandestino. Pero el peronismo había llegado al gobierno, primero con Cámpora, luego con Lastiri y ahora con Perón. El tema de las armas, obsesivo en esa época, va a encontrar su respuesta en los servicios represivos de las fuerzas de seguridad, que comienzan por su cuenta a vengar a sus caídos. Los sindicalistas, a su vez, para protegerse, emplean numerosos custodios, fuertemente armados. Los ejecutivos de las empresas nacionales o internacionales, confían su vida, familia y bienes a otros custodios o a servicios especiales de vigilancia. Toda la República, en un momento dado, posee armas, y algunos las usan. Parecíamos mexicanos, pero no habíamos hecho la Revolución Mexicana. Tampoco los Montoneros se proponían hacer revolución alguna, como no fuera derribar al movimiento popular que encarnaba la aspiración a hacerla.

Esos días del tercer gobierno de Perón transcurren en medio de las noticias cotidianas de muertes, represalias, desaparecidos, asaltos a cuarteles, asesinatos de policías o de estudiantes. Poco a poco, y luego a un ritmo febril todo 1974 y 1975 varios miles de terroristas en estado demencial y otros miles de hombres de las fuerzas de seguridad, se libran a un mutuo exterminio secreto, que tiende a despojar al gobierno de toda estabilidad. A la alegría general de los primeros meses, y al entusiasmo juvenil por el triunfo del peronismo, sucede gradualmente un estado de decepción, inquietud, miedo y, finalmente, pánico. Esto se verá de modo visible al morir Perón.

Desde el principio y con su habitual agudeza política, el Presidente advirtió que los «muchachos», tenían detrás alguna fuerza que los empujaba a una dirección indeseable. Advirtió sin rodeos que esa «juventud» se hacía llamar peronista, pero que no era peronista. Esto ocurrió meses antes que los expulsara de la Plaza de Mayo, el 1º de mayo de 1974. A medida que los golpes terroristas aumentaban, la base de masas de las «Juventudes peronistas» se disgrega y se refugia en la pasividad política. Sólo, permanece, considerablemente ampliado con los fondos obtenidos por asaltos y secuestros, el «aparato» de Montoneros. La conducta

política de este sector es inequívoca. Juzgará como «burócratas» a todos los dirigentes obreros y, pasando de las palabras a los actos, asesina a los más destacados: Vandor, Secretario General de los metalúrgicos, Alonso, dirigente de los textiles y ex-secretario general de la CCT, Rucci, secretario de la CGT, Klosterman, dirigente de los mecánicos, Coria, de la construcción y otros.

La lista es enorme. Desde el General Aramburu, ex Presidente de la República, hasta el General Sánchez, Comandante del II Cuerpo de Ejército, brigadieres, almirantes, dos Jefes de la Policía Federal, Villar (cuya lancha hicieron volar en el Tigre junto con su esposa) y el General Cardoso (al que se le coloca una bomba debajo de su cama) la lista abarca más de 1.000 muertos de las Fuerzas de seguridad, según cifras oficiales. La réplica contraterrorista de esas fuerzas aunque no hay cifras fidedignas, hacen ascender a muchos miles los ejecutados en la larga «guerra sucia».

El Congreso Nacional discute las reformas al Código Penal sobre delitos del terrorismo. No asisten a esos debates los diputados de la «juventud». Por esa razón son expulsados del partido por el Consejo Superior del Justicialismo. Dichos diputados (antiperonistas universitarios hacía apenas uno o dos años, o estancieros asesores de Onganía y conspiradores contra Perón, como Muñiz Barreto) renuncian a sus bancas. A esas discusiones tampoco asiste la mayoría de los diputados del MID frondizista, integrante del FREJULI. Se observa descontento en el peronismo por la actitud de sus aliados electorales. A su vez, un sector de la prensa cotidiana defiende oficiosamente la acción armada y ayuda a crear una atmósfera sombría en la vida nacional. El diario *Noticias* es financiado por los Montoneros. Con sus numerosas orlas negras y fotos de muertos parece un boletín informativo de la funeraria Lázaro Costa. A su lado, el antiguo matutino pro-británico *El Mundo*, cae en manos del ERP. El dinero de asaltos y secuestros, aparece en el periodismo argentino. Otro periódico, llamado *El Caudillo*, contribuye, con su feroz matonismo de derecha y simpatía por López Rega, a volver irrespirable la atmósfera. Su lema es, «el mejor enemigo es el enemigo muerto».

El 20 de enero de 1974 un grupo terrorista intenta copar la Guarnición de Azul. Muere el coronel Gay, su mujer, y el soldado González. El propósito era volar el polvorín y llevarse armas. Perón habla por radio y acusa al Gobernador Bidegain.

El aniquilar cuanto antes este terrorismo criminal es una tarea que compete a todos los que anhelamos una patria justa, libre y soberana, lo que nos obliga perentoriamente a movilizarnos en su defensa y empeñarnos decididamente a la lucha a que de lugar. Yo

he aceptado el gobierno como un sacrificio patriótico, porque he pensado que podría ser útil a la República. Si un día llegara a pensar que el pueblo argentino no me acompaña en ese sacrificio, no permanecería un solo día en el gobierno. Entre las pruebas que he de imponer al pueblo es esta lucha. Será pues la actitud de todos la que impondrá mi futura conducta. Ha pasado la hora de gritar Perón, ha llegado la hora de defenderlo²⁶⁰.

Sin meterse en honduras filosóficas o sociológicas (la sed de absoluto, la crisis espiritual de la juventud del siglo XX, las teorías suicidas del Che Guevara, la neurosis del pequeño burgués al que se le escapa el horizonte o que ve la quiebra de su padre, que quizás es industrial) y con su habitual realismo, Perón reunió el jueves 7 de febrero a los dirigentes de su partido y un grupo de jóvenes peronistas (que no pertenecían a los Montoneros) y pronunció un discurso de gran interés histórico. Ya había sacado sus cuentas después de varias entrevistas con los dirigentes de la Juventud Peronista subordinados a los Montoneros.

Se trataba de darle a la Juventud Peronista un lugar en el esquema tradicional del movimiento justicialista, como el asignado a la rama femenina, a la rama gremial o a la rama política. Pero la evidente acción llevada a cabo por el grupo Montoneros en el doble plano de los crímenes y del cuestionamiento político de la dirección de Perón, en nombre del «socialismo», decidieron a Perón a definir los términos del problema. No estaba dispuesto a incorporar como rama juvenil a elementos que no pertenecieran al justicialismo. Es ahí donde plantea la ruptura²⁶¹.

El problema a resolver en este momento –dijo Perón– antes de pensar en una organización, es ver quién es quién, quiénes constituyen el justicialismo dentro de la juventud y quiénes no. Qué vamos a hacer No los vamos a juntar a todos mediante artificios que no van a ser reales, porque va a haber muchos que se metan diciendo Viva Perón y están pensando que se muera Perón. Ustedes comprenderán que esto no puede ser, hasta es una falta de ética política. En el país no se ha dado nunca el fenómeno de la infiltración política. Es la primera vez que se da en la historia de la República Argentina; gente que se infiltra en un partido o movimiento político con otras finalidades que las que lleva el propio movimiento. Ha sido inteligente que nunca lo hayan hecho porque esto no puede tener éxito pues va a llegar el momento en que se los va a descubrir y se les vendrá la estantería abajo. Si no, pasarán cosas verdade-

ramente aberrantes, como que un grupo de peronistas se opone a que se sancione al terrorismo. Entonces, ¿están en el terrorismo? El peronismo no está en el terrorismo, por lo tanto el peronismo está contra el terrorismo, porque es el partido de gobierno, el movimiento de gobierno. ¿Cómo se puede conciliar una cosa con otra? ¿Cómo se puede estar en el gobierno y no dar los medios indispensables para que él se pueda defender? ¿Qué quieren, que el gobierno caiga?... En todas las fracciones políticas siempre existen los que con gran propiedad se los ha llamado 'idiotas útiles' que, sin saber se incorporan detrás de una tendencia que a lo mejor es totalmente inversa de lo que ellos quieren. Son idiotas... Por lo tanto es un problema de los dirigentes. ¿Y éstos, qué deben hacer? Decir quién es quién. Decir quién es quién ya es mucho más fácil. Además de esto deben decir lo que quieren. Porque han tenido hasta la imprudencia dentro de su mala intención de comunicar abiertamente lo que ellos son y lo que quieren. Lo venimos viendo. Tengo todos los documentos y, además, los he estudiado. Bueno, esos son cualquier cosa, menos justicialistas²⁶².

Los acontecimientos inmediatos y posteriores dieron toda la razón a Perón. Por lo demás, todo el problema de la «juventud» giraba alrededor de un equívoco que podía descifrarse en las grandes manifestaciones y gritos, en conversaciones privadas, en textos que circulaban libremente, en versos procaces, en consignas provocativas del género de las empleadas por los «escuadristas» de los nacientes «fascios» en Roma: «Me ne frego», decían los cartelones de los manifestantes, en la Italia de 1921. Una gran leyenda cubría la tapa de la «Causa Peronista»: «Qué c...». El lenguaje estercolario de los egresados del Colegio Champagnat o de los sociólogos de Filosofía y Letras traducía su propia visión del pueblo, al que suponían iletrado y abyecto. Las porras y las cadenas eran los instrumentos del fascismo italiano, que aparecieron esgrimidos por los estudiantes de las clases acomodadas, en el Milán prefascista, contra los obreros socialistas. Esta vez, dichos estudiantes gorilas –católicos o izquierdistas cipayos– se habían puesto una doble máscara: eran peronistas y socialistas. Pero estaban contra Perón y contra el socialismo. Nada lo demuestra mejor que sus significativas alianzas: la juventud Peronista, la Juventud Comunista, y la Juventud Radical Revolucionaria (alfonsinista cripto-stalinista) actúan en un frente común.

En realidad era la misma FUA del 45, hoy con otro marbete pero con análogo propósito. Esta vez se trataba de «entrar» al peronismo para dominarlo por dentro

e infundirle otro sentido. No había en la Argentina de 1973 condiciones para la creación de un movimiento fascista de la pequeña burguesía. Pero en la corriente de la Juventud «Peronista», en su organización jerárquica autoritaria, su disposición a impedir la discusión en todas partes (en los mitines a los oradores, en las Universidades a los disidentes) por medio de armas, cadenas y palos, su devoción por la «acción armada» y las jerarquías militares, extrañas a la tradición del movimiento obrero y del movimiento estudiantil, no sólo se percibía la profunda crisis en las antiguas convicciones de la clase media, sino también los símbolos vetustos y las ilusiones perdidas de un fascismo europeo enterrado hacía mucho tiempo. El gesto, el estilo de acción, la retórica escatológica, el desprecio por las ideas, el instinto de muerte, eran todo su programa.

La política económica de Gelbard

Según el viejo criterio del General Perón de que quien había hecho buenos negocios para sí mismo, probaba que era capaz de hacer buenos negocios para el país, en su tercera presidencia designó a José Ber Gelbard como Ministro de Hacienda y Finanzas. En la primera había nombrado a Miguel Miranda, un empresario de la industria alimenticia.

Gelbard era sobre todo un político y gremialista de la burguesía nacional, pequeña y mediana, en particular del interior. Más que un empresario, era un comisionista, ante todo, un intermediario. Estaba vinculado con el peronismo desde la creación de la CGE, en la primera época del gobierno justicialista. Pero los felices y buenos tiempos quedaban atrás. El triunfo político de Perón y la apoteosis de su regreso, contó al principio con el consentimiento y la resignada actitud de los partidos políticos de la prensa oligárquica y la esperanza de los trabajadores. Fue su propio movimiento, el florecimiento de las luchas internas por el poder y la sucesión y la acción desencadenada por el terrorismo lo que prestaron a su breve mandato los contornos de un temblor de tierra. Poco tiempo después, la propia burguesía nacional y la oligarquía comenzaron a sabotear su política.

La gestión de Gelbard, con el equipo de técnicos que lo acompañaba, constituyó un moderado programa de nacionalismo económico, que habría sido perfectamente aceptable en otra época, excepción hecha del «Impuesto alarenta normal y potencial de la tierra», que constituye una verdadera ley revolucionaria. Veamos sus principales disposiciones y leyes:

- 1) Ley de Inversiones Extranjeras.
- 2) Impuesto a la renta normal y potencial de la tierra.

- 3) Suspensión de desalojos rurales.
- 4) Corporación de la pequeña y la mediana empresa.
- 5) Corporación de empresas del Estado.
- 6) Nacionalización de las exportaciones de grano y carnes.
- 7) Nacionalización de los depósitos bancarios.
- 8) Eliminación de financieras extrabancarias.
- 9) Registro de agentes extranjeros.
- 10) Promoción minera.
- 11) Aplicación estricta de la Ley «Compre Nacional».
- 12) Impuesto a la renta presunta para profesionales con más de diez años de ejercicio liberal de la profesión.
- 13) Ley de represión a la evasión fiscal.

En líneas generales, el plan económico, mucho más extenso, suponía un grado notable de democratización y nacionalización planificada.

A pesar de sus limitaciones (basta señalar la pobreza de la inversión calculada para el desarrollo minero) el programa contrariaba todo el sistema vigente en el país desde 1955 y privilegiaba el interés nacional y el nivel de vida de las grandes masas por encima de cualquier otra consideración. Al asumir el gobierno el general Perón la desocupación llegaba al 6,1 % de la población económicamente activa. En abril de 1973 bajó al 5,5 % y al 4,5 % hacia octubre del mismo año. En octubre de 1974 estaba al nivel de 2,5 %. Claro está que por lo menos la mitad de los desocupados fueron ocupados por las empresas del Estado: 180.000 personas. Esta supuesta solución al desempleo era característica de la frivolidad de Gelbard para abordar con energía los grandes problemas de la industrialización, de una tecnología independiente y de un enfrentamiento decidido con la oligarquía.

Por tibias que fuesen las medidas mencionadas, encontraron inmediatamente una resistencia abierta de parte de todos los sectores afectados, a empezar por el propio peronismo, en relación con la Ley del impuesto a la renta normal y potencial de la tierra.

Los senadores peronistas defienden a la oligarquía terrateniente

Se formó en el Senado un grupo de legisladores peronistas terratenientes –entre ellos Cornejo Linares, Romero, Maya y otros– para resistir la sanción de dicha ley.

Sin embargo, esta ley era una medida realmente revolucionaria. La Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa (CARBAP) telegrafió a Perón denunciando una «grave infiltración ultraizquierdista» en la Secretaría de Agricultura y el INTA. No les gustaba el proyecto del Ingeniero Giberti, porque por primera vez en la historia argentina se proponía aumentar la producción agropecuaria o castigar con un impuesto a los latifundistas. Celedonio Pereda, Presidente de la Sociedad Rural, amenazaba al gobierno con una gran matanza de hacienda como protesta por la Ley Agraria. Las Ligas Agrarias del Noroeste, inspiradas por izquierdistas urbanos, rechazaban la Ley Agraria por reformista, coincidiendo con los latifundistas pampeanos, que la rechazaban por revolucionaria.

El Ingeniero Horacio Giberti, destacadísimo técnico, Secretario de Agricultura y padre del proyecto, fue amenazado en su domicilio, anónimamente, en un momento en que los asesinatos y secuestros hacían furor. Para los 17 meses de gestión de Gelbard cabe decir que la inflación tuvo una tasa mensual del 0,6 % en los primeros doce meses del período mencionado y del 1,4 % para los 17 meses. De este modo, el aumento de los salarios y el mejoramiento del nivel de vida fue un hecho manifiesto, expresado en el alto consumo del pueblo y en la reanimación del conjunto de la economía, pero la inversión se estancó. Ya veremos por qué²⁶³.

Los empresarios, pequeños, medianos y grandes, nacionales y extranjeros, con la falta de lucidez que los distingue, comenzaron a sabotear la política económica. La recaudación impositiva decayó y el contrabando hizo estragos. Los manuleos ilegales entre las diferencias de tasas de interés internas y externas se convirtieron en la actividad favorita de la mafia financiera. Se creó un mercado negro generalizado, que burlaba abiertamente las disposiciones del control de precios. Nadie vendía sus productos, sino por encima de los precios oficialmente fijados. A esto debe añadirse el cierre del mercado europeo, y el endeudamiento externo, heredado de 18 años de régimen oligárquico. En tales condiciones, pasada la bonanza inicial de Gelbard, el régimen peronista sufrió la desintegración del sistema económico por una acción de sabotaje generalizado.

El último discurso de Perón

Cuando este proceso manifestaba sus primeros efectos y el terrorismo marcaba cada día con su sangre su presencia, aun desde las funciones de gobierno, Perón debió soportar el «navarrazo», un golpe de Estado en la provincia de

Córdoba, probablemente inspirado por el alto mando del III Cuerpo del Ejército. El coronel Navarro, Jefe de la Policía Provincial destituyó al gobernador Obregón Cano y al Vice gobernador, el dirigente sindical Atilio López, y asumió el gobierno por varias semanas. Se acusaba a Obregón Cano de hacer un gobierno sin peronistas (lo que era cierto) y de tener incrustados en la Gobernación y la administración de la provincia a miembros de la organización Montoneros (lo que era indiscutible). Con tales razones o pretextos, se introducía en la vida nacional algo similar a un matonismo militar e ilegal que no tenía precedentes, como también carecía de ellos la presencia de terroristas como funcionarios de un gobierno constitucional. La pesadilla reemplazaba a la realidad.

En Córdoba se habían realizado actos de la CGT, donde aparecían oradores de las «Organizaciones Armadas» que discurseaban contra el Presidente Perón ante la confusión o la pasividad de algunos dirigentes sindicales. Lo mismo ocurría en la Provincia de Buenos Aires y otros Estados. Posteriormente, la integración de algunos ex gobernadores como Bidegain, (por lo demás un estanciero de Azul de antiguas simpatías fascistas) o de Obregón Cano al grupo Montoneros en el exilio, confirmarían las iniciales apreciaciones del gobierno peronista con respecto a la infiltración denunciada.

En cuanto al estado de salud de Perón, reinaba cierta inquietud en el país. La impresión dominante era que su estado físico tendía a declinar. Guardaba cama con cierta frecuencia. La lectura de los diarios con su información cotidiana de atentados y violencia de «grupos peronistas», seguramente no contribuía a mejorarlo.

Por fin, el Primero de Mayo de 1974, una inmensa multitud se reunió en la Plaza de Mayo para conmemorar la fecha de los trabajadores. Pero no había solamente obreros en la vieja plaza. A pesar de las órdenes impartidas por el Presidente (sólo se admitirían en la concentración banderas y carteles de organizaciones sindicales), mediante un ardid, aparecieron, de pronto, en un costado de la Plaza, junto al Banco de la Nación y hacia la Catedral, enormes cartelones con la palabra «Montoneros» desplegada y otras leyendas no autorizadas por el Jefe del movimiento. Esta abierta rebelión contra las normas establecidas para evitar desórdenes en el acto, hacía presagiar un mal fin. En momentos en que la Vicepresidenta María Estela Martínez de Perón entregaba los premios a la reina de belleza de la CGT, del sector formado por el grupo Montoneros, partió una estruendosa silbatina y frases obscenas dirigidas a la esposa del Presidente. Era imposible no advertirlo desde los balcones de la Casa de Gobierno. La «Juventud Peronista» o lo que quedaba de ella ya en ese día, repetía cíclicamente el odio de sus padres hacia las mujeres de Perón. Los padres habían

odiado a Evita y los hijos a Isabel. Ni a los padres gorilas ni a los hijos «peronistas», les gustaban las mujeres que elegía Perón. En realidad, lo que en verdad rechazaban era a Perón. Cierto es que los padres de la generación anterior lo hacían abiertamente.

Cuando tomó la palabra, el caudillo justicialista estaba demudado. Ardía de ira.

No fue exactamente un discurso. Duró cuatro o cinco minutos. Los echó de la Plaza y los calificó de «estúpidos». En silencio, la mayoría de los asistentes que se nucleaban en el área de los «Montoneros», formada por gentes atraídas de las villas miserias por la Juventud Peronista, quedó abrumada por las palabras del General. A partir de ese momento, el grupo Montoneros ya no logró arrastrar de las villas a nadie. El golpe había sido decisivo.

Los partidos políticos venían observando con indisimulada satisfacción el enfrentamiento de Perón con la Juventud Peronista, cada vez más cerca de las otras juventudes de los partidos tradicionales. Se suponía que esta crisis podía debilitar a Perón y todos, aún los hombres públicos más notoriamente reaccionarios, se apiadaban de los inexpertos jóvenes y pretendían acercarlos a ellos para aconsejarles. Hasta el invariable colaborador sanjuanino de todas las dictaduras militares, Leopoldo Bravo, comentó el incidente de la Plaza de Mayo en los siguientes términos: Perón no tiene sensibilidad ante la juventud. Por eso los muchachos abandonaron la plaza al sentirse agredidos».

Pero el caudillo ya se moría. 45 días más tarde, el 12 de junio, convocaba al pueblo a la Plaza de Mayo.

Por la mañana, a las 11, en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, Perón llama a la lucha:

Quienes inducen al desorden están promoviendo la contrarrevolución. Yo vine al país para unir y no para fomentar la desunión entre los argentinos. Yo vine al país para lanzar un proceso de liberación nacional y no para consolidar la dependencia... Pero hay pequeños sectores, perfectamente identificados, con los que hasta el momento fuimos tolerantes, que se empeñan en obstruir nuestro proceso: son los que están saboteando nuestra independencia y nuestra independiente política exterior, son quienes intentan socavar las bases del acuerdo social, forjado para lanzar la reconstrucción nacional... Algunos diarios oligarcas están insistiendo... con el problema de la escasez y del mercado negro. ¡No hay que olvidar

que los enemigos están preocupados por nuestras conquistas, no por nuestros problemas! Ellos se dan cuenta de que hemos nacionalizado los resortes básicos de la economía y que seguiremos en esa tarea, sin fobia, pero hasta no dejar ningún engranaje decisivo en manos extranjeras. No sería mucho avanzar en la autocrítica si dijéramos que en muchas partes los hombres de nuestro movimiento, en las funciones gubernamentales tienen la grave falla de sus enfrentamientos... A todo ello se suma la fiebre de la sucesión de los que no comprenden que el único sucesor de Perón será el pueblo argentino que, en último análisis, será quien deberá decidir ²⁶⁵.

Por la tarde, ante los trabajadores reunidos en la Plaza, Perón pronunció su último discurso.

Sabemos que tenemos enemigos que han comenzado a mostrar las uñas. Pero también sabemos que tenemos a nuestro lado al pueblo y cuando éste se decide a la lucha, suele ser invencible. Llevaré grabado en mi retina este maravilloso espectáculo en que el pueblo trabajador de la ciudad y la provincia de Buenos Aires, me trae el mensaje que yo necesito. Les agradezco profundamente el que hayan llegado hasta esta histórica Plaza de Mayo. Yo llevo en mis oídos la más maravillosa música que, para mí es la palabra del pueblo argentino.

Fue su despedida. Sufrió una recaída y ya no se recuperó. El sábado 29 de junio el Ministro del Interior Benito Llambí llamó a los presidentes de los partidos políticos a su casa de la Avenida Libertador San Martín para informarles que Perón se estaba reponiendo de un ataque al corazón. El domingo 30, Perón dejaba el mando en la Vicepresidenta. El lunes 1º de julio las autoridades de los partidos eran llamadas junto con miembros del gobierno a la quinta de Olivos. El gran argentino había muerto al mediodía. Un silencio profundo descendió sobre la patria. Años atrás, en una conversación celebrada en Madrid con Enrique Pavón Pereira, se había retratado a sí mismo:

Considero que los hombres que no tienen causa no merecerían vivir, como no nace el hombre que escape a su destino. Hay dos clases de seres en la vida. Algunos grandes hombres han pasado desapercibidos por el mundo porque no han tenido una razón esen-

cial de ser, una causa superior que defender. En cambio, muchos pobres hombres han sido grandes porque se han dedicado a vivir por una causa. Yo pertenezco sin falsa modestia a los segundos, he vivido para una causa que la Providencia me ha permitido defender y esa causa me ha hecho grande aunque, como decía Bolívar, 'no se puede ser grande eternamente'. Yo sé aguantar virilmente los golpes del destino, precisamente porque soy hombre de una causa²⁶⁶.

Isabel en la presidencia

Bajo una lluvia implacable marchaban grandes columnas de hombres y mujeres del pueblo, con la congoja en el alma. Pero en los políticos había tiempo para otras inquietudes. El gobierno nacional estaba desconcertado. De allí partió la idea de que Balbín hablara en el Congreso en nombre de los partidos políticos... Extraño interlocutor. En la misma tarde del entierro, las Juventudes Políticas argentinas visitaban al dirigente del radicalismo: se sabe que integraban estas juventudes la Juventud Peronista, la Comunista y la Radical alfonsinista. También cumplían ese inesperado ritual representantes de la Sociedad Rural Argentina. El diario *Noticias*, financiado por el grupo Montoneros, y que además contaba con el apoyo publicitario del Ministerio de Economía de Gelbard, afirmaba en su edición del 4 de julio que Balbín se proponía ofrecer a la Presidenta Isabel «una base de sustentación», como si a la Presidenta no le bastaran los 7 y medio millones de votos del 23 de setiembre. La prensa norteamericana llamaba a Balbín «el Presidente moral de la Argentina».

Al lado de Isabel, como secretario privado y Ministro de Bienestar Social seguía, impasible, José López Rega, el astrólogo y ex policía, inspirador y confidente. Se le atribuía la organización de las Tres A, un grupo terrorista organizado por oficiales retirados de la Policía Federal, hombres de López Rega, que tendrían la responsabilidad de secuestros y asesinatos de sindicalistas, políticos o terroristas de izquierda. No se dudaba de que en el Ministerio de Bienestar Social, López Rega acumulaba armas. Su poder, que era considerable en vida de Perón, llegó a ser inmenso después de su muerte. El gobierno de Isabel, a pesar de ciertas medidas altamente positivas (decreto de nacionalización de las bocas de expendio, resistido por las compañías petroleras, por ejemplo) se desarrolló trabado por tres factores decisivos:

–boycot del empresariado a la política económica, mercado negro, descontrol inflacionario;

–presión del movimiento obrero en materia de salarios;

–antagonismos intolerables entre un bloque parlamentario «antiverticalista» situado en el Senado, la Cámara de Diputados y la Presidenta.

La decadencia económica de la República, que heredaba una pesada deuda externa, sólo podía dominarse mediante una resuelta política de transformación revolucionaria del país. La paradoja consistía en que a pesar del enorme apoyo popular, el gobierno no traducía en claridad y fuerza ese respaldo. Se sentía débil. El frente de clases del 45, desaparecido el gran unificador, tendía a disolverse.

En agosto de 1974 pasa a la clandestinidad el grupo Montoneros y las siglas que lo siguen en su camino mortal. Declaran la guerra al gobierno de Isabel.

El 3 de setiembre de 1974, una publicación soez llamada *La causa Peronista*, dirigida por Rodolfo Galimberti, órgano oficioso del grupo Montoneros, publicaba un relato escalofriante del asesinato del General Aramburu, hecho por algunos de sus asesinos todavía vivos: Mario Firmenich y Norma Arrostito. El relato, propio de psicópatas, describe con todo detalle el desarrollo del secuestro, el traslado y el instante de la muerte de Aramburu. Por vinculaciones sociales y familiares, los victimarios de Aramburu estaban más bien ubicados cerca de los círculos de la Revolución Libertadora. Pero es muy curioso que de su atroz y cínica descripción, resurja Aramburu como un hombre valeroso y sereno, que afrontó la muerte con suprema dignidad:

El sótano era tan viejo como la casa. Tenía 70 años. Lo habíamos usado la primera vez en febrero del 69, para enterrar los fusiles expropiados en el Tiro Federal de Córdoba. La escalera se bamboleaba. Tuve que adelantarme para ayudar a su descenso. – Ah! Me van a matar en el sótano –dijo. Bajamos. Le pusimos un pañuelo en la boca y lo colocamos contra la pared. El sótano era muy chico y la ejecución debía ser a pistola... Mientras Firmenich golpeaba con una llave sobre una morsa para disimular los estampidos –»General, vamos a proceder –le dijo Abal Medina. Y Aramburu respondió: –Proceda²⁶⁷.

En la Facultad de Derecho se realiza un acto el 6 de setiembre. Desborda de público y carteles con las consignas de Montoneros y ERP. Juan Pablo Ventura, presidente de la Juventud Universitaria Peronista, leyó dos documentos de

Montoneros. En ellos se afirma que con la muerte de Perón «cambió la situación». Se pronuncian contra el pacto social y afirman «que el gobierno de Isabel ha dejado de ser Peronista y representativo». Por tales motivos, deciden «encabezar la resistencia popular contra la ofensiva imperialista» (del gobierno). Disponen reasumir «las formas armadas de lucha» que constituyen la guerra popular integral. Acompañan esta declaración la JP, la IUP, el Movimiento Villero Peronista y la UES. Cerraron sus locales y dieron a conocer su parte N° 1. El ERP, cuyo sistemático antiperonismo «clasista» no era impedimento para que considerara «compañeros» a los Montoneros, adhiere al acto. Actuará en adelante en todo género de provocaciones sangrientas, en estrecho contacto con aquellos. Faltan ya pocos meses para la aniquilación completa de ambos, cuya indigencia teórica y política se corresponde con el nihilismo que llevaría a varios miles de jóvenes a la muerte. Católicos, nacionalistas o «Marxistas» diluidos, curas tercermundistas obsesionados por el pecado, el origen filosófico de todos ellos ya había perdido importancia. Reinaba, dentro y fuera de ellos, el horror y la muerte repetida. No saldrían fácilmente del túnel que todo lo devoraba y al que avanzaban con impasibilidad de sonámbulos. ¿En nombre del socialismo? ¿Qué socialismo? ¿En nombre del pueblo? ¿Qué pueblo?

En su drama sobre los terroristas rusos, «Los Justos», Camus pone en boca de Dora y Kaliayev el siguiente diálogo:

Dora: Hay demasiada sangre, demasiada dura violencia. Aquellos que aman verdaderamente la justicia no tienen derecho al amor. Están erguidos como yo, la cabeza levantada, los ojos fijos. ¿Qué tendría que hacer el amor en esos corazones fieros? El amor inclina dulcemente las cabezas. Yanek. Nosotros tenemos la nuca inflexible.

Kaliayev: Pero nosotros amamos a nuestro pueblo.

Dora: Lo amamos, es verdad. Lo amamos con un vasto amor sin apoyo, con un amor desdichado. Vivimos lejos de él, encerrados en nuestras habitaciones, perdidos en nuestros pensamientos. ¿Y el pueblo nos ama? ¿Sabe que lo amamos? El pueblo calla ¡qué silencio! ¡qué silencio!²⁶⁸.

Se les había escurrido el catolicismo, la fe en el Ejército, el difuso socialismo, el inconcreto proletariado. Todo se había gastado y reducido a cenizas en el fuego de la cólera. De esas ideas y convicciones sólo les quedaba una rabia ciega contra

el mundo que al principio les había parecido injusto y ahora se les mostraba como absurdo y desprovisto de sentido. El medio se había trocado en fin. La pistola sustituía a la política. Ahora sólo sabían matar y en consecuencia habían aprendido que morir era mucho más simple que vivir. Era lo único nuevo que habían aprendido. Todo lo demás lo habían olvidado.

1974: el año de la peste

En 1974 mueren Perón, Arturo Jauretche, Alfredo Terzaga, Juan José Hernández Arregui, Silvio Frondizi es asesinado, lo mismo que Atilio López y decenas de figuras notorias de la política, el sindicalismo, de las fuerzas armadas. Una enorme confusión e inseguridad reinaba en todo el país. La Sociedad Rural de Santa Fe envía un telegrama al Congreso Nacional para que «se investigue al Secretario de Agricultura Horacio Giberti y a quienes colaboran con él en el proyecto de Ley agraria». La CGT de Santa Cruz se opone a un proyecto para nacionalizar las 600.000 hectáreas de las estancias inglesas de la Corona. Sorpresivamente la Presidenta elogia a las compañías transnacionales y veta la ley que otorga la patria potestad a las mujeres. Luego rehúsa homologar los convenios que aumentan los salarios. En el Senado se incubaba un proyecto destinado a someter a la Sra. de Perón a un juicio político que permita al senador Luder ocupar la Presidencia de la República. Se afirma que tal procedimiento contaría con la aprobación de los tres comandantes de las Fuerzas Armadas.

A su vez, cuando la Presidenta se propone designar al general Numa Laplane Comandante en Jefe del Ejército, los altos mandos se resisten a aceptar el nombramiento dispuesto por Isabel. En cambio, surge el nombre del General Videla como Comandante que goza de la confianza de los generales. Al aceptar la presidenta tal imposición bajo la inspiración astrológica de López Rega, su derrocamiento comenzaba. El mandato popular incuestionable empieza a dispersarse como el vapor fuera de la caldera.

En setiembre de 1975, el Congreso vota la ley de Seguridad que coloca en manos de las Fuerzas Armadas la represión de las actividades terroristas que hacen furor en todo el país. Los partidos, inquietos ante la perspectiva de un golpe militar, se reúnen en el Consejo Superior del Justicialismo en la Avenida Córdoba. Allí, todos los partidos menos uno, proponen una declaración asumiendo la defensa de las instituciones, sin mencionar la defensa de la institución Presidencial, que es la más importante. Ante ésta última observación formulada por un asistente,

el Vicepresidente del justicialismo, el dirigente gremial del Seguro, Báez, contesta al interpelante «No hay que ser más papista que el Papa»²⁶⁹.

Al rechazar la Presidenta firmar los aumentos de salarios y al evidenciarse que López Rega es una especie local y maligna de Rasputín a la criolla, se produce una espontánea movilización obrera en la Plaza de Mayo. Esto acarrea la caída de López Rega y la firma de los convenios. El astrólogo abandona precipitadamente el país. Sin embargo, la crisis interna del peronismo prosigue con un irrefrenable poder autodestructivo. El empujón decisivo lo había dado el Ministro Rodrigo al aplicar su famoso plan de «estabilización» que desencadenó la crisis latente. A las consecuencias de dicho plan se llamó el «rodrigazo». Aún con un 80 % de aumento en los salarios, éstos ya quedaban retrasados con respecto al fabuloso aumento del costo de la vida. El Ministerio de Rodrigo duró sólo 50 días. Fue sucedido por el Dr. Bonnani, un lánguido Ministro de Finanzas del gobierno de Perón en 1946, que no supo en realidad qué medidas adoptar. Sólo acudió a su mente la idea de pedir consejo a todos los partidos políticos. Mientras éstos preparaban sus sugerencias, Bonnani renunció. Habían transcurrido veinte días.

El sucesor fue Antonio Cafiero, que también había sido Ministro de Perón en su segundo gobierno y que se propuso restablecer algo de cordura en la política económica. Pero ya no había base política para hacerlo. Fue la última tentativa del peronismo para salir del atolladero económico, tanto como del político.

El Ingeniero Guido Di Tella fue el Secretario de Programación Económica. Di Tella describe del siguiente modo ese momento:

Se produjo un empate entre los derechistas del Ministerio del Interior y los centristas del Ministerio de Economía. En esa situación los sindicatos pujaron de una manera bastante anárquica por una mejoría de su posición relativa haciendo de este modo muy dificultoso el manejo normal de la economía. Los dos paros ganaderos, los varios lock-out de los productores, la creación de una nueva organización empresaria (APEGE) con el deliberado propósito de crear un clima pre-revolucionario, todo contribuyó a la sensación del caos social²⁷⁰.

El 5 de Octubre del 1975 un grupo terrorista atacaba una unidad militar en Formosa. El 3 de noviembre otro grupo asesinaba al General Cáceres Monié y a su mujer cerca del río Paraná. El 23 de diciembre atacaban el Batallón 601 en Monte Chingolo. Naturalmente todo esto debía tener sus resultados. El Brigadier

Capellini se levantaba contra el gobierno en esos mismos días, con el apoyo de la Aeronáutica y la neutralidad del resto de las Fuerzas Armadas, que consideraron prematuro el levantamiento.

Perdido entre los acontecimientos cotidianos que arrancaban cada día un trozo de poder político a la investidura presidencial, apareció el Ministro de Economía Mondelli a repetir, de algún modo, los principios «estabilizadores» de Rodrigo. Pero la economía argentina y los controles del gobierno habían perdido todo equilibrio. Isabel sufría intermitentes crisis de salud que la obligaban frecuentemente a delegar el mando en el Dr. Luder, Presidente del Senado.

El 5 de enero de 1976 el Secretario Privado de la Presidenta, el Dr. Julio González, ofreció al Dr. José Alberto Deheza el Ministerio de Defensa. El propósito era que desde ese Ministerio defendiera al gobierno frente a las fuerzas armadas, más bien que al país contra enemigos exteriores. Lo singular del hecho radicaba en que el Dr. Deheza era yerno del General Lonardi y había contribuido con su suegro a derrocar al gobierno de Perón en 1955. Ahora era llamado a defender a un gobierno peronista al borde del abismo. Si la condición de nacionalista católico ferviente del Dr. González era la causa inmediata del ofrecimiento a Deheza, de parecidas convicciones, es algo que los historiadores aún no han tenido tiempo de escrutar. Pero el peronismo, de algún modo estaba desapareciendo del gobierno aún antes de caer.

Los tres comandantes no estaban apresurados a poner en práctica sus designios. Repetidas veces indicaron a la Presidenta la necesidad de un cambio profundo en su gobierno. Este cambio implicaba, sin lugar a dudas, su renuncia. La investidura presidencial, por lo demás, había sido afectada por el conocido cheque librado por la Presidenta, con fondos de la Cruzada de la Solidaridad Justicialista, para un uso personal en la sucesión de Eva Duarte de Perón. El Juez interviniente había resuelto el caso en favor de la Señora, al no encontrar delito ni daño a ningún tercero. Pero tal episodio se agregó a la cuenta que las fuerzas armadas exhibían para justificar su presión. A principios de enero, los jefes militares renovaron su exigencia, cuidándose de señalar que la situación podía definirse contra la estabilidad institucional en cualquier momento.

Deheza ha evocado esos instantes:

Las sucesivas huelgas en todos los sectores económicos dejaban la sensación de que la solidaridad del destino común había desaparecido. Los partidos políticos, especulando en las próximas elecciones, echaban leña a la hoguera como si el fuego pudiera purificarlos en cabeza ajena. La inflación resentía el sistema pro-

ductivo y alentaba a la especulación disociante. La delincuencia subversiva se empeñaba en crear caos por el terror²⁷¹.

En un intento de estabilizar al gobierno, la Presidenta anunció la convocatoria a elecciones presidenciales para diciembre de 1976 y su renuncia a presentar su candidatura para una reelección. Pero la suerte estaba jugada. Isabel había perdido la mayoría en la Cámara de Diputados: un sector antiverticalista se oponía a su persona. Parte del movimiento obrero se alejaba de ella. El Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Calabró, antiguo metalúrgico, maniobraba con los jefes militares contra la Presidenta. El «Partido del Senado», formado por legisladores peronistas «antiverticalistas», tampoco brindaba su apoyo. La baja de las reservas aproximaban al país a la cesación de pagos. El federalismo popular planteaba en la Cámara de Diputados el juicio político a Isabel. Un paro empresario, dirigido a golpear al gobierno, se realiza en todo el país el 16 de febrero. Balbín declarará después de una reunión en el Congreso con diputados radicales, que «si el Poder Ejecutivo no tomaba una decisión, el golpe militar era irreversible».

El estudio minucioso de este período de la historia contemporánea argentina permite llegar a una conclusión incontrovertible: la crisis del gobierno presidido por la Señora de Perón obedeció a tres causas fundamentales:

1) La delincuencia económica practicada por el gran comercio, la intermediación y su sistema de distribución de productos, la oligarquía ganadera, la empresa extranjera y la propia burguesía industrial nacional, consagrados a burlar las disposiciones oficiales sobre precios, ocultando mercaderías. De ese modo se creó el mercado negro y la escasez. El empujón hacia arriba de toda la estructura de precios fue arrollador. (Para el lector ingenuo que suponga que la gran empresa extranjera es respetable, puede recordarse el fabuloso contrabando realizado por la Peugeot Argentina en 1963 y la corrupción empleada por FIAT para construir camiones pesados que destruirían parte de la red caminera argentina, contra la opinión de Vialidad Nacional).

Esta actividad delictiva de los sectores mencionados, fue similar a la practicada en 1971 en Chile contra el Presidente Allende, que concluyó con su derrocamiento.

2) La actividad terrorista, cuya falta de «principios» se demuestra en que acentuó sus atentados precisamente a partir del triunfo del peronismo (usando la máscara de «peronismo revolucionario»).

3) La tendencia a la desintegración del Frente Nacional.

Por dichas razones, resulta inverosímil la opinión del economista Aldo Ferrer, que al criticar la política económica del gobierno peronista, la juzga «distributiva», y no orientada hacia la «inversión».

Lo cierto es que las clases no asalariadas, lejos de invertir, derivaban sus grandes ganancias hacia el exterior, en gastos suntuarios o maniobras con las divisas.

El gobierno de la Presidenta Isabel era desgarrado a dentelladas por los buitres del «mercado». No existía en el gobierno decisión para ejercer el poder y voluntad de imponer a los provocadores sectoriales de la sociedad civil todo el peso extra económico del Estado para restablecer el orden. El gobierno de Isabel era una sombra de aquel imponente y severo estado peronista de 1946-1955. Los empresarios nacionales, la oligarquía agraria, los intermediarios y financieros argentinos, actuaban frenéticamente para saquear al país, voltear a un gobierno notoriamente débil y exportar, al mismo tiempo, sus ganancias mal habidas. En 1973 según el Secretario de Estado de Programación y Coordinación Económica de la época, Licenciado Jorge Héctor Benálcazar, había depósitos en Estados Unidos de argentinos residentes en Argentina, por valor de más de 20 mil millones de dólares.

Las libertades públicas o de prensa, de reunión o de asociación habían llegado a un límite patético: estaban al servicio de la contrarrevolución. El gobierno carecía de un solo diario para defenderse. Tampoco contaba con prensa propia la CGT. El desafío de las múltiples asociaciones empresarias a los decretos del gobierno nacional (Pacto Social, por ejemplo), o de la Ley de Nacionalización de las bocas de expendio, eran un hecho cotidiano. Como cabía esperar, ante la ausencia de un poder político centralizado y resuelto, el nivel general de los precios mayoristas subió en un crítico 88,3% en el mes de febrero de 1976 y en un 54% durante el mes de marzo. La actividad económica había escapado a todo control. Nunca las relaciones entre la naturaleza del poder político y la vida económica quedaron al descubierto como en el período 1975-1976.

La experiencia de los tres gobiernos peronistas ofrece en su perspectiva una lección muy clara. Tanto el vigor del Estado en los dos primeros gobiernos de Perón, como su debilidad manifiesta en el tercero, demuestran que resulta imposible al Estado de un país semicolonial en proceso de Revolución Nacional, actuar por sí mismo en la transformación de un país. El Estado debe actuar en contacto estrecho y viviente con la sociedad a la cual sirve. Si los simples inspectores de precios del gobierno resultaban insuficientes para controlar el desabastecimiento, por múltiples razones, la participación directa de instituciones estructuradas como los sindicatos o las cooperativas en ese control, debían rendir una utilidad social obvia.

Se conocieron casos de sindicatos que ofrecieron al gobierno peronista la intervención sistemática de los delegados obreros en fábricas y empresas para controlar el movimiento de mercaderías (que misteriosamente desaparecían en los sótanos del mercado negro) pero esta oferta fue rechazada por los burócratas del Estado. La experiencia global del peronismo es concluyente: el Estado debe democratizarse a sí mismo por la autogestión y control de los trabajadores. Ferrocarriles Argentinos, por ejemplo, deberían ser administrados por sus propios técnicos, empleados y obreros, con representantes del Estado, para buscar entre todos la eficiencia óptima.

Sólo así la sociedad puede controlar al Estado y el estado regir con equidad el trabajo social. Los peligros de la omnipotencia del Estado en los países «socialistas», recuerda a la omnipotencia del «mercado» (o sea, de los monopolios) en los países imperialistas. Los argentinos deben reflexionar sobre la impotencia del Estado en los países semicoloniales, que se proponen liberarse al margen de la actividad cotidiana y de la participación en esa gran empresa de las masas productoras. Esta gestión directa de los obreros, científicos, técnicos y empleados, implica la democracia directa en todas las áreas, sea la economía, la cultura, los medios de comunicación, la vida social. Lejos de ser omnipotente, el Estado del peronismo en la época de Isabel era débil y vacilante. Los resultados son parte de la historia narrada aquí.

En las librerías circulaba una novela dolorosa, recorrida por extrañas profecías. Confusamente, con los ojos desorbitados, el artista dibujaba seres imaginarios que, por uno de esos raros momentos de la vida de un pueblo, parecían recortados de los hombres y mujeres que formaban la multitud. El país sentía desconsuelo por la fatalidad de un destino al que no podía resignarse. ¿Qué hacer?

«Nuevamente volvió su mirada a las gaviotas sobre el cielo en decadencia. Las oscuras siluetas de los rascacielos en medio de cárdenos esplendores y catedrales de humo, y poco a poco entre los melancólicos violáceos que preparan la funeraria corte de la noche. Agonizaba la ciudad entera, alguien que en vida fue groseramente ruidoso pero que ahora moría en dramático silencio, solo, vuelto hacia sí mismo, pensativo. El silencio se hacía más grave a medida que avanzaba la noche, como se recibe siempre a los heraldos de las tinieblas.

Y así terminó un día más en Buenos Aires, algo irrecuperable para siempre, algo que lo acercaba un poco más a su propia muerte», escribía Sábato en «Abbadón, el exterminador».

Deheza, nombrado el 15 de enero Ministro de Defensa, inició una serie de tratativas con los Comandantes Generales para estudiar la situación e impedir el

golpe. En una reunión de gobierno realizada el 23 de marzo, el Ministro de Justicia le preguntó a Deheza:

«—Señor Ministro, ¿Cree usted que mañana seguirán estas tratativas?

—No tengo el comando de una división de tanques para asegurarlo le contesté sin otro comentario»²⁷³.

Por su parte, el Ministro del Interior, Dr. Roberto Ares, volvió eufórico a la Casa de Gobierno unos momentos más tarde. Había cenado con el Jefe de la Policía Federal, General Albano Harguindeguy. La cena había sido espléndida. Ares tranquilizó a todos los presentes. Harguindeguy le había asegurado que habría tiempo para continuar las negociaciones emprendidas por los Comandantes. A las 24 horas de esa noche, la Presidenta saludó a todos los Ministros y se dirigió a la terraza de la Casa de Gobierno para ascender a un helicóptero color naranja, modelo Sikorsky. Con la señora de Perón viajaron el secretario técnico, Dr. Julio González, Rafael Luissi, jefe de la custodia presidencial y algunos oficiales de las Fuerzas Armadas.

Durante el vuelo, el piloto informó a la Presidenta que por una razón técnica no podría aterrizar en la residencia de Olivos. Lo haría en cambio en el aeroparque «Jorge Newbery». Al descender en la pista y detenerse el helicóptero, la señora de Perón fue recibida por un oficial de la Aeronáutica que le informó que había dejado de ser Presidenta y se encontraba detenida. Dos horas después un avión Patagonia la llevaba a través de la noche hacia Neuquén. Por la radio, los tres Comandantes informaron al país, en su comunicado N° 1, que la Junta Militar se había hecho cargo del gobierno. El comunicado señalaba que no se trataba sólo de la caída de un gobierno sino «del cierre definitivo de un ciclo histórico y la apertura de uno nuevo». Era el 24 de marzo y ya clareaba. El régimen Peronista había llegado a su fin. Cabe advertir que la actividad histórica consiste precisamente en que todo fin también es un comienzo.

¿Habían concluido esos treinta años prodigiosos? ¿Dónde estaba la pueblada del 45? ¿Y aquella energía de las jornadas de Octubre? Perón no regresaría de su sueño, que era eterno. Sólo era ya la memoria de aquellos grandes días. «Mi único heredero es el pueblo». El movimiento nacional había sido vencido sin haber librado batalla alguna. ¿Tendría alguna otra oportunidad? Sin eliminar a la oligarquía, ahora resurrecta, era imposible. Pero entonces se requería el socialismo criollo para retorcerle el cuello al cisne. Todos se lo preguntaban, pero nadie se atrevía a confesarlo.

Como siempre en las más duras pruebas, algunos tenían la secreta confianza de que la atormentada patria encontraría su destino. La contramarea arrojaba hacia atrás a la criatura anónima de la multitud. El héroe sin nombre de la vida

social desaparecía de la escena. ¿Quién se acordaba del pueblo? Pero Juan Nadie ya regresaría. Por ahora guardaba un silencio profundo. El topo de la historia trabajaba sin cesar y en su trabajo subterráneo buscaba la luz.

*Nadie lo lloró enseguida,
nadie lo lloró después;
nadie sabe si una vez
estuvo vivo en la vida;
pero nació de su herida
un yuyo entre el empedrado:
tuvo en la pampa el pasado
y en la ciudad el olvido;
Juan de nombre, y de apellido Nadie,
según me han contado.*

MIGUEL ETCHEBARNE, «Juan Nadie».

NOTAS

- ¹ «La Prensa», 5 de junio de 1943.
- ² Sir David Kelly, «El poder detrás del trono», Buenos Aires, Ed. Coyoacán, 1962, p.16.
- ³ Pothash, R.A. «El Ejército y la política en la Argentina» Ed. Sudamericana 1971, p. 277 y Juan Orona, «La logia militar que derrocó a Castillo», Bs. As. 1966.
- ⁴ La Prensa, 5 de junio de 1943.
- ⁵ *Ibíd.*
- ⁶ La Prensa, 6 de junio de 1943.
- ⁷ Arturo Jauretche, «FORJA y la Década Infame», Ed. Coyoacán. 1962, p.101,
- ⁸ Bernardo Kleiner, «20 años de movimiento estudiantil reformista», Buenos Aires, Ed. Platina, 1964. p 39.
- ⁹ La Nación, 8 de junio de 1943.
- ¹⁰ *Ibíd.*
- ¹¹ Jorge Abelardo Ramos, «Historia política del Ejército Argentino» Buenos Aires, Ed. Peña Lillo, 1959, p.17.
- ¹² Marcelo Sánchez Sorondo, «La revolución que anunciamos», Buenos Aires, Ed. Nueva Política, 1945, p.258.
- ¹³ Héctor Sáenz y Quesada, «Vida de Don Juan Manuel de Rosas», por Manuel Gálvez en la «Revista» del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, Buenos Aires, 1941, p. 101, N° 7, Año III.
- ¹⁴ Ramón Doll, *Ibíd.*, N° 2 y 3, p.194.
- ¹⁵ Raúl Scalabrini Ortiz, «Política británica en el Río de la Plata», p. 146, tercera edición, 1957.
- ¹⁶ Carlos Steffens Soler, «Las falsedades históricas del General Justo», en «Revista» del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, Año I, N° 4, Buenos Aires, 1939, p. 163.
- ¹⁷ N° 7 de la misma «Revista», p.160.
- ¹⁸ *Ibíd.*, N° 1, p.132.
- ¹⁹ Francisco Luis Bernardez: en el periódico «Si, sí; no no», Buenos Aires N° 1, septiembre de 1937, órgano del movimiento de «Restauración».
- ²⁰ Benito Mussolini, «Memorias, notas del cautiverio», Buenos Aires, Ed. D.P., 1955, p. 49.
- ²² Héctor Saenz y Quesada. «Elegía de Buenos Aires» p. 145
- ²¹ *Ibíd.* p.108.
- ²³ *Ibíd.*, p. 137.
- ²⁴ *Ibíd.*, p. 81.
- ²⁵ Jorge Luis Borges, «Martín Fierro», Ed. Columba.
- ²⁶ *Ibíd.*, p. 83.
- ²⁷ Ignacio B. Anzoátegui, «Vida de payasos ilustres», Buenos Aires, Ed. Theoría, 1954, p. 118.
- ^{28 bis} Anzoátegui, «Vida de Muertos».

²⁹ Vidas de payasos ilustres. p. 71.

³⁰ Ramón Doll, «Hacia la liberación», Buenos Aires, Ed. del Renacimiento Argentino, 1939, 17.

³¹ *Ibíd.*, p. 29.

³² Sánchez Sorondo, *ob cit.*, p. 180.

³³ «La Prensa» 20 de agosto de 1943.

³⁴ Jauretche, *ob. cit.*, p. 107.

³⁵ *Ibíd.*

³⁶ *Ibíd.*

³⁷ «La Prensa», 20 de agosto de 1943.

³⁸ *Ibíd.*

³⁹ *Ibíd.*

⁴⁰ «La Prensa», 13 de agosto de 1944.

⁴¹ Sáenz Quesada, *ob. cit.*, p. 109

⁴² «La Prensa», 20 de mayo de 1944. Se le atribuye a un estanciero bonaerense el siguiente cuento: «Viajo a Europa todos los años. En el puerto aparecen siempre primos lejanos, de ramas pobres de la familia, con los que habitualmente no nos vemos nunca. Vienen a despedirnos y a traernos cumplidos de tías viejas, a las que tampoco vemos con frecuencia. Se enteran por la «Vida Social» de «La Nación» de nuestra partida y tienen la amabilidad de darnos un abrazo. Como ya no tienen recursos para viajar, se quedan en Buenos Aires y se hacen nacionalistas.

⁴³ «La Nación», 1° de junio de 1944.

⁴⁴ «La Prensa» 7 de junio del 1944.

⁴⁵ Beveraggi Allende, p. 291.

⁴⁶ «Programa conjunto para el desarrollo agropecuario e industrial» C.G.E., Buenos Aires, 1er. informe, semestre 15 5 62 al 15 11 62, noviembre de 1962, Tomo I, p. 80.

⁴⁷ Beveraggi Allende, *ob. cit.*, p. 206.

⁴⁸ CEPAL, «Estudio Económico de América Latina», Nueva York, Ed. Naciones Unidas, 1948, p. 60.

⁴⁹ «La Prensa», 7 de septiembre de 1943.

⁵⁰ *Cit. en* Raúl Scalabrini Ortiz, *ob. cit.* p. 160.

⁵¹ Bernardo Rabinovitz, «Lo que no se dijo», p.30.

⁵² «La Prensa», 3 de julio de 1943.

⁵³ «La Nación», 1° de febrero de 1944.

⁵⁴ «La Nación», 16 de febrero de 1944.

⁵⁵ «La Prensa», 5 de abril 1944. En esos días se nacionalizaban los elevadores de granos.

⁵⁶ Galíndez, *ob. cit.*, p. 34.

⁵⁷ «Frente Obrero», (segunda época), Buenos Aires, setiembre de 1945, N° 1. Este periódico, redactado por Aurelio Narvaja, es el primero que caracteriza lúcidamente el caótico proceso que la historia conocerá bajo el nombre de «Peronismo», desde el punto de vista del socialismo revolucionario.

⁵⁸ Trostki, «Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina», Buenos Aires, Ed. Coyoacán, 1961, p. 14.

⁵⁹ Jorge Abelardo Ramos, «Historia del Stalinismo en la Argentina».

⁶⁰ Conil Paz, *ob. cit.*, p. 123.

⁶¹ «La Prensa», 26 de agosto de 1944.

⁶² Conil Paz, *ob. cit.*, p. 148.

⁶³ Rabinovitz, ob. cit., p. 29.

⁶⁴ Conil Paz, ob. cit., p. 143.

⁶⁵ *Ibíd.*, p. 149.

⁶⁶ *Ibíd.*

⁶⁷ *Ibíd.*

⁶⁸ Edward R. Stettinius, Jr., «Roosevelt y los rusos». Barcelona, Ed. Plaza y Janés, 1961.

⁶⁹ *Ibíd.* p. 110 y 182.

⁷⁰ *Ibíd.* p. 153.

⁷¹ V. «El Partido Nacional y la política exterior del Uruguay», Montevideo, Ed. del Directorio del Partido Nacional, 1947.

⁷² Rabinovitz ob. cit., p. 52.

⁷³ Jorge Abelardo Ramos, «Historia del Stalinismo en la Argentina».

⁷⁴ *Ibíd.*, p. 162.

⁷⁵ Peter H. Smith: «Los radicales argentinos y la defensa de los intereses ganaderos», 1916 1930.

⁷⁶ «Desarrollo Económico» N° 25. Abril Junio de 1967, p. 795.

⁷⁷ Angel Perelman, «Cómo hicimos el 17 de Octubre». Buenos Aires, Ed. Coyoacán, 1961, p. 61. En el mismo discurso Perón añadía: «Están los grandes capitalistas, que han hecho los negocios vendiendo al país. Están los abogados que han servido a empresas extranjeras para escarnecer y vender al país; están algunos señores, detrás ciertos embajadores haciendo causa común con ellos para combatirnos a nosotros, que somos los que estamos defendiendo al país; están los diarios pagados en los que aparecen artículos de fondo, con las mismas palabras enviadas desde una embajada extranjera y frente a una página pagada por la misma embajada. Esos son los diarios que nos combaten. ¡Mucho honor en ser combatidos por esos bandidos y traidores! Y éstos son los que han organizado la reacción. Afortunadamente no había entrado en las Fuerzas Armadas, pero ya ha entrado en las fuerzas armadas y tenemos ahora la contrarrevolución en marcha la que debemos hacer parar haciendo lo que sea necesario hacer. Es una carta que se juega una sola vez en la vida, pero no debemos olvidar que se está jugando la historia de la Nación. Si hemos guerreado 20 años para conseguir la independencia política, no debemos que ser menos que nuestros antepasados, y debemos pelear otros 20 años, si fuera necesario, para obtener la independencia económica. Sin ella seremos siempre un país semicolonial». Ob. cit. p. 62.

⁷⁸ *Ibíd.*

⁷⁹ Jorge Abelardo Ramos: «Historia del stalinismo en la Argentina», Ed. Rancagua, 1974, y Rodolfo Puiggrós, «El peronismo: sus causas». Ed. Cepe, Buenos Aires, 1972.

⁸⁰ Kelly, ob. cit., p. 64 y ss.

⁸¹ Carlos Escude, «Así hablaron los ingleses» investigación en el Public Record Office, de Londres, «La Opinión», 17 de setiembre de 1978, y Mario Rapoport, «Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas», 1940 1945, Ed. Belgrano, 1981.

⁸² *Ibíd.*

⁸³ *Ibíd.*

⁸⁴ *Ibíd.*

⁸⁵ «La Prensa», 20 de marzo de 1945.

⁸⁶ «La Nación», 3 de abril de 1945.

⁸⁷ En su edición del 28 de marzo de 1945, «The Christian Science Monitor», de Boston, titulaba a toda página: «Maneuvers Leading to War declaration scored by Argentina exiles».

- ⁸⁸ «Izvestia», 31 de marzo de 1945, publicado en «La Prensa», de Nueva York.
- ⁸⁹ «La Prensa», 4 de abril de 1945.
- ⁹⁰ *Ibíd.*, 3 de abril de 1945.
- ⁹¹ *Ibíd.*, 14 de abril de 1945.
- ⁹² «La Nación», 16 de junio de 1945.
- ⁹³ *Ibíd.*, 17 de junio de 1945.
- ⁹⁴ *Ibíd.*
- ⁹⁵ *Ibíd.*
- ⁹⁶ *Ibíd.*
- ⁹⁷ *Ibíd.*
- ⁹⁸ Ramos, ob. cit., P. 166.
- ⁹⁹ «Los comunistas al servicio de la patria», Buenos Aires, Ed. del Partido Comunista 1945.
- p.5
- ¹⁰⁰ *Ibíd.*
- ¹⁰¹ *Ibíd.*
- ¹⁰² Ramos, ob. cit.
- ¹⁰³ «La Prensa». 19 de setiembre de 1945.
- ¹⁰⁴ *Ibíd.*
- ^{104 bis} Félix Luna, «El 45».
- ¹⁰⁵ *Ibíd.*
- ¹⁰⁶ *Ibíd.*
- ¹⁰⁷ *Ibíd.*
- ¹⁰⁸ Manuel Gálvez, «En el mundo de los seres ficticios», p. 44, Ed. Hachete, Buenos Aires, 1961.
- ^{108 a} Luis Monzalvo, «Testigo de la primera hora del peronismo», Ed. Pleamar, 1975.
- ^{108 b} Monzalvo, ob. cit. pág. 185.
- ¹⁰⁹ «Tres revoluciones» ob. cit., p. 73.
- ¹¹⁰ Galíndez, ob. cit. p. 49.
- ¹¹¹ «La Prensa» 3 de Octubre de 1945.
- ¹¹² Perelman. ob. cit., p. 71.
- ¹¹³ *Ibíd.*
- ¹¹⁴ «Orientación», 24 de octubre de 1945.
- ¹¹⁵ «Frente obrero», N° 2, octubre de 1945.
- ¹¹⁶ Sánchez Sorondo, ob. cit., p. 220 y ss.
- ¹¹⁷ «Orientación», 2 de enero de 1946.
- ¹¹⁸ «The New York Times», 4 de noviembre de 1945.
- ¹¹⁹ «La Prensa», 3 de diciembre de 1945.
- ¹²⁰ *Ibíd.*, 25 de diciembre de 1945.
- ¹²¹ *Ibíd.*, 8 de diciembre de 1945.
- ¹²² «La Nación», 27 de diciembre de 1945.
- ¹²³ *Ibíd.*, 2 de diciembre de 1945.
- ¹²⁴ «La Prensa», 23 de diciembre de 1945.

¹²⁵ *Ibíd.*

¹²⁶ «La Prensa» de los días 10, 16, 17, 19 y 21 de diciembre de 1945.

¹²⁷ «La Prensa», 4 de diciembre de 1945.

¹²⁸ Vittorio Codovilla, «Batir al nazi peronismo para abrir una era de libertad y progreso», Buenos Aires, Ed. Anteo, 1945, p. 19.

¹²⁹ «La Prensa», 22 de diciembre de 1945.

¹³⁰ *Ibíd.*, 27 de diciembre de 1945.

¹³¹ *Ibíd.* 28 de diciembre de 1945.

¹³² *Ibíd.* 4 de enero de 1946.

¹³³ *Ibíd.* 5 de enero de 1946.

¹³⁴ *Ibíd.*, 8 de enero de 1946.

¹³⁵ Arturo Jauretche, «Los profetas del odio», Buenos Aires.

¹³⁶ La fórmula Perón Quijano obtuvo 1.479.511 votos y el binomio Tamborini Mosca se adjudicó 1.210.822 votos.

¹³⁷ Ramos, «Historia política del ejército argentino», cit. p. 64 y ss.

¹³⁸ Rogelio García Lupo, «La rebelión de los generales», Ed. Jamcana, p. 89 Buenos Aires, 1963

¹³⁹ Puiggros, ob. cit. p. 118.

¹⁴⁰ «El capitalismo importado agudiza los contrastes y excita la resistencia creciente de los pueblos que despiertan a la conciencia nacional contra los intrusos, resistencia que puede llegar fácilmente a la adopción de medidas perjudiciales para el capital extranjero. Las viejas estructuras sociales se subvierten por completo; se rompe la milenaria vinculación agrícola de las «naciones sin historia» y se las sumerge incluso en el remolino capitalista. El mismo capitalismo les da poco a poco a los subyugados los medios y el camino para su liberación. La meta que antes fue la más alta de las naciones europeas, la creación del Estado unitario nacional como medio de libertad económica y cultural, la hacen suya aquellas naciones. Este movimiento de independencia amenaza al capital europeo precisamente en sus comarcas de explotación más ricas y de mejor porvenir». «Hilferding» «El capital financiero» p. 162.

¹⁴¹ Jorge Abelardo Ramos, «Historia del stalinismo en la Argentina», 3º Ed., 1974, Editorial Rancagua.

¹⁴² Guía de Socios de la Unión Industrial Argentina, Buenos Aires, 1945.

¹⁴³ *Ibíd.*, año 1961.

¹⁴⁴ D. Cúneo, «Comportamiento y crisis de la clase empresaria», Buenos Aires, Pleamar 1967. p. 80.

¹⁴⁵ La discusión ha sido zanjada por el Dr. Martínez de Hoz, que ha exterminado a la burguesía, no en nombre del proletariado, sino de la oligarquía. (Nota de 1981)

¹⁴⁶ Cúneo, ob. cit.

¹⁴⁷ E. Jorge, «Industria y concentración económica». Ed. Siglo XXI.

¹⁴⁸ El capital extranjero controla desde 1955 las principales publicaciones de la Argentina (diarios, revistas) por medio de las agencias de publicidad. Pues el volumen de la publicidad refleja no sólo el mayor peso económico de ese capital en la economía argentina, sino también la política publicitaria del despilfarro característica del imperialismo. Esto facilita la presión de las agencias sobre los medios. Hay casos de ciertas agencias que han vetado nombres de periodistas dignos y empresas «argentinas» que debieron, por esa razón, rehusarles trabajo.

¹⁴⁹ Arturo Jauretche, «Los Profetas del odio», p. 96. Ed. Peña Lilio, Buenos Aires, 1975.

¹⁵⁰ El Banco Industrial concede créditos en 1946 por valor de pesos 920.159.496 moneda nacional.

¹⁵¹ Ramos, «Industria liviana e industria pesada», revista «Octubre», Buenos Aires, N° 5, noviembre de 1947, P.10.

¹⁵² «Argentina Libre», del 19 de setiembre de 1946 y «La Vanguardia» del 24 de setiembre de 1946.

¹⁵³ Julio Irazusta, «Perón y la crisis argentina». Buenos Aires. Ed. La Voz del Plata, 1956.

¹⁵⁴ E. A. Krauss, en «The Magazine of Wall Street», New York, 11 de Junio de 1945.

¹⁵⁵ Conil Paz ob. cit., p. 188 y Antonio Cafiero, «Cinco años después», Buenos Aires 1961, p. 278 y ss.

¹⁵⁶ Kelly, ob. cit., p. 29. Un vivaz retrato del arcaico sistema inglés de explotación parásita en la explotación ferroviaria es trazado en sus memorias por Kelly: «Desgraciadamente, todo el control de los ferrocarriles había estado hasta entonces en Londres en manos de una docena o más de directores ya ancianos, de los cuales la mayoría eran gerentes retirados sin influencias, y que vivían recordando la Argentina de antes de 1914... Ese control absoluto del sistema ferroviario argentino por parte de los viejos directores londinenses (de los cuales, dicho sea de paso, ni uno solo había visitado el país por largos años) hizo que uno de mis predecesores, Sir Malcom Robertson escribiera a un amigo suyo en Londres, preguntándole si le gustaría que todos los ferrocarriles ingleses fueran propiedad de Buenos Aires y si le gustaría que todo lo que viera de sus administradores fuera un vistazo ocasional a un tren especial con luengas barbas grises flotando en el viento». «Esta carta fue leída en voz alta en alguna reunión pública y causó gran indignación entre directores a los cuales aludía, pero sólo decía la verdad».

¹⁵⁷ Puiggros, ob. cit. pag. 203.

¹⁵⁸ Pedro R. Skupch. «Nacionalización, libras bloqueadas y sustitución de importaciones», en «Desarrollo Económico» N° 47, octubre diciembre de 1972, Buenos Aires.

¹⁵⁹ Cafiero, ob. cit, p. 65.

¹⁶⁰ Eduardo A. Astesano, «Historia de la independencia económica». Buenos Aires, Ed El Ateneo, 1949, p.292.

¹⁶¹ «En 1950, por ejemplo, mientras el tipo de cambio al cual debían los exportadores vender las divisas generadas por sus exportaciones era de 5 pesos por dólar, el tipo de cambio de equilibrio entre la oferta y la demanda de divisas debía ser superior a 15 pesos por dólar. Esto reducía obviamente los ingresos del sector agropecuario en el cual se originaba casi el 100% de las exportaciones argentinas. A su vez, las divisas así adquiridas por el Banco Central eran vendidas a los industriales y otros usuarios de materias primas, productos intermedios combustibles, maquinarias y equipos importados a un tipo oficial de venta de cambio de equilibrio.

Los usuarios de las divisas se beneficiaban, pues, con los ingresos que no recibían los productores agropecuarios y, en la medida en que el abaratamiento de las importaciones de aquellos bienes contribuía a reducir los costos de producción, toda la población se beneficiaba de esta traslación de ingresos. Por el otro lado, el agropecuario debía adquirir proporciones crecientes de los bienes que necesitaba para el consumo y la inversión en el mercado interno y, cuando los precios de estas adquisiciones superaban los de los bienes que el sector rural solía adquirir del exterior, también soportaba una pérdida de ingreso por este hecho Ferrer, ob cit, p 197 y ss.

¹⁶² Manuel Ortíz Pereira, «La tercera emancipación», Buenos Aires, 1929.

¹⁶³ Lucio Moreno Quintana, «Política Económica», Tomo 11, cit. por Cafiero.

¹⁶⁴ Teichert, ob. cit., p. 311 y ss.

¹⁶⁵ La incapacidad de Perón para atraer a la pequeña burguesía en su conjunto al Frente Nacional, es uno de los resortes decisivos de la crisis. Pero tampoco conviene llevar esto más allá de

los límites. En los procesos de liberación de una semicolonía, una fracción de la clase media profesional e intelectual se opone siempre a la revolución, que de algún modo altera su viejo estilo de vida.

¹⁶⁶ V. Monzalvo, ob. cit., p. 211.

¹⁶⁷ V. Monzalvo, ob. cit., pág. 238.

¹⁶⁸ «La enemistad personal entre Perón y Jauretche se remontaba a las vísperas de la elección de 1946, en las cuales Jauretche debía ser elegido Senador por la Capital. Las maniobras palaciegas lo excluyeron de la banca. Luego, el Gobernador Mercante designó a Jauretche Presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Al caer Mercante en 1950, como resultado de los conflictos internos que tuvieron a Evita como protagonista visible, Jauretche permaneció en silencio. En 1954, el autor le preguntó «porqué no hacía algo de política». Jauretche me contestó: «Este es un baile donde no se puede bailar si a uno no lo sacan»... El 16 de setiembre de 1955 Jauretche se metió un revólver en el bolsillo y salió a la Plaza de Mayo para defender a Perón.

¹⁶⁹ «La Prensa», 10 de noviembre de 1954.

¹⁷⁰ Folleto de la Secretaría de Prensa y Difusión de la Presidencia, Buenos Aires, 10 de noviembre de 1954.

¹⁷¹ Eduardo Rumbo, «Petróleo y vasallaje», carne de vaca y carnero contra carbón más petróleo, Buenos Aires, 1957, Ed. Hechos e Ideas.

¹⁷² En el gobierno del General Viola, marzo de 1981.

¹⁷⁴ Marta Lonardi, «Mi padre y la Revolución de 1955», Ed. Cuenca del Plata, Buenos Aires, p. 57; Julio Godio, «La caída de Perón», Granica Editor, p. 183; Orestes D. Confalonieri, «Perón contra Perón», Ed. Antygua, Buenos Aires, 1956.

¹⁷⁵ Caído Perón, Videla Balaguer era menospreciado como «converso» por sus colegas de la Revolución Libertadora y como traidor por los peronistas. En las tribunas populares de los partidos de fútbol fue casi un rito inevitable que la multitud coreara: «Videla, Videlita, devolvé la medallita».

¹⁷⁶ Marta Lonardi, ob. cit., p. 62.

¹⁷⁷ Aún en la Semana Trágica de 1919, Yrigoyen negoció con los anarquistas por medio de José Ingenieros, mientras la oligarquía tentaba al General Dellepiane para dar un golpe de Estado «ante el caos».

¹⁷⁸ Marta Lonardi, ob. cit. p. 76.

¹⁷⁹ Marta Lonardi, ob. cit. p. 77

¹⁸⁰ Marta Lonardi, ob. cit., p. 82.

¹⁸¹ Marta Lonardi, ob. cit. p. 110.

¹⁸² Marta Lonardi, ob. cit., p. 131.

¹⁸³ Todos los partidos políticos (radicales, demócratas progresistas, socialistas, conservadores) renunciaron a la Junta Consultiva en apoyo del sector liberal oligárquico. Días antes, la Unión Cívica Radical (sector unionista) reclamaba la disolución del Partido Peronista y «que se ordene la incineración pública de los libros de los afiliados peronistas».

^{183 bis} Marta Lonardi, ob. cit., p. 210.

¹⁸⁴ Marta Lonardi, ob. cit., p. 211.

^{184 bis} Otro rasgo caballeresco de los citados nacionalistas puede valorarse cuando Goyeneche ordenó publicar en la prensa supuestas cartas sentimentales que el sexagenario ex Presidente habría erigido a una menor de edad. Tal era el estilo de la Revolución Libertadora en sus dos vertientes.

¹⁸⁵ «La Epoca», 24 de Octubre de 1955.

¹⁸⁶ «La Razón», 15 de setiembre de 1956.

^{186 bis} En el mismo día se disuelve el Partido Socialista de la Revolución Nacional.

¹⁸⁷ «La Razón», 15 de setiembre de 1956.

¹⁸⁸ Gral. Eduardo Lonardi, «Informe al país de la situación económica y financiera». Buenos Aires, Edición Oficial, 26 de Octubre de 1955

¹⁸⁹ V «La factoría pampeana», del autor (1922 1949) Buenos Aires 1981.

¹⁹⁰ Raúl Prebisch, «Hacia una dinámica de desarrollo latinoamericano», México, Ed. Fondo de Cultura Económica.

¹⁹¹ CEPAL, «Estudio Económico de América Latina», 1949, p.96.

¹⁹² *Ibíd.*, 1953 p. 15.

¹⁹³ Raúl Prebisch, «Informe preliminar acerca de la situación económica», Buenos Aires, 26 de octubre de 1955, p. 10. Sobre el tema puede consultarse «El retorno al coloniaje», de Arturo Jauretche, Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce, 2ª. edición, 1969.

¹⁹⁴ Revista «Atlántida», 1161, noviembre de 1963.

¹⁹⁵ Ferrer, ob. cit. p. 215.

¹⁹⁶ «Sur», N° 237, noviembre/diciembre de 1955.

¹⁹⁷ Ezequiel Martínez Estrada, «Qué es esto», Buenos Aires, Ed. Lautaro, 1956, p. 28 y 44.

¹⁹⁸ Luis Franco, «Biografía patria», Buenos Aires, Ed. Stilcograf, 1958, p. 14.

¹⁹⁹ *Ibíd.*, p. 115.

²⁰⁰ *Ibíd.*, p. 154. Este colaborador de «La Prensa» agregaba: «Ligada a Perón, Eva fue conociendo bien a los militares en los conciliábulos de la casa de la calle Posadas, donde ya vivía con su amante. Sus conversaciones, actitudes e intrigas no debieron ser materia para inspirarle mucho respeto a ella, que ya conocía por debajo del uniforme a Imbert y a Perón. Con esa facilidad de las profesionales comenzó a tutear a algunos de ellos (El destino inmediato del país se estaba decidiendo en un ambiente cerrado que olía a bota militar y a perfumes de mancebía elegante)» p. 138. ¡Y este género de literatos se cree de «izquierda»!

²⁰² Carlos Astrada, «Paternalismo y resurrección del Viejo Vizcacha», en «Frente Argentino», Buenos Aires, abril de 1964, N° 1.

²⁰³ *Ibíd.*, «Propósitos», Buenos Aires, N° 99, 29 de setiembre de 1955.

²⁰⁴ T. Halperin Donghi, «Contorno», julio de 1956.

^{204 bis} *Ibíd.*, p. 45.

²⁰⁵ Ramos, Jorge Abelardo, «Introducción a la América Criolla», Ed. Mar Dulce, 1985.

^{205 bis} Rufino Blanco Fombona, «Camino de imperfección», Ed. América Madrid, 1932.

²⁰⁶ A raíz de la sublevación del General Menéndez en 1951, el Congreso con mayoría peronista sancionó esta ley. Pero sus penalidades no fueron aplicadas a los cabecillas del levantamiento del 16 de junio de 1955.

²⁰⁷ Salvador Ferla, «Mártires y Verdugos», Buenos Aires, p. 92.

²⁰⁸ Rodolfo Walsh, «Operación Masacre», Buenos Aires, 1957.

²⁰⁹ Los detalles de la masacre del 9 de junio están expuestos en los periódicos «Palabra Argentina» del 28 de mayo de 1957 y 4 de junio del mismo año; «Soberanía» del 27 de mayo de 1957 y «Resistencia Popular» de los números del 14 y 20 de mayo de 1957, donde se incluyen las cartas del General Valle, escritas antes de su fusilamiento.

²¹⁰ La fórmula encabezada por Ricardo Balbín obtuvo cerca de los 2.600.000 votos. El sector del peronismo que rehusó votar al Dr. Frondizi reunió alrededor de 800.000 votos en blanco.

^{210 bis} Arturo Jauretche, «Mano a mano entre nosotros» pág. 75 Ed. Peña Lillo, Buenos Aires, 1975.

²¹¹ Las emisiones de capital provenientes de los centros financieros mundiales, viene disminuyendo desde 1929... A partir de la segunda guerra mundial el monto de las inversiones privadas en el extranjero se eleva a un poco más de u\$s 500 millones anuales. La mayor parte de esa suma se ha destinado a la expansión de la industria petrolera y sólo una pequeña parte al desarrollo industrial. En el mismo lapso, alrededor del 90% de las inversiones extranjeras realizadas por los Estados Unidos se ha aplicado a la explotación de petróleo. Clairmonte, ob. cit. p. 279. Asimismo y sobre el tenía ver ob. cit. de Ferrer.

²¹² Refiriéndose a este problema, Ferrer, que es un desarrollista, pero no es ciego, observa este fenómeno y añade que los mayores ingresos en el campo de derivan hacia mansiones suntuosas, gastos superfluos, etc. Ver ob. cit. Ferrer, p. 216 y ss.

²¹³ Ferrer, ob. cit., p. 216.

²¹⁵ El reequipamiento Industrial fue considerable durante la presidencia de Frondizi. Si sus efectos se expresaran en el endeudamiento financiero, desde el punto de vista del aumento del producto nacional bruto se experimentó la siguiente evolución: 1958, \$ 72.350 millones; 1959, 68.900 millones; 1960, 71.933 millones; 1961, 76.000 millones; 1962, 72.600 millones (precios de 1950). «Boletín estadístico» del Banco Central, mayo de 1963, Buenos Aires. En el rubro de la inversión en equipos durables de producción (máquinas y motores) se pasó de \$ 13.150 millones en 1958 a 46.500 en 1961.

²¹⁶ Ferrer, ob. cit.

²¹⁷ «La Prensa», 18 de mayo de 1961.

²¹⁸ «Frente Argentino», Año 1, N° 5; 16 de mayo de 1961, órgano del Movimiento Popular Argentino, organismo paralelo del Partido Comunista.

²¹⁹ Conil Paz, ob. cit., p. 242.

²²⁰ *Ibíd.*, p. 248.

²²¹ *Ibíd.*, P. 253.

²²² *Ibíd.*

²²³ *Ibíd.*

²²⁴ *Ibíd.*

²²⁵ *Ibíd.*

²²⁶

²²⁷ El triunfo del radicalismo en 1963 se debió al imperfecto cálculo del General Osiris Villegas, Ministro del Interior del Gobierno de Guido, que en nombre del Ejército y sin saber a qué santo encomendarse proscribió la fórmula del Frente Nacional (Solano Lima apoyada por Perón y Frondizi, cerrando así todos los caminos para la concurrencia, aun retaceada o desfigurada, del peronismo. El candidato militar, General Aramburu, perdió decisivamente ante la fórmula radical. Los mayores sorprendidos en la jornada fueron, sin duda, los doctores Illia y Balbín, el primero porque nunca pensó ganar la presidencia y el segundo, porque había pensado largamente en la derrota de Illia.

²²⁸ Claro está que el séquito de tecnócratas, que sabían muy bien qué se traían entre manos, pretendía aturdir al país con gráficos y cuadritos. El Dr. Roberto Roth, Secretario Técnico del Presidente Onganía, se ha desengañado: «La Revolución Argentina (1ª etapa) inauguró no un plan sino un sistema de planeamiento. Era tan complicado que aunque el secretario del CONADE y todos sus funcionarios impartían clases con pizarrón, diagramas y gráficos para explicarlo, la mayor parte de los ministros y secretarios de Estado que se desempeñaron por entonces cumplieron sus ciclos vitales (asunción, discurso, toma de posesión del coche oficial, viajes al exterior, deterioro y renuncia) sin llegar a entenderlo», V Roberto Roth, «El nuevo plan, sólo un ejercicio intelectual», «La Opinión», 20 de mayo de 1971.

²²⁹ Roberto Roth, «La función del capital extranjero», «Clarín», 30 de agosto de 1971.

²³⁰ El joven universitario Adalbert Krieger Vasena se encontraba en 1941 gestionando en Nueva York la ciudadanía norteamericana (Estados Unidos era un país eficiente y pleno de oportunidades) bajo la protección y ayuda de su paternal amigo el Senador Jatvis. Pero el 7 de diciembre Japón atacó Pearl Harbour y la nación norteamericana entró a la segunda guerra mundial. Todo ciudadano de Estados Unidos quedaba automáticamente obligado a empuñar las armas en defensa de su patria. Krieger Vasena resolvió entonces desistir de su gestión y es así como la Argentina lo cuenta todavía entre sus hijos dilectos.

²³¹ El papel del capital extranjero en la economía de un país semicolonial ha sido evaluado por el autor. V. Jorge Abelardo Ramos «La polémica sobre el carácter del capital extranjero», «Clarín», 26 de setiembre de 1971.

²³² José Luis de Imaz, «Promediados los cuarenta», p. 27 10, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1977.

²³³ Alejandro Agustín Lanusse, «Mi testimonio», p. 93, Ed. Laserre, Buenos Aires, 1977.

²³⁴ Roberto Roth, «Los años de Onganía», p.82 Ed. La Campana Buenos Aires, 1980 y Lanusse E, ob. cit, p. 15.

²³⁵ Lanusse, ob. Rogelio García Lupo, «Mercenarios y monopolios en la Argentina», Ed Achával Solo, Buenos Aires 1971.

^{235 b} El Gobernador de Córdoba, Dr. Carlos Caballero, era el fundador de la «Cité Catolique» en esa provincia. Este grupo contaba en Córdoba con 1.801 miembros. La doctrina francesa de la «Cité Catolique», calcada al pie de la letra por sus acólitos de la Argentina, revestía un carácter corporativo, medieval. Su concepción económica. «valoriza moralmente la propiedad territorial y el artesanado». La prueba de su eficacia política fue encontrada por el Gobernador Caballero al estallar el cordobazo en la provincia que regía.

²³⁶ Roth, «Los años de Onganía», Buenos Aires, 1980.

²³⁷ Roberto Roth 1, ob. cit. p. 8 1.

²³⁸ Lanusse, ob. cit., p. 22.

²³⁹ Se calcula que cerca de 260 oficiales superiores y jefes de las tres armas actuaban hacia 1970 en compañías de capital extranjero. v. Rogelio García Lupo, «La ocupación extranjera», Buenos Aires Ed. Centro, 1971, 3era edición.

²⁴⁰ Mario Hirsch es hijo de Don Alfredo Hirsch, accionista mayor de Bunge y Born y amigo y asesor del General Agustín P. Justo, Presidente de la Argentina durante la Década Infame (1932 1938). Su hijo continuaría la tradición paterna en la intimidad semivisible del poder real. Bunge y Born es un imperio que factura anualmente 2.000 millones de dólares. De esa suma sólo 375 millones de dólares corresponden a la Argentina. Bunge y Born controla los fletes en Gran Bretaña, el yute en la India, las resinas en México, posee 21 empresas en Brasil, elevadores de granos en Kansas City, exporta hojalata desde el Japón, Gales y Bélgica y atiende muchos otros negocios en el mundo entero.

²⁴¹ Roberto Roth, ob. cit.

²⁴² Arturo Jauretche, «Los profetas del odio», Ed. Peña Lillo, Buenos Aires.

²⁴³ Lanusse b. cit., p. 58.

²⁴⁴ Lanusse, ob. cit., p. 96.

²⁴⁵ *Ibíd.*, p. 102.

²⁴⁶ *Ibíd.*, p. 111.

²⁴⁷ Lanusse, ob. cit., p. 134.

²⁴⁸ *Ibíd.*

²⁴⁹ Nos referimos al terrorismo específico de carácter sistemático. Dejamos a un lado en esta apreciación a actos aislados de terror, como las bombas que militantes radicales arrojaron en la

concentración peronista de la Plaza de Mayo en 1953, los atentados no personales con bombas del peronismo. «duro» en 1959 60, la inocua guerrilla de los «tuturuncos» en Tucumán por la misma época, o, finalmente, la guerrilla selvática fracasada realizada en Salta con la dirección del periodista Jorge Massetti, el «Comandante Segundo».

²⁵⁰ Datos de «El Cronista Comercial», 1971.

^{250 bis} En Tucumán el ERP se constituyó con la plana mayor de la Juventud Universitaria Católica, oriunda de las familias acomodadas de la «gente decente».

²⁵¹ La fórmula del FIP, Jorge Abelardo Ramos José Silvetti, obtuvo alrededor de 70.000. La izquierda nacional y popular se presentaba por primera vez a una elección.

^{251 bis} «Clarín» del 26 de mayo publica una noticia típica de esa época: «El día de la asunción de Cámpana, el padre Mujica, con pantalones grises y campera negra, encabezó una manifestación de 20 personas de la Villa del Retiro, donde el sacerdote ofició. El grupo llevaba una bandera argentina con el nombre «Montoneros».

Por esos imponderables del destino, estaba a menos de 150 metros del estudio de abogado de su padre, Adolfo Mujica, donde en junio de 1943 se decidió que fuera Robustiano Patrón Costa candidato a Presidente de la República por las fuerzas conservadoras...» Mujica sería asesinado al año siguiente.

²⁵² «Clarín», 27 de mayo de 1973.

^{252 bis} Era la derecha, el centro y la izquierda del Puerto.

²⁵³ El episodio ha sido relatado por el escritor peronista Ernesto Goldar, —a quien Jauretche comentó su voto al día siguiente del comicio— en un seminario sobre el pensamiento de Jauretche realizado en el CEDEA (Centro de Estudios Argentinos) en el mes de julio de 1979.

²⁵⁴ Durante cinco años dos sociólogos, Darío Cantón y Jorge Raúl Jorrat, trabajaron en una investigación sobre «Ocupación y voto en la Argentina de 1973». En dicho trabajo se estudian los votos recibidos por el FREJULI y el FIP en las diferentes regiones del país, la estructura ocupacional de dichos votos y sus diferencias según el tipo de desarrollo social de cada distrito electoral. Las conclusiones de ambos autores se sintetizan en las siguientes palabras: «No creemos en la teoría del ‘error’ total o mayoritario como se ha dicho sin intentar fundamentarlo. Es nuestra opinión que la mayoría de los votos del FIP en setiembre provienen de volantes por el FREJULI en marzo». V el estudio citado en «Desarrollo Económico» N° 77, abril-junio de 1979. Vol. 20 p. 71, Buenos Aires.

²⁵⁵ Esta clara simetría pertenece al Dr. Ernesto Ceballos, en «Acumulación de Capital y Desarrollo». Córdoba, 1977, (Ed. Mimeo).

²⁵⁶ José María Rivera, «Librecambio y proteccionismo», «Estrategia», serie Documentos, N° 2, p. 9, Buenos Aires.

²⁵⁷ Jorge A. Sábato, «Ciencia, Tecnología, Desarrollo y Dependencia», Universidad de Tucumán, 1971.

²⁵⁸ Actualmente, sube a unos 30.000 millones de dólares (1981).

²⁵⁹ Alberto Hueyo fue Ministro de Hacienda en 1932, durante la crisis. Reformuló su luminosa idea en 1956.

²⁶⁰ «La Prensa», 21 de enero de 1974.

²⁶¹ Enrique Pavón Pereira: «Conversaciones con Perón». Perón dice el 27 de setiembre de 1973, dos días después del asesinato de Rucci y a cuatro días de la gran victoria electoral del día 23, lo siguiente: «Los guerrilleros dejan de perturbar la vida del país o los obligaremos a hacerlo con los medios de que disponemos, los cuales, créame. no son pocos». p. 183

²⁶² «La Prensa», viernes 8 de febrero de 1974.

²⁶³ Juan Carlos de Pablo, «Economía política del Peronismo» Ed. Cid, Buenos Aires, 1980 y Aldo Ferré R, «Crisis y alternativas de la política económica Argentina», Ed. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1977.

²⁶⁵ «Clarín» 13 de junio de 1973.

²⁶⁶ Pavón Pereira, ob. cit.

²⁶⁷ «La Prensa» reproduce el texto completo del relato de los asesinos el 2 de mayo de 1978.

²⁶⁸ Albert Camus, «Los Justos». Ed. Gallimard, p. 84, París 1979.

²⁶⁹ El partido que planteó tal cuestión era el FIP. La actitud de Báez indicaba la desorientación de la dirección peronista y la conducta oscura de alguno de sus miembros.

²⁷⁰ De Pablo, ob. cit.

²⁷¹ José Alberto Deheza, «Marzo 23, hora 24», Ed. del autor, Buenos Aires, 1977.

²⁷² Declaraciones de Benálcazar al «Diario Popular», 11 de marzo de 1981.

²⁷³ Deheza, ib.

EPÍLOGO

ADIÓS AL CORONEL

Acaba de morir Perón, cuya inmortalidad aseguraban algunos de sus adictos más devotos. Pero había algo de verdad en semejante idea, pues a ese hombre singular podían aplicarse las palabras de Bismark: «Todo hombre es tan grande como la ola que ruge debajo de él». La ola de Perón no era el ejército prusiano, sino la multitud innumerable que transmitirá su memoria al porvenir. Cabe decir de él, como de Yrigoyen, que fue «el más odiado y el más amado de su tiempo. Su tiempo comenzó en una madurez avanzada, a los cincuenta años. Cuando los coroneles se retiran o ascienden a generales para proyectar su retiro y concluir ordenadamente su vida, le tocó a Perón lanzarse a una aventura histórica de una turbulencia e intensidad pocas veces conocida.

Ingresó a la acción pública cuando terminaban al mismo tiempo la crisis, la década infame y la Segunda Guerra Mundial imperialista. La neutral Argentina gozaba de prosperidad. Poco a poco, la desocupación de los años duros era absorbida por el impulso industrial creado en consecuencia del conflicto bélico y de la bancarrota del 30. Los peones se hacían obreros y las chicas del servicio doméstico, humillado y martirizado, ingresaban a las nuevas fábricas. Pero al llegar a las ciudades, no había rugir para ellos ni en los partidos políticos de izquierda, ni en los antiguos sindicatos, influidos por tales partidos. Los trabajadores que se harían peronistas en 1945, descubrieron un sistema político fuertemente impregnado de la influencia anglosajona.

La herencia del viejo partido de Yrigoyen había caído en manos de los alvearistas, amigos de Inglaterra, de la CADE y de los conservadores liberales. De Lisandro de la Torre, los demócratas progresistas no querían ni acordarse: participaban en amables tertulias con los protectores de los asesinos del senador Bordabehere, para urdir el ingreso de la Argentina a la Segunda Guerra de las democracias coloniales. Naturalmente, el Partido Socialista fundado por Juan B. Justo, integraba tales reuniones, que prologaban la inminente Unión Democrática. Para no ser menos, el Partido Comunista, inspirado por Vittorio Codovilla (bajo la luz bienhechora de Stalin) era uno de los artífices de tal alianza, que pretendía

reproducir en la Argentina el pacto de los tres grandes y los acuerdos de Yalta. Estos pactos se traducían al castellano mediante la exigencia de sustituir la lucha contra el imperialismo por la lucha contra el fascismo. Como el fascismo era desconocido en el país, se idealizaba la presencia del imperialismo «democrático» y se recomendaba a los obreros de los frigoríficos no pedir aumentos de salarios para no dificultar «la lucha de los ejércitos que luchaban por la libertad el mundo». Por su parte, la burguesía industrial era tan débil que ni siquiera contaba con un diario propio.

Al irrumpir en la historia, Perón se enfrentó con ese cuadro. Su robusto realismo político le permitió advertir que el país se encontraba en el umbral de una nueva edad. Muchos lo habían anunciado y hasta habían llamado a esa hora del destino: Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz, Manuel Ortiz Pereyra, el General Savio, el Capitán de Fragata Oca Balda, el Ingeniero Alejandro Bunge, Joaquín Coca, Manuel Ugarte. Desde el campo del yrigoyenismo revolucionario, del nacionalismo burgués, del nacionalismo tradicional, desde el socialismo clásico y hasta del marxismo no staliniano, argentinos resueltos habían preconizado la necesidad de concluir para siempre con la vergüenza de la factoría inglesa, hermoseedada con poetas anglomaníacos, con izquierdistas de su majestad, o con trogloditas del nuevo orden.

Perón resumió a su modo algunas de esas aspiraciones explícitas. Encarnó las esperanzas latentes de las grandes masas que carecían de voz, y los intereses de la nueva burguesía, así como llevó a la práctica el nacionalismo militar concebido por el General Savio. Esa síntesis fue su fuerza y su justificación histórica. Pero cada vez que una corriente nacional brota en América Latina, los doctos sabihondos se precipitan al error con un olfato infalible. Pulularon en la época múltiples teorías sociológicas que habrían erizado de risa o de cólera al viejo Marx, ya que muchos de sus apologistas invocan nada menos que a semejante maestro. Desde 1944, cuando Perón pronunciaba sus primeros discursos en los balcones de la calle Perú, las preguntas o afirmaciones más corrientes eran: ¿Es fascista? ¿Es falangista? ¿Es un candidato o un dictador? ¿Es un agente alemán? Aquellos que tenían el dudoso gusto de leer la folletería de «izquierda rooseveltiana» añadían con sabio misterio: «es un caudillo del lumpenproletariat». Parece mentira, pero tales gentes de hace treinta años tienen prole ideológica, que repite las mismas vaciedades en nuestros días.

Perón fue el jefe de un movimiento nacional en un país semicolonial. Su poder personal emergió de la impotencia de los viejos partidos que se negaron a apoyarlo en 1945 y que prefirieron aliarse con Braden. Ese poder personal perduró como un factor arbitral en una sociedad inmadura. Adquirió por momentos un

franco carácter bonapartista. Este fenómeno es habitual en los países del llamado Tercer Mundo, pues frecuentemente se revela como una verdadera necesidad general, para resistir la intolerable presión del imperialismo, altamente concentrado en su poder y dirección. Las contradicciones que se le reprocharon a Perón no eran sino la expresión personal de las clases sociales nucleadas en su torno y que el caudillo representó a lo largo de toda su carrera. No fue un «agente de la burguesía industrial» ni un «caudillo del proletariado», ni mucho menos un «líder de poder carismático». El vocablo «carisma» refleja la pobreza científica de la sociedad norteamericana, que ahora apela a la magia. El influjo de Perón no era sobrenatural o inexplicable. Consistía en interpretar el estado de ánimo y los intereses de las grandes masas y clases oprimidas. Cuando lo lograba, ese poder era tan inmenso como la energía de las multitudes que hablaban a través de él. En otras ocasiones, ese poder era el de un ciudadano corriente.

Perón e Yrigoyen fueron los dos grandes caudillos nacionales en lo que va del siglo. Nadie podrá imputarle a Perón a lo largo de su prolongada lucha que haya sido infiel al programa que propuso al país en 1945. No fue un fascista, por supuesto, ni un socialista, naturalmente. Los gorilas del 45 no comprendieron lo primero, ni muchos de sus hijos, lo segundo. Perón siempre aspiró a ser el mismo su propia izquierda y su propia derecha. Como luchó por desarrollar un capitalismo nacional (estatal y privado) contra la sociedad inmóvil de la hegemonía terrateniente, ésta lo declaró indeseable, lo derribó y lo expatrió durante 18 años. El pueblo, sin la ayuda de los sociólogos, comprendió que sólo un patriota podía merecer tal castigo. A tal odio, respondió con un amor equivalente. Perón intuyó certeramente su próximo fin. El discurso del 12 de junio, que declaraba al pueblo único heredero de sus banderas, constituyó el testamento político de este varón singular, que entró en la muerte tan oportunamente como había irrumpido 30 años antes en la historia.

ÍNDICE

EN LA VÍSPERA	13
LA REVOLUCIÓN PALACIEGA	15
Cocktail en la embajada británica	16
El ejército en los países atrasados	22
La inteligencia setembrina en el 4 de junio	26
El romanticismo conservador de los nacionalistas	27
El nacionalismo patricio y el Martín Fierro	29
El gorrión, el gringo, el fascismo	32
La política cultural de la revolución de junio	34
El mito y el hacha	36
En el universo inmóvil de las esencias	40
Política económica del gobierno militar	42
LOS CORONELES EN EL PODER	47
Actitud de la clase obrera	50
El imperialismo anglo-yanqui y la neutralidad argentina	53
Stalin y la Argentina en la Conferencia de Yalta	56
Oposición «democrática» y gobierno militar	58
Peter y los obreros de la carne	59
Perón habla al Ejército sobre la Revolución Rusa	61
El embajador Braden interviene en la política argentina	65
La legislación social y los partidos	72
LAS JORNADAS DE OCTUBRE	77
Avalos y Vernengo Lima: Ejército y Marina	78
Las jornadas de octubre	83
Se declara la huelga general	87
Los partidos «obreros» ante el 17 de octubre	89
La posición del socialismo nacional o «criollo»	92
Los versos de un nacionalista decepcionado	93
La campaña preelectoral	94
Los católicos «democráticos»	96
La izquierda cipaya rechaza el aguinaldo	98
La Unión Democrática	99
El Frente Nacional Antiimperialista	101
EJÉRCITO Y CUESTIÓN NACIONAL	105
Ejército y clase obrera	106

Oligarquía y burguesía industrial	109
Antagonismo gremial entre oligarquía y empresariado nacional	110
Esbozo del empresariado nacional	113
Miranda y la industria liviana	115
El Ejército como industria productiva directa	116
LA GRAN DÉCADA	119
Las mujeres: de la servidumbre al proletariado	122
El nacionalismo económico del régimen peronista	128
El Imperio Británico al terminar la guerra	129
Ferrocarriles y soberanía	132
El mecanismo expoliador de los monopolios cerealistas	135
Perón como peronista: su partido	140
El origen histórico de la democracia	144
El doble carácter de la burocracia en la revolución popular	145
Personalismo y necesidad histórica	147
La política universitaria del peronismo	149
Sindicatos y partidos	151
Los intelectuales y el peronismo	153
LOS IDUS DE SEPTIEMBRE	159
Aparecen los archimandritas	164
Arde el petróleo	165
De la procesión de Corpus al bombardeo	167
El discurso del 31 de agosto: cinco por uno	172
Golpe de Estado en Córdoba	174
La noche de los generales	177
Los sesenta días de Lonardi	180
La hora de la revancha	183
El programa económico de la oligarquía	185
La inteligencia semicolonial	189
Los fusilamientos	196
Balbinismo y frondizismo	197
RADICALES EN EL PODER	201
Utopismo y realismo	203
¿Qué fue el frondizismo?	205
Nubes en el horizonte	208
Estallido del experimento	208
De Guido a Illia	212
Pequeña burguesía y nacionalismo agrario	214
EL CESARISMO OLIGÁRQUICO	217
Capital extranjero y capitalismo	218
La doctrina económica de la eficiencia	221

La bendición del orden	223
Los Cursillos de Cristiandad	225
El «cordobazo»	227
«Revolución Libertadora» y «Revolución Argentina»	231
El eclipse del Imperio Británico en el Plata	233
El parasitismo oligárquico	235
Liberalismo y clase media	236
Corrupción en el régimen militar	238
Lanusse: maestro de conspiradores	239
Levingston: el segundo presidente	244
Los terroristas	245
Levingston contra los monopolios	246
EL RETORNO DE ÚLISES	251
Terrorismo y revolución	252
El Beagle y Lanusse	254
El 11 de marzo: las fuerzas políticas y sociales	258
LOS DIOSES TIENEN SED	267
Perón se enfrenta con los «infiltrados»	270
La política económica de Gelbard	276
Los senadores peronistas defienden a la oligarquía terrateniente	277
El último discurso de Perón	278
Isabel en la presidencia	282
1974: el año de la peste	285
NOTAS	293
EPÍLOGO	
Adiós al coronel	307

